
THE
Fake
LOVE
Offer
REBECCA BAKER

The Fake Love Offer – Una oferta con consecuencias

Rebecca Baker

Índice

Descripción
Capítulo 1 Lexie
Capítulo 2 Carson
Capítulo 3 Lexie
Capítulo 4 Carson
Capítulo 5 Lexie
Capítulo 6 Carson
Capítulo 7 Lexie
Capítulo 8 Carson
Capítulo 9 Lexie
Capítulo 10 Carson
Capítulo 11 Lexie
Capítulo 12 Carson
Capítulo 13 Lexie
Capítulo 14 Lexie
Capítulo 15 Carson

Capítulo 16 Carson
Capítulo 17 Lexie
Capítulo 18 Carson
Capítulo 19 Carson
Capítulo 20 Carson
Capítulo 21 Lexie
Capítulo 22 Lexie
Capítulo 23 Lexie
Capítulo 24 Carson
Capítulo 25 Carson
Capítulo 26 Lexie
Capítulo 27 Lexie
Capítulo 28 Carson
Capítulo 29 Lexie
Capítulo 30 Carson
Capítulo 31 Carson
Capítulo 32 Lexie
Capítulo 33

Descripción

El multimillonario más sexy de Nueva York cree que soy su novia falsa.
¿Que si debo hacer de su acompañante? Ningún problema…
O al menos eso pensaba yo.
Pero mi corazón tenía otros planes. Y él, por lo visto, también.
Poco después me quedo embarazada…

Llevo la racha de mala suerte del siglo.
Mi jefe arrogante me ha despedido. Ahora reparto pizzas.
Yo, que en realidad podría aspirar a mucho más.
¿Mis supuestos amigos? Se parten de risa.
¿Mi cuenta bancaria? Un desierto.
¿Los hombres? Un fracaso tras otro.

Entonces llamo al timbre equivocado. Y de repente me veo en mitad de una ronda de presentaciones ante Carson Sanders.
El multimillonario. El soltero de oro. El que está para caerse muerto de lo guapo que es.
Me confunde con la chica de la agencia de acompañantes que debe

hacerse pasar por su novia falsa.
Su acompañante para los New York Business Awards.

Antes de que me dé cuenta, tengo un nuevo «empleo».
Con el hombre más codiciado de la ciudad.

Solo hay un problema: cuando Carson me mira de esa manera tan especial, me recorre un cosquilleo por todo el cuerpo.
Algo que no debería pasar.
Porque lo nuestro es solo puro teatro.

¿O no?

Entonces llega su propuesta: pasar más tiempo. Juntos. A solas.
Acepto.
¿Qué podría salir mal?

Todo.
Y poco después, me quedo embarazada de él.

Capítulo 1 Lexie

La peste a grasa vieja era asfixiante. Intenté respirar por la boca, pero no sirvió de mucho. El olor rancio y estancado se me quedaba pegado en la nariz con insistencia. Probablemente no me libraría de él hasta que me metiera en la ducha esta noche. De verdad debería pensar en algo. ¿Frotarme algún aceite aromático bajo la nariz?

Algo refrescante como el limón o la naranja sería estupendo. El aroma me recordaría al Mediterráneo. España, Italia o Grecia. No es que hubiera estado allí nunca; no me lo podía permitir. Pero cuando veía fotos de esos países en internet, me imaginaba que allí debía de oler así.

Suspiré y entré en la cocina. Aquí el olor a grasa era todavía más agobiante que delante, en el pequeño local con las dos mesas altas. Y a eso se le sumaba un hedor repugnante a pizza fría y... ¿a carne rancia?

Sentí cómo la bilis me subía por la garganta. Tragué saliva con dificultad para contener las náuseas que me asaltaban. No podía ponerme mala. Ni ahora ni después.

¡Estaba trabajando!

Tragué una y otra vez, pero no sirvió de nada. La cocina empezó a nublarse ante mis ojos. Dejé de percibir lo que me rodeaba con claridad.

—Bebe esto —. Como surgida de la nada, mi compañera Darleen apareció y me puso en la mano un vaso con un líquido blanquecino.

—¿Agua? —pregunté mirando el vaso con desconfianza. El contenido tenía un aspecto extraño.

—Venga, bebe de una vez. Parece que vas a vomitar en cualquier momento —. Darleen señaló el vaso—. Te ayudará.

¿Había disuelto algún medicamento en el agua? Mi desconfianza iba en aumento. Entonces me invadió una nueva oleada de náuseas. Se me revolvió el estómago de forma desagradable. Si no hacía algo, acabaría vomitando allí mismo.

Me bebí el contenido del vaso de un trago.

—¿Menta? —pregunté entonces sorprendida. Para mi asombro, mi estómago se calmó un poco. En realidad la menta era estimulante, pero camuflaba el olor a grasa y eliminaba así la causa de mi malestar. Se me aclaró la vista de nuevo. Miré a mi alrededor, en la cocina del servicio de pizza a domicilio. Vieja y bastante mugrienta, esa descripción era la acertada. Y con cada día que venía por aquí, la capa de grasa de los estantes parecía volverse un poco más gruesa. No me extrañaba que oliera tan asquerosamente.

—Le he echado un poco de sirope al agua —dijo Darleen, devolviéndome al presente. Se acercó un poco más a mí y me

dedicó una sonrisa cómplice—. Tengo una botellita en mi escondite secreto. Detrás de las cajas, en el estante —. Mi compañera se puso un dedo en los labios—. No se lo digas a nadie —. Miró con cautela hacia los dos compañeros que, sudando, preparaban una pizza tras otra para meterlas apresuradamente en el horno. Aquello no se hacía con amor précisément; más bien con prisa y bajo presión.

—Claro que no, guardaré el secreto —prometí, mirando a Darleen con gratitud.

—En los días peores, tomo un sorbito. El mentol ayuda contra el olor a grasa —. Darleen se encogió de hombros—. Tengo que ser pragmática. No es que esto sea una maravilla, pero necesito un trabajo extra. Y este, para los estándares de Nueva York, no está lejos de mi casa. Puedo venir andando. Así que trabajo aquí —. Darleen me miró con curiosidad—. ¿Y tú?

—¿Yo? —La pregunta me pilló desprevenida.

Darleen asintió. —Cualquiera ve que tú en realidad haces otra cosa. Que repartir pizzas no es tu profesión.

—¿Y en qué se nota eso? —pregunté desconcertada, mirándome de arriba abajo. Llevaba mis vaqueros más viejos y encima una chaqueta que tenía impreso en la espalda *Joe's Pizzaservice*. La chaqueta me quedaba enorme, pero Joe no tenía otra cuando empecé aquí hace unas semanas. Me había prometido buscarme una de mi talla, pero probablemente se le había olvidado. De todos modos, no solía dejarse ver mucho por la pizzería. No podía culparle. Si yo me hubiera podido permitir lo contrario, tampoco estaría aquí. Ni siquiera era una pizzería de verdad; un pequeño local con dos mesas altas y la cocina detrás. Eso era todo. En la cocina metíamos las pizzas terminadas en cajas de cartón, las apilábamos en un cajón isotérmico y nos poníamos en camino con los ciclomotores.

Ese era mi trabajo desde hacía unas semanas.

Repartir pizzas.

Para el servicio de pizzas más rancio y sucio de Nueva York.

Nunca me había gustado especialmente la pizza. Pero desde que trabajaba aquí, la detestaba profundamente. Me había jurado no volver a comer una en la vida. Preferiría alimentarme de sándwiches y yogures.

—¿Por qué trabajas aquí? —Darleen tenía verdadera curiosidad—. Por cómo hablas... cómo caminas... cómo llevas el pelo... Cualquiera ve que no perteneces a un sitio así.

—Tú tampoco —. Respondí con evasivas para no tener que contestar a su pregunta. Me daba vergüenza. Y al mismo tiempo, me halagaba la afirmación de que no pertenecía a este lugar. Porque no era mi sitio.

No quería que lo fuera en absoluto.

Y, sin embargo, me habría gustado parecer una repartidora de pizzas cualquiera de Nueva York.

Invisible.

—No, yo solo trabajo aquí una temporada para ganar dinero para un curso de formación que no me puedo pagar con mi sueldo normal. Desde que mi compañera de piso se mudó hace un tiempo, apenas me llega para el alquiler y la comida. No puedo permitirme extras. Pero quiero progresar, así que trabajo aquí un tiempo —. Al contrario

que yo, Darleen no tenía problemas en hablar abiertamente de sí misma.

Qué fácil, Lexie. Su historia no es ni de lejos tan vergonzosa como la tuya.

Pero la franqueza de Darleen me dio confianza. Miré a mi alrededor con cautela. No quería bajo ningún concepto que los pizzeros que estaban junto al horno se enteraran de lo que iba a decir.

De todos modos no entienden lo que dices, Lexie. Aparte del menú, apenas saben inglés.

—Yo... he perdido mi trabajo —le confié a Darleen—. Hasta hace dos meses trabajaba con un asesor fiscal. Pero el jefe... se propasaba demasiado. Me defendí y entonces... entonces me echó —. Se me hizo un nudo en la garganta al recordarlo.

—¿Así, sin más? —Darleen me miró con la boca abierta.

Asentí. —Él era el jefe —. No quería decir nada más sobre el tema.

Darleen pareció notarlo. —Bueno, pues no ha sido una gran pérdida —comentó con sequedad.

—¡Necesitaba el dinero! —protesté. Por supuesto que había sido una pérdida enorme. De un día para otro me quedé sin nada. No tener sueldo significaba que no sabía cómo iba a pagar el alquiler. O la compra. No tenía ahorros. Además de mis propios gastos, ayudaba a mi hermano Sloan cada mes con una parte de mis ingresos. Ya era lo bastante mayor para valerse por sí mismo, pero la muerte de nuestros padres le afectó mucho y, desde entonces, le ayudaba en todo lo que podía. Era mi deber como hermana mayor.

—No me refería al dinero —. Darleen sacudió la cabeza—. Me refería al jefe. Seguro que encuentras algo mejor en cualquier momento.

Miré a mi alrededor en aquella cocina sucia y pestilente y no pude evitar estallar en una risita histérica. —Seguro. Esto, por ejemplo.

Normalmente no podía reírme de mi situación, pero ahora me sujetaba los costados jadeando e intentando recuperar el aliento.

Darleen también se rió. —Tonterías, no me refiero a esto. Hay asesores fiscales a patadas. ¿Por qué no trabajas simplemente en otro despacho?

Zas.

Tocado.

Darleen tenía una forma de dar con sus preguntas justo en mis puntos más sensibles.

Y de repente, quise contárselo.

Todo.

—Ya he echado currículums. Inmediatamente. Al día siguiente envié un montón. Pero solo he recibido negativas por todas partes —. Levanté las manos desesperada—. Probablemente mi jefe le ha dicho a todo el mundo que no valgo para nada.

—¿Cómo va a decírselo a alguien? —Darleen sacudió la cabeza.

—Bueno, si alguien le llama para pedir referencias... dudo mucho que diga la verdad —. La verdad. Que me había echado porque no quise acostarme con él.

—Pues miente tú también. Falsifica una referencia escrita. O el nombre de tu jefe —. Darleen arqueó las cejas.

—No puedo hacer eso —. Sacudí la cabeza con energía—. Además, no hace falta más que alguien llame a mi anterior empleo para que se enteren de quién era mi jefe. Y quedaría como una mentirosa.

—¿Quieres trabajar aquí para siempre? —Darleen hizo un gesto con la mano que abarcaba toda la cocina mugrienta—. ¿Con este olor rancio a grasa cuando estás dentro? ¿Con los apestosos gases de los tubos de escape cuando repartes las pizzas? ¿Con el frío y el calor? ¿De verdad quieres eso?

Negué con la cabeza.

No, no quería eso.

—Y menos aún con esta paga de miseria —se me escapó de pronto.

—¿Quién se está quejando aquí de la paga? —Una voz penetrante e indignada a mis espaldas me hizo darme la vuelta de golpe.

Me quedé petrificada. —Joe —. Ante mí estaba nuestro jefe. Casi nunca venía a la pizzería. Hasta ahora, nunca había estado aquí un martes por la tarde. —Yo... nosotras... no sabía que usted estaba aquí.

Joe resopló con desprecio. —¿Ah, sí? ¿No lo sabía? ¿Y por eso ha pensado que tenía vía libre para criticar mi empresa e indisponer a

mis otros empleados contra mí?

—Claro que no —. Sacudí la cabeza.

—No me mienta —. Joe golpeó el estante que teníamos al lado con el puño derecho. Toda la estructura tembló. —Lo he oído perfectamente —. Joe abrió el puño y miró su mano con asco—. ¿Pero qué clase de suciedad asquerosa es esta?

—No se trataba de este trabajo —. Darleen salió en mi ayuda. La miré agradecida. —Estábamos hablando de otra cosa —aseguró mi compañera.

—A otro perro con ese hueso —. Joe levantó la voz. Uno de los compañeros del horno de leña nos miró, pero volvió a apartar la vista rápidamente.

Mejor no llamar la atención.

Más me habría valido haber seguido ese consejo yo también.

—¿Por quién me toman? —bramó Joe—. Han estado ahí paradas chismorreando y criticando sin sentido, como tanto les gusta hacer a las mujeres —. Joe se inclinó hacia delante y nos miró con tono amenazante—. Como les gusta hacer en lugar de trabajar —. Volvió a golpear el estante con el puño—. ¿Y se atreven a quejarse de la mala paga? Sinceramente, si no trabajan nada. ¡Incluso un dólar es demasiado para ustedes!

Podía entender que a Joe no le hubiera hecho gracia mi comentario, pero aquello iba demasiado lejos. —Claro que trabajamos —protesté —. Si no fuera así, ya se habría dado cuenta hace tiempo. Si no, no entraría ni un céntimo.

—¿Ah, sí? ¿A esto lo llaman trabajar? —Joe señaló con la mano la pila de cajas de pizza que esperaba para ser repartida—. ¿Cuánto tiempo llevan estas cajas aquí paradas? ¿Es que nuestros clientes tienen que recibir la pizza fría? Les importa un bledo la empresa. Lo único que cuenta es que llegue el dinero. Dinero, dinero, dinero. Es en lo único en lo que pueden pensar.

—Las pizzas acaban de salir ahora mismo. Todavía no están frías, ni mucho menos. Está todo controlado. No hay por qué alterarse —. Darleen le dedicó a nuestro jefe su mejor sonrisa y ojalá yo hubiera tenido su talento para la actuación. Entonces seguro que se me ocurriría la excusa perfecta y resultaría de lo más convincente al soltársela a Joe.

Pero tenía la mente en blanco.

—Si la paga de aquí no le parece lo bastante buena, puede irse a trabajar a otra parte cuando quiera —gritó Joe ahora—. A alguien como usted, a quien solo pago por estar ahí parada criticando, la encuentro en cualquier esquina —. Joe hizo un gesto con la mano hacia la puerta.

¿Qué?

Me quedé helada.

No podía permitirme eso. De ninguna de las maneras.

Me volvieron las náuseas, pero esta vez no era por el olor a grasa rancia y masa de pizza quemada. Era por el miedo. Me entró frío y se me encogió todo por dentro.

—¡Por favor, no! —supliqué—. Necesito el trabajo.

Joe soltó una carcajada burlona. —¿El trabajo? Querrá decir el dinero.

—No, yo... me gusta trabajar aquí. De verdad —. Estaba tan desesperada que le habría dicho a Joe cualquier cosa que quisiera oír.

Joe volvió a reírse. —¿Y se cree que me voy a tragar su lamentable tartamudeo? —Sacudió la cabeza—. Obras son amores y no buenas razones.

—Pero si estoy trabajando —. Desesperada, di un paso hacia las cajas de pizza. En ese preciso momento, uno de los pizzeros puso otras dos cajas sobre el montón y me miró con compasión. ¿No se llamaba Guido? Le miré buscando ayuda, pero él se dio la vuelta sin decir palabra. De todos modos hablaba muy poco inglés. No habría podido ayudarme.

—Querrá decir que trabaja cuando estoy yo aquí para vigilarla —. Joe se cruzó de brazos—. No hay problema. Si es eso, puedo hacerlo —. Joe hizo un movimiento con la cabeza hacia las cajas de pizza.

Aliviada, di un paso hacia la encimera y abrí el cajón isotérmico. Eché un vistazo a la nota del pedido y empecé a llenar mi caja. A mi lado, Darleen hizo lo mismo en silencio. Esta vez nos dimos especial prisa. Cuanto antes estuvieran llenas las cajas, antes nos alejaríamos de Joe. Fuera nos esperaba el olor a tubos de escape y los conductores tocando el claxon, pero aquello sería un verdadero descanso comparado con las imprecaciones de Joe.

Por fin cerré la tapa del cajón. Respiré un poco con alivio. Mientras llenaba el cajón siempre contenía el aliento, porque me parecía que el olor a grasa y a quemado era más intenso en ese momento. Agarré el cajón.

—¡Quieta! —tronó Joe detrás de mí.

Me sobresalté. ¿Qué es lo que había vuelto a hacer mal ahora?

—Usted se queda aquí. Su compañera hará un turno doble de reparto. Vamos —. Joe le hizo una señal a Darleen para que saliera de la cocina. Mi compañera me miró con lástima.

—¿Se va a mover ya? —le espetó Joe a Darleen.

—Ya voy, ya voy —refunfuñó ella, agarró uno de los cajones llenos y se marchó fuera.

Me quedé a solas con Joe. Sí, Guido y su compañero seguían allí. Pero ellos no oían ni veían nada. Miré de reojo el segundo cajón, que aún estaba sobre la encimera. En nuestros ciclomotores solo cabía uno. Darleen tendría que hacer su ruta y luego volver aquí para recoger el segundo.

—El reparto...

No pude seguir.

—Eso puede esperar. Usted va a fregar el suelo. Y los estantes. Esto tiene un aspecto absolutamente asqueroso —. Joe arrugó la nariz.

—La persona de la limpieza... —comencé a decir.

—A partir de ahora es usted, muñequita —. Joe frunció los labios como si esperara un beso de mi parte.

Retrocedí asqueada. Aquel tipo era tan malo como mi anterior jefe. ¿Es que todos los hombres creían que podían acostarse con una mujer por el simple hecho de ser su empleada?

—Venga, andando —. Joe señaló el cubo de fregar que estaba en el estante de abajo del todo. Al lado había crema de limpiar y un montón de bayetas.

Agarré el cubo a toda prisa y lo llené de agua.

—Así me gusta, buena chica —comentó Joe con satisfacción. Se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo.

Odiaba el humo del tabaco. Pero no dije nada.

Joe me lanzó el humo directamente a la cara cuando pasé a su lado con el cubo lleno. —Me voy a poner cómodo aquí para verla. Aunque solo sepa decir estupideces, lo cierto es que tiene unas tetas estupendas. Voy a ver cómo se estira para limpiar el estante de arriba. Y después veré cómo le cuelgan y le rebotan las tetas cuando se agache. Porque después fregará el suelo —. Joe soltó una carcajada burlona—. Y luego me iré a casa y me daré un buen placer a su salud.

Cerré los ojos.

Algo así no me lo habría imaginado ni en mis peores pesadillas. Necesitaba otro trabajo urgentemente. Me daba igual cuál fuera.

Capítulo 2 Carson

Crucé el vestíbulo silbando alegremente. A primera vista, todo parecía igual que en cualquier otra gran empresa estadounidense. Un suelo reluciente, un mostrador de recepción elegante con tres ordenadores, el logotipo de la empresa en la pared detrás de ellos, plantas verdes que daban un toque más acogedor y sofás donde los visitantes podían esperar. En el centro, una fuente gorgoteaba. El agua caía desde una columna en cascada a través de varios niveles. La fuente imitaba a una de chocolate. *Carson's Chocolates* era el mayor fabricante de chocolate de EE. UU. y yo quería que nuestros visitantes, candidatos y proveedores sintieran nada más entrar que no estaban en un bufete de abogados o en una consultoría más. No, aquí, en pleno Manhattan, latía el corazón de la industria chocolatera americana.

Lamentablemente, no había sido posible llenar la gran fuente con chocolate en lugar de agua. El despliegue técnico era excesivo, por no hablar de los costes de limpieza. En su lugar, ahora había cuatro pequeñas fuentes de chocolate repartidas por todo el vestíbulo que invitaban a la degustación. Pasé despacio junto a una de ellas. El aroma a chocolate era delicioso. Con el tiempo, no solo habíamos ampliado nuestra gama de productos, sino que también la habíamos

refinado. Me sentía orgulloso de que *Carson's Chocolates* fuera hoy sinónimo de chocolate de alta calidad que cualquier estadounidense podía permitirse. Estábamos en los estantes de todas las grandes cadenas de supermercados y apenas había nadie en el país, ya fuera niño o adulto, que no conociera nuestra marca.

MI marca.

Me puse erguido con orgullo y eché los hombros hacia atrás. Yo solo había hecho grande a *Carson's Chocolates*. Cuando hace unos años compré un fabricante de chocolate en quiebra cuyos productos nadie quería comer porque eran absolutamente incomestibles, todo el mundo me tomó por loco. Pero creí en mí mismo sin vacilar y trabajé duro. Con los mejores empleados de la antigua empresa, diseñé nuevas recetas y un concepto de marketing completamente nuevo. Con paciencia, me gané la confianza de los clientes, asegurándoles que la nueva empresa no tendría nada que ver con la antigua. Y cuando los primeros clientes potenciales cerraron los ojos con deleite y suspiraron suavemente al probar mi chocolate y mis bombones, supe que había ganado.

Hoy éramos más grandes que cualquier otro fabricante de chocolate en los EE. UU. Estaba orgulloso de mí mismo y de mis empleados, y me encantaba ir a trabajar cada día.

Para entonces ya había cruzado el vestíbulo y llegado a los ascensores. Varios ascensores llevaban a mis empleados a las distintas plantas del rascacielos, donde se encontraban los departamentos de desarrollo de producto, la cocina de exhibición, marketing, ventas, compras, contabilidad, recursos humanos, informática y todos los demás departamentos necesarios para el buen funcionamiento de *Carson's Chocolates*. Al lado había un ascensor adicional, reservado especialmente para el personal de la planta superior. Éramos el corazón y la cabeza de la empresa y no

quería que tardáramos más de lo necesario en llegar de la recepción a nuestros escritorios. Quien trabajaba más duro y durante más tiempo, se ganaba algún que otro privilegio, al menos en mi opinión. Hasta ahora, no había habido quejas al respecto en mi empresa.

Pasé mi identificación de empleado por el lector junto a los ascensores y pulsé el botón.

No pasó nada.

Ni se iluminó el botón ni el indicador junto al ascensor anunció cuánto tardaría en llegar abajo.

Pulsé el botón de nuevo.

Todo seguía a oscuras.

Escuché con atención, pero no se oía nada.

¿Se había vuelto a estropear el dichoso aparato?

Pulsé el botón varias veces y finalmente apreté el dedo contra él con todas mis fuerzas.

Por supuesto, siguió sin pasar nada.

Miré furioso la puerta cerrada del ascensor. Me habrían dado ganas de liarme a golpes contra ella y exigir que se abriera.

—Eso es infantil, Carson, y lo sabes perfectamente.

Miré a mi alrededor con cautela. El vestíbulo estaba vacío, pero otros empleados o algún visitante podrían entrar en cualquier momento. Y bajo ningún concepto quería que me vieran aporreando con furia la puerta cerrada de un ascensor.

A mi lado, el lector de tarjetas pitó.

Tiempo de espera agotado.

Si no entrabas en el ascensor después de un rato, la autorización concedida caducaba. Volví a pasar mi tarjeta por el lector y pulsé el botón de otro ascensor. El botón se iluminó y en la pantalla de arriba apareció un texto en rojo.

75 segundos.

Eso es lo que tardaría el ascensor en bajar hasta aquí.

Solté un gemido interno. Ya no estaba acostumbrado a las esperas largas.

—Buenos días, Sr. Sanders. —Una de mis empleadas, una mujer esbelta y en buena forma, de pelo corto, apareció a mi lado y se puso a esperar el ascensor conmigo.

—Buenos días —saludé, intentando recordar su nombre. Le daba muchísima importancia a conocer personalmente a todos los empleados. Pero, por desgracia, no tenía muy buena memoria para los nombres y me costaba recordar a todo mi personal, cada vez más a medida que la empresa crecía. Sin embargo, recordaba que la mujer trabajaba en compras y que, en realidad, solo venía por las tardes.

—¿Mucho trabajo? —pregunté—. Parece que ha llegado muy temprano —añadí.

La mujer suspiró con pesadez. —El cacao de África Occidental vuelve a estar retenido en la aduana y necesito urgentemente el certificado de los africanos. Ya he escrito decenas de correos, pero nunca responden, así que tengo que llamar por teléfono y, por la diferencia horaria, he tenido que venir temprano.

Asentí. Esos problemas me resultaban demasiado familiares.

—No ha sido nada fácil, porque precisamente hoy tenía cita con el traumatólogo —continuó la mujer sin esperar mi respuesta.

Mientras tanto, el ascensor había llegado. Dejé que la mujer pasara primero, luego la seguí y pulsé el botón de la planta superior.

—Los traumatólogos caninos tienen la agenda completa para meses, y Chin-Chin tiene unos dolores en la columna que no se lo creería. Todas las noches el pobrecito se pone a aullar y encima despierta a todos los vecinos. Cuando nos dieron el diagnóstico de que tiene artrosis, nos desesperamos, pero luego oímos hablar de este traumatólogo que, según dicen, hace verdaderos milagros...

Santo Dios. ¿Hablaba siempre tanto esta mujer? Normalmente aprovechaba el trayecto hacia arriba para planificar el día. Pero ahora eso era impensable. Me esforcé por aguantar su verborrea sin inmutarme. De todos modos, no se habría dado cuenta si la hubiera interrumpido. No paraba de hablar ni un segundo, hasta que me empezó a dar vueltas la cabeza.

El ascensor se detuvo en una de las plantas intermedias. Me habrían dado ganas de bajarme, pero a esas alturas solo quería llegar a mi

oficina por el camino más rápido.

Las puertas se abrieron y se volvieron a cerrar. Nadie entró y nadie salió.

Precisamente por eso odiaba los ascensores.

Todos menos el mío propio.

Ding.

Por fin llegamos a la planta superior.

Solo entonces me di cuenta de que la mujer seguía allí. Y eso que ella ni siquiera trabajaba en esta planta.

—Qué charla tan agradable —dijo ella radiante—. Por eso he subido con usted hasta arriba del todo.

Gemí para mis adentros. Con una disculpa murmurada, salí apresuradamente del ascensor.

—¡Hannah! —llamé irritado unos segundos después, al abrir la puerta de mi antepacho.

—¿Sí, Sr. Sanders? —mi secretaria ya estaba sentada tras su escritorio.

—¿Por qué no han reparado todavía el maldito ascensor? —la pregunta salió disparada de mi boca. En ese instante me percaté de que ni siquiera había saludado a Hannah—. Buenos días —añadí entre dientes.

Esta mañana estaba resultando demasiado para mí. El ascensor tenía que repararse urgentemente. Si no podía llegar a mi oficina con tranquilidad, el día empezaba mal y, por lo general, no mejoraba. Toda mi rutina se había roto y me resultaba difícil recuperar mi equilibrio interior para dar lo mejor de mí en *Carson's Chocolates*.

—El servicio técnico ha venido, pero no traían la pieza de repuesto adecuada. Han dicho que vendrán otra vez hoy —mi secretaria no se dejó intimidar en absoluto por mi mal humor.

—¿Han dicho que vendrán? ¿O que vendrán seguro? —Si había algo que me sacaba de quicio eran las afirmaciones tan imprecisas.

HAN DICHO.

¡Se trataba de una empresa! ¡De un encargo! ¡Había dinero en juego!

—Todavía no sabían si recibirían la pieza a tiempo —replicó Hannah.

—Pues encárguese de ello. De inmediato. Quiero que esto quede resuelto hoy. ¡Debería haberse solucionado hace tiempo! —con mal humor, abrí la puerta de mi despacho.

Y la cerré inmediatamente tras de mí.

Respira hondo, Carson. Respira hondo. Acabas de descargar toda tu frustración con Hannah, que es la que menos culpa tiene. Ahora cálmate, empieza el día y luego dile a Hannah que simplemente estabas de un humor de perros.

Miré hacia fuera a través de los grandes ventanales panorámicos. Ante mí se extendía el perfil de Nueva York. El Empire State Building y el Chrysler Building destacaban en el mar de rascacielos. El cielo mostraba su azul matutino y el sol entraba por las ventanas de mi despacho.

Estornudé.

Luego volví a estornudar.

Y una tercera vez.

Aparté la vista rápidamente.

Me pasaba cada vez que miraba al sol. Al parecer, ese reflejo de estornudo era congénito, pero no había conocido a nadie más que sufriera este extraño hábito y que simplemente no pudiera deshacerse de él. Los estornudos eran un auténtico fastidio. Daba igual si salía a la calle o entraba en una sala de conferencias, lo primero que hacía era estornudar. Amigos, conocidos y contactos de negocios solían regalarme cajas gigantes de pañuelos o sprays nasales en cualquier ocasión. Había desistido de explicarles que nada de eso servía. Por supuesto que no. Mis estornudos no tenían nada que ver con un resfriado. Era más bien una forma de alergia al sol.

Al menos, los estornudos de hoy habían expulsado la mala energía de mi cuerpo. Me senté al escritorio y encendí mi portátil. Fui bajando despacio por los correos habituales.

Borré una gran cantidad de spam. Hannah tenía que encargarle urgentemente al departamento de informática que se ocupara de mejorar el filtro de spam. Leí por encima, distraído, algunos correos

de clientes y proveedores, así como una oferta para comprar mi empresa, *Carson's Chocolates*. Cosas así llegaban todos los días desde que teníamos éxito.

Pero yo quería seguir siendo independiente. No quería acabar siendo un cero a la izquierda en una gran corporación alimentaria. Estaba orgulloso de lo que había creado y quería dirigir la empresa así durante muchos años más.

Nominación al Premio de Negocios de Nueva York

El asunto de un correo me llamó la atención. Subí rápidamente un poco y abrí el mensaje.

Leí el texto.

Luego lo leí por segunda vez.

Y entonces pegué un salto y apreté el puño.

¡Sí!

Lo había logrado.

El Premio de Negocios de Nueva York era el galardón más codiciado de la ciudad para empresas con éxito económico. Aquí competían empresas de todos los sectores y tamaños por el título de la compañía con más futuro de la ciudad. El simple hecho de estar nominado ya otorgaba la pertenencia a un círculo exclusivo, ya que el número de nominados nunca superaba los diez. Y eso era mucho decir en Nueva York, donde había decenas de miles de empresas.

Me senté de nuevo para leer el correo con calma.

Nos entusiasma especialmente su amplia gama de productos. Carson's Chocolates ofrece productos para todos los gustos y bolsillos, de modo que todos los neoyorquinos y neoyorquinas pueden disfrutar de ellos. Además, Carson's Chocolates es conocida más allá de los límites de la ciudad y del estado, contribuyendo así a que la reputación de Nueva York como ciudad de oportunidades ilimitadas, donde los sueños se hacen realidad, se siga extendiendo. Nos complace que usted y su empresa se encuentren entre los nominados y le felicitamos sinceramente por este éxito. Adjuntamos la lista de todos los nominados y los detalles de la ceremonia de entrega.

Esbocé una pequeña sonrisa ante esa jerga mezcla de lenguaje administrativo y publicitario. Abrí el archivo adjunto con curiosidad. ¿Quién más había logrado entrar en la codiciada lista de finalistas y aspiraba al Premio de Negocios de Nueva York?

En ese momento sonó mi teléfono. Un nombre apareció en la pantalla.

David Johnson.

Mi director de relaciones públicas.

—Buenos días, David.

—Carson, hola. ¿Has visto ya las buenas noticias? —soltó David con entusiasmo.

—Sí —el orgullo me invadió y me habrían dado ganas de decir más, pero me faltaban las palabras adecuadas para expresar lo que la

nominación significaba para mí.

—Un éxito increíble para nosotros y para ti. Puedes estar realmente orgulloso. Deberíamos sacar una nota de prensa de inmediato —David estaba en su salsa.

—Claro —respondí distraído, mientras repasaba la lista de nominados.

Mi mirada se detuvo en un nombre.

—No puede ser verdad —se me escapó.

—Sí, te entiendo, a mí también me parece bastante increíble, pero si dejamos eso a un lado… —La voz de David llegó a mis oídos.

—No me refiero a eso —le interrumpí.

—¿No? —preguntó David confundido.

—Edward Malley también está nominado para el Premio de Negocios de Nueva York —dije mientras miraba la pantalla con repugnancia.

—Bueno, tiene una empresa de software bastante exitosa y vende sus productos en todo el mundo. Lo que es un milagro es que haya entrado en la lista recién ahora y no haya estado nominado en los últimos años —David se mantuvo objetivo.

—Es un imbécil arrogante y no se merece el premio —no me anduve con rodeos—. No se detiene ante nada con tal de sacar ventaja.

—Ya... —David pareció no saber qué decir.

¿Y cómo iba a saberlo?

Él no conocía el verdadero motivo de mi aversión hacia Edward Malley. Sí, el tipo era un imbécil arrogante y sí, no se detenía ante nada con tal de sacar ventaja. Cuando compré la empresa chocolatera en quiebra sobre la que levanté *Carson's Chocolates*, Edward Malley intentó sabotearme. Pero me salí con la mía y con ello me gané un enemigo de por vida.

Dos años después me divorcié, y un año más tarde Edward Malley se casó con mi ex, Nellie. Ahora era la señora de Edward Malley, y el propio Edward Malley me dedicaba una sonrisita cada vez que coincidíamos, como si me hubiera quitado a Nellie. Y eso no era cierto. Yo había acabado harto de las relaciones en general y de Nellie en particular, y me había separado de ella.

Ni pensar qué pasaría si Edward Malley ganara el Premio de Negocios de Nueva York y lograra vencerme. ¡Y ante los ojos de toda la ciudad!

¡Eso no podía suceder!

Bajo ningún concepto podía suceder.

—No debe ganar bajo ningún concepto. A ningún precio. *Carson's Chocolates* tiene que quedar por delante sí o sí —quería borrarle de una vez por todas esa sonrisa burlona de la cara a Edward Malley.

Volví a apretar el puño.

Aún no sabía qué iba a hacer, pero de lo que estaba seguro era de que en la entrega de premios yo llevaría la delantera. Derrotaría a

Edward en todos los sentidos. Sin importar lo que tuviera que hacer para conseguirlo.

Capítulo 3 Lexie

—¡Maldita sea! —solté un taco mientras empujaba el patinete eléctrico hacia el portal. Lo había comprado de segunda mano hacía meses e incluso había pedido un pequeño préstamo para pagarlo, que ahora iba liquidando mes a mes. A largo plazo, sin embargo, el patinete me ahorraría dinero. Desde que lo compré, no había vuelto a usar ni el autobús, ni el metro, ni mucho menos un taxi. Las cuotas del préstamo y el coste de la electricidad para cargarlo eran, en conjunto, más bajos que el precio de un abono mensual, así que el patinete salía a cuenta de todas formas.

Pero ahora el estúpido cacharro ya me había dejado tirada por quinta vez en mitad del trayecto. Simplemente se había parado, como si de repente se hubiera quedado sin batería. Pero eso era imposible, porque lo había cargado por completo esta misma mañana antes de irme a trabajar.

Lo que más me apetecía era dejar el dichoso trasto en un rincón y comprarme de una vez el abono mensual para el metro y el autobús. A veces llegaban tarde, pero al menos funcionaban, a diferencia de mi patinete. Pero la verdad era que no tenía dinero suficiente para permitirme un abono mensual además de las cuotas del patinete.

Suspirando, abrí la puerta de la escalera y encadené el patinete debajo de los peldaños. Lo miré con mal humor. ¿Debería intentar encontrar a alguien que supiera repararlo? No tenía ni idea de qué podía estar fallando. Hasta ahora, el patinete siempre había vuelto a arrancar sin problemas al día siguiente de sus averías.

—La próxima vez compraré algo así solo en un distribuidor oficial. En cualquier otro sitio nunca sabes lo que te están encasquetando — dije en voz alta para mis adentros y volví a salir hacia los ascensores. Nuestro piso estaba en la cuarta planta. No era demasiado alto, pero no tenía ninguna gana de subir todos los escalones a pie. Estaba cansada. El turno en la pizzería no solo había sido agotador físicamente; estaba exhausta emocionalmente. Joe me había hecho limpiar cada rincón de la cocina mientras soltaba un comentario obsceno tras otro. Lo que más deseaba era no volver mañana. Pero no tenía otra opción. Necesitaba el dinero. Tenía que pagar las cuotas del patinete, el alquiler y la comida.

Seguro que Joe se calma, Lexie. Quizá hoy simplemente estaba de un humor de perros porque lo ha dejado su novia o porque ha pasado algo malo en su vida. Mañana será otro día y probablemente ni siquiera aparezca por la pizzería, así que podrás estar tranquila. Además, Darleen no puede repartir todas las pizzas sola cada día. Te tocará volver a la moto y allí estarás a salvo de Joe.

Entré en el ascensor y pulsé el botón de nuestra planta. Luego me apoyé contra la pared y cerré los ojos. Me prepararía un baño relajante, me metería en la bañera y escucharía algo de música.

Eso era exactamente lo que necesitaba ahora. Imaginé la espuma blanca, el agua muy caliente y un aroma agradable.

Ding.

El ascensor había llegado a nuestro piso. Pocos segundos después, giré la llave en la cerradura.

—Hola Myra, hola Beverly —exclamé al entrar en el pasillo y cerrar la puerta lentamente detrás de mí. Nada se movió. ¿Acaso no estaban mis dos compañeras de piso en casa? Ante ese pensamiento, sentí un ligero alivio.

Cuando me mudé a Nueva York, me alegré de tener a Myra y a Beverly. No conocía a ni un alma y mis compañeras se convirtieron automáticamente en mis amigas. Eran las personas a las que les confiaba mis cosas por las noches y a quienes les contaba mis preocupaciones, necesidades y miedos. Pronto cogí confianza con ambas y me gustaba que me escucharan mientras yo cocinaba para las tres por las noches. Pero en las últimas semanas nuestra convivencia había cambiado.

Una vez Myra se quejó porque yo no había cocinado y tuvo que hacerlo ella misma. Y Beverly me exigió que limpiara mejor la cocina después de cocinar, en lugar de contribuir ella también.

—¡Lexie! Por fin estás aquí. Nos morimos de hambre. —Myra salió de la cocina—. Pensábamos que llegarías mucho antes. —Sacudió la cabeza.

—Hoy estoy destrozada, Myra —expliqué—. Creo que me daré un baño y me iré directa a la cama. Lo siento.

Myra me miró indignada. Tras ella apareció Beverly, que se hizo hueco en el pasillo. —¡¿Cómo?! ¿Que no vas a cocinar? ¿Y qué se supone que vamos a cenar entonces? —Beverly se puso las manos en las caderas.

—Bueno, vosotras mismas podéis prepararos algo. Seguro que queda comida en la despensa. Arroz o pasta. —Me encogí de hombros.

Beverly le dio un codazo a Myra. —¿Has oído eso? La muy aprovechada quiere que cocinemos para ella. Quiere sentarse a mesa puesta.

—Lo he oído. —Myra se cruzó de brazos y me miró con actitud desafiante.

Por dentro me hervía la sangre. Llevaba meses cocinando para las dos. Simplemente porque me gustaba hacerlo. Compartíamos los gastos de la comida. A veces incluso compraba algún postre por mi cuenta. Me caían bien y quería compartir con ellas lo que pudiera. No pedía que me lo devolvieran. Me gustaba dar porque sí.

¡Pero esto ya pasaba de la raya!

—Estoy agotada, el trabajo en la pizzería me está matando. Y sí, sería un detalle que vosotras cocinarais para mí de vez en cuando. Hoy he tenido un día de mierda y me vendría muy bien un poco de atención.

—¡Atención! —Myra soltó una carcajada burlona—. Por favor, que no somos tus padres. Ya eres mayorcita para cuidar de ti misma.

No tenía ganas de discutir. Quería paz y sumergirme en un baño de espuma caliente. En lugar de responder, abrí la puerta del baño que tenía al lado. Encendí la luz y retrocedí espantada.

—¿Pero qué aspecto tiene esto? —jadeé. El suelo estaba cubierto de huellas de barro. En la bañera se veía un cerco de suciedad evidente

y en la barra de la cortina de la ducha colgaba un montón de ropa que, obviamente, estaba ahí para secarse.

—Yo también he tenido un día duro. —Beverly se encogió de hombros—. Si quieres usar la bañera, pues la limpias.

Me quedé boquiabierta. —¿Desde cuándo no limpia las cosas quien ha sido la última en usarlas y ensuciarlas?

—Lo hemos decidido así. —Myra salió en defensa de Beverly—. Si no te gusta, ya sabes que puedes mudarte.

Ya ni siquiera sabía qué sentir en ese momento. Fue como si todo en mi interior se quedara entumecido. Mis dos compañeras de piso, las personas que consideraba mis amigas más cercanas en esta ciudad, me estaban tratando casi tan mal como mi jefe. Es más, casi me estaban echando del piso.

—No quiero mudarme. Ni siquiera me lo puedo permitir —dije.

Maldita sea, Lexie, eso ha sido un error. Tal como se están portando estas dos, no deberías darles un blanco fácil. Si saben que te tienen en sus manos porque no tienes dinero...

Pero las dos ya lo sabían de todos modos. Mi comentario no cambiaba nada.

Myra soltó una risita. —Ya lo sabemos. Bastante nos has lloriqueado con lo mal que te pagan en la pizzería. Aunque no es culpa nuestra que no hayas encontrado nada mejor.

—Por algo será que nadie te quiere, salvo un antro de pizzas mugriento. —Beverly se unió a las pullas—. A nosotras nos pasó

igual. En su día habríamos cogido a cualquier otra compañera de piso en tu lugar si hubiéramos tenido elección.

Aquello dolió. Retrocedí un paso por instinto.

Joe me había soltado lindezas de todo tipo, pero esto era peor que todo lo que había oído jamás. Joe era un capullo. Pero esta traición venía de personas que yo creía mis amigas. De dos mujeres con las que había pasado mucho tiempo y por las que me había esforzado sinceramente.

—También habrá un motivo por el que tu antiguo jefe te despidió. —Myra sacudió la cabeza—. Me habría encantado ser una mosca para ver qué pasaba en esa empresa. Probablemente no dabas pie con bola, como aquí.

—¿Igual que aquí? —Por fin recuperé la voz. Hasta entonces me había quedado muda de indignación ante Beverly y Myra. Ahora por fin podía decir algo. Pero mis palabras sonaban tan carraspeantes como si estuviera muy resfriada.

—Bueno, llegas a casa y estás demasiado cansada para cocinar. En lugar de eso, quieres meterte en la bañera y hacerte la vaga, esperando que te sirvan. Si haces lo mismo en el trabajo... —Beverly se encogió de hombros.

—...entonces es bastante comprensible que te pusieran de patitas en la calle —terminó la frase Myra, y añadió—: Probablemente solo sea cuestión de tiempo que el jefe de la pizzería también te eche. Una no puede camuflar su falta de ganas de trabajar para siempre y vivir a costa de los demás. Con ese truco no se llega muy lejos a largo plazo.

—Precisamente vosotras tenéis que decir eso —repliqué enfadada—. ¿Quién ha estado aquí viviendo a costa de los demás y dejando que les cocinen?

—Cuidado con lo que dices —me amenazó Beverly—. O te verás en la calle más rápido de lo que crees.

—¡Exacto! —corroboró Myra—. Como falte el alquiler aunque sea una vez...

—...o llegue un solo día tarde... —añadió Beverly.

—...o transfieras ni un céntimo de menos... —siguió Myra.

—...entonces ya puedes ir buscándote otro sitio. —Beverly me miró de forma amenazadora.

Aquello era demasiado. Sentí cómo se me formaba un nudo en la garganta. Se me humedecieron los ojos y parpadeé. Los insultos de Joe los había aguantado bastante bien, pero esto era demasiado. —¿Qué os he hecho yo? —pregunté desesperada.

——HASTA AHORA no has hecho nada realmente malo. HASTA AHORA —me miró Myra—. Pero probablemente solo sea cuestión de tiempo. La gente como tú... primero intentáis caerle bien a todo el mundo. Cocináis. Traéis postre. Contáis cosas sobre vosotras. Y luego, de un día para otro, cambiáis de repente. Ni comida. Ni postre. Silencio. —Myra sacudió la cabeza.

—Y lo siguiente que hacéis es afirmar que NOSOTRAS somos las culpables de todo. Cuando habéis sido VOSOTRAS las que habéis cambiado. —Beverly me lanzó una mirada furiosa—. Siempre echándole la culpa a los demás, sí, eso se os da muy bien.

Parpadeé de nuevo. Me daba vueltas la cabeza.

—Eso... —Mi voz sonaba pastosa. Me aclaré la garganta—. Eso no es verdad en absoluto. Estáis retorciendo los hechos por completo y...

Beverly estalló en una risita histérica. —¿No lo acabo de decir? Siempre echándole la culpa a los demás, eso es lo vuestro. Eres más tonta de lo que pensaba, Lexie. Te estoy diciendo lo que haces mal y vas tú y haces exactamente lo mismo dos minutos después. —La risa de Beverly se volvía cada vez más fuerte.

Myra se unió a las carcajadas de Beverly.

Me las quedé mirando. Estaban ahí delante de mí, riendo y riendo.

De mí.

No conmigo.

Se estaban riendo de mí.

Mi situación, mis problemas, mis preocupaciones... todo les importaba un bledo. Solo me habían escuchado porque cocinaba para ellas y me prestaba a hacer otras tareas en el piso compartido. Yo no les importaba de verdad. Tenía que funcionar, eso era lo principal.

¿Toda la gente era así hoy en día?

Myra y Beverly seguían riendo.

Me pareció que aquello no iba a terminar nunca.

Me tapé los oídos con las manos.

Pero incluso a través de esa barrera, las risotadas se filtraban, aún más fuertes que antes.

Y entonces me di la vuelta, cogí mi bolso, abrí la puerta de un tirón y salí fuera. Así, sin más, sin chaqueta.

La puerta se cerró tras de mí. Incluso entonces, todavía las oía reír. Fuerte e histéricamente. Parecía que no podían parar.

Bajé las escaleras a toda prisa. No podía quedarme allí esperando el ascensor. Tenía que irme. Simplemente no quería oír más aquellas risas miserables.

¿Cómo me había podido equivocar tanto con ellas?

¿Y ahora qué iba a hacer?

Al pie de la escalera, eché un vistazo rápido a mi patinete eléctrico.

No, ahora necesitaba caminar.

Necesitaba moverme.

Abrí el portal y eché a correr calle abajo. Corrí y corrí y corrí. Giré a la izquierda, a la derecha, luego otra vez a la izquierda...

Simplemente seguí adelante.

Corrí hasta que ya no supe ni dónde estaba.

Me detuve jadeando y me llevé las manos a los costados. Me incliné hacia delante buscando aire. Nunca en mi vida había corrido tanto.

Poco a poco, mi respiración volvió a la normalidad.

Levanté la mano para limpiarme la frente.

Y entonces la vi.

Una arañita trepaba por mi mano derecha. Caminaba sobre el dorso de mi mano hacia el brazo.

—¡Ahhhhh! —grité con fuerza y sacudí el brazo mientras daba saltos.

Las arañas me aterraban. Desde mi infancia, evitaba encontrarme con esos pequeños monstruos de ocho patas y daba un rodeo enorme para no pasar por ningún sitio donde pudieran estar. Jamás entraba en el sótano o en el desván, y si me sentaba en el césped de algún sitio, inspeccionaba el entorno meticulosamente. De dónde venía ese miedo ni yo misma lo sabía muy bien. A veces me sentía un poco ridícula. Había intentado muchas veces acostumbrarme a las arañas. Me decía a mí misma que no me hacían nada. Pero no servía de nada. Aquellos animales me daban pavor.

Seguí saltando. Entonces mi pie chocó contra algo duro. Mi tobillo raspó de forma desagradable contra la piedra. Mi rodilla se torció.

Y entonces sentí que caía lentamente. Extendí los brazos. Quizá pudiera amortiguar un poco la caída.

Mis manos tocaron algo de hierro.

Una verja.

Me agarré a ella.

Caí contra la barandilla y me deslicé hasta el suelo.

Me quedé sentada, agotada.

Entonces recordé qué me había hecho caer.

Con miedo, levanté mi mano.

¿Se había ido la araña?

—¿Puedo ayudarla? ¿Ha pasado algo? —Una voz cálida y agradable me hizo levantar la vista. Ante mí estaba el hombre más atractivo que había visto jamás. Sus ojos eran tan oscuros como su voz. Sus rasgos marcados, con la nariz recta, me resultaban familiares. Pero nunca lo había visto antes. De eso me acordaría. A ese rostro atractivo lo acompañaba un cuerpo tonificado enfundado en un traje a medida. Claramente, ese hombre no pertenecía a los neoyorquinos más humildes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó de nuevo.

—Cómo... Yo... oh... había una araña... —balbuceé, sintiéndome aún más ridícula de lo habitual.

El hombre se rió. Pero no de forma maliciosa, sino suave y con indulgencia. —Sí, lo entiendo. Mi madre también tenía un miedo atroz a esos bichos. —Me examinó de arriba abajo. Su mirada me caló hasta los huesos. Ya estaba acalorada por haber corrido, pero

de repente sentí un calor de una forma completamente distinta. Aquel calor venía directamente de mi interior.

—Se ha ido —anunció el hombre—. Al menos, yo no veo nada. —Me tendió la mano—. Levántese y dése la vuelta.

Le cogí la mano. Su agarre era cálido y firme, y de repente me sentí como si, a través de ese contacto, fluyera una energía nueva hacia mi cuerpo.

No seas ridícula, Lexie. Esas cosas no existen.

El hombre tiró de mí para levantarme y alzó el brazo. Me giré. Para alguien que nos viera desde fuera, debía de parecer que estábamos bailando juntos.

—Ni rastro de la araña —declaró el hombre y tiró de mí suavemente hacia atrás.

Cerré los ojos e imaginé que en ese momento estaba entre sus brazos.

Entonces, él me atrajo un poco más hacia atrás.

Capítulo 4 Carson

Contemplé la espalda esbelta y recta de la mujer. Llevaba una blusa negra sencilla y unos vaqueros azules. No era una de esas tías emperifolladas como todas las otras mujeres con las que solía toparme. Mi mirada subió hasta su cuello estilizado. Allí se rizaban algunos cabellos que se habían escapado del recogido. Unos rizos pelirrojos minúsculos, pequeñitos, que se enroscaban de forma tentadora sobre la piel blanca y que me habría encantado volver a colocar en su sitio. O enredarlos en mi dedo. Tiré de la mujer un poco hacia atrás.

¿Cómo era posible que me hubiera caído en los brazos así como así?

Hacía media hora, todavía estaba arriba en mi ático, indignado porque el frigorífico estaba tan vacío como la cuenta de mi ex después de una tarde intensiva de compras. Literalmente no había nada de comer en el apartamento. Y tampoco había nadie más en la casa.

Mi asistenta había dimitido tras dos días de servicio. Supuestamente porque había encontrado un trabajo mejor. Sin embargo, yo

sospechaba seriamente que no tenía ganas de trabajar y que había decidido que prefería que su novio la mantuviera. En esos dos días, se había quejado varias veces de que no solo tenía que cocinar, sino también pasar la aspiradora y mantener limpios los muebles. Y encima hacer la compra. ¿Pero qué esperaba? ¿Un trabajo de cuidadora de gatos? Ni siquiera tenía gato y, además, me pasaba todo el día en el trabajo, así que tenía tiempo de sobra para encargarse de todo. Y si quería, hasta podía pintarse las uñas mientras tanto, o lo que sea que hacen las mujeres todo el día cuando no tienen trabajo ni niños que cuidar.

Yo ofrecía un sueldo bastante bueno. Todo lo que pedía a cambio era que mi asistenta se quedara hasta que yo volviera del trabajo. Para mí era fundamental tener cada noche una cena recién hecha sobre la mesa. Y con «recién hecha» me refería a de verdad, Nada de recalentados, porque para eso ya podía comprarme unos cuantos platos precocinados. Eso es lo que me había servido mi ex cada noche y ya estaba harto. Quería algo fresco, así que solo contrataría a personas que cumplieran esa condición.

Pero, al parecer, eso era imposible. Una asistenta se había marchado porque siempre llegaba demasiado tarde del trabajo para su gusto. La otra, porque me negué a comer solo platos veganos y la tercera… bueno, ¿por qué se había ido la última exactamente? ¿Acaso llegó a decírmelo?

En cualquier caso, había vuelto a cerrar el frigorífico vacío y, resignado a mi suerte, decidí salir a buscar algo de comer. Quizá en un local de comida india para llevar. Busqué en Google tres direcciones y decidí dar un corto paseo nocturno para pedir algo allí donde más me gustara y donde se viera más limpio desde fuera. Había algunas pizzerías aquí en Nueva York que el departamento de salud debería haber cerrado hace tiempo. La grasa, los bichos y la suciedad estaban a la orden del día. No pensaba comer nada de eso.

Mis exigencias respecto a mi alimentación eran tan altas como las que tenía con mi chocolate. ¿Y por qué no iban a serlo?

De modo que estaba buscando un local de comida para llevar o quizá un restaurante, cuando de pronto me fijé en aquella mujer. Parecía tener un problema, pues de repente empezó a dar saltitos en la acera y estuvo a punto de caerse. Me apresuré a ayudarla tan rápido como pude. Nueva York era una ciudad inmensa. Sobre todo, era una ciudad anónima en la que la gente, desgraciadamente, no solía ayudarse por miedo a ponerse en peligro. O porque simplemente les daba igual cómo estuvieran los demás. Pero yo ni tenía miedo ni me resultaba indiferente el prójimo.

La mujer, a la que sostenía de la mano, emitió un breve sonido que me devolvió al presente. Contemplé por última vez ese cuello esbelto y luego giré mi brazo de nuevo hacia dentro.

La mujer siguió mi movimiento y volví a mirar sus brillantes ojos verdes, que hacía un momento estaban muy abiertos por el susto.

—No hay araña —repetí.

—Gracias —dijo la mujer aliviada. Su voz melodiosa me caló hondo. Mi respiración se aceleró un poco. La bella desconocida añadió—: Sé que es totalmente ridículo tener tanto miedo a las arañas. He intentado de todo para superarlo. Pero, de alguna manera, no lo he conseguido. —Sus ojos verdes me miraron con un ligero sentimiento de culpa.

—No hay por qué avergonzarse de ello —respondí en tono tranquilizador—. La gente tiene miedo a todo tipo de cosas. A los exámenes, a los aviones, a las multitudes… y tú, pues les tienes miedo a las arañas. El problema no son las arañas, sino las personas que pretenden convencerte de que tus miedos son ridículos.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par, sorprendidos. Los labios de la mujer se entreabrieron y volvieron a cerrarse. Arrugó ligeramente la nariz y sentí el deseo irracional de darle un toquecito con el dedo. La bella desconocida tragó saliva. Abrió los labios de nuevo. Finalmente, dijo:

—Nadie me había dicho nunca algo así.

—Qué tontería. —Sonreí. Me di cuenta de que la mano de la mujer seguía en la mía. Estaba cálida y suave, y se sentía exactamente como debía. Sí, se sentía como si la mano de esa mujer hubiera estado en la mía desde siempre. Como si perteneciera precisamente a ese lugar. Sin querer, apreté un poco su mano. Ella me devolvió la presión.

Me aclaré la garganta.

Una parte de mí quería invitar a la mujer a cenar, charlar con ella y descubrir más cosas. Conocerla. Saber quién era, más allá de un miedo obviamente considerable a las arañas. ¿En qué trabajaba? ¿Cómo vivía? ¿Qué pensaba?

Qué tontería, Carson. Solo es una mujer que has encontrado por casualidad en la calle. La has ayudado. Nada más y nada menos. Podría estar casada y tener familia.

Sin embargo, en la mano que sostenía no había ningún anillo.

Eso debería darte igual, Carson.

Pensé en mi ex. Tras la separación, había decidido quedarme soltero. No solo por un tiempo, hasta que lo hubiera superado todo. Sino para… bueno, básicamente, para el resto de mi vida. Estaba harto

de tratar a una mujer como a una reina para recibir a cambio solo críticas y quejas. No quería volver a pasar por eso. Sí, trabajaba mucho y mi labor me absorbía por completo algunos días. Pero también me gustaba trabajar. Crear y vender chocolate para un público amplio me llenaba de una satisfacción profunda. Disfrutaba con ello y estaba orgulloso de mi éxito. Y, por tanto, no pensaba trabajar menos. Y mucho menos para tener que aguantar quejas y exigencias por otro lado.

Pero la mujer de mi mano no parecía de las que se quejan nunca.

Parecía alguien que te aceptaba tal como eras.

¿Existía de verdad ese tipo de personas?

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas a la cuestión, sonó mi móvil. Automáticamente moví la mano hacia el bolsillo del pecho. Y eso significó que solté la mano de la mujer. La pérdida del contacto la sentí con una intensidad inesperada.

—Per… perdón —murmuré, sacando el teléfono del bolsillo.

La mujer sacudió la cabeza.

—No tienes por qué disculparte. Ya me has ayudado bastante y seguro que tienes otras cosas que hacer.

Realmente no se queja, Carson. Parece tener claro que ella es importante, pero que no es lo único importante en la vida de los demás.

—Tu teléfono. —La mujer señaló el bolsillo de mi camisa.

—Ah, sí. —Rápido, saqué por fin el smartphone.

Edward Malley.

El nombre en la pantalla hizo que mi buen humor se esfumara al instante. ¿Qué quería aquel tipo de mí? Realmente siempre llamaba en el momento más inoportuno.

¿Qué es eso de momento inoportuno? Ese tipo ni siquiera debería llamarte, Carson.

Pero, por desgracia, mi ex le había dado mi número a Edward y él llamaba cuando quería algo de mí.

Asentí hacia la mujer.

—No tardaré mucho. —Luego caminé unos pasos hacia el portal de un edificio y acepté la llamada.

—Carson, ¿cuánto tarda en coger el teléfono? ¿Lo he despertado? ¿A estas horas? —Edward Malley soltó una risita maliciosa.

Respiré hondo. Bajo ninguna circunstancia me rebajaría a su nivel.

—Edward. Qué alegría oírle. No, no me ha despertado. Uno nunca debe juzgar a los demás por sí mismo en estas cosas. Yo no suelo dormir a estas horas.

Edward bufó.

—¿Acaso cree que yo estoy durmiendo?

—¿Por qué si no iba a pensar que otros lo hacen? —Me encogí de hombros—. ¿Qué puedo hacer por usted, Edward? No tengo mucho tiempo, así que mejor vaya al grano. —Eché un vistazo desde el portal. En ese momento, la bella desconocida miró hacia mí. Le hice un gesto de despedida con la mano. Ella levantó una mano y sus labios formaron un «gracias» silencioso. Luego se dio la vuelta.

Debió de interpretar mi gesto como una despedida definitiva.

Mientras la veía alejarse lentamente calle abajo, no supe si sentirme aliviado o no.

Da igual, Carson. Ha sido solo un encuentro casual. Céntrate en el trabajo. Y en Edward.

Ese hombre seguro que no llamaba para felicitarme por la nominación al premio. Quería otra cosa y, garantizado, sería algo que le reportara algún beneficio. Pero conmigo no.

—He visto que está en la lista para el New York Business Award —comenzó Edward.

—Así es —confirmé.

—He pensado que mejor llamaba para asegurarme de que eso no supone un problema para usted. —Con esta frase, Edward soltó una risita por lo bajo.

—¿Un problema? —No tenía ni idea de a qué se refería.

—Bueno, por un lado, seguramente será duro para usted cuando esté a mi lado en el escenario y tenga que felicitarme por mi victoria. —La voz de Edward destilaba malicia.

—No se preocupe por mí —le devolví—. Sabré lidiar con ello. Ya no estamos en la guardería, donde uno no puede alegrarse del triunfo honesto de otro en un juego y todavía tiene que aprender a hacerlo. —Tomé aire un momento—. Además, no debería precipitarse. ¿Quién le dice que no será precisamente al revés y que será USTED quien me felicite a mí por ganar el premio? Espero que entonces para usted suponga tan poco problema como para mí.

—No se crea que va a ganar ese premio solo porque en su día logró comprar aquel viejo antro y convertirlo en algo un poco mejor. Ese tufo de entonces todavía se le pega a *Carson's Chocolates* hoy en día. Me alegro mucho de haber perdido aquella vez y haber podido concentrarme del todo en el software —picó Edward.

—Bueno, entonces todo en orden —respondí.

—Por cierto, Nellie estará conmigo en el escenario. Por supuesto. Seguramente lo habrá leído. Las parejas están cordialmente invitadas a la gala. Espero que eso no sea un problema para usted. —Edward seguía intentando provocarme.

—Por supuesto que no. —Me mantuve sereno.

—Digo que va a quedar bastante raro. Yo con el premio en las manos y su exmujer a mi lado besándome, y a nuestro lado usted, sin premio y encima soltero, solo. El perdedor de turno. —Edward volvió a reírse.

Apreté los dientes y respiré hondo.

No dejes que este idiota te provoque, Carson. Si se enfada ahora, habrá logrado su objetivo.

No iba a darle ese gusto.

—No me gusta repetirme, Edward, pero por usted incluso haré eso. —Ahora sí que le devolví un poco la pulla. Sus comentarios no me resbalaban del todo—. Que gane el premio es de todo menos seguro. Por ahora está nominado, igual que yo. ¿Y quién le ha dicho que voy a ir solo a la gala? Esa es solo otra de sus conclusiones precipitadas.

Mierda.

Al final Edward sí había conseguido darme donde duele y hacerme soltar un comentario imprudente.

¿Cómo se me había ocurrido decir que llevaría a una mujer?

Pero ahora ya no podía echarme atrás. Entonces Edward triunfaría de verdad.

—¿Usted… usted tiene a alguien nueva? —La voz de Edward sonaba incrédula.

Solo eso ya no tenía precio.

—Bueno, ¿y por qué no? —le pregunté a mi vez.

—Lleva siglos soltero y por eso pensé… —Edward no terminó la frase. Probablemente no había pensado nada en absoluto.

—Es que soy exigente y no me quedo con la primera que pasa. —Levanté las cejas, aunque Edward no pudiera verme—. Pero ahora lamentablemente tengo que terminar nuestra conversación, Edward.

Tengo mucha prisa. —Sin esperar la respuesta de Edward, pulsé el icono rojo del teléfono.

Me rugía el estómago.

Me rugía todo por dentro.

Le había mentido a Edward.

Y ahora tenía que actuar para no quedar en ridículo.

¿De dónde demonios iba a sacar a una mujer antes de la entrega de premios?

Capítulo 5 Lexie

Entré sin aliento en la pizzería, metiéndome al mismo tiempo un caramelo de menta en la boca. Con suerte, funcionaría tan bien contra las náuseas como el jarabe de Darleen. Y ojalá Joe no estuviera hoy por allí. El día de ayer había sido una auténtica mierda, pero al final… al final ya no me había sentido tan mal. El encuentro con aquel desconocido tan atractivo de ojos oscuros me había dado energía y fuerzas, borrando todos los malos tragos del día. Sonaba bastante cursi, pero lo cierto es que había sido así. De camino a casa me había pellizcado el brazo varias veces para asegurarme de que no estaba soñando. Había pasado casi flotando por delante de Myra y Beverly para luego tumbarme en la cama de mi habitación y mirarme la mano. La mano que había estado entre las suyas. Realmente había sentido que estábamos hechos el uno para el otro, al menos por un instante.

Y después me había levantado y enviado tres candidaturas. Sin mucha esperanza, la verdad, pero al menos había hecho algo. ¿Y quién sabe? Quizá los sueños se hicieran realidad después de todo. En contra del consejo de Darleen, no había falsificado ninguna referencia ni cambiado el nombre de mi jefe. ¿No habría en alguna parte una empresa que me aceptara tal como soy?

Deja de soñar, Lexie. Puede que lo de ayer no fuera un sueño, pero eso fue ayer. Hoy estás aquí. En la pizzería. Aquí es donde trabajas y esta es tu realidad.

Era una realidad de la que no podía escapar y en la que, ya desde temprano por la mañana, olía a pizza quemada y a grasa rancia. Y eso a pesar de que ayer me había pasado el día limpiando, frotando y abrillantando toda la cocina.

Si alguna vez conseguía salir de aquí, no volvería a tocar una pizza en la vida. Ya no me entusiasmaban demasiado antes de empezar a trabajar aquí, pero ahora estaba harta hasta las cejas, en el sentido más literal.

Tragué saliva e intenté respirar por la boca en la medida de lo posible; así el olor no resultaba tan insoportable. Con cautela, me dirigí hacia la cocina. Todo seguía en calma. Joe no estaba. Respiré aliviada. Realmente no quería volver a vivir un día como el de ayer. Pero todo estaba tranquilo. Guido y su colega Bruno trabajaban en los hornos. En ese momento, Guido sacaba la primera tanda de pizzas y las metía con destreza en las cajas que tenía preparadas.

—¡No quedan cajas! —gritó por encima del hombro en un inglés precario.

—Yo me encargo —dije, abriendo la puerta del pequeño trastero que tenía a mi izquierda. Allí guardaban bombillas, repuestos y, precisamente, las cajas de pizza. Joe era tan tacaño que las pedía sin montar. Teníamos que plegarlas a mano. Suspiré. Todos los demás jefes recibían las cajas ya montadas por máquinas. Solo Joe se negaba a gastar dinero en eso. Opinaba que, de todas formas, no teníamos suficiente trabajo y que podíamos hacerlo rápidamente en cualquier momento libre.

Llevé un montón de cartones a la encimera y cogí el primero para empezar a plegarlo. Justo cuando estaba doblando los laterales hacia arriba, me sonó el móvil. Me sobresalté al instante. Joe tenía terminantemente prohibido usar el móvil durante las horas de trabajo.

Pero Joe no estaba y a Guido y Bruno les importaba un bledo lo que yo hiciera. Miré la pantalla rápidamente.

Sloan.

Mi hermano.

Me dio un vuelco el corazón. ¡Ojalá no le hubiera pasado nada! Normalmente nunca me llamaba. Yo le transfería dinero con regularidad, ya que me sentía responsable de él tras la muerte de nuestros padres. No teníamos más parientes y Sloan lo había tenido muy difícil en la vida. No quería que sintiera que yo también lo abandonaba.

Respondí a toda prisa. —¿Hola, Sloan?

—Lexieeee… —La voz de mi hermano sonaba extrañamente nasal y lenta.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada.

—To… to… todo bien. —Sloan necesitó tres intentos para articular la respuesta.

¿Había bebido? —¿Has estado de fiesta? —le pregunté.

—Necesito dinero, Lexie —se quejó Sloan, ignorando mi pregunta.

—¿Dinero? Pero si hace solo dos semanas que te pasé la cantidad de siempre. —Miré rápidamente el calendario de modelos pin-up de segunda categoría que Joe había colgado en la pared con una sonrisa a principios de año. Eso es. Hace dos semanas le había enviado el dinero. Y seguro que le había llegado, de lo contrario ya se habría quejado hacía tiempo.

En ese instante apareció Darleen y me saludó con un gesto de cabeza.

—No es suficiente. Nunca es suficiente. Es que me mandas muy poco —se quejaba ahora Sloan—. Tú vives a todo trapo y a tu hermano pequeño lo dejas morir de hambre.

Aquello me dolió. —No vivo a todo trapo —repliqué—. Y te mando cada mes todo lo que puedo, pero yo también tengo que vivir de algo.

—No sirves para nada. —Sloan resopló y me colgó sin más.

Darleen me dio un codazo.

Levanté la vista.

Directamente a los ojos de Joe.

—¡Maldita sea! —empezó a bramar Joe—. ¿Se cree que porque ayer, por una vez, tuviera que trabajar de verdad, hoy puede tocarse las narices hablando por teléfono en horas de servicio? ¡Cuántas veces le he dicho que las llamadas personales están terminantemente prohibidas!

—Es una emergencia familiar —me defendí—. Mi hermano no está bien.

—¡Emergencia familiar! —Joe seguía indignado, aunque al menos ya no gritaba—. Eso lo puede decir cualquiera. Con el familión que tendrá, seguro que cada día llama uno con una emergencia distinta.

—Solo tengo un hermano, eso es todo —respondí en voz baja.

Pero Joe ni me escuchaba. Apoyó los brazos en la barra. —Hoy le toca el reparto de pizzas —resopló—. Después de que ayer se pasara el día descansando en la cocina a costa de su compañera. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Darleen.

—Bah, me alegro de que esto esté mucho más limpio que antes. Se trabaja mucho mejor. Quizá deberíamos contratar a un nuevo servicio de limpieza que fuera igual de concienzudo. —Darleen miró a Joe con cara angelical—. Claro que habría que vigilarlos y meterles prisa, eso por descontado. Nadie hace su trabajo si no le están encima, ya se sabe.

Me entró un ataque de risa nervioso. En el último momento logré transformar la carcajada en una tos. Darleen era sencillamente genial. Y, además, no le tenía el más mínimo miedo a Joe. Ojalá tuviera yo su valor, su humor y su coraje. Joe la observó con mirada penetrante, pero ella le sostuvo el pulso.

—Me lo pensaré —gruñó él—. ¡Y ahora pónganse las chaquetas de una vez! ¡Venga, muévanse! ¡Cuántas veces les he dicho que vengan al trabajo ya con la chaqueta puesta! Eso ahorra tiempo y la gente ve por la calle dónde trabajan. Si no paran de pedirme más dinero, no puedo gastar encima en publicidad extra. —Joe señaló con la cabeza hacia los ganchos donde colgaban las chaquetas con la inscripción Joe’s Pizza Service.

¡Oh, no!

La chaqueta.

Ayer me había ido a casa con ella puesta porque tenía mucha prisa por salir de allí. Quería alejarme de los asquerosos comentarios de Joe y de la suciedad de la cocina. Al llegar, la había colgado en el perchero de la entrada porque bajo ningún concepto la quería en mi habitación ni dormir cerca de ella; seguro que me habría causado pesadillas. Y esta mañana estaba pensando en otras cosas. En mi patinete eléctrico. En el hombre que conocí ayer. Con todo eso, me había olvidado de la chaqueta.

—¡Vamos! —nos instó Joe de nuevo.

—Es que… ayer me llevé la chaqueta a casa, tal como usted quería. Pero me la he olvidado allí —admití con timidez. Me odié a mí misma por lo débil que sonaba mi voz. Se me encogió el estómago, preparándome para una bronca monumental. Joe iba a estallar.

—¿Olvidado? —volvió a rugir Joe de inmediato—. ¿Qué más se le va a olvidar? Seguro que se dejaría la cabeza en casa si no la tuviera pegada al cuello. —Golpeó la encimera con furia —. Debería descontarle del sueldo la pérdida por los beneficios de publicidad no obtenidos.

No respondí.

Me daba igual.

Realmente me daba igual.

Habría aceptado cualquier cosa con tal de que Joe se callara y se marchara de una vez.

—Es un lío lo de la chaqueta —intervino Darleen para echarme una mano—. A mí también me ha faltado poco para olvidarla un par de veces. No es fácil cuando en sus anteriores trabajos nunca ha llevado uniforme ni nada parecido.

Joe miró a Darleen solo un instante. Luego volvió a clavar sus ojos en mí. —No seré tan duro. No le voy a descontar nada del sueldo.

Al oír aquello, se me quitó un gran peso de encima. Sí, habría hecho lo que fuera para que Joe se callara, pero de verdad que no podía permitirme ganar aún menos dinero. ¿De qué iba a vivir si no? ¿Y qué le diría a Sloan, que acababa de pedirme más dinero? Odiaba tener que decepcionarlo y me sentía responsable de él, pero al final tendría que decirle que no podía aumentar su paga mensual y que tendría que buscarse otra fuente de ingresos extra. Ni siquiera sabía de qué trabajaba exactamente. ¿No estaba de conserje?

—Recuperará las pérdidas publicitarias haciendo horas extras sin cobrar —sentenció Joe en ese momento.

¿Qué? ¿Horas extras sin cobrar?

—Pero… —empecé a decir. Pero enseguida me lo pensé mejor. Probablemente era más inteligente callarse.

—¿Pero qué? —se burló Joe—. ¿Pero las horas extras se pagan? ¿Pero usted no puede hacer eso? ¿Pero entonces ya no quiero trabajar más aquí? —Joe señaló la puerta—. Pues adelante. Si es así, se puede marchar ahora mismo. De inmediato. Encontraré a alguien

en cualquier momento que no se olvide de todo constantemente ni haga llamadas privadas durante el trabajo.

Negué con la cabeza. —Por favor… no quiero irme.

Claro que quería irme. Nada me gustaría más. Me habría encantado dar carpetazo a esa pizzería de mala muerte para no volver a poner un pie en ella. Pero no podía permitírmelo.

Joe me tenía atrapada de alguna manera, y él lo sabía perfectamente.

—¡Pues compórtese como es debido y deje de quejarse por cada nadería! —Joe golpeó de nuevo la encimera—. Dé gracias de que puede trabajar aquí y de que le permito compensar la pérdida con horas extras en lugar de recortarle el sueldo. —Joe me miró esperando una reacción—. Espero un poco de gratitud por su parte.

Me quedé mirando la encimera. —Gracias —dije en voz baja. La palabra apenas salió de mi boca, pero me forcé a pronunciarla.

Todo es puro teatro, Lexie. Mentiras por dinero.

—Pues sigue de una vez con esas cajas. —Joe señaló los cartones de pizza aún sin plegar que había sobre la encimera.

Cogí el siguiente cartón con obediencia.

—Lexie, tenemos que cambiar la bombilla del baño de señoras. Necesito que me ayudes. Sola puede ser muy peligroso. —Darleen me tiró del brazo con energía—. Disculpe un momento, Joe. Esto es urgente. Ya no queda nada de luz ahí dentro y cualquiera de

nosotras podría romperse una pierna fácilmente. Y ESA baja sí que no le vendría nada bien.

Darleen corrió al trastero, cogió una bombilla y me arrastró tras ella hacia el baño. Joe no tuvo tiempo ni de abrir la boca.

En cuanto se cerró la puerta del baño tras nosotras, Darleen siseó: —No enciendas la luz.

Negué con la cabeza, pero enseguida recordé que Darleen no podía verme a oscuras. —¿Por qué has dicho eso? —quise saber.

—Porque quiero decirte lo que pienso sin que él lo oiga. Aquí. Ahora. Ya mismo. —Darleen susurraba, pero su voz sonaba tan intensa que la entendía sin problemas—. No puedes quedarte aquí. Tienes que irte. ¡No puedes dejar que te trate así!

Me encogí de hombros. De nuevo caí en que Darleen no me veía. En el baño reinaba una oscuridad absoluta; el cubículo no tenía ventana. —¿Y adónde voy a ir? —pregunté.

—¡Cielo santo, Lexie, hay montones de trabajos! ¡Uno como este lo encuentras donde sea! ¡No puedes dejar que te humille de esa manera por esa miseria de dinero!

—Pero necesito el dinero. No puedo permitirme estar ni un solo día sin ganar nada. Tengo que ayudar a mi hermano y…

—He oído eso —resopló Darleen—. ¿Cuántos años tiene? ¿Quince? Seguro que no.

—No —dije en voz baja—. Ya es adulto.

—Pues que se gane su propio dinero en lugar de dejar que su hermana lo mantenga. —Darleen carraspeó—. Tienes que pensar en ti, Lexie. Por favor, empieza a echar currículums para otros trabajos ya. Te he dicho que vales mucho más que esto. Eso es lo que deberías tener en cuenta. Si te quedas aquí mucho más tiempo y dejas que Joe te machaque, acabarás creyéndote que no sirves para nada más que fregar el suelo y dejar que él te acose.

—Tienes razón —admití.

En ese preciso instante me sonó el móvil otra vez. Lo saqué deprisa del bolsillo. Joe no podía oírlo bajo ningún concepto. Si no, me echaría en cara que me había encerrado en el baño para hacer llamadas personales. Sin mirar siquiera la pantalla, respondí.

—¿Sí, diga?

—Hola, ¿hablo con Lexie Barnes? —Era una voz femenina desconocida.

—Sí, soy yo —dije lo más bajo que pude.

—Soy Martha Villey, del bufete Wilson & Sons. Hemos recibido hoy su solicitud y nos gustaría invitarla a una entrevista. ¿Le vendría bien mañana por la mañana a las nueve? Tenemos una vacante y necesitamos a alguien con bastante urgencia.

—Sí… me viene bien —tartamudeé estupefacta.

—Perfecto, pues ahora mismo le envío por correo electrónico la confirmación de la cita y las indicaciones para llegar. Hasta mañana, será un placer —dijo Martha Villey con voz animada.

—Igualmente. Hasta mañana. —Terminé la llamada completamente aturdida.

—¿Lo ves? —se alegró Darleen a mi lado. Se había enterado de todo —. ¿Ves cómo las cosas cambian? Quizá mañana mismo tengas un nuevo trabajo. —Darleen me apretó el brazo de forma cariñosa.

—Quizá —dije, pensativa—. Aunque ese puesto no es que encaje mucho conmigo, la verdad. No tengo las cualificaciones necesarias. Seguro que hay otros candidatos mejor preparados y que, además, tienen referencias impecables. —Me estremecí al pensar en mi antiguo jefe.

—Con esa actitud, desde luego que no vas a conseguir el puesto —comentó Darleen con sequedad. Luego me apretó el brazo con más fuerza—. ¡Maldita sea, Lexie! Empieza de una vez a creer en ti misma y a comportarte como tal. Claro que sirves para el trabajo. De lo contrario, ni te habrían llamado para la entrevista. Ningún jefe en el mundo pierde el tiempo hablando con alguien que no encaja para nada. Eso no lo hace ni Joe. —Darleen resopló.

A mi pesar, se me escapó una risita. Darleen había conseguido una vez más sacarme de mis dudas y hacerme reír.

—En eso tienes razón —concedí.

Darleen encendió la luz. Me quedé cegada por un momento y cerré los ojos.

—Mírame —me dio un empujoncito Darleen.

Abrí los ojos obedientemente.

—A partir de ahora vas a luchar por ti misma y no vas a dejar que nadie te pisotee. De verdad que te mereces algo mejor. —Darleen me miró con determinación—. Prométemelo.

—Prometido. Haré todo lo que pueda —respondí.

Capítulo 6 Carson

—¡Achís! —Levanté el brazo e intenté reprimir el estornudo. Pero no podía hacer nada contra ese reflejo innato.

—¡Achís! —Ahora, muy a mi pesar, tuve que detenerme. Me incliné ligeramente hacia delante mientras mi cuerpo se sacudía con otro estornudo.

—¡Achís!

Esperé un momento, pero no pasó nada más.

—¡Maldita sea! —maldije echando un vistazo a mi reloj de entrenamiento—. Esto me ha sacado totalmente de mis casillas. Se ha ido al traste el tiempo, el ritmo y... En fin. ¡Menudo comienzo de día! —Miré con desgana hacia el sol, que se había abierto paso entre las nubes.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! —Estornudé otras tres veces.

—Ahora sí que lo has provocado. —Mi colega Ian se detuvo a mi lado y me dio una palmada en la espalda, sonriendo—. Vamos, Carson, alégrate de que salga el sol y de que no tengamos que correr bajo una lluvia torrencial. Anoche tenía toda la pinta. Ha estado lloviendo media noche y ha parado hace apenas tres horas. —Ian señaló un charco que había justo delante de nosotros, en el camino de grava.

—Sí, vale. Estoy muy agradecido por el sol —rezongué en un tono que sonaba a todo menos a gratitud—. Pero espero que no pretendas que encima me alegre por mi alergia.

—Podría ser peor —dijo Ian con tono sabelotodo—. Hay gente que no soporta el sol y tiene que quedarse en el sótano en cuanto un rayo asoma por las nubes. O les sale una erupción espantosa.

—Gente por aquí, gente por allá. —Puse los ojos en blanco—. Eso no me sirve de nada. Yo no me siento ni un poco mejor porque a otros les vaya peor.

Ian guardó silencio.

Le di un ligero codazo en las costillas. —Venga, vamos. Hemos venido a correr. Entiendo que estés encantado con la pausa, pero ya hemos vagueado bastante. —Me puse en marcha de nuevo y volví a comprobar mi reloj de fitness. Me ahorré cualquier comentario sobre nuestro tiempo.

—Vamos según lo previsto. Estaremos en forma para el otoño. El maratón de Nueva York no es hasta principios de noviembre, no lo olvides. —Ian trotaba a mi lado. Su respiración era algo más pesada que la mía.

—Claro que no lo olvido. —Resoplé—. Y puede que vayamos según lo previsto, pero no viene mal que estemos un poco más en forma de lo planeado. Nunca se está lo suficientemente en forma. Sea como sea, este año quiero batir mi marca personal a toda costa.

Ian asintió. —Cuenta conmigo. Pero no podré seguir tu ritmo. Puedo apoyarte al principio, pero luego... —Ian levantó las manos, en la medida en que el jogging se lo permitía.

—Lo sé —asentí esquivando un charco que apareció ante mis pies—. Pero a lo mejor en otoño estás más en forma de lo que crees. Aún quedan unos meses. Solo estamos en primavera.

—El tiempo pasa volando —gruñó Ian—. Y me gusta correr, pero también tengo otras cosas que hacer. ¿Tú no?

—Sí. Estoy nominado para el New York Business Award. —El orgullo asomó en mi voz al contarle la noticia a Ian.

—¿En serio? —Ian aminoró el paso y me miró.

—Sí, en serio. —Me di la vuelta y seguí trotando de espaldas para poder verle la cara—. Vamos, tío. La nominación es algo fantástico, pero no es motivo para correr más despacio.

De repente, Ian se lanzó hacia delante, me agarró de la manga y me apartó hacia un lado. —¡Cuidado, tío!

—Qué... —No tuve tiempo de terminar la pregunta. Casi tropiezo con mis propias piernas y logré evitar la caída en el último segundo.

—¡Pero mire por dónde va, maldito idiota! —gritó indignada una mujer a mi lado—. ¿Es que no puede caminar hacia delante como

cualquier persona normal?

Miré a mi alrededor y me encontré con las caras de dos mujeres de mediana edad con bastante sobrepeso. Una era morena y la otra tenía el pelo teñido de azul. —Lo siento —me disculpé—. Tendré más cuidado.

—Más le vale —espetó la mujer del pelo azul. Era la misma que me acababa de gritar—. No puede ir por ahí empujando a la gente como le plazca. Este parque no es suyo, sino una instalación pública en la que cualquiera puede estar.

Me mordí la lengua para no decir que no había empujado a nadie, pues Ian me lo había impedido en el último momento. Y tampoco mencioné que yo tenía exactamente el mismo derecho que ellas a estar en el parque. No quería empezar una discusión. Eso arruinaría definitivamente el tiempo de mi entrenamiento. Y con ello mi buen humor. Y no estaba dispuesto a que me lo estropearan.

—Claro, claro, tiene razón. —Levanté la mano a modo de saludo—. Les deseo que pasen un buen día. —Con esas palabras, seguí trotando.

Ian me siguió. —Esas ya llevaban alcohol encima, ¿verdad? Y algo fuerte. No solo una copita de champán.

—Eso creo yo también. —Me estremecí al recordar el olor que desprendía la mujer del pelo azul—. Y parece que han pasado la noche en una pizzería. O en algún puesto de comida rápida. —Inspiré profundamente por la nariz para disipar el olor a grasa y a quemado.

—Bueno, mejor cuéntame lo de tu nominación para el premio —dijo Ian, reconduciendo la conversación al tema principal.

—No hay mucho que contar —gruñí.

Ian aguzó el oído. —¿Cómo que no hay mucho que contar? ¡Deberías estar dando saltos de alegría! En cambio, tienes una cara de pocos amigos que no puedes con ella.

Esquivé otro charco. El sol se reflejaba en él y aparté la vista rápidamente. Aunque con el paso de los años me había acostumbrado a los ataques de estornudos, no quería tenerlos más de lo necesario. En su lugar, dejé que mi mirada recorriera los árboles y arbustos verdes. La primavera estaba en pleno apogeo y era realmente la estación más hermosa de Nueva York. Hace apenas unas semanas, todo estaba desnudo y gris. Ahora los pájaros gorjeaban sobre mi cabeza. Escuché con atención. Por supuesto, el ruido de la ciudad nos rodeaba, pero si me concentraba, parecía quedar en segundo plano. Corría y corría. Mis piernas se movían sin que yo tuviera que hacer nada. Sin que tuviera que darles ninguna orden.

—¿Carson? —preguntó Ian.

—Edward Malley también está nominado. Y ya me ha descrito detalladamente cómo será cuando reciba el premio y lo recoja con Nellie a su lado. —Volví a dirigir la mirada al suelo.

—¿Y qué? Lo tuyo con Nellie terminó hace una eternidad. No me digas ahora que la quieres recuperar. —Pude sentir la mirada de asombro de Ian, aunque no le estuviera mirando directamente en ese momento.

—Por supuesto que no la quiero recuperar. —Resoplé—. Doy gracias a Dios de habérmela quitado de encima. Aquello al lado de ella no era vida. Todavía recuerdo cómo me advertiste que no me lanzara de cabeza a esa relación. —Negué con la cabeza—. Tenías razón. Ojalá te hubiera hecho caso.

—Nunca pensé que escucharía esas palabras salir de tu boca —sonrió Ian. Luego se puso serio de nuevo—. ¿Y entonces cuál es el problema? —quiso saber.

—Edward es el problema. Él no puede ganar. Y, para empezar, no quiero ir solo allí. ¿Qué imagen daría? Soy el tipo al que le han levantado la mujer. Eso es lo que pensarán todos cuando Nellie y Edward aparezcan juntos. No hace falta ni que gane. Él ya ha ganado. —Escupí las palabras con rabia—. Me lo dijo tal cual y sus provocaciones me sacaron de quicio. Le dije que no iría solo. Y eso es exactamente lo que se cree ahora. Pero ¿puedes decirme qué se supone que voy a hacer?

—Pues no vayas solo, ya que lo has dicho y, de todos modos, es la mejor opción —respondió Ian con total tranquilidad.

Resoplé de nuevo. —Ja, ja, ja. Qué buen chiste. ¿Y con quién voy a ir, si puede saberse? —Hice un gesto que abarcó el espacio vacío a mi izquierda para expresar que allí... no había nadie.

—Por favor, Carson. Internet está lleno de páginas de citas. Si no tienes mujer, te buscas una. Eso lo hacen miles de personas aquí en Nueva York. Y muchísimas más en todo el país y en todo el mundo. —Ian soltó una breve carcajada.

No respondí nada.

—Es LA oportunidad —añadió Ian.

—No tengo ganas de eso —dije. Y de algún modo era cierto. Me imaginé pasando noche tras noche por páginas web con fotos. O deslizando una foto a la izquierda y otra a la derecha en una aplicación. Veía una larga fila de imágenes que, en el fondo, eran intercambiables. Las mujeres podían ser rubias, morenas o pelirrojas, pero al final todas parecían iguales. Sí, atractivas, pero de algún modo superficiales. Y no solo eso: al final todas ERAN iguales de alguna manera. Tenía pocas ganas de torturarme noche tras noche con las mismas conversaciones. Qué películas me gustaban. Cómo imaginaba mi vida. Si quería hijos.

Me estremecí.

No, no haría eso.

Pero Ian tenía razón. Tenía que encontrar a una mujer en alguna parte.

¿Pero dónde?

Y en ese instante, se me ocurrió una idea genial.

Por supuesto.

Esa era la solución.

Se puede contratar personal para cualquier cosa. Puedes encontrar a alguien que te mantenga la casa en orden, que lleve la contabilidad, que cuide el jardín o que saque a pasear al perro.

¿Por qué no iba a poder contratar a alguien que me acompañara a la recepción y fingiera ser mi novia en la entrega de premios?

Le di vueltas a la idea otra vez. Pero por más que la analizaba, no le encontraba ningún fallo. Me parecía, con diferencia, la mejor solución. Casi óptima. Si llamaba a una agencia de acompañantes y explicaba mi caso, la señora solo tendría que mirar en sus ficheros para encontrar un par de candidatas adecuadas. Me ahorraría las interminables sesiones de deslizar el dedo por la pantalla, las citas y las charlas. La mujer elegida seguramente sería guapa y haría que Edward se pusiera verde de envidia. Además, estaría acostumbrada a esas situaciones y lo manejaría con brillantez. Nadie sospecharía que ni siquiera nos conocíamos.

Tendría un problema menos.

La cosa sería muy distinta si me inscribiera en una web de citas. Entonces tendría un problema más. Conocía el tipo de mujeres que buscaban a un hombre allí. Al principio le parecería estupendo. Todo sería maravilloso. Yo sería el hombre de sus sueños al que habrían esperado toda la vida. El hombre que ya no creían que existiera.

Y luego, después de un tiempo, empezarían las quejas. Ya nada estaría bien. No haría nada correctamente. Debería tener mucho dinero, pero por favor, no trabajar tanto. Estar en forma, pero por favor, no ir tanto a correr con mi amigo. Tener éxito profesional, pero por favor, no ir tanto a eventos de networking. Que me gustaran los animales, pero ni se me ocurriera comprar un perro de pelo largo. Y así sucesivamente.

¿Por qué las mujeres siempre creen que pueden cambiar a un hombre en cuanto lo han conquistado y se han vinculado a él? ¿Y precisamente fingiendo primero que les parece bien tal como es?

Negué con la cabeza.

Eso no me volvería a pasar. Cometo errores, como todo el mundo. Sin embargo, intento no cometer el mismo error dos veces.

Pensé brevemente en la mujer a la que había ayudado ayer. Parecía totalmente distinta.

Carson. No deberías dejarte engañar tan fácilmente. Puede que pareciera totalmente distinta, pero eso no significa que lo SEA.

—¿Entonces no te parece tan mala mi idea? —Ian me había dejado reflexionar tranquilo y había trotado a mi lado en silencio. Esa era una cualidad que apreciaba especialmente de mi mejor amigo. Una mujer me habría frito a preguntas mientras tanto.

—Tiene su punto —respondí con vaguedad. Aunque Ian fuera mi mejor amigo, no iba a ponerle al corriente de mis planes de inmediato. La idea de la agencia de acompañantes quizá era demasiado para él. Además, aún no sabía si todo saldría como planeaba. Cuando tuviera algo más de certeza, siempre habría tiempo para contárselo a Ian.

Mi mejor amigo gruñó satisfecho. Sabía que en este momento no conseguiría sacarme nada más.

Ian y yo giramos hacia el camino ancho que llevaba a la salida de Central Park por el lado oeste. Había tenido suerte y había conseguido una de las codiciadas plazas de aparcamiento justo en la amplia avenida Central Park West.

Comprobé rápidamente mi reloj.

—¿Y bien? —quiso saber Ian.

—Nada mal —admití con cierta resistencia.

—¿Ves? Todo irá bien. Para el maratón estaremos en plena forma y pulverizarás tu marca. —Ian me dio una palmada amistosa entre los omóplatos—. Hasta la próxima entonces. Yo no he tenido tanta suerte como tú y estoy aparcado allá atrás, en el parking.

—Cuídate, tío —me despedí. Ahora me iría a casa, me ducharía y luego a la oficina. Gracias al tiempo suave de primavera y a nuestro ritmo más bien moderado, no había sudado demasiado.

Satisfecho, caminé hacia mi Maserati Ghibli plateado. Tenía debilidad por los coches italianos y podía permitirme ese capricho gracias a mis ingresos. Y ahora lo disfrutaba aún más, ya que no tenía a una mujer regañándome porque cuidaba mis coches, buscaba piezas de repuesto y, de vez en cuando, vendía un modelo antiguo para sustituirlo por uno nuevo.

A pocos pasos de mi Maserati, me detuve.

Justo a la altura de mi coche, había una mujer en la acera. Estaba inclinada sobre un patinete eléctrico y parecía bastante desesperada.

Tenía el pelo pelirrojo.

Y en ese momento habría apostado lo que fuera a que tenía una nuca blanca y fina donde unos pequeños rizos se retorcían de forma seductora. Y unos ojos verdes brillantes y labios carnosos.

Era ella.

Tonterías, Carson. Eso son deseos tuyos. Solo porque no te la hayas quitado de la cabeza, no va a aparecer así como así al lado de tu coche.

En ese instante, la mujer levantó la cabeza y miró en mi dirección.

Seguí caminando hacia ella.

Era ella.

La mujer que ayer literalmente me había caído en los brazos, hoy estaba al lado de mi coche con un patinete eléctrico y miraba a su alrededor desesperada.

Mis pies se movieron hacia ella de forma tan automática como habían trotado por el camino hace un rato.

En cierto modo, me alegraba de volver a ver a esa mujer. En mi interior, era como si fuera exactamente lo que había esperado.

Capítulo 7 Lexie

El corazón me latía con fuerza por la emoción mientras bajaba la calle con mi patinete. Por suerte, había dejado de llover hacía unas horas; de lo contrario, habría tenido que rebañar el dinero de donde fuera para el autobús. Pero ahora el sol brillaba entre las nubes y el nuevo día prometía ser más bonito de lo esperado. Mi patinete eléctrico había arrancado sin problemas y hoy me llevaba de forma segura y fiable hacia mi destino. Quizá el fallo no era tan grave como pensaba y al patinete simplemente no le había sentado bien el tiempo de los últimos días.

Esta mañana me sentía tan tranquila y satisfecha como no lo había estado en mucho tiempo. Ayer llegué tarde a casa y hoy me levanté muy temprano, así que logré evitar a Beverly y a Myra. Sin ellas dos, mi comienzo del día fue mucho mejor. Y tal vez no tendría que volver a verlas tan a menudo.

Pensé en mi entrevista de trabajo y las manos se me humedecieron ligeramente. Anoche pasé varias horas consultando la página web de la asesoría fiscal *Wilson & Sons*. Apenas podía creer que me hubieran invitado. Eran uno de los bufetes más prestigiosos de

Nueva York y no daban abasto con los candidatos. No es que lo sospechara, es que lo sabía. Todo el mundo lo sabía.

Entonces, ¿por qué me habían invitado precisamente a mí? Mi currículum no presentaba referencias excelentes ni tenía nada más que me hiciera destacar entre la multitud de aspirantes.

¡Lexie! Recuerda las palabras de Darleen. ¡Confianza en ti misma!

Inconscientemente, saqué pecho al girar hacia la amplia avenida de Central Park West. A mi izquierda se extendía ahora Central Park con sus árboles y arbustos. Me encantaba dar un paseo por aquí en mis días libres y escuchar a los pájaros, que ahora en primavera eran cada vez más numerosos y silbaban cada vez más fuerte.

¿Debería parar un momento?

Había salido de casa extra temprano para asegurarme de llegar puntual a *Wilson & Sons*. Pero hasta ahora el tráfico había fluido bien, así que de todos modos me sobraría tiempo cuando llegara allí.

¿De verdad debería parar un momento? El canto de los pájaros me relajaría y estaría mucho más tranquila cuando llegara a la entrevista.

En ese instante, mi patinete empezó a ir más y más despacio.

—¡No! —me quedé helada—. Yo aún no había reducido la velocidad. ¿Acaso el trasto este iba a volver a fallar?

El patinete se detuvo por completo.

—¡Maldita sea! —Furiosa, intenté ponerlo en marcha de inmediato. Pero todo era igual que las otras veces que se había quedado parado. No emitía ni un sonido. Probablemente volvería a funcionar en algún momento. Pero no ahora. Sino cuando le diera la gana. Parecía que el chisme hubiera cobrado vida propia.

Miré a mi alrededor con desesperación.

—Allí —murmuré. Un poco más adelante había una parada de autobús. Suspiré aliviada y empujé el patinete hacia la parada. En ese momento, un autobús pasó a toda velocidad por delante de mí sin siquiera detenerse.

Lo seguí con la mirada. Estaba totalmente abarrotado y ya no cabían más pasajeros. Eso significaba... en Nueva York eso significaba por regla general que los siguientes autobuses también estarían completos y no pararían. Ese era precisamente uno de los motivos por los que me había comprado el patinete eléctrico.

Suspiré. ¿Debería apretujarme en el metro? Pero allí ya hacía un poco de calor en esta época del año. Me conozco. Llegaría a *Wilson & Sons* sudada y toda pegajosa. No sería el mejor comienzo para una entrevista. ¿O debería permitirme un taxi? En realidad, no tenía dinero para eso.

Es solo UNA VEZ, Lexie. Y no coges el taxi porque te hayas pasado con la bebida por la noche y no puedas volver a casa andando, sino para llegar a una entrevista de trabajo. Se trata de tu futuro.

Metí la mano en el bolso. Antes de llamar a un taxi, tenía que estar segura de llevar suficiente dinero encima.

¿Dónde estaba mi cartera?

Palpé todos los objetos que había en el bolso pequeño. El móvil, un bálsamo labial, un peine, un paquete de pañuelos, un tampón y las gafas de sol. Un bolígrafo y un cuaderno pequeño para la entrevista.

Ni rastro de la cartera.

Me detuve, apoyé el patinete contra mí y registré el bolso.

Ni rastro de la cartera.

Por muchas veces que mirara, eso no iba a cambiar. Me había dejado todo el dinero en casa. No podía permitirme un taxi, es más, ni siquiera llevaba encima lo suficiente para el autobús. No me quedaba otra que ir a pie. Pero entonces llegaría tarde.

Miré a mi alrededor desesperada.

Luego volví a inclinarme sobre el patinete.

—Vamos, trasto asqueroso —gruñí con los dientes apretados. Intenté de nuevo arrancar el patinete.

Por supuesto, no pasó nada.

Tras cinco intentos, me incorporé.

¿Qué iba a hacer?

Miré a izquierda y derecha. Por allí delante venía un hombre con ropa de deporte saliendo de Central Park. Un corredor. Él no me ayudaría. Los corredores llevaban tan poco dinero encima como yo y probablemente volvería a casa corriendo y no en coche. Seguí

barriendo los alrededores con la mirada. Y entonces, automáticamente, mi vista regresó al hombre de la ropa deportiva.

¿Era él? ¿Era el hombre que me había ayudado a levantarme cuando me entró aquel pánico por la araña?

Tonterías, Lexie. Son imaginaciones tuyas. Es una ilusión. ¿Por qué iba a estar precisamente aquí? Esas casualidades no existen. Tu cerebro te está jugando una mala pasada. Necesitas tanto que te ayuden que ya ves la salvación acercándose por todas partes.

Sin embargo, mi mirada permaneció clavada en él, como hechizada.

Era él. No me estaba imaginando nada. Era claramente el hombre que me había ayudado, aunque ahora parecía muy distinto a ayer con su traje.

—¿Ha pasado algo? —Se había acercado a mí y me miraba. Y en sus ojos pude leer que me había reconocido.

—Mi patinete... se ha roto. —Sujeté el patinete con la mano derecha y lo sacudí ligeramente.

El hombre lo cogió e intentó arrancarlo. No hubo manera.

—Se ha parado de repente, y no es la primera vez —dije, mirando el patinete con desesperación.

——Me parece que, por el momento, no se puede hacer nada más. Debería llevarlo a un especialista; ellos podrán intentar un diagnóstico más preciso y seguro que también consiguen los repuestos adecuados si la reparación es posible —dijo, mirándome con pesar.

—¡Si es posible! —Me horroricé. No podía permitirme un patinete nuevo de ninguna manera.

El hombre sonrió con calma. —Seguro que tiene solución.

Asentí. —Pero... tengo una cita ahora mismo. Y me he olvidado el dinero para el autobús en casa. Estaba tan absorta en mis cosas cuando salí... —Levanté las manos con impotencia. Y luego bajé la mirada avergonzada.

El hombre rió suavemente. —Bueno, eso le puede pasar a cualquiera.

Lo miré asombrada. No parecía estar juzgándome en absoluto por haberme olvidado algo. No parecía tener la más mínima semejanza con todas las demás personas que conocía. Era totalmente distinto a Joe, Myra o Beverly.

—¿Quiere que la lleve a su cita? Si plegamos el patinete, cabrá sin problemas en el maletero. —El hombre señaló un coche de lujo de color plateado que estaba aparcado justo a nuestro lado—. Este es mi coche.

—¿Este de aquí? —me quedé maravillada—. ¿De verdad? —Me interrumpí—. Quiero decir que... nunca he conocido a nadie que tenga un coche así y mucho menos he montado en uno.

—Entonces ya va siendo hora. —El hombre rió y plegó mi patinete con un hábil movimiento. Lo guardó en el maletero y luego me abrió la puerta del copiloto. Subí como aturdida.

Había llegado mi salvador.

Tonterías, Lexie.

—¿Adónde la llevo? —preguntó. Mientras tanto, se había subido por el otro lado y puso el motor en marcha. Y ahí me di cuenta de que estábamos sentados muy cerca el uno del otro. Mi antebrazo descansaba sobre el reposabrazos entre el asiento del conductor y el del copiloto. Un solo movimiento de la mano habría bastado para que nuestras manos volvieran a tocarse.

Igual que en nuestro primer encuentro.

—Tiene que introducir la dirección en el navegador —me recordó el hombre.

—Ah... sí. —Rápidamente le dije la dirección de *Wilson & Sons*.

Arrancamos y disfruté de Nueva York desde esa perspectiva. La ciudad se deslizaba ante mí tras un cristal ligeramente tintado. Normalmente siempre andaba de aquí para allá con las mejillas encendidas en el patinete o en el ciclomotor de las pizzas. Ahora llegaría a mi cita mucho más relajada de lo que hubiera imaginado.

El hombre a mi lado se aclaró la garganta.

Deberías hablar con él, Lexie. Al fin y al cabo, te está llevando de un lado para otro y dando un rodeo solo por ti.

Pero ¿qué debía preguntarle? ¿Qué contarle? Mi vida no era especialmente interesante.

—¿Se trata de su declaración de impuestos? ¿Por eso tiene una cita en *Wilson & Sons*? —quiso saber el hombre. Entonces recapacitó—.

Por cierto, soy Carson. Puesto que ya se ha lanzado a la aventura de ir conmigo en el coche, al menos debería saber cómo me llamo.

—Lexie —respondí—. Y conduce usted de forma muy sensata. Un trayecto conmigo en el patinete seguro que es una aventura mayor.

Carson volvió a reír. Al hacerlo, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. —Eso me lo tiene que demostrar algún día.

¿Acaso estaba ligando conmigo?

Le seguí el juego. —Cuando el patinete vuelva a funcionar, con mucho gusto.

Carson rió de nuevo. Luego giró en una esquina. —Bueno, ya estamos aquí.

—¿Tan rápido? —me asombré—. Había pensado en ir a pie, pero así no habría llegado a tiempo nunca.

—Qué bien que estuviera yo allí —dijo Carson con una sonrisa—. Mucha suerte con la cita.

Miré el reloj. —¡Dios mío! Solo faltan dos minutos. Lo del patinete me ha quitado mucho tiempo. Tengo que entrar urgentemente. Yo... —miré indecisa de la entrada a Carson y viceversa—. Me refiero a que... —Con sumo gusto me habría quedado sentada charlando con Carson.

Carson bajó rápidamente. —Venga, pues no perdamos tiempo. —Sacó mi patinete del maletero y lo desplegó. Cuando agarré el manillar, nuestras manos se rozaron. Y una parte de mí deseó que Carson, como ayer, me tomara de la mano y me llevara con él.

Estás loca, Lexie.

—Tiene que irse —dijo Carson, mirándome con esos ojos oscuros que ya ayer me habían fascinado. Eran insondables. No podía saber qué estaba pensando.

—Yo... —Volví a mirar a la entrada y luego a Carson—. Muchas gracias —dije para despedirme. Luego me di la vuelta y corrí hacia la entrada.

Él no quería hablar contigo de todos modos, Lexie. Probablemente él mismo tenga prisa por llegar a una cita para la que aún tiene que cambiarse la ropa de deporte por el traje, y estará encantado de que por fin te vayas y dejes de molestarle.

Respiré hondo, erguí los hombros y entré en el edificio de *Wilson & Sons* a través de la gran puerta giratoria de cristal. Me esperaba una entrevista decisiva en la que más me valía concentrarme de inmediato.

¿Qué hace usted si un cliente le pide que optimice sus impuestos en su nombre? —Media hora después estaba sentada en una sala de conferencias impersonal de paredes blancas y desnudas, una mesa de un color indefinido tirando a grisáceo y sillas incómodas. No me habían ofrecido ni café ni agua.

Me pasé la lengua por los labios secos y respondí: —Bueno, como asesora fiscal, mi tarea es optimizar los pagos de impuestos para el cliente, así que, por supuesto, responderé que haré todo lo que esté en mi mano.

—¿Y si eso no es suficiente para el cliente? —El hombre con sobrepeso que tenía enfrente se rascó su bigote gris ceniza y me

miró con insistencia. Se había presentado como el señor Hindway.

—¿A... a qué se refiere? —tartamudeé—. Creo que no entiendo la pregunta.

—Bueno, usted y yo sabemos que siempre hay algo más que se puede hacer. Algunas cosas se pueden pasar por alto y Hacienda ni se dará cuenta en una inspección. No es precisamente honesto, pero donde no hay juez, no hay parte denunciante —dijo el señor Hindway, volviendo a mirarme—. Así que, ¿qué hace usted en un caso así?

Empecé a sudar. Era una pregunta trampa. Respondiera lo que respondiera, me equivocaría. Tenía que actuar en interés del cliente en todo momento, pero también tenía que ser honesta. —Yo... se lo consulto a mi superior —conseguí decir con mis labios secos.

—Él no está —replicó el señor Hindway, que me observaba como si fuera un insecto bajo un microscopio—. Usted tiene que tomar la decisión completamente sola.

—Yo... soy honesta. —Asentí—. Sí, soy honesta.

El señor Hindway rio y todo su cuerpo tembló con la carcajada. —Una empleada honesta en una asesoría fiscal. —Sacudió la cabeza—. ¿Es por eso por lo que la echaron de su anterior trabajo?

—¿Qué? —La pregunta me pilló desprevenida.

—¿Es por eso por lo que la echaron de su anterior trabajo? —repitió el señor Hindway mientras se acariciaba ligeramente el bigote gris ceniza.

—Yo... —Seguía sin saber qué responder. Miré al techo. Luego fijé la vista en el tablero de la mesa.

—No hace falta que me venga con cuentos. El personal con experiencia en temas fiscales está muy solicitado. Si no tiene trabajo es porque no quiere trabajar o porque metió la pata. Así que mentir no ha mentido. ¿Qué fue entonces? ¿Se abrió de piernas para el jefe? ¿O precisamente no se abrió? —El tono de Mr. Hindway se volvió insolente.

Pero yo solo lo percibía vagamente. En el borde derecho de la mesa grisácea, una araña caminaba hacia mí. Me quedé paralizada. Todo mi cuerpo estaba como petrificado y no fui capaz de articular palabra. Se me erizó el vello de los brazos.

—¿Y biiien...? —El señor Hindway puso una mano sobre la mesa. La araña avanzaba hacia ella. No podía pensar en nada más.

Me puse en pie de un salto y me alejé unos pasos de la mesa. De inmediato me tranquilicé un poco. Me habría gustado decirle al señor Hindway que no tenía por qué aguantar tales preguntas. Pero una parte de mí todavía quería aquel trabajo.

En ese momento, el señor Hindway se percató de la araña. Clavó la vista en ella. Luego me miró a mí. —¿Le dan miedo las arañas?

Asentí.

Y entonces el señor Hindway soltó una carcajada atronadora. Sus risas llenaron toda la sala y su cuerpo se sacudía tanto que incluso la silla bajo él empezó a tambalearse. Luego cogió la araña con la mano, se levantó y se me acercó.

Me puso la mano con la araña delante de la cara. —Biiiien... ¿Debería dejar que esta araña le cayera por el cuello? —rio de nuevo el señor Hindway. Su mano temblaba tanto al hacerlo que tuve miedo de que la araña cayera realmente y acabara encima de mí.

Inconscientemente pensé en Carson. Él no habría reaccionado así.

El señor Hindway movió la mano.

—Por favor... por favor, no —logré balbucear. Mi respiración era agitada y superficial, y me apreté contra la pared.

—Venga, no seré tan malo —rio de nuevo el señor Hindway y volvió a sentarse—. Sin embargo, difícilmente podrá comportarse así en una reunión con clientes, ¿lo comprende? Con un miedo semejante, no es usted apta para este trabajo.

Cerré los ojos.

No apta.

¿Qué pensabas, Lexie? ¿Que este bufete te querría de verdad?

Lo que había pensado ya no lo sabía. Pero sí que lo había soñado.

Sin decir una palabra más, me di la vuelta y salí de la sala de conferencias.

Se acabó el sueño.

Y sin un patinete que funcionara y sin dinero, ahora además tenía que darme prisa para no llegar tarde a la pizzería. De lo contrario,

Joe se volvería completamente loco.

Capítulo 8 Carson

Observé con cierta añoranza la esbelta figura mientras desaparecía por la puerta giratoria de cristal de *Wilson & Sons* con el patinete eléctrico a cuestas. ¿Qué querría allí? Se lo había preguntado, pero de alguna manera nos habíamos distraído y no había respondido a mi pregunta.

Ella.

Lexie.

El nombre era exactamente como ella. Melodioso, grácil, fluido. Pensé en la proporcionada silueta de Lexie, que se adivinaba claramente bajo su chaqueta ligera. Justo así debía de ser la mujer que deseaba como acompañante para la entrega de premios. No solo porque cualquier otro hombre en la sala palidecería de envidia; no, es que era exactamente la viva imagen de lo que yo consideraba una mujer ideal. Pechos firmes y generosos, una cintura delgada y piernas largas. Y sobre eso, aquel cuello de junco con la nuca blanca y los rizos que se sortijaban allí de forma seductora. El pelo… ¿qué hombre no perdía la cabeza ante la idea de una melena pelirroja?

Una elfa y, al mismo tiempo, una bruja salvaje que me atravesaba con sus ojos verdes.

—¡Carson! Ya está bien. Ni siquiera conoces a esa mujer. La has visto dos veces y en ambas has podido echarle una mano. Eso es todo. Ella te está agradecida, pero probablemente no dedique ni un pensamiento más a ti. ¿Por qué si no ha desaparecido tan rápido en el edificio? ¿Por qué si no no esperó ayer cuando te llamó Edward? Tiene su propia vida y tú no formas parte de ella. Así que lo que deberías hacer es ponerte en marcha cuanto antes.

Por eso.

Y porque yo también tenía mi propia vida. Tenía un trabajo en el que se me necesitaba y en el que me volcaba por completo. La entrega de los New York Business Awards estaba al caer y tenía que concentrarme en poner en marcha mi plan. Lo primero era derrotar a Edward Malley. Y lo segundo, debía ocuparme lo antes posible de llamar a una agencia de acompañantes para explicarles lo que necesitaba.

¿Tendrían a alguna dama pelirroja en sus archivos?

—¡Carson! ¡Eso es imposible! ¡Ni se te ocurra!

No. No podía ser. Lo mejor sería pedir una acompañante que se pareciera lo menos posible a Lexie.

Por fin arranqué el motor y me incorporé al tráfico. Lo de Lexie solo había sido un episodio al que no debería dar demasiadas vueltas. Normalmente no lo hacía.

¿Entonces por qué ahora sí?

En ese instante sonó mi móvil. Lo había conectado un momento antes al sistema de infoentretenimiento del Maserati, así que acepté la llamada a través del manos libres.

—Señor Sanders, menos mal que le localizo. —La voz de Hannah sonaba agitada.

—¿Qué ocurre? —pregunté a mi secretaria.

—Tiene que venir urgentemente —anunció ella.

—Estoy de camino a casa. Tengo que cambiarme y luego llegaré sobre las diez, como estaba previsto. Todo eso está anotado en mi agenda —repliqué.

—Ha ocurrido algo. —La voz de Hannah sonaba dramática.

—¿Sí? —pregunté mientras conducía el Maserati a través del denso tráfico de Nueva York.

—Ha llamado el señor Ortega. —Para mi fastidio, Hannah seguía dando la información con cuentagotas.

—Suele hacerlo a menudo —respondí algo irritado—. Al fin y al cabo, trabaja para nosotros. —Ramon Ortega era el jefe de mi producción en Queens. Allí se fabricaba gran parte de *Carson's Chocolates*, que luego se distribuía por toda la costa este de los EE. UU. Teníamos otros centros de producción en California, Georgia y Minnesota que abastecían a otras zonas del país. Estaba orgulloso de mi organización.

—Dijo que… bueno, el test interno de salmonela ha dado positivo esta mañana. —Hannah tomó aire profundamente tras pronunciar

esa frase. Sabía lo que significaba.

—¡Maldita sea! —se me escapó. La mayoría de la gente asociaba la salmonela más con los huevos u otros productos, pero lo cierto era que el patógeno también podía aparecer en el chocolate. En nuestras fábricas, por supuesto, se vigilaba estrictamente la limpieza y la higiene. Yo ponía el máximo empeño en que no se nos comparara con los locales de pizza grasientos, los restaurantes asiáticos de limpieza dudosa o los de comida rápida, donde a veces se olvidaban de fregar el suelo. *Carson's Chocolates* jugaba en otra liga y, por lo tanto, se aplicaban otras normas. Normas más estrictas.

Y, aun así, acababa de pasar.

Di media vuelta con el coche y me dirigí hacia Queens. Si me daba prisa y tenía suerte con el tráfico, podría estar allí en media hora. Tenía que hablar personalmente con Ramon Ortega y hacerme una idea de la situación sobre el terreno. En mi oficina, desde donde solo me enteraría de todo por teléfono, estaba demasiado lejos para llevar realmente las riendas. Y esto era urgente.

Muy urgente.

Me saltaría la ducha y el cambio de ropa. Hoy mis empleados conocerían una faceta nueva de mí y me verían con ropa de deporte. Pero en este momento me daba exactamente igual. ¿Y por qué un jefe no iba a tener tiempo libre?

—Cathy ya está allí; de todas formas, tenía intención de pasarse por allí esta mañana para echar un vistazo —anunció Hannah.

—Bien. —Cathy era mi responsable de calidad. Visitaba todos los centros de producción con regularidad y recibía a diario los resultados de todas las pruebas. Si alguien podía averiguar rápidamente de qué iba todo esto y cómo se había producido este brote de salmonela, era ella—. Yo también voy de camino —anuncié —. Por favor, llame a Cathy y dígale que nos reuniremos en Queens. Y avise también a Ramon Ortega.

—Sí. —Hannah tragó saliva.

—¿Pasa algo más? —quise saber.

—Bueno… si la prensa se entera… —la respuesta de Hannah llegó con vacilación y ni siquiera terminó la frase.

No había pensado en la prensa hasta ese momento. —Oh, maldita sea —gemí de nuevo. Con los dientes apretados, golpeé el volante de mi Maserati—. Eso no puede ocurrir bajo ningún concepto.

—Hasta ahora, estas cosas siempre han acabado saliendo a la luz —dijo Hannah—. Si el segundo test también da positivo, tendremos que informar a las autoridades sanitarias y, para entonces, lo sabrá todo el mundo.

No respondí. Reflexionaba febrilmente. Como los tests de salmonela también podían dar falsos positivos, teníamos dos oportunidades. Pero ¿qué probabilidad había de que el segundo test fuera negativo?

Eran bastante bajas. Hasta ahora, ni un solo test había dado positivo.

Hasta ahora.

Ahora sí.

—Los periódicos lo publicarán —continuó Hannah con su pesimismo.

La interrumpí. —Llame también a David. Que lo prepare todo y lo discutiremos en cuanto vuelva de Queens. Hasta entonces tendrá que esperar. De momento ni siquiera hemos informado a Sanidad. Para eso, primero tiene que dar positivo el segundo test.

Y, de repente, la comprensión me atravesó como un rayo. Si el segundo test también daba positivo, mis posibilidades de ganar el New York Business Award se habrían esfumado. Nadie premiaría a un fabricante de chocolate como empresario del año si se acababa de detectar salmonela en su producción.

Absolutamente nadie.

Los aspirantes al New York Business Award debían tener una reputación intachable.

Y aquí aparecía una mancha horrible en el hasta ahora inmaculado historial de mi empresa.

—Maldita sea —gemí por tercera vez en poco tiempo. Si esa sospecha se confirmaba…

… entonces ni siquiera me molestaría en ir a la gala del New York Business Award. Sería el primer nominado de la historia que no se presentara. O que incluso rechazase la nominación.

Me convertiría en el hazmerreír de la ciudad. Y Edward Malley se frotaría las manos. Ante esa idea, me invadió una rabia ardiente. Todo esto no podía ser verdad. Simplemente no podía serlo.

—Bueno, entonces… —Hannah parecía indecisa sobre si terminar la conversación.

Pero justo ahora no había nada más que decir. Y quería pensar con calma antes de llegar a mi planta de producción en Queens.

—David sabe lo que tiene que hacer —dije simplemente—. Si hay algo más, vuelva a llamarme. Hasta luego. —Pulsé el botón correspondiente en el volante y terminé la llamada.

El rostro de Edward Malley apareció ante mi ojo interno.

Apreté los dientes.

—¿Qué ha pasado? —Poco después me encontraba en la oficina acristalada, desde la cual se podía ver toda la nave de producción. Normalmente, los empleados pululaban por aquí y el lugar olía de maravilla a chocolate. Ahora la producción estaba parada. Los trabajadores formaban pequeños corrillos y cuchicheaban. El aroma a chocolate casi se había esfumado, solo quedaba un rastro en el aire que debía de ser de ayer.

—Zagan, ese de ahí, hizo el test como siempre. —Ramon señaló con la cabeza a un hombre bajito con dientes prominentes, que estaba sentado en un taburete cerca de la oficina jugueteando con un cigarrillo sin encender. No pertenecía a ningún grupito—. Y dio positivo. —Ramon sacudió la cabeza—. Siempre llega muy temprano, porque el resultado del test tarda cuatro horas.

—¿Cuándo se ha hecho el segundo test? —pregunté, reprimiendo un gemido.

¡Cuatro horas!

¿Podía ser que tuviera que quedarme aquí sentado otras cuatro horas esperando el resultado de la segunda prueba?

—Yo encargué un segundo test muy poco después del primero, para mis propios registros. De vez en cuando hago muestreos aleatorios sin avisar y hoy le tocaba a esta planta. Tendremos el resultado en un par de minutos. —Mi responsable de calidad, Cathy, entró en la oficina; acababa de oír mi pregunta. Pero, por supuesto, también hemos hecho un tercer test hace nada, en cuanto quedó claro el resultado del primero. Hay que hacerlo todo por la vía oficial, siguiendo el protocolo. —Cathy asintió. Tenía los labios apretados en una línea fina y su expresión era severa. No podía culparla. Este era su territorio. No descansaría hasta saber qué había salido mal.

—¿Qué ha dicho el empleado? —Señalé con la cabeza al hombre bajito de los dientes torcidos. Ya se me había olvidado su nombre. De hecho, nunca lo había visto por aquí. Y eso a pesar de que yo ponía mucho interés en conocer personalmente a todos los empleados—. No lleva mucho tiempo trabajando aquí, ¿verdad?

—¿Zagan? No, lleva poco tiempo. —Ramon se encogió de hombros —. No ha dicho nada.

—¿Por qué se encarga él de los tests? —quise saber.

—Creo que también lo hacía en su anterior empresa. En cualquier caso, sabía cómo hacerlo y no necesitó formación. Y después de que Abraham, que se encargaba antes, se trasladara a California… —Ramon se encogió de hombros de nuevo—. Fue una solución lógica.

Cathy salió de la oficina.

La seguí con la mirada, expectante.

Poco después volvió con una hoja de papel en la mano. Le brillaban los ojos. —El segundo test es negativo. Y tan negativo como puede serlo un test.

La miré fijamente. —¿Cómo puede ser eso? Ramon acaba de decirme que el primer test ha sido positivo y de forma tan clara que no podía haber dudas.

Cathy se encogió de hombros. —Hay varias posibilidades. Los tests no son infalibles. Lo más probable es que no se haya realizado correctamente.

Me di la vuelta de nuevo y miré hacia fuera a través del cristal. Zagan seguía dando vueltas al cigarrillo sin encender entre los dedos. ¿No parecía ligeramente nervioso, sentado allí y mirando a su alrededor? Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Inmediatamente desvió la mirada.

—Haga pasar a ese hombre —ordené. Ramon salió.

Confiaba en Cathy. Mi responsable de calidad llevaba en la empresa desde su fundación. Sabía lo que hacía y yo tenía fe en ella. A Zagan, en cambio, no lo conocía.

Ramon regresó. Zagan lo acompañaba, pero se notaba a la legua que preferiría estar en cualquier otra parte.

—Zagan. Soy Carson Sanders —me presenté—. Lamentablemente no hemos tenido oportunidad de conocernos. Normalmente saludo a todos los empleados personalmente en su primer día, pero desde que la empresa ha crecido tanto, ya no doy abasto. —Esbocé una sonrisa amable. Aunque sospechaba que Zagan no había realizado el

test correctamente, no quería presionarlo ni acusarlo todavía—. Cuéntenos algo sobre el test —le pedí a mi empleado.

—Hice el test como siempre. —El acento de Zagan era marcadamente del este de Europa y por su voz se notaba que era fumador. Sus manos temblaban ligeramente.

—¿Hubo algo diferente a lo habitual? —quise saber.

—No. —Zagan se encogió de hombros—. Todo como siempre.

—Los resultados no coinciden en absoluto —intervino entonces Cathy en la conversación. Agitaba con excitación varias hojas de papel—. Si yo recibiera todo esto sobre mi mesa, sospecharía que ha habido una manipulación.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó Zagan—. Dejen de acusarme. —Zagan se dio la vuelta con intención de salir de la oficina.

Me interpuse en su camino. —Espere. Aquí nadie le ha acusado. Cathy no ha dicho eso en ningún momento. —Observé a Zagan. El hombre parecía claramente nervioso. Miraba al suelo y en el nacimiento del pelo se apreciaba una ligera capa de sudor. Le puse la mano en el hombro. Zagan dio un salto hacia un lado. En señal de que no quería hacerle nada, levanté las manos—. Puede decirnos cualquier cosa, Zagan. Todos somos humanos y cualquiera puede cometer un error.

Cathy estudió los formularios con más detalle. —Creo que se añadió algo… —murmuró—. Un resultado así es prácticamente imposible si solo se tratase de un error en la toma de muestra.

Zagan volvió a intentar dirigirse hacia la puerta. En ese instante sonó su móvil. Zagan lo sacó del bolsillo.

Directamente delante de mis ojos.

Y así alcancé a ver la pantalla.

Edward Malley.

Zagan estaba recibiendo una llamada de Edward Malley.

La rabia me recorrió y actué más rápido de lo que podía pensar. Le arrebaté el móvil a Zagan de la mano y lo agarré por la solapa. —¿Qué asuntos tiene usted con Edward Malley?

—No conozco a ningún Edward Malley —negó Zagan.

—Ah. Y por eso quiere llamarle ahora mismo. —Le puse el móvil delante de las narices. Era tan bajito que podía sujetarlo sin esfuerzo con una mano.

—Alguien se habrá equivocado de número. —Zagan seguía negándolo todo.

—Se habrá equivocado, claro. Por eso su número está guardado en su móvil con su nombre. —Le puse el móvil en la mano a Ramon y agarré a Zagan con un poco más de fuerza. ¡Escuche! O habla ahora mismo o pronto se quedará sin trabajo. —Aunque Zagan tampoco lo tendría si se callaba. No pensaba tolerar a un traidor en mis filas bajo ningún concepto—. Y también llamaré a la policía. A menos que hable.

Zagan palideció. —Policía no, por favor —suplicó.

—Entonces suéltalo de una vez —repetí mi exigencia.

—Edward Malley me dio dinero para que el test saliera positivo —confesó entonces Zagan.

Con eso me bastaba. No necesitaba más. —Pues espero por su bien que ese dinero le dure un tiempo. Porque aquí ya no tiene trabajo. Y como salga una sola palabra de esto en la prensa, va a tener un montón de problemas más. —Solté a Zagan—. Y ahora lárgate. Ramon lo acompañará fuera.

Lo que más me hubiera apetecido era agarrar a Zagan y sacudirlo con fuerza. O darle una paliza. Pero me contuve y no dejé que se me notara la rabia.

No delante de él.

Le daría el informe a Edward Malley, y Edward no debía saber de mí más de lo necesario.

Ramon regresó. —Se ha ido. Luego vaciaré su taquilla y le llevaré sus cosas.

—A partir de ahora, Cathy se encargará personalmente de los tests —ordené—. Y que el servicio de seguridad haga el doble de rondas que hasta ahora. Quién sabe qué más se le ocurrirá a Edward Malley.

No me iba a pillar tan fácilmente.

No me iba a pillar en absoluto.

Ya se lo demostraría yo.

Capítulo 9 Lexie

Abrí la puerta del piso. Lo que más me habría gustado era no volver a casa, pero no me quedaba otra opción. Al fin y al cabo, este era el único hogar que tenía. No tenía a dónde ir. No tenía amigos con los que pudiera quedarme. Y aunque los tuviera, mi situación no era tan desesperada. Intenté, en la medida de lo posible, ignorar el nudo que sentía en el estómago. Sí, no me sentía bien al pensar en el inminente encuentro con Myra y Beverly. Pero, por otro lado, siempre podía irme a mi habitación y cerrar la puerta.

Cerré la puerta con cuidado, dejando que el pestillo encajara suavemente. Hoy me ahorré el saludo alegre; ya se darían cuenta bastante pronto de que había vuelto. En cualquier caso, estaban en casa, porque oía voces que venían de la cocina. Suspirando, colgué la chaqueta en el perchero.

—¡Lexie! —En ese momento, Myra abrió la puerta de la cocina—. Por fin estás aquí. Te estábamos esperando.

—¿Ah, sí? —No pude evitar el tono irónico en mi comentario—. Habría pensado que preferiríais que no estuviera aquí. Al fin y al

cabo, ya estáis dándole vueltas a mi expulsión. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera frenarlas.

Me encogí a la espera de una respuesta. Seguramente Myra pasaría de inmediato al contraataque. Ojalá no me echara ahora mismo.

—Tienes visita —dijo Myra con sarcasmo—. Mientras tú andabas por ahí fuera, hemos tenido que ocuparnos nosotras de él.

—¿Visita? —No esperaba a nadie y nadie me había avisado. Apenas conocía a gente en Nueva York, y los que conocía no sabían dónde vivía. Así que, ¿quién demonios venía a visitarme?

Por un instante salvaje y absurdo, la imagen del hombre que me había ayudado esta mañana apareció ante mis ojos. La imagen de Carson. Saboreé su nombre mentalmente. Le iba como anillo al dedo. Era algo inusual y, al mismo tiempo, un poco misterioso. ¿Quién habría elegido ese nombre? ¿Y por qué?

Sé realista, Lexie. Tus fantasías son puras tonterías. Él no sabe dónde vives. Y solo porque haya aparecido dos veces seguidas por casualidad en tu vida para sacarte del apuro, no va a estar de repente sentado aquí en la cocina.

—Tu hermano está aquí —anunció Myra dramáticamente, inspirando profundamente por la nariz.

—¿Mi hermano? —Me estremecí. ¿Cuándo había sido la última vez que vi a Sloan? Hacía ya bastante tiempo. Pero acabábamos de hablar por teléfono y le había dicho alto y claro que no podía esperar de mí nada más de lo que ya recibía. ¿Estaba aquí para intentar convencerme de nuevo? Sería muy propio de él.

Suspiré otra vez.

—Parece que tiene algunos problemas. —Myra ni siquiera esperó a mi respuesta y me arrastró hacia la cocina.

Allí estaban Beverly y Sloan sentados a la mesa. Mi hermano se giró hacia mí. —Ho-hola. Her-her… Hola. Lexie —le costaba muchísimo hablar y apenas lograba pronunciar mi nombre. La palabra «hermana» ni siquiera llegó a salirle de los labios.

Olfateé el aire. En la cocina flotaba un olor desagradable. Y por mucho que odiara tener que admitirlo delante de Myra y Beverly, el olor parecía provenir de Sloan. Probablemente llevaba días sin ducharse. Además, apestaba terriblemente a alcohol. Mi hermano estaba, una vez más, completamente borracho.

Solté un gemido interno, pero intenté que no se notara mi desesperación. A Myra y a Beverly todo este asunto no les incumbía, y Sloan no iba a cambiar por mucho que yo me desesperara.

Beverly se levantó con una expresión de asco en el rostro. —Bueno, ya podemos dejarte el campo libre. Pero no tardes mucho, que queremos cenar. Ahora que tenemos que cocinar nosotras… —Beverly no terminó la frase.

¿Mi hermano estaba sentado en la cocina borracho como una cuba y en lo único que ella pensaba era en su cena?

—Necesito un sitio. ¿Puedo quedarme aquí a dormir? —Sloan pronunció esas dos frases con una fluidez sorprendente, a pesar de que arrastraba las palabras.

Beverly pegó un grito. —¡Oh, Dios mío, lo que faltaba!

Miré de ella a Sloan. —¿Qué ha pasado con tu piso? —le pregunté.

—Es que… es que no pagué el alquiler y me han echado. —Sloan levantó las manos con impotencia—. Yo… ya te dije que necesitaba más. Pero tú… tú no quieres darme nada y prefieres quedarte sentada sobre tu dinero.

Solté una carcajada irónica. Se me podían reprochar muchas cosas, pero que estuviera sentada sobre mi dinero no se ajustaba en absoluto a la realidad. —Sloan, eres lo bastante mayor para cuidar de ti mismo —repliqué, tajante—. Llevo años ayudándote para que puedas salir adelante.

Sloan se levantó.

Se tambaleó.

Y entonces, sin previo aviso, vomitó justo en medio de la mesa de la cocina.

—¡Puaj! —gritaron Beverly y Myra asqueadas.

Sloan se dejó caer de nuevo en la silla con un quejido. —Ahí tienes lo que me has hecho —su voz sonaba un poco más clara que antes. En ese charco pestilente y asqueroso que había en mitad de la mesa debía de estar parte del alcohol que le nublaba el cerebro. Con suerte, ahora volvería a pensar con más claridad y se marcharía pronto.

Debería darte vergüenza pensar así de tu hermano, Lexie.

Se me encendieron las mejillas. Sí, me avergonzaba. Pero ¿qué otra cosa podía pensar? Sloan tenía su propia vida y era responsable de

sus propias decisiones. Desde luego, no era culpa mía que bebiera o que no supiera gestionar su dinero. Desde la muerte de nuestros padres, había intentado apoyarlo y ayudarlo a encontrar un trabajo y a construir su propia vida. Pero Sloan no quería que lo ayudaran. Solo quería que yo financiara su vida para poder vivir lo más cómodamente posible. Eso era todo. Él no quería mover un dedo.

Cogí una bayeta y empecé a limpiar el charco pestilente de la mesa. A esto habíamos llegado. Estaba limpiando el vómito de mi hermano.

—Necesitamos una mesa nueva —chilló Beverly—. Aquí ya no podemos comer. Es demasiado asqueroso. Cada vez que venga aquí tendré ese olor y esa imagen ante los ojos.

Seguí limpiando sin responder.

—¡Lexie! —tronó Myra—. ¿Me has oído? ¡Necesitamos una mesa nueva!

Me limité a asentar con la cabeza. Ya resolvería ese conflicto más tarde. Primero tenía que ocuparme de Sloan. Como siempre, tenía que ocuparme de él. Tenía que ocuparme de todo. Nadie me ayudaba nunca.

Con nostalgia, volví a pensar en el hombre de los inescrutables ojos oscuros que me había ayudado a levantarme cuando entré en pánico por la araña. Y que me había llevado a la entrevista de trabajo. Simplemente había dejado de lado sus planes por mí y ni siquiera le había importado. Para él fue más importante que yo llegara segura y puntual a mi cita. Para él, yo fui lo primero. Por fin alguien se había preocupado por mí. Y además, sin que yo tuviera que pedirlo. Simplemente se había ocupado de mí.

Y de repente me sorprendí deseando tener a alguien así en mi vida.

A él.

A Carson.

Con sus ojos oscuros, la presión cálida y firme de su mano, su risa suave y su actitud tranquila.

¡Lexie! ¡Estás loca! Te coqueteó un poco, pero estaba bastante claro que no tiene un interés serio en ti. Y aunque lo tuviera: en cuanto viera este panorama, saldría corriendo. Nadie quiere tener una familia así.

No. Desde luego que no. Si uno podía elegir, no se metía en una familia así. Carson podía elegir.

Yo, en cambio, no tenía elección.

Tiré la bayeta pestilente al cubo de la basura. La mesa volvía a parecer nueva. Más tarde la puliría otra vez y rociaría un poco de ambientador en la cocina. Después de eso, Myra y Beverly más valía que cerraran el pico. Por hoy ya había tenido suficiente.

—¡Sloan! —Zarandeé a mi hermano por el hombro.

—Ten cuidado —chilló Myra—. Si se mueve, es probable que vuelva a vomitar en la mesa de inmediato.

—¿Y qué? —Miré a mis compañeras de piso con indiferencia—. Como lo tengo que limpiar yo, a vosotras os debería dar igual.

—¿Has oído eso? —le dio Myra un codazo a Beverly.

No presté atención a la respuesta de ninguna de las dos. —Sloan, tienes que irte ahora mismo —intenté levantar a mi hermano de la silla tirando de él, pero no tenía fuerza suficiente.

Además, Sloan se aferraba al borde de la mesa. —Necesito dinero, Lexie —gimoteó.

—No puedo darte nada. Ya te lo he dicho. —Se me partía el alma al pensar que no podía ayudar más a Sloan en este momento. Pero tenía que mantenerme firme. Por el bien de los dos. Primero, porque yo misma no tenía nada más, y segundo, porque Sloan tenía que aprender por fin a valerse por sí mismo. No lo había logrado hasta ahora con mi dinero; quizá sin él le fuera mejor.

Y además, tienes derecho a tu propia vida, Lexie. ¿Quieres vivir para siempre con Myra y Beverly porque le entregas parte de tu dinero a Sloan, para que luego él se lo gaste en una botella de alcohol tras otra?

De repente, Sloan se levantó con una vehemencia inesperada y se colocó detrás de la silla. Agarró la silla con ambas manos y la golpeó con fuerza contra el suelo. —No me iré de aquí hasta que me hayas dado dinero. O el dinero o me quedo aquí.

—¡Ah! —exclamé con amargura—. O sea que no querías quedarte a vivir aquí. Solo quieres chantajearme para sacar un poco más de dinero para alcohol. Algo con lo que emborracharte.

—¡A ti qué mierda te importa lo que yo haga con el dinero! —me espetó Sloan. Se inclinó hacia mí sobre la silla y me miró con actitud

amenazante. No retrocedí ni un milímetro. El tiempo que pasé con Joe me había curtido.

—No voy a seguir financiando tu borrachera —miré a Sloan con firmeza.

—¿Es que quieres que termine en la calle? ¿Qué clase de hermana eres? —Ahora Sloan sacó la carta de la desesperación—. Si nuestros padres lo supieran… Qué suerte que estén muertos y no tengan que ver cómo me abandonas —Sloan se tapó la cara con ambas manos.

—Qué suerte que no tengan que ver cómo te bebes todo lo que gano —repliqué—. ¿Crees que eso les gustaría?

Antes de que Sloan pudiera responder, intervino Myra. —Con el trabajo tan cutre que tienes, no me extraña que tengas que abandonar a tu hermano. ¡Si total, casi no ganas nada! Nadie te quiere. Probablemente también te echen de allí.

Me giré bruscamente. Me habría encantado darle una respuesta mordaz a Myra, pero mi reserva de réplicas parecía agotada por hoy. No podía más. De repente me invadió una profunda desesperación. Lo que más deseaba era sentarme a la mesa de la cocina, apoyar la cabeza en los brazos y llorar. Deseaba estar en cualquier otro lugar. Al lado de Carson en aquel coche de lujo de color plateado, riendo. O en Central Park. O… en cualquier parte. Por un instante me imaginé en una playa, sobre la arena cálida.

—¿Cómo que no tienes nada de dinero? —Sloan volvió a golpear la silla contra el suelo y me devolvió al presente. Me sobresalté.

—Ya te lo he dicho varias veces. No puedo darte más —y tampoco quería, pero esta vez me guardé de añadirlo. No tenía ganas de más

peleas.

—Entonces ya me puedo ir. ¡Para qué habré venido! —Sloan pasó por mi lado para salir de la cocina. Cuando su cuerpo rozó el mío, su olor a alcohol y vómito se volvió tan intenso que por un momento creí que iba a vomitar yo también. Tragué saliva.

Sloan cruzó la puerta de la cocina hacia el pasillo. Mis náuseas remitieron.

—¡Esto es el colmo! —gritó Sloan desde el pasillo. No tenía ni idea de a qué se refería. Pero tampoco me iba a molestar en averiguarlo. Sí, una parte de mí quería salir corriendo tras Sloan y detenerlo. Era la parte que se había ocupado de su hermano pequeño durante todos estos años para asegurarse de que estuviera bien.

Quédate aquí, Lexie. De verdad que no deberías darle más dinero. Nada en absoluto. Solo lo invertirá en alcohol.

La puerta del piso dio un portazo.

Miré con desolación la mesa de la cocina. Parecía la de siempre.

—Vaya, no me extraña que te echaran de tu antiguo trabajo y que ahora no encuentres uno nuevo. Con un borracho en la familia… —Myra sacudió la cabeza. Sus palabras rezumaban desprecio—. Cualquier jefe tiene que contar con que él ande detrás de ti, que moleste a los clientes, que robe de la caja. Puedes dar gracias de que aún no haya atracado la pizzería. Aunque probablemente sea solo porque allí no hay nada que llevarse.

—Él no es un criminal. —Miré fijamente a Myra y a Beverly.

Luego pasé por su lado sin decir ni una palabra más. Fui a mi habitación y cerré la puerta tras de mí. Me tumbé lentamente en la cama. Me estiré cuán larga era boca arriba. Luego entrelacé los brazos detrás de la cabeza y miré al techo, que alguna vez había sido blanco, pero que ahora mostraba numerosas manchas grises. Necesitaba urgentemente una mano de pintura.

En realidad, Lexie, toda tu vida necesita una mano de pintura. Si lo mejor de los últimos dos días ha sido que un extraño te ayude y sueñas con que vuelva cabalgando en su corcel blanco…

O conduciendo su coche de lujo plateado.

Se me escapó una risa nerviosa.

Pero era verdad.

Necesitaba urgentemente un cambio en mi vida.

¿Pero de dónde iba a sacarlo?

Wilson & Sons me enviaría un rechazo, de eso no tenía ninguna duda.

Necesitaba otra idea.

Tenía la mente en blanco.

Por ahora, mañana seguiría repartiendo pizzas.

Capítulo 10 Carson

—¿Y qué referencias aporta usted? —Miré a la mujer que estaba sentada frente a mí. Llevaba una bata a cuadros pasada de moda, tal como solía llevarla mi abuela. ¡Una bata! No sabía qué me resultaba más asombroso: que hubiera mujeres que todavía se la pusieran o que aún se pudieran comprar hoy en día en pleno Manhattan.

—He llevado la casa del señor cura estos últimos años a su entera satisfacción —replicó la mujer—. Ahora, lamentablemente, ha fallecido y no hay sucesor. Por eso debo buscarme otro puesto.

Asentí. Aquello era, en efecto, lamentable. Y, por razones obvias, la mujer no tenía referencias. —¿Qué es lo que solía hacer? ¿De qué tareas se encargaba? —quise saber.

—Oh, yo cocinaba. Todos los días lo mismo. Puré de patatas y un par de salchichas. Nunca aprendí a cocinar de verdad, pero por suerte el señor cura no era muy exigente. —La mujer asintió y se secó una lágrima del rabillo del ojo.

Visualicé una fila interminable de platos con puré de patatas y tuve que contenerme para no arrugar la nariz. No podía vivir así bajo ningún concepto. Me daba mucha pena la mujer y me habría encantado darle el puesto. Pero no era posible. Reflexioné. ¿Podía ayudarla de alguna otra forma? En nuestra fábrica de Queens siempre hacían falta empleados, y me propuse hablar mañana con Ramon Ortega. Quizá pudiera conseguirle un puesto allí. Pero lo de comer puré de patatas todas las noches estaba fuera de toda duda.

—Suena interesante. Ya me pondré en contacto con usted —le prometí a la mujer mientras la acompañaba a la puerta.

Cuando volví a estar solo en mi ático, fui a la cocina. Necesitaba una copa urgentemente. Había citado a cuatro candidatas para cubrir el puesto de ama de llaves. Esta había sido la segunda. La primera había sido aún peor. Había admitido abiertamente no tener ni idea de llevar una casa y que solo se presentaba al puesto porque la oficina de empleo la obligaba. En realidad, preferiría no trabajar en absoluto. La había despachado enseguida. A ese tipo de personas no se les puede ayudar. Simplemente hay que dejarlas como son.

En ese momento volvió a sonar el timbre de la puerta. Debía de ser la tercera candidata. Miré con pesar la botella de whisky que tenía en la mano. La copa tendría que esperar un poco más.

A lo mejor después puedes brindar por un éxito, Carson. Quizá la tercera candidata sea por fin la adecuada.

¿Acaso no iba a ser capaz de encontrar a una empleada de hogar adecuada en alguna parte?

Abrí la puerta. Ante mí había una mujer joven con el pelo teñido de rubio platino. Llevaba un top que dejaba el ombligo al aire y me

sonrió con descaro. —Hola. Vengo por lo del puesto de ama de llaves.

Algo en mi interior se resistió a la candidata. Pero no estaba en posición de ser demasiado exigente. Además, no quería juzgar a la gente puramente por su aspecto. Quizá la mujer resultara ser una candidata apta. ¿Quién sabe?

Así que hice un gesto de invitación y le pedí que pasara al salón. Sin preguntar, se desplomó en el sofá de cuero negro. —Guau. Las vistas no están nada mal. —Señaló el horizonte de Nueva York, que se veía directamente frente a mi ventanal panorámico.

—Sí, a mí también me siguen pareciendo hermosas. Y eso que ya las he visto muchísimas veces. —Me alegró el cumplido y eso me permitió pasar más fácilmente por alto el extraño comportamiento de la mujer.

—¿Y bien, busca usted a una ama de llaves? —preguntó la mujer entonces. Hizo una pompa con el chicle y la hizo explotar. Luego volvió a meterse el chicle en la boca y siguió masticando.

Me la quedé mirando. Pero entonces decidí darle una oportunidad de todos modos. Si sabía cocinar y estaba dispuesta a hacer las horas extras necesarias, quizá podría lidiar con su actitud. —¿Sabe usted cocinar? —pregunté.

—Sé. —La mujer asintió con energía—. Yo le pongo este sitio en orden, de eso puede estar seguro. —Hizo un gesto que abarcaba todo el salón—. Además, habría que cambiar los muebles de sitio, ¿verdad?

—¿Qué? —Miré a mi alrededor.

—Bueno, tal como está el sofá... no es que quede muy bien. —La mujer subió las piernas y se estiró en el sofá—. Aunque es realmente cómodo, eso hay que decirlo. Creo que me voy a sentir muy a gusto aquí. Para mí es importante poder hacer descansos de vez en cuando durante el trabajo. —Se desperezó en el sofá como si estuviera en su propia casa—. Antes tenía un trabajo estresante y no quiero volver a pasar por eso. Las horas extras no son una opción para mí. Necesito todas las tardes libres y los fines de semana también, porque tengo otros planes para ese tiempo.

—Entonces este trabajo no es para usted —repliqué—. Sintiéndolo mucho, tengo que pedirle que se marche. —En realidad no lo sentía lo más mínimo, pero me cuidaría mucho de admitirlo.

La mujer volvió a desperezarse. Elevó el pecho, entreabrió un poco las piernas y se acarició el vientre ligeramente. —Oh. Pues seguro que nos habríamos entendido muy bien. —Se pasó la lengua por los labios y soltó una risita. Luego bajó las piernas al suelo y se levantó.

En ese instante, el timbre volvió a sonar. Probablemente la siguiente candidata. Lancé una mirada de añoranza hacia la cocina, donde estaba la botella de whisky. El trago tendría que seguir esperando. Y eso que me hacía mucha falta.

Esta vez había una mujer imponente ante la puerta que me miró con desconfianza. Resopló un poco cuando la conduje al salón. Luego se dio la vuelta y me miró frunciendo el ceño. —¿No está usted casado, verdad?

—No —respondí con sinceridad.

—No pienso andar recogiendo lo que dejen las visitas femeninas ni cocinar para sus novias —anunció—. Ni lavar su ropa.

Me quedé mirando a la mujer, perplejo. —Nadie ha hablado de eso.

—Los hombres como usted siempre tienen a una novia en algún rincón. Generalmente a varias. —La mujer me observó con aire crítico—. Mi hija cae regularmente con tipos como usted y al final siempre es lo mismo. —La mujer sacudió la cabeza—. Por lo tanto, no espere que yo ande atendiendo también a sus líos.

Apreté la mandíbula. El tono moralista de la mujer me ponía de los nervios. —¿Sabe usted cocinar? —pregunté de todos modos.

—Por supuesto. Me alimento de forma saludable y sigo un plan de comidas equilibrado. Granos integrales, verduras y poca carne. También me encargaré de que usted se alimente bien y cambiaré su dieta en consecuencia. Eso incluye horarios de comida fijos. No toleraré que llegue a casa a mitad de la noche y se ponga a comer entonces. Usted ofrece una paga muy buena y yo trabajaré en consecuencia. —La mujer asintió con energía. Su peinado de rizos cortos subía y bajaba al compás de sus palabras.

Negué con la cabeza para mis adentros. Quería contratar a una ama de llaves, no a una niñera. Ya había tenido en esta casa a una mujer que quería educarme durante bastante tiempo. Estaba feliz de que Nellie se hubiera marchado y de no tener que lidiar más con ella. Ni loco iba a pagar a alguien para que me tratara así.

Esta tampoco era la candidata adecuada.

Tres horas más tarde, cerré la ducha sintiéndome renovado. Las candidatas para el puesto habían sido un desastre absoluto. ¿Por qué era tan difícil encontrar a una buena ama de llaves? ¿Es que nadie quería el trabajo? Ofrecía un sueldo excelente, mejor que en muchos otros empleos. Sin embargo, la gente parecía preferir trabajar como repartidores de pizza o haciendo hamburguesas.

¿Por qué?

Sacudí la cabeza. Nunca lo entendería.

Tras una hora en la cinta de correr me sentía mejor, y ahora, después de la ducha, me sentía listo para más tareas. Estaba muy satisfecho con mi tiempo de carrera. El próximo entrenamiento con Ian sería, garantizado, más rápido que el anterior. El maratón de Nueva York estaba cada día más cerca y yo me sentía cada vez más en forma.

Sin querer, recordé el último entrenamiento y a la mujer a la que después había llevado a su cita.

Lexie.

¿Cómo se habría comportado ella al entrar en mi salón? ¿Se habría quedado maravillada con la vista? ¿Me daría órdenes? ¿Estaría dispuesta a hacer horas extras?

¡Carson! Ella no ha estado aquí y nunca entrará en este apartamento. Debes de haberte excedido un poco en la cinta para dejarte llevar por fantasías tan poco realistas. Deberías ocuparte de tus propios proyectos.

La chica de compañía. Ese era mi proyecto siguiente y más urgente. Me puse mi caro reloj de Breguet. Me lo había comprado cuando Carson's Chocolates facturó por primera vez más de 100 millones al año. 100 millones. Esbocé una sonrisa. Entonces me había parecido mucho; hoy era solo una parte de mi facturación anual.

Los ingresos de la empresa de software de Edward Malley estaban probablemente en un rango similar. Por eso él también era candidato

al New York Business Award. Nuestras empresas figuraban entre las más grandes de la ciudad y eran las que más habían crecido en los últimos años. Había estudiado la lista de nominados con más detalle. Edward era el único competidor serio y, como había demostrado esa misma mañana, no se detendría ante nada para ganar el premio. No dudaría en arrastrar mi reputación por el fango.

No iba a permitirlo.

No podía permitirlo.

A partir de ahora estaría doblemente alerta. Tras mi visita a la fábrica de Queens, había escrito un correo electrónico a todos mis empleados pidiéndoles que apoyaran a Carson's Chocolates con una vigilancia redoblada.

Din don.

Volvió a sonar el timbre.

A mediodía había hablado por teléfono con el dueño de la mayor agencia de acompañantes de Nueva York. Me había asegurado una discreción absoluta y me había prometido apoyarme en mi propósito. Iba a enviarme a cuatro damas que consideraba adecuadas para el trabajo para que se presentaran. Así podría hacerme una idea de todas a la vez y elegir después a la más apta.

Cuando hice la llamada, todavía dudaba de mi plan. Pero la conversación con el dueño me había tranquilizado. Me aseguró que un encargo como el mío no tenía nada de inusual y que la agencia estaba perfectamente familiarizada con ello.

Abrí la puerta con expectación. ¿Cómo serían aquellas chicas de compañía? Seguro que ya había visto a algunas en mi vida y no me había dado cuenta de qué eran. Si creía al dueño de la agencia, al menos el 10 % de todos los acompañamientos en eventos benéficos, entregas de premios y otros eventos no eran parejas ni novias, sino chicas de compañía. Era algo que ocurría todos los días, especialmente en Nueva York.

—Holaaaa... qué pronto volvemos a vernos. —La mujer que estaba delante de todo me sonrió. Me quedé mirando un rostro redondo enmarcado por un pelo rubio platino. Bajé la vista hacia el top corto que enseñaba el ombligo y una minifalda. Sin duda. Había estado aquí antes presentándose al puesto de ama de llaves. ¿Y ahora pretendía ser chica de compañía? Mis pensamientos se atropellaron. ¿Por eso me había dicho que necesitaba tener las tardes y los fines de semana libres?

La mujer sonrió. —¿Podemos pasar? Me encantaría volver a disfrutar de la vista. —Se coló a mi lado sin esperar respuesta. Tras ella entraron una mujer morena poco llamativa y una... dama elegantemente vestida. En ese momento deseé no haber decidido recibir a todas las mujeres a la vez. Pero ya no podía cambiarlo. Cerré la puerta y seguí a las tres chicas al salón.

¿Tres? ¿No había dicho el jefe que enviaría a cuatro? ¿Dónde estaba la cuarta?

—¿A que esta vista es la caña? —chilló la rubia platino y volvió a lanzarse sobre el sofá—. Ahora que está anocheciendo y todos los rascacielos están iluminados, se ve incluso mejor que antes.

Me aclaré la garganta. —Su... Su jefe les ha dicho de qué se trata.

La mujer morena asintió. —Necesita acompañante para una entrega de premios y para algún otro evento.

—Te digo una cosa, si después quieres divertirte un poco... o antes... me encantaría sacar partido de verdad a este sofá contigo. —La rubia soltó una risita sugerente y movió el cuerpo de una forma que no dejaba lugar a dudas sobre lo que quería decir. Luego me guiñó un ojo, metió una mano bajo el top y se pellizcó el pezón derecho.

Me giré asqueado. —No busco ese tipo de placer. Creo que eso quedó claro en mi solicitud.

—Síii... Eso dicen todos al principio. Y luego al final sí que quieren. —La rubia volvió a reírse—. ¿Por qué no ser sinceros desde el principio?

Era tan poco adecuada como acompañante como lo era para el puesto de ama de llaves. Me imaginé con horror cómo se me echaría encima de forma insistente en la gala, riéndose a carcajadas y posiblemente buscando entre los invitados a su próximo cliente. O saludando a gritos a algún antiguo cliente. No, seguro que no poseía la discreción necesaria para mi plan. Ni el nivel necesario tampoco. Probablemente hasta iría en top a una entrega de premios porque «ella era así».

Observé a las otras dos candidatas. Ambas se veían aceptables. Sin embargo, carecían de encanto. Sus ojos no brillaban como los ojos verdes de Lexie y sus cabellos...

¡Carson! ¿En qué estás pensando ahora con Lexie? Concéntrate en el presente.

Supongo que no podía esperar que una chica de compañía me sonriera de forma natural. Para ellas, esto era un trabajo como cualquier otro. Yo era un cliente. Esa perspectiva me hacía sentir un tanto incómodo.

—¿Cuándo es la entrega de premios? —quiso saber la morena. Su voz sonaba un poco dura. Demasiado dura para mi gusto.

—¿Y cuál es el código de vestimenta? —preguntó su compañera elegantemente vestida. Observó el salón con aire crítico y daba la impresión de que no era la primera vez que estaba en un entorno así.

Tendría que decidirme entre estas dos chicas. En realidad, me habría gustado decirle al jefe que no quería a ninguna de las mujeres que había enviado. Sencillamente ninguna era de mi gusto. No elegiría a ninguna de ellas como amiga. Demasiado vulgar, una con voz demasiado dura y la otra demasiado elegante.

Carson. No seas ridículo. Solo se trata de un acompañamiento y no te queda mucho tiempo hasta la gala. Decídete simplemente por la que sea más adecuada para tu propósito. Quizá sea incluso mejor si tu acompañante no te gusta especialmente, así al menos no entrarán en juego los sentimientos.

Eso era exactamente lo que quería evitar.

Y, sin embargo, me sentía de alguna manera desilusionado.

Pero aún me quedaba una esperanza.

Ante mí se sentaban tres chicas de compañía. Pero el jefe había anunciado que enviaría a cuatro.

¿Dónde estaba la cuarta?

¿Quizá era ella la que yo buscaba?

En ese momento, el timbre volvió a sonar.

Capítulo 11 Lexie

Eché un vistazo rápido y agitado a mi nota. Dos clientes más. ¡Dos! ¡Y todos querían su pizza a las ocho en punto de la tarde! ¿Cómo había podido aceptar eso Joe? Hoy había trabajado en la pizzería hasta las seis y se había encargado él de las llamadas. Sospechaba que facturábamos menos porque no éramos lo bastante amables con los clientes. Darleen no hizo más que mirarme y poner los ojos en blanco ante tal afirmación. Como si alguien fuera a llamar aquí para comprobar lo simpáticos que éramos y luego fuera a desistir de hacer un pedido porque no lo fuéramos. La gente quería una pizza barata y lo más rápido posible. Eso era todo.

Y de eso se encargaba Joe ahora. Bruno y Guido apenas daban abasto horneando pizzas y estaban sudando la gota gorda frente al horno. Darleen y yo metíamos las pizzas en las cajas de cartón plegadas a un ritmo de récord y luego salíamos disparadas por la puerta. Pies para qué os quiero. Mientras no estuviéramos en la pizzería, Joe no podía regañarnos. Por supuesto, lo hacía con más ganas a nuestro regreso, porque para su gusto siempre íbamos demasiado despacio, y la culpa siempre era nuestra, nunca del tráfico de Nueva York.

Apreté los dientes. Por el momento no me quedaba otra que aguantar. Tras el fiasco de la entrevista en Wilson & Sons, no tenía otra opción. Primero tenía que enviar unas cuantas candidaturas más.

Llamé al timbre de un rascacielos viejo y desconchado. —-¿Sí? —Una voz de hombre sonora y pastosa salió por el interfono.

Oh, Dios, otra vez borrachos. Hoy se jugaba un partido de béisbol especialmente importante. Media Nueva York estaba frente al televisor para ver el partido. Con ello, por supuesto, caía una cerveza tras otra y también algún que otro chupito o copa. Como se trataba principalmente de alcohol barato, lo había en abundancia y los hombres se emborrachaban aún más rápido de lo habitual.

¿Se estaría emborrachando Sloan también esta noche?

—-Tercer piso —-respondió la voz. El abridor de la puerta zumbó.

Empujé la puerta y eché un vistazo al vestíbulo estrecho y oscuro. Los turistas suelen imaginar que los rascacielos de Nueva York tienen vestíbulos amplios y bien iluminados con suelos de mármol o granito pulido, plantas altas y un amable portero. Esa era la excepción. Eso pasaba en las empresas o en los edificios donde vivían los ricos y famosos de la ciudad. Y esos, con toda seguridad, no nos pedían pizza a nosotros.

Al fondo del vestíbulo, una escalera subía. Me apresuré hacia ella. Tratándose de tres pisos, no iba a esperar al ascensor. Al final eso solo me haría perder un tiempo valioso, ya que en los edificios antiguos los ascensores solían ser lentos. Subí al tercer piso de dos en dos escalones. Un efecto secundario positivo de mi trabajo era que estaba más en forma que nunca.

En la tercera planta miré a mi alrededor con desorientación. Ninguna de las puertas estaba abierta. Pulsé el interruptor de la luz. Se encendió una lámpara al fondo del pasillo. La que estaba justo encima de mí estaba fundida. Quizá solo hacía falta una bombilla nueva. En estos edificios, el conserje no se pasaba muy a menudo.

Me incliné hacia delante para descifrar el nombre en la placa del timbre junto a la puerta.

¡Maldita sea! ¿Es que el tipo no podía esperar simplemente en la puerta? Esto me iba a costar un tiempo precioso. Aún me quedaba otro cliente por servir y luego tendría mi descanso. Todavía no sabía qué iba a hacer, pero de lo que estaba segura era de que no iba a pasar el rato entre el pestazo de la pizzería. Prefería estar fuera, a oscuras, bajo una farola. Ahora, en primavera, por la noche aún refrescaba bastante. Pero como no sabía si Joe volvería a pasarse por la pizzería, prefería mantenerme alejada de aquella cocina sofocante.

Esa puerta no tenía placa en el timbre. Me enderecé y fui a la siguiente.

—¡Eh! —Una voz a mi espalda me hizo darme la vuelta. En el momento en que me había girado, alguien había abierto la puerta detrás de mí—. ¿A dónde vas con nuestra pizza? ¿Es que piensas dársela al vecino? —En el umbral de la puerta había un hombre que se tambaleaba ligeramente y que ahora se sujetaba al marco.

—Oh, no sabía exactamente dónde vivían —me disculpé—. No hay ningún nombre en el timbre de la puerta.

El hombre soltó una carcajada burlona. —No, no tenemos de eso. Solo faltaría que fuéramos tan tontos. ¿Para que el agente judicial sepa a qué timbre llamar cuando nos busque? —El hombre se dio

unos golpecitos en la frente—. No, no. Y ni se te ocurra avisarle si está ahí abajo esperando.

Negué con la cabeza. —No diré nada. —Estos eran los peores clientes. Borrachos y sin dinero, esa siempre era una mala combinación. Tenía que cobrar el dinero lo antes posible y asegurarme de no entregarle las pizzas al hombre antes de que me lo hubiera dado. De lo contrario, me cerraría la puerta en las narices y tendría que pagar las pizzas de mi propio bolsillo. Ya me había pasado dos veces. Pero había aprendido la lección y ahora era más precavida.

—Venga, dame ya las pizzas —dijo el hombre—. Una mujer tan guapa como tú no debería cargar tanto peso.

—Primero el dinero —le respondí, y me coloqué a cierta distancia de la puerta para que el hombre no pudiera alcanzar las pizzas con facilidad.

—¿Primero el dinero? —bramó el hombre, mirándome enfadado—. ¿Es que no confías en mí? ¿O qué?

Me encogí de hombros. —Tengo mis reglas y debo cumplirlas. Son órdenes de mi jefe. —Era mejor echarle la culpa a Joe que decirle al hombre que realmente no me fiaba de él.

—¿Dónde están nuestras pizzas, Homer? —Un hombre corpulento apareció tras el borracho de Homer en el pasillo.

—La pequeña de aquí no quiere soltarlas hasta que no vea el dinero —vociferó Homer y le dio un codazo a su colega.

El otro se rió. —-Vaya por Dios. Ya tiene que estar contenta de que paguemos algo por esta bazofia. Solo pedimos porque es muy barata y necesitamos algo consistente para el estómago esta noche. Esto no tiene nada que ver con la buena comida.

—Quien pide, tiene que pagar. —Cambié el peso de las pizzas y extendí una mano.

—Primero danos las pizzas —exigió Homer—. Quién sabe si dentro de las cajas está siquiera lo que hemos pedido. La última vez recibimos una pizza vegetariana. ¡VEGETARIANA! Te garantizo que eso no lo pedimos nosotros.

Su colega soltó una risotada relinchante y Homer se unió a él.

Poco a poco empezó a asaltarme la sospecha de que los dos no tenían ni un céntimo.

—-¿Qué pasa? —-Un tercer hombre apareció en el pasillo y balbuceó de tal manera que parecía que acabara de despertar de un sueño profundo.

—No nos quiere dar la pizza. —Homer me señaló acusadoramente con el dedo. El movimiento fue excesivo para él y se inclinó ligeramente hacia atrás.

—¡Eh, tío! ¡Cuidado! —El segundo hombre empujó a Homer hacia delante. Ahora este tropezó, salió del marco de la puerta y se quedó justo frente a mí.

—Dame la pizza —exigió, y echó mano a las tres cajas que tenía en el brazo.

—Si pagan, las tendrán enseguida —prometí, dando un paso atrás—. Y cuanto antes paguen, más posibilidades habrá de que sigan calientes. —Esperaba que mi voz no sonara como me sentía por dentro. Estaba inquieta y me habría gustado estar en cualquier otro sitio. Pero ahora tenía que actuar con seguridad. De lo contrario, Homer y sus colegas no me darían el dinero y acabarían quejándose a Joe.

—En el restaurante también se come primero y se paga después —dijo entonces el segundo hombre.

—Pero esto no es un restaurante —repliqué—. Somos un servicio a domicilio y aquí se paga primero y se come después. —Me asombró mi propia seguridad.

—¡Dame la pizza! —Homer se cayó al suelo y se aferró a mis rodillas. Perdí el equilibrio.

¡Maldita sea!

No pude pensar en nada más.

Entonces las cajas se me resbalaron de las manos.

Los amigos de Homer saltaron hacia delante y las recogieron. Luego agarraron a Homer y lo metieron en casa. Y, para rematar, dieron un portazo.

Todo ocurrió más rápido de lo que pude procesar.

Me quedé sola ante la puerta cerrada.

La luz del pasillo se apagó.

Tenía ganas de llorar. ¡Había aguantado tan bien y, sin embargo, la pizza se había esfumado! ¡No podía ser! ¡No podía estar pasando! Tendría que pagar las pizzas de mi bolsillo por tercera vez. Y encima tres de golpe.

Lo que más me apetecía era sentarme en la escalera y esconder la cabeza entre las manos.

Pero entonces oí la voz de Darleen en mi cabeza, ordenándome que no me rindiera.

Aporreé la puerta. —Venga, abran. Denme el dinero.

Desde dentro solo se oían risas burlonas.

Llamé al timbre.

Nadie se movió.

Probablemente Homer y sus amigos estaban acostumbrados a estas situaciones. Si evitaban al agente judicial, con más razón me evitarían a mí. Probablemente podría estarme aquí gritando hasta cansarme.

Resignada, bajé las escaleras.

Aún me quedaba otro cliente al que servir. Consulté rápidamente mi lista para ver a dónde debía ir el pedido.

Una dirección en la que nunca había estado.

Espero que no sea otro cliente como Homer. Solo me faltaría eso.

Un cuarto de hora después, atravesaba a toda prisa uno de los vestíbulos en los que había pensado antes. Suelo de mármol pulido. Bien iluminado. Plantas altas. En la garita del conserje se levantó un hombre bajito y rechoncho.

—-Buenas noches. Tengo que entregar esta pizza en el último piso. —-Señalé con la barbilla la caja que llevaba en la mano.

—-¿Al señor Sanders, en el ático? —-quiso saber el portero.

En mi pedido no figuraba ningún nombre. Simplemente asentí. Si el señor Sanders vivía en el ático, el pedido era para él.

—-Lamentablemente, el ascensor que sube hasta arriba acaba de registrar un fallo y he tenido que bloquearlo ahora mismo —-dijo el portero con solemnidad—-. Tendrá que coger otro ascensor.

Me encogí de hombros. —-Mientras no tenga que subir caminando hasta arriba... —-intenté una pequeña broma.

—-Solo los últimos diez pisos. El segundo ascensor, por desgracia, no llega hasta arriba del todo. Algo no va bien. —-El portero me miró con disculpa.

—-¿Diez pisos? —-pregunté horrorizada. Debía haber oído mal.

Pero el portero asintió.

Aunque antes había subido los tres pisos corriendo, diez pisos eran harina de otro costal.

Miré la pizza en mi mano con resignación. No me quedaba otra.

—-El ascensor está por allí. —-El portero debió de adivinar mis pensamientos y señaló al otro lado del vestíbulo. Había varios ascensores. El de la derecha estaba precintado con una cinta amarilla. En cambio, las puertas del de la izquierda se estaban abriendo y salía una pareja bien vestida. Los dos no me hicieron ni caso mientras cruzaba el vestíbulo y me metía en el ascensor.

Efectivamente, tuve que subir los últimos diez pisos a pie. Puse el dedo en el botón del último piso y luego lo dejé deslizar más abajo. Luego pulsé y las puertas se cerraron.

¿Por qué la gente de un rascacielos tan distinguido pedía nuestra pizza? El tipo que vivía allí arriba probablemente podría comprar nuestra pizzería con sus ingresos sin problemas. Y de paso otros cuantos negocios más.

Cuando llegué aquí, había comprobado la dirección tres veces. Quizá Joe se había confundido al tomar el pedido. Pero esta era claramente la dirección que figuraba en mi lista.

Sí, ¿por qué el señor Sanders tenía que querer precisamente nuestra pizza? Eso mismo me preguntaba yo unos minutos después, mientras subía las escaleras. Diez pisos eran demasiados. Noté cómo el sudor empezaba a brotarme poco a poco.

Maldito ascensor. Mi descanso era cada vez más y más corto.

Pero al menos el señor Sanders pagaría su pizza sin rechistar y quizá hasta caería alguna propina que compensara parte de la pérdida que había sufrido con Homer.

Sin aliento, llegué al último piso.

Aquí solo había una puerta. Era de una madera bastante noble y probablemente diez veces más cara que el mobiliario de mi habitación. O de todo nuestro piso.

Puse el dedo en el timbre y pulsé.

Esperé.

Y entonces se abrió la puerta.

Abrí los ojos de par en par.

ÉL.

Delante de mí estaba él.

El hombre atractivo y en forma que me había librado de la araña y que me había llevado a la entrevista de trabajo cuando mi patinete eléctrico me había dejado tirada esta mañana.

Carson.

¿Estaba soñando?

Para asegurarme, levanté la mano libre y me di un pellizco rápido en la cadera.

Cerré los ojos un momento y volví a abrirlos.

Carson seguía frente a mí. Así que no estaba soñando.

Me miraba con sus ojos oscuros y ligeramente misteriosos. Me entró aún más calor del que ya tenía. Noté cómo el rubor me subía a las mejillas. La piel me empezó a hormiguear. Incluso los labios me cosquilleaban. Tenía un nudo en la garganta.

Carson.

¿Acaso era él el señor Sanders?

¿O qué otra cosa estaba haciendo aquí?

¿Había pedido acaso la pizza para volver a verme?

Tonterías, Lexie. Esto es Nueva York. Aquí ocurren casualidades. Pero los cuentos de hadas solo existen en otros lugares. Ha pedido la pizza porque quiere comer pizza.

Carson seguía sin decir nada.

Sintió un ligero vuelco en el estómago.

¿Qué se suponía que debía hacer?

¿Era aquello una señal?

Y si lo era, ¿de qué?

Capítulo 12 Carson

Me quedé mirando fijamente aquellos ojos verdes que ahora no brillaban, sino que me observaban con desconcierto.

ELLA estaba ante mi puerta.

ELLA.

Lexie.

La mujer con la que me había cruzado dos veces en muy poco tiempo y que no me había podido quitar de la cabeza. La mujer que era diferente a todas las demás que conocía.

¿Qué hacía ella ante mi puerta?

No podía apartar la vista de su cabello pelirrojo, de sus ojos verdes y de sus labios carnosos. Mis ojos recorrieron su rostro. Una y otra vez. Tras un instante que me pareció eterno, pero que en realidad probablemente no duró ni un segundo, me quedó claro: Lexie era

real. De verdad estaba allí. No me lo estaba imaginando. Mi mirada descendió por el cuerpo de Lexie. Sostenía una caja en la mano que ocultaba parte de su torso. Sus largas piernas asomaban bajo una chaqueta que ahora se estaba desabrochando. Debajo, se adivinaban sus pechos.

De repente, fue como si el aire entre nosotros se hubiera cargado de electricidad. Sentí una ligera tensión por todo el cuerpo.

¿Qué hacía Lexie aquí?

Y entonces se me cayó la venda de los ojos.

ELLA era la cuarta chica de compañía. Venía de la agencia.

Por supuesto. Había pedido que enviaran a cuatro candidatas, pero en mi salón hasta ahora solo había tres.

Miré a Lexie sorprendido. Nunca habría imaginado que fuera una escort. ¿Una mujer que tenía miedo a las arañas? ¿Y que tenía una cita importante? Pero probablemente esa cita era un compromiso con un cliente. Un almuerzo de negocios que no podía perderse por nada del mundo.

O quizá tenía un trabajo normal por las mañanas o durante el día, mientras pasaba sus noches acompañando a importantes hombres de negocios a sus eventos y sonriendo con amabilidad.

Ahora me miraba. Parecía un poco sin aliento y eso la hacía todavía más simpática de lo que ya me resultaba. Era, sencillamente… muy normal y totalmente espontánea. Parecía la vecina de al lado. Como una mujer a la que hubiera conocido por casualidad en cualquier

sitio y a la que ahora hubiera invitado a pasar la velada conmigo y a acompañarme después a una entrega de premios.

No era ni tan vulgar como la colega rubia platino que se repantingaba en el sofá, ni tan distante y profesional como las otras dos chicas de compañía, que daban la impresión de que iban a ejecutar un programa de acompañamiento rutinario sin involucrarse demasiado. No, Lexie era simplemente ella misma.

Y eso era más atractivo que cualquier otra cosa.

—Traigo la pizza —dijo Lexie entonces, levantando un poco la mano en la que sostenía la caja. Me tendió la pizza y me sonrió con un deje de confusión. Obviamente, ella tampoco esperaba volver a verme aquí.

Otro punto a su favor.

Si algo no soportaba, era el cálculo interesado.

¿Qué iba a haber calculado, Carson? Seguro que no planeó tener un ataque de pánico en plena calle por culpa de una araña.

Deseché la idea. No eran más que los fantasmas del pasado. Nellie había intentado manipularme y salirse con la suya demasiadas veces.

—La pizza se va a enfriar —dijo Lexie, y volvió a sonreír.

¿Pizza?

Solo en ese momento fui plenamente consciente de lo que debía de haber dentro de la caja. ¿Podía Lexie leer el pensamiento? ¿Sabía que ya no tenía ama de llaves? Su detalle la hacía aún más encantadora. Normalmente no comía pizza de pizzerías de segunda —y comparada con una pizza fresca de horno de leña, la pizza de cualquier servicio a domicilio era de segunda, porque ya se había paseado por la ciudad en una caja de cartón—, pero en ese instante mi estómago me hizo saber mediante un fuerte rugido que necesitaba alimento urgentemente. Me había dado una buena paliza en la cinta de correr y después no había comido nada más.

¿Cuándo habría podido? Había estado demasiado ocupado con todas las candidatas. Y seguía sin tener una ama de llaves que se encargara de mis comidas.

A cambio, ahora tenía a una chica de compañía.

Había tomado una decisión.

Iba a contratar a Lexie.

Solo la quería a ella y a ninguna otra.

—Vaya sorpresa volver a verte así —le dije a Lexie—. La verdad es que no me lo esperaba, pero a la tercera va la vencida.

Las mejillas de Lexie se encendieron un poco más. Se apartó el pelo de la frente. —Yo tampoco me lo esperaba —admitió.

—Pues me alegro todavía más. —Abrí la puerta un poco más y le hice un gesto a Lexie para que entrara—. Pasa, por favor.

Lexie vaciló un momento.

¿Acaso no quería entrar? Como chica de compañía, debía de estar acostumbrada a estar en pisos y casas ajenas. Su trabajo consistía en sentirse allí como en casa y fingir que pertenecía a ese lugar.

Tras ese instante de vacilación, Lexie entró en mi ático. Cerré la puerta tras ella y le puse la mano en la espalda para guiarla hacia el salón. Los músculos de Lexie bajo mi mano se tensaron ligeramente al principio. Moví un poco los dedos de un lado a otro para tranquilizarla. Lexie se relajó.

—¡Oh! —exclamó al entrar en mi salón.

Sonreí satisfecho. Ante nosotros se extendía la silueta nocturna de Nueva York. A esas alturas ya era noche cerrada y las luces del Empire State Building, del Chrysler Building y de los demás rascacielos destacaban brillantes contra el cielo negro. Conocía muy bien esa vista, pero me asombraba cada vez que la veía.

—Precioso, ¿verdad? —pregunté.

—¿Precioso? —repitió Lexie—. Es… es… es absolutamente impresionante.

—¡Eieeeh, ha traído pizza! —gritó la rubia platino—. ¡Eres un cielo! —La mujer saltó del sofá y le arrebató la caja a Lexie de las manos —. Tío, tengo un hambre que no os lo podéis ni imaginar. —La rubia platino abrió la caja, arrancó un trozo de pizza con las manos y se lo metió ávidamente en la boca. Luego agarró los hilos de queso que colgaban, los enrolló en sus dedos, se metió la mano en la boca y arrancó el queso de los dedos con los dientes.

Me di la vuelta asqueado. Ya no quería probar esa pizza.

—¿Y usted quién es? —le preguntó la mujer de pelo oscuro a Lexie. Su voz sonaba aún más dura que antes.

—¿Ah, no se conocen? —pregunté, mirando con atención de una mujer a otra. La rubia platino estaba demasiado ocupada zampándose mi pizza como para darse cuenta de nada más. Pero la mujer de pelo oscuro y la mujer elegante miraban a Lexie con una hostilidad manifiesta.

¿A qué venía eso?

Había quedado claro desde el principio que solo elegiría a una chica de compañía. No podía llevarme a una a la sesión de fotos y a otra a la entrega de premios.

No ha sido tu mejor idea invitar a todas las mujeres a la vez, Carson.

En efecto, no lo había sido, porque lo que más deseaba ahora era estar a solas con Lexie. Hablar con ella tranquilamente, escuchar qué pensaba, qué era importante para ella y cómo y dónde vivía.

¿Te has vuelto loco, Carson? Esto no es una cita. Es un asunto puramente profesional.

Precisamente así lo quería. Y así debía seguir siendo. Pero eso no significaba que no pudiera elegir a la mujer que más me gustara. Al fin y al cabo, eso era lo que había querido todo el tiempo. Me había imaginado encontrar a una escort como Lexie. Y ahora Lexie estaba ante mi puerta.

¿A qué estaba esperando entonces?

Con determinación, llevé a Lexie a la cocina. Iba a hablarlo con ella.

Ahora mismo.

De inmediato.

Por supuesto, después tendría que llamar a su jefe y aclararlo todo con el dueño de la agencia. Pero quería asegurarme de que Lexie y yo estábamos en la misma sintonía y de que ella también quería el trabajo, a pesar de que ya nos conocíamos. Decir que nos conocíamos era quizá decir demasiado, pero aun así cambiaba la situación… Además, no quería que Lexie se marchara así como así.

¡Carson!

Pero antes de que pudiera cambiar de opinión, ya estaba en la cocina con Lexie. Cerré la puerta y me aclaré la garganta.

Lexie me miró con ojos muy abiertos. —Lo siento, no quería interrumpir tu velada. Deberías seguir disfrutando. Solo que, por lo de la pizza…

Interrumpí a Lexie con un gesto de la mano. —No es ningún problema. Que se coma ella la pizza. Y no has interrumpido nada. Si todo esto era según lo acordado.

—Sí, bueno, pero hay algunos clientes que se olvidan de su pedido y, cuando te presentas de repente en la puerta, encima te gritan… —Lexie sacudió la cabeza—. No todo el mundo es tan amable y atento como tú. —Al decir estas palabras, los ojos verdes de Lexie volvieron a brillar como en nuestros encuentros anteriores. Me habrían dado ganas de volver a cogerle la mano.

Carson. Céntrate.

Debía centrarme en el «pedido», como Lexie acababa de llamarlo. Pero aquello iba demasiado lejos. Me negaba a referirme a mi encargo como un «pedido». Sí, era un trato. Pero yo no había «pedido» a una mujer de un catálogo, como un hombre entrado en años, quejumbroso y gordinflón que va pasando páginas y luego hace venir a una mujer que ni siquiera habla su idioma.

Yo era diferente, o eso esperaba.

—Escucha. Si quieres, el trabajo es tuyo. Las demás me importan un bledo. —Miré a Lexie con atención mientras decía esto. En realidad, esperaba que se alegrara por la oportunidad que le ofrecía. Seguro que le pagaban por encargo, y si yo no la contrataba, no ganaba dinero.

O… ¿O es que tenía tantos encargos esperándola que no tenía que preocuparse por eso?

La idea me resultó desagradable y la aparté tan rápido como pude.

Lexie puso cara de confusión. —Ya tengo un trabajo —respondió—. Y…

—¿Qué? —Volví a interrumpir a Lexie—. ¿Entonces por qué estás aquí? —Fruncí el ceño, molesto. Debía de ser un malentendido. Por supuesto, no le había dicho explícitamente al dueño de la agencia de escorts que solo enviara a chicas disponibles. ¡Pero era de cajón que lo haría! ¿Qué ganaba él si yo elegía a una chica que ya estaba reservada? Eso era como poner cosas en el escaparate que luego no tienen en la tienda. Estaba garantizado que los clientes se llevarían un chasco.

—¿Ya estás reservada? —repetí—. ¿Por quién? —Ahora quería saberlo con exactitud.

Carson. Eso no es asunto tuyo.

No era asunto mío y, sin embargo, quería saberlo.

—Bueno, ahora voy a tener una hora de descanso y después tengo que seguir con las pizzas —explicó Lexie.

—¿Pizzas? —Fruncí el ceño—. Está bien, si es solo por esta noche, no pasa nada. No sé qué te habrá explicado exactamente tu jefe, pero necesito una acompañante que esté a mi lado en los New York Business Awards. Sonreír, estar guapa y esas cosas. Eso es todo. Antes de la gala hay una sesión de fotos, a la que por supuesto también tienes que venir. Y luego quiero que me acompañes a una boda el fin de semana. Ese será nuestro primer encargo. Ensayaremos un poco para que resultemos creíbles cuando llegue el momento de la verdad. Supongo que para esas fechas aún no estarás reservada; si no, tu jefe difícilmente te habría enviado aquí. ¿O es que vuestros clientes reservan a una chica varias veces a la misma hora y luego mandan a otra persona? —Si era así, quería saberlo ya.

—¿Una chica? —Lexie me miró totalmente sin comprender. Parecía aún más confundida que antes—. En nuestro local, nadie reserva a ninguna chica. La gente nos pide pizzas. Por eso estoy aquí. Has pedido una pizza. —Lexie señaló con la mano hacia la puerta del salón, donde la rubia platino probablemente se estaba metiendo entre pecho y espalda los últimos trozos.

—¿Pizza? —Ahora fui yo quien miró a Lexie sin entender nada. Luego la observé con más atención. Los vaqueros. La chaqueta. Todo aquel aspecto informal.

Por supuesto.

Lexie no era ninguna chica de compañía.

Era repartidora de pizzas.

—Pero si yo no he pedido ninguna pizza. —No pude decir nada más en mi asombro.

—Pues sí. Debía entregar algo en esta dirección, en el último piso. La pizza de marisco. —Lexie asintió con energía—. A nosotros también nos extrañó, pero así fue.

—¿De marisco? Alguien ha querido gastarme una broma. Soy alérgico al marisco. —Eso lo sabía muy poca gente. ¿Quién podía haber sido?

Me quedé pensando.

—Edward —mascullé entonces. Claro. Nellie sabía lo de mi alergia. Seguro que se lo había contado a Edward y él había pedido una pizza para dejarme fuera de combate.

¡Era increíble!

Apreté los puños.

Carson. Cálmate y concéntrate en lo importante.

Respiré hondo. Aunque Lexie no fuera una chica de compañía, quería que me acompañara. Más que nunca.

Ahora lo tenía claro.

Más claro que nunca.

—Aun así, quiero que me acompañes. Las mujeres de ahí fuera no cumplen mis requisitos. Tú, en cambio, sí.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me habría gustado retirarlas de inmediato. No había sido precisamente un cumplido.

Lexie torció el gesto.

—Te pagaré bien —añadí, intentando enmendar mi metedura de pata al menos de esa manera.

Lexie pareció quedarse pensativa.

Luego entreabrió los labios.

¿Qué iba a responder?

Capítulo 13 Lexie

Me quedé mirando a Carson con la boca abierta. ¿Qué acababa de decir?

Me sentía como en una mala película. En realidad solo quería entregar una pizza rápido antes de tomarme mi merecido descanso y ahora... ¿ahora quería contratarme como escort?

¿Como escort?

Negué con la cabeza. Todo aquello era sencillamente demasiado increíble para ser verdad. Algo así no se le ocurriría ni a un guionista. Simplemente no existía. Debía de estar soñando. Con la boca aún entreabierta, levanté la mano y me di un pellizco en el brazo izquierdo. Pero no pasó nada. No me desperté de repente en mi habitación, sino que seguía en aquel exclusivo ático, que superaba en lujo todo lo que había visto en mi vida. Ante mí estaba Carson, que me miraba expectante y parecía estar esperando con urgencia una respuesta.

Esperaba mi respuesta.

Los ojos oscuros de Carson miraban como si hubiera mucho más en juego que una simple aceptación de una... ¿oferta contractual? No era otra cosa lo que acababa de hacerme. Me aclaré la garganta. Tenía que decir algo ahora mismo. Pero ¿qué?

Mi mente estaba completamente en blanco.

¿Era esto la salvación? ¿La solución a todos mis problemas que tanto había esperado? ¿La salida perfecta que había buscado y que no sabía que existía?

Abrí la boca. Quería decir «sí». Si no aceptaba la oferta de Carson, sería bastante tonta, ¿no? Probablemente me pasaría los próximos meses lamentándome por la oportunidad perdida.

—Nunca he hecho algo así —dije en su lugar—. No creo que sea capaz. Todo el mundo se daría cuenta de que nosotros dos no somos... —Me detuve—. Es decir, que no estamos... —lo intenté de nuevo—. Quiero decir...

Sentí cómo el rubor cubría mis mejillas.

¿Por qué no eres capaz de decir lo que realmente quieres, Lexie? Que todo el mundo notaría que Carson y tú no sois pareja.

Carson restó importancia al asunto con un gesto. —La mayoría de la gente en esas recepciones está demasiado ocupada consigo misma. No tienes que hacer nada más que estar deslumbrante y charlar un poco. Básicamente, justo como ahora. —Carson curvó los labios en una pequeña sonrisa—. No te subestimes. Tú puedes hacerlo.

Me puse aún más roja.

¿Qué se suponía que debía decir ahora?

En el fondo, no me quedaba más remedio que aceptar.

Volví a abrir la boca.

¿En qué te estás metiendo, Lexie? No sabes nada de él. NADA. Ha sido muy amable contigo en dos ocasiones. Pero ahora quiere contratar a una escort. No tiene ningún interés en ti y tú... tú te pones roja como un tomate y te comportas como una adolescente enamorada.

Mis mejillas ardían de puro rubor.

—¿Qué demonios estáis haciendo ahí dentro tanto tiempo? —La puerta se abrió bruscamente. Carson se dio la vuelta. Detrás de él estaba la mujer rubio platino que me había arrebatado la pizza de las manos antes. Ahora se apoyaba las manos en las caderas, indignada. —No tengo nada en contra de comerme una pizza tranquila mientras vosotros dos os echáis un polvo rápido aquí dentro. Pero en algún momento podríais salir y arreglar el asunto.

¿«Echarnos un polvo rápido»?

Me puse aún más roja.

—¡Ahí la tienes! —La rubia me señaló—. ¿Por qué te pones tan roja? Admítelo, se la acabas de chupar. ¡Para que te elija a TI en vez de a una de nosotras!

Detrás de la rubia platino aparecieron las otras dos mujeres en la puerta. —Cállate, Mary —dijo la mujer de pelo oscuro—. Si la elige a ella, que así sea. Le diremos a Andrew que nos facture el tiempo. No

pasa nada porque haga venir a tres de nosotras para elegir a la adecuada. Lo que no está bien es que luego firme un contrato a nuestras espaldas con otra de otra agencia. Seguro que eso no se acordó con Andrew.

No entendía absolutamente nada de qué estaba hablando esa mujer.

—Pues que mande la factura. —La voz de Carson sonaba impaciente —. Y aparte de eso, incluso si Lexie no hubiera aparecido por aquí —Carson asintió en mi dirección—, no habría elegido a ninguna de vosotras de todos modos. Simplemente no encajáis.

—Simplemente no encajáis —chilló la rubia platino—. Lo que quieres decir es que su boca encaja tan bien con tu polla que ya no quieres probarnos a nosotras. Pues te vas a perder algo bueno.

—¡Silencio! —tronó Carson, golpeando su palma izquierda con el puño derecho. Como yo estaba un poco detrás de él, no podía verle la cara. Pero noté cómo se tensaba su musculatura de la espalda. Sus hombros se movían bajo la chaqueta y no pude evitar mirarlos con fascinación.

La vista era sumamente atractiva.

—¡Silencio! ¡Silencio! —se burló la rubia imitando a Carson—. No voy a dejar que me cierres la boca. Digo lo que me da la gana. —Me señaló—. Esa de ahí no es una profesional, te lo digo por tu bien. Aún estás a tiempo de elegir a una de nosotras. Y te aseguro que la diferencia se nota. Nos lo han confirmado todos los hombres que nos han contratado. TODOS los clientes quedaron satisfechos, sin importar cuáles fueran sus exigencias. —Al decir esto, la rubia se lamió los labios de forma lasciva.

—Eso me da exactamente igual. —Carson sabía obviamente lo que quería y no se dejó amedrentar por la mujer—. Salid de mi casa ahora mismo. No quiero a nadie aquí dentro que insulte a los demás y... —Carson se giró hacia mí al decir esto—. ¿Estás bien? —preguntó, dando un paso hacia mí.

De repente, apenas había espacio entre nuestros cuerpos y la energía vibraba entre nosotros. A Carson solo le bastaría con inclinarse un poco hacia delante para tocarme. Pero no solo con la mano, como en nuestros encuentros anteriores. Con todo su cuerpo. Ante esa idea, un calor que rayaba en la fiebre se extendió por mi interior y por primera vez me alegré de que mis mejillas ya estuvieran rojas. Así nadie notaría lo que me estaba pasando. Ni las tres mujeres. Y mucho menos Carson.

No quería que se diera cuenta de lo atraída que me sentía por él. De cuánto deseaba que inclinara su cuerpo un poco más hacia mí.

Maldita sea, Lexie. Acaba de ofrecerte un trato.

Levanté la vista.

—Nos vamos —vociferó la rubia.

En el instante previo a que Carson se diera la vuelta, habría jurado que en sus ojos brilló el deseo al mirarme. Pero no tuve ocasión de fijarme mejor. Ahora volvía a ver solo su espalda.

—Pues váyanse —replicó él con brusquedad—. Ya les he dicho que no vamos a cerrar ningún trato.

Cerrar un trato.

Exactamente lo que Carson quería conmigo.

Cerrar un trato.

Carson echó a las mujeres de la cocina con un gesto y volvieron al salón. Las seguí y eché un breve vistazo atrás. La vista desde el ventanal panorámico me impresionó una vez más. Hasta ahora, solo había visto una vista así una vez, cuando ahorré con esfuerzo para pagar la entrada a la terraza del Empire State Building. Y Carson disfrutaba de aquello sin más. Cada noche, sentado en el sofá.

En ese momento oí cómo Carson abría la puerta y luego la cerraba tras un poco de jaleo.

Crucé el salón y casi choqué con Carson en la puerta del pasillo.

—Ahora estamos solos —dijo. ¿Me equivocaba o su voz sonaba un poco más grave que hace un momento?—. Ahora podemos hablar de los detalles con calma. —Carson puso una mano en mi brazo—. Mejor sentémonos.

Mi brazo se calentó.

Mi cuerpo se calentó.

La ligera presión de los dedos de Carson era demasiado para mí. Mi piel empezó a hormiguear y sentí que mi respiración se volvía un poco más superficial y rápida.

—No quiero que se haga demasiado tarde —comentó Carson.

—¿Tarde? —Miré el reloj a toda prisa.

Oh, Dios mío.

Había pasado todo mi descanso aquí.

Si no me iba en ese mismo instante, llegaría tarde a la pizzería para repartir mi siguiente tanda de pizzas. Joe me iba a cantar las cuarenta. Prefería ni imaginar lo que diría.

—Yo... me tengo que ir. Mi... mi jefe... —Miré a Carson con impotencia. Estaba dividida. Una parte de mí quería quedarse allí con mucho gusto. Pero otra parte se sentía aliviada de poder irse.

Tenía que reflexionar sobre todo aquello.

¿Acaso podía firmar un contrato con Carson así como así?

¿O sí?

Ya no sabía ni dónde tenía la cabeza.

—Tengo que pensarlo todo —solté con el rostro encendido.

—Mi oferta sigue en pie. Y me gustaría que la aceptaras. —Carson retiró la mano de mi brazo—. Te doy mi número de teléfono. Llámame cuando te hayas decidido.

—Lo... lo pensaré —prometí.

Carson me miró fijamente.

Me sonrojé de nuevo. —Te llamaré de todos modos.

Carson asintió y me acompañó a la puerta.

—¿Y qué tal tu ronda? —quiso saber Darleen media hora más tarde, mientras estábamos juntas frente a la encimera doblando cajas de pizza.

—Yo... bueno... No lo sé. —Seguía sin poder coordinar una idea clara.

—¡Más rápido, maldita sea! —bramó Joe desde la puerta—. ¿Cuántas veces os lo tengo que decir?

—Estaré realmente contenta el día que no tenga que trabajar más aquí —susurró Darleen tan bajo que Joe no pudo oírla. Nuestro jefe dio tres pisotones de rabia y luego salió. Probablemente quería fumarse un cigarrillo.

—Ya va siendo hora de que salgas de aquí. —Darleen volvía a su tema favorito.

—Yo... —Miré a mi alrededor con cautela. Luego me incliné hacia Darleen y susurré—: He vuelto a ver a un tipo que me ayudó dos veces.

—¿Cómo ha sido eso? —Darleen me miró con la cabeza gacha mientras cogía la siguiente caja de pizza. Joe podía volver en cualquier momento.

—Ha pedido una pizza —expliqué. En ese momento me resultaba demasiado complicado contarle a Darleen toda la historia. Joe podía regresar en cualquier segundo y armar un escándalo. Prefería hablarle a Darleen de la oferta y conocer su opinión. Los detalles no eran tan importantes.

Darleen soltó una risita. —Eso sería un buen comienzo para una película romántica.

Me entró calor.

Céntrate, Lexie.

—Me ha ofrecido un trabajo —continué.

—¿Qué? —exclamó Darleen tan alto que Guido y Bruno nos miraron desde el horno de pizzas.

—¡Chisss! —Miré a mi alrededor nerviosa. Ojalá Joe no estuviera cerca. Si se enteraba de esto...

—Perdona. —Darleen volvió a susurrar. Guido y Bruno dejaron de mirar—. Pero no me lo puedo creer. Es maravilloso. Un poco como un cuento de hadas. ¿Cuándo puedes empezar? ¿Y qué clase de trabajo es? —La voz de Darleen sonaba alegre.

Tragué saliva.

—¿Lexie? ¿Es que no te alegras? —Darleen me dio un codazo suave en el costado. Dejé de doblar la caja que tenía en las manos y miré a mi compañera. Darleen me examinó con atención—. Peor que aquí no puede ser, ¿verdad?

Fuera de la puerta de la cocina se oyeron pasos. Me volví rápidamente a las cajas y seguí doblando. Los pasos se alejaron de nuevo. Suspiré aliviada y me relajé un poco.

—Quiere que lo acompañe a unos cuantos eventos. —Al decir esto, mis mejillas se enrojecieron y me incliné aún más sobre las cajas de pizza.

—¿A unos cuantos eventos? —repitió Darleen sin entender—. ¿Él trabaja allí o qué? ¿Tienes que servir pizza?

—No —susurré. Mi voz era cada vez más débil—. Tengo que hacerme pasar por su novia. Como una escort. Quería contratar a una mujer de una agencia, pero cuando entré por la puerta, me hizo la oferta a mí.

Darleen estalló en una carcajada. Guido y Bruno volvieron a mirarnos.

—¡Chist! —repetí, mirando a mi alrededor con miedo. Agucé el oído para ver si se oían pasos ante la puerta de la cocina. Pero todo seguía en calma.

——Lo siento, Lexie, pero por un momento casi me he creído tu broma. —Darleen se reía para sus adentros.

—No es una broma. —Alcé un poco la voz, pero sin hablar tan alto como para que Guido y Bruno pudieran oírnos.

—¿No es una broma? —La risa de Darleen se extinguió.

—No. —Hubiera preferido callarme. Me mordí el labio inferior. ¿Por qué le habría pedido consejo a Darleen si ni siquiera ella me creía? ¿Sino que se reía de mí?

Mi compañera inspiró sonoramente. Y luego expiró. —Y ¿qué le has respondido? —preguntó entonces.

—Que me lo pensaría. —Aparté la caja que acababa de terminar de doblar y acerqué la siguiente.

—¿Quiere pagarte por ello? —se aseguró Darleen.

—Incluso bastante bien —respondí—. Probablemente podría permitirme otro piso. —Ante la idea de no tener que aguantar más a Myra y Beverly, sentí como si se me quitara un gran peso de encima.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó Darleen—. No serían muchas citas, ¿verdad? Aquí seguro que puedes pedir la baja o cambiar un turno.

—No puedo hacerlo así como así. Quiero decir, yo no soy una... —Me detuve a mitad de la frase.

Darleen se rió suavemente. —Hasta hace unas semanas tampoco eras repartidora de pizzas. Ahora lo eres. Así que, ¿dónde está el problema? —repitió su pregunta.

—No puedo simplemente... quiero decir... No soy una escort. No soy DE ESAS —ceceé.

—¿Qué quieres decir con «de esas»? No son prostitutas. —Darleen negó con la cabeza.

Pensé en la rubia platino que había visto antes. —Pero algunas se comportan como si lo fueran.

—Esas probablemente también se comportarían así siendo repartidoras de pizzas —comentó Darleen con ironía.

Solté una risita. —Es verdad —le di la razón a mi compañera.

—Y él ¿quiere... quiero decir, ha... —Darleen no terminó la pregunta.

—No ha hecho ninguna insinuación en ese sentido —le aseguré.

—¿Y por qué dudas entonces? —La pregunta de Darleen era pertinente.

Tragué saliva. En realidad, no lo sabía muy bien.

Lo sabes perfectamente, Lexie. Dudas porque Carson no te es indiferente. Dudas porque te pones nerviosa cuando estás en su presencia, porque tu piel hormiguea cuando te toca y porque te encanta que esté cerca de ti.

Eso no se lo diría a Darleen.

—Deberías aceptar —me instó Darleen—. Como muy tarde, cuando Joe te eche la próxima bronca te arrepentirás de haber dicho que no. O cuando tus compañeras de piso te hagan la vida imposible o quieran ponerte de nuevo en la calle. —Darleen negó con la cabeza —. ¿Por qué quieres dejar pasar una oportunidad así? ¿Prefieres pudrirte aquí en la pizzería?

La náusea latente que siempre sentía cuando trabajaba se hizo más fuerte.

El resto de mi vida en la pizzería.

Mis horribles compañeras de piso.

El dinero no podía arreglarlo todo, pero al menos mejoraría algunas cosas. Y Carson me ofrecía mucho.

Por un trabajo en el que no tenía que hacer nada más que estar guapa y hacerme pasar por su novia.

Cosa que haces con mucho gusto, Lexie.

Exactamente ese era el problema.

Pero supongo que tendría que vivir con ello.

—Tienes razón —le dije a Darleen.

Capítulo 14 Lexie

Enviar.

Pulsé el botón de la esquina superior izquierda del correo electrónico que acababa de escribir. Era la cuarta candidatura que he enviado hoy.

Me eché hacia atrás con satisfacción y observé cómo el estado del correo cambiaba a «enviado». Esa asesoría fiscal era una de las más grandes y prestigiosas de todo Nueva York, muy parecida a *Wilson & Sons*. Me sentía un poco insegura ante la idea de trabajar en ese bufete, pero la oferta de empleo encajaba exactamente con mis aptitudes, mucho mejor incluso que los otros tres puestos que ya he solicitado hoy.

¡Sería el colmo que no encontrara un nuevo empleo! Nueva York era muy grande. Había innumerables asesorías fiscales y seguro que en alguna de ellas habría un puesto para mí. Dicen que en el amor siempre hay un roto para un descosido, ¿por qué no iba a ser igual con el trabajo? Solo tenía que encontrar un lugar donde encajara y

donde me sintiera a gusto. Alguien se fijaría en mí y sabría que yo era la persona adecuada para su empresa. Así, sin más.

Del mismo modo que Carson se fijó en mí ayer y me consideró la persona adecuada.

Al pensarlo, un hormigueo me recorrió la piel. La forma en que Carson me miró ayer… tan intensamente, con tanto deseo. Habría jurado que había deseo en sus ojos, al menos por un breve instante. Luego volvió a mostrarse profesional. Pero su cuerpo se había inclinado hacia mí de una manera que no podía ser solo profesional.

Tonterías, Lexie. Te lo estás imaginando. Estás interpretando en el comportamiento de Carson algo que a TI te gustaría que estuviera ahí.

Solté un quejido lastimero y apoyé la cabeza en ambas manos. Lo cierto era que la sola presencia de Carson y su comportamiento despertaban en mí sentimientos que ya no creía que existieran. Era tan servicial… se preocupaba tanto por mí…

¡Lexie! Es inmensamente rico y quiere que te hagas pasar por su novia. ¡A cambio de dinero! ESA es la verdad. Si aceptas, no puedes imaginarte cosas que no existen y mucho menos esperar algo que seguramente nunca sucederá.

Porque, seguramente, en la vida real nunca llegaría a ser la novia de Carson. Si tuviera esas intenciones, simplemente me habría pedido el número de teléfono… o me habría invitado a cenar… o me habría demostrado de cualquier otra forma que estaba interesado en mí y que quería conocerme mejor.

En lugar de eso, me ofreció un contrato.

Y bastante dinero.

Algo que me venía de perlas.

Quería aceptar cuanto antes. Pero ¿realmente me estaba haciendo un favor a mí misma? Me volví de nuevo hacia la pantalla de mi portátil y contemplé el correo que acababa de enviar. Si una asesoría fiscal llegaba a sospechar lo más mínimo que en mi tiempo libre hacía de chica de compañía en lugar de estudiar dócilmente las leyes fiscales y asegurarme de que mis conocimientos estuvieran al día, mi nombre acabaría en la lista negra para siempre. Y en lo más profundo de esa lista.

No me contratarían. Ni ahora ni nunca.

No solo en ese despacho, sino en cualquier otro.

Aunque los asesores fiscales de Nueva York compitieran entre sí por las grandes y ricas empresas como clientes, se conocían y a menudo se llevaban bien. Se encontraban en cursos de formación, en eventos de networking y, de vez en cuando, recomendaban a un colega con una especialización determinada a sus clientes.

Si entraba en la lista negra por ser una escort, todos los asesores de Nueva York se enterarían. En un sector tan conservador, la gente ansiaba los cotilleos, sobre todo los que venían de un entorno un tanto… bueno… turbio. Probablemente todos me invitarían a una entrevista solo para ver cómo era, conocerme en persona y provocarme con preguntas de doble sentido. Pero nadie me contrataría.

Se me ponía la carne de gallina solo de pensar en esas entrevistas.

No quería pasar por eso bajo ningún concepto.

La entrevista en *Wilson & Sons* ya había sido bastante mala, incluso sin tener un «trabajo secundario» del que alguien supiera algo.

Me quedé mirando la pantalla pensativa. Pero en ella solo aparecía el correo enviado. No iba a poder leer en él lo que debía hacer.

¿Qué es lo que quieres tú de verdad, Lexie?

La pregunta surgió en mi mente, con la voz de Darleen.

Sí, ¿qué quería yo?

¿Y por qué tienes tantos reparos con esta oferta? Probablemente ninguna asesoría fiscal se entere jamás y, si lo hacen, en unos meses a nadie le importará porque habrá surgido cualquier otra cosa de la que cuchichear. Una aventura de algún asesor o algo así.

De nuevo la voz de Darleen.

Solté una risita sin querer.

En cierto modo tenía razón, esa voz. Mi antiguo jefe engañaba a su mujer constantemente. No solo una vez y no solo con una mujer. Tenía varias amantes a la vez y hasta las invitaba a nuestra oficina. Me estremecí al recordarlo. ¿Lo sabría su mujer? En cualquier caso, su amante fija, que era al mismo tiempo su secretaria, había tenido que aguantar ver cómo su amante la engañaba una y otra vez e incluso besaba a alguna que otra amiga delante de sus narices.

Sin embargo, a nadie le importaba eso.

En cambio, a mí me habían despedido por rechazarlo.

Esa constatación hizo que la rabia creciera en mi interior.

Rabia porque se desprestigiara a las mujeres mientras que los hombres podían hacer lo que quisieran y encima se considerara normal.

Rabia por tener que seguir unas reglas no escritas que solo se aplicaban a las mujeres.

Rabia porque no pudiera hacer libremente lo que me diera la gana.

Volví a oír la voz de Darleen en mi cabeza.

Bueno, ahí tienes tu respuesta. Quieres aceptar, Lexie. Lo hablamos anoche. ¿Por qué dudas? ¿Quieres que le pregunte a otra y luego te diga que, por desgracia, has esperado demasiado? ¿Quieres que tomen la decisión por ti para no tener que tomarla tú misma? ¿Es eso lo que quieres?

Esa posibilidad me hizo reaccionar.

No quería que Carson fuese acompañado por otra.

Bajo ningún concepto.

Pero ¿no me estaba convirtiendo en una prostituta si aceptaba esta oferta? No de forma directa, por supuesto, pero bien podría verse como el primer paso en esa dirección. Fingir ser una novia enamorada y cobrar bien por ello. Ese era el primer paso hacia el amor mercenario.

Vamos, no exageres, Lexie. No se puede comparar en absoluto. Además, no es el primer paso de nada. Lo vas a hacer UNA SOLA vez y nunca más.

Ese era exactamente el plan. Lo haría por Carson. Y por nadie más. Eso no me convertía en una prostituta. Simplemente estaba aprovechando una buena oportunidad para ganar el dinero que tanto necesitaba. Con eso, seguro que conseguiría empezar una vida mejor.

¿Y quién sabía qué podría pasar si acompañaba a Carson? A lo mejor conocía a alguien que me ofreciera un puesto.

Esa idea me electrizó. No había pensado en esa posibilidad hasta ahora. Carson me introduciría en el mundo de los ricos y famosos de Nueva York. Primero iríamos juntos a una boda y luego a un evento bastante exclusivo donde se codeaban los empresarios más importantes de la ciudad; eso me había mencionado. ¿Quizás surgiera allí una oportunidad para mí? En una charla trivial seguro que podría mencionar que estaba buscando trabajo.

¿O le molestaría a Carson?

Me dejé caer de nuevo en mi silla, insegura.

Seguro que no, Lexie. Te lo estás imaginando.

Decidido.

Saqué del bolso la tarjeta de visita que Carson me había dado, cogí el móvil y marqué el número.

Guardar contacto.

Carson.

Carson Sanders.

Acaricié suavemente el cartón de la tarjeta y recorrí con el dedo el relieve del nombre de Carson.

¡Lexie! No deberías estar aquí soñando y embobada con la tarjeta como una adolescente. Esto es un trato. Son negocios. Nada más.

Pulsé el contacto recién creado y le escribí un mensaje a Carson.

—Acepto su oferta. ¿Cuándo nos vemos para hablar de los detalles?

Antes de enviar el mensaje, vacilé un momento.

¿No sonaba demasiado profesional? ¿Demasiado frío?

Tampoco quería dejarle esa impresión a Carson.

¡Lexie! Da igual la impresión que dejes ahora. Vas a aceptar la oferta de Carson, eso es todo. Ni más ni menos. Además, cada uno interpreta lo que quiere en un mensaje escrito.

Pulsé enviar.

En ese instante, mi corazón latía tan fuerte que creí que Myra y Beverly debían de estar oyéndolo. Y posiblemente también los vecinos de arriba y de abajo. Probablemente mi corazón se oía hasta en la calle.

En ese mismo momento, llamaron con fuerza a la puerta.

Y mi móvil pitó.

Miré la pantalla a toda prisa.

—Bien. Me alegro.

Carson había respondido de inmediato. ¿Significaría eso algo?

¡Lexie! No te comportes como una colegiala asustada. Como una chica de instituto tímida que le escribe por primera vez a un hombre.

Pero una parte de mí se sentía exactamente así.

Miré expectante a la pantalla. A ver si Carson escribía algo más.

Detrás de mí, los golpes en la puerta continuaban. —¡Lexie! ¡Maldita sea! ¡Sabemos perfectamente que estás ahí dentro! Así que no finjas que no oyes nada —. Era la voz de Beverly.

Me levanté deprisa y abrí la puerta. Allí estaban mis dos compañeras de piso. Beverly me miraba con furia. Parecía muy indignada. Desvié la mirada hacia el rostro de Myra. Curiosamente, mostraba una sonrisa triunfal. ¿Se alegraba Myra porque hubiera abierto la puerta? ¿Querían entrar en mi habitación? No las dejaría pasar. Así que me apoyé en el hueco entre la puerta abierta y el marco y miré a mis compañeras. —Perdonad, estaba tan absorta en mis pensamientos que no os he oído.

—¿En tus pensamientos? —Myra estalló en una carcajada estridente —. ¿Tú en tus pensamientos? Eso sí que es nuevo. ¿Desde cuándo piensas tú?

Tragué saliva. No esperaba que volvieran a ser amables conmigo de repente, pero tampoco me esperaba un ataque frontal de ese calibre. —¿Qué queréis? —pregunté—. Lo mejor era librarme de ellas lo antes posible.

Beverly agitó un papel delante de mis narices. —Es tu subida del alquiler, encanto.

—¿Qué? —Creí haber oído mal—. ¿Por qué subían el alquiler así, sin previo aviso?

—¡Subida del alquiler! —gritó Myra desde atrás—. ¿Tenemos que explicarte lo que es o tu cerebro de mosquito ha oído hablar alguna vez del tema? —Myra y Beverly prorrumpieron al unísono en una risita nerviosa.

Curiosamente, el comentario de Myra me dejó totalmente fría. Solo alguien que tuviera cerebro de mosquito podría afirmar que yo tenía uno.

—A partir del mes que viene pagarás un 100 % más. ¡El doble! —Beverly me cogió la mano y me puso el papel—. Al fin y al cabo, queremos asegurarnos de librarnos de ti pronto.

—¿El doble? —Ahora sí que habían conseguido dejarme en shock—. Pero… no podéis hacer eso. Quiero decir, no podéis simplemente… es demasiado… hay límites…

—Los límites no se aplican a las compañeras de piso. No tienes un contrato de alquiler oficial, solo vives aquí de subarrendada. Lo cerramos todo con un apretón de manos. Ahora queremos hacerlo por escrito. Y eso incluye una subida del alquiler —. Myra se había recuperado y me miraba con frialdad. En sus labios jugueteaba la

misma sonrisa triunfal de hacía un momento, cuando abrí la puerta —. Si no te gusta, por supuesto, puedes marcharte inmediatamente. Nosotras no retenemos a nadie aquí. ¿Verdad, Beverly? —Myra le dio un codazo a su amiga. Beverly asintió con firmeza.

Desdoblé el papel. Solo había unas pocas frases.

Mi alquiler sería el doble a partir del mes que viene.

Tal como acababa de decir Beverly.

Todo en mi interior se rebelaba contra esa injusticia. Me habría encantado devolvérselo a Beverly y Myra y negarme a pagar esa cantidad. Quería intentar negociar con ellas una vez más. ¿No se podía razonar con ellas de algún modo? Éramos amigas, y las amigas se ponen de acuerdo cuando hay discrepancias.

Ya no sois amigas, Lexie. Una vez creíste que lo eran, pero fue una estupidez. Solo querían aprovecharse de ti. Y probablemente ahora solo están esperando a que hagas el ridículo ante ellas, les supliques una prórroga y les des otra oportunidad para humillarte por completo.

No iba a hacer eso.

En ese momento, sorprendentemente, no fue el rostro de Darleen el que apareció ante mis ojos. Mi colega me había instado muchas veces a que me hiciera valer más. Pero ahora veía a Carson. Era como si su mano estuviera en la mía. Eché los hombros hacia atrás y sentí que me erguía un poco. Pensar en Carson me daba fuerzas.

Además, gracias a SU dinero, podía enfrentarme a Beverly y Myra. La subida del alquiler me podía dar igual. Sí, tendría que buscarme

un piso nuevo. Pero me tomaría el tiempo necesario para encontrar realmente algo que me encajara. Mi trabajo secundario me lo permitiría.

Volví a doblar el papel. —Muy bien entonces —Miré de Myra a Beverly y viceversa—. No es que esta pocilga valga el aumento, pero no puedo hacer nada. Aparte de pagar. —Levanté la cabeza—. ¿Alguna cosa más? Tengo que seguir con lo mío. —Con un ligero movimiento de cabeza señalé hacia el interior de mi habitación.

Myra y Beverly se quedaron mudas. Observé con satisfacción cómo la decepción se extendía por sus rostros. Beverly gruñó algo ininteligible. Myra solo emitió un bufido breve y altanero. Entonces Beverly empujó a Myra. Ambas se dieron la vuelta y desaparecieron sin decir una palabra más.

Ahora que ya no podían humillarme, yo ya no tenía valor para ellas.

Triunfé por dentro.

Me habrían entrado ganas de gritar de alegría.

Carson me había ayudado una vez más.

¿Qué más sería posible a su lado?

Capítulo 15 Carson

—Hoy no estás precisamente muy hablador. —El comentario de Ian me sacó de mis pensamientos. Estábamos una vez más recorriendo Central Park. Nuestro plan de entrenamiento era estricto; yo mismo lo había querido así para estar en óptima forma para el maratón de Nueva York. Por eso, iba tres veces por semana a Central Park y entrenaba el resto de los días en mi bicicleta estática. Hoy era domingo y, por suerte, a estas horas de la mañana había poca gente en el parque, así que Ian y yo podíamos completar nuestra sesión sin interrupciones.

—¿De qué estábamos hablando? —le pregunté a Ian. No respondí a su pregunta implícita.

Ian se rió. —Vaya, Carson. ¿Dónde tienes la cabeza hoy? ¿Y las piernas? Podría apostar a que vamos mucho más lentos que la última vez. Y hoy, claramente, no es por mi culpa. Ni tampoco por culpa de turistas que nos pregunten el camino ni de ningún otro contratiempo. Hoy no estás en plena forma. ¿Ha pasado algo?

Le agradecí a mi colega que no se burlara de mi ritmo lento, sino que se interesara por cómo estaba. —Estoy bien. Todo en orden. Mis piernas están en forma —repliqué, y acto seguido aceleré un poco el paso.

—Tus piernas puede que sí. —Ian me siguió el ritmo, aunque hablar le dejaba un poco sin aliento—. Pero tu cabeza no está aquí del todo. Estás en otro sitio con el pensamiento. —Mi amigo no dijo nada más, pero noté cómo me observaba de reojo. Después de un rato, dijo—: ¿Sigues dándole vueltas a quién te va a acompañar a esa entrega de premios?

—No —respondí antes de pararme a pensarlo—. Ya he encontrado a alguien.

—¿Has encontrado a alguien? —repitió Ian con incredulidad—. ¿Tan rápido? Quiero decir..., vale, hoy en día las cosas pueden ir rápido: un clic, un deslizamiento y ya está. Pero que la persona que conoces sea la adecuada... —Ian sacudió la cabeza—. Hay gente que busca eternamente y tú..., tú encuentras a alguien enseguida. —Mi amigo sonrió—. ¿Quién lo hubiera dicho? Hace un par de días te resistías con uñas y dientes a la idea de dejar entrar a otra mujer en tu vida y ahora ya tienes pareja. —Mi colega me dio una palmada entre los omóplatos.

—No es mi pareja —aclaré de inmediato.

—¿No lo es? —repitió Ian sin entender nada—. Ahora sí que me he perdido. ¿Quién te acompaña entonces al evento? —. Ian dio unos pasos rápidos hasta casi adelantarme y se giró hacia mí. Me obligó así a reducir la velocidad y me miró directamente a los ojos—. ¡No me digas que has vuelto a las andadas con Nellie y que viene ELLA!

Ian no esperó a mi respuesta. —No lo hagas, Carson. Sería el triunfo definitivo sobre Edward Malley, pero al final el que saldría perdiendo serías tú. Deberías alegrarte de haberte librado de Nellie.

—No, no voy con Nellie —tranquilicé a mi amigo. Entonces me detuve—. Yo... he contratado a una chica de compañía.

—¿QUÉ? —El grito de Ian fue tan alto que una señora con un perro que estaba cerca levantó la cabeza y nos miró.

—¡Chis! —dije molesto—. Te lo cuento en confianza. No hace falta que se entere todo Nueva York. Al contrario: si esto llega a salir a la luz, Edward se va a frotar las manos de alegría.

—Está bien —susurró Ian—. Pero supongo que me permitirás estar un poco sorprendido. —Mi amigo miró a su alrededor. No había nadie a tiro de oído—. Cuéntamelo todo con detalle.

Me encogí de hombros. —No hay mucho que contar. Me crucé con la mujer por casualidad un par de veces y le hice la oferta. Se lo pensó y aceptó.

—¿Te la cruzaste por casualidad un par de veces? —Ian me miró fijamente—. ¿Quedas con una escort y lo llamas casualidad?

—No, ella no es realmente una chica de compañía —corregí—. La tomé por una, pero trabaja repartiendo pizzas. La ayudé una vez con una avería y luego llamó a mi puerta porque alguien le dio una dirección falsa.

Ian me miraba con ojos como platos. Hice un gesto de restarle importancia. —Es la versión corta, buddy. Ya te contaré la larga en otro momento.

Ian asintió y no insistió más en el tema. —Así que la has contratado.

—Sí —dije simplemente, y sentí cómo una profunda satisfacción me recorría al pronunciar esa palabra. Pensé en Lexie, en su pelo pelirrojo, sus brillantes ojos verdes, sus labios carnosos, la expresión de sus rasgos... y, sobre todo, en cómo se sentía su mano entre las mías.

—Y te gusta —. Ian me observaba con atención—. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo, buddy. Veo perfectamente que te gusta.

—Claro que me gusta. Si no me gustara, no la habría elegido. Si no, este tipo de contrato no funciona —objeté restándole importancia.

Ian sonrió con sorna. —Ajá —. El tono de mi amigo dejaba claro que no se creía ni una palabra.

—Es solo un contrato —insistí—. Algo que firmo todos los días. Coser y cantar.

—Coser y cantar —. Ian ensanchó su sonrisa—. Te digo una cosa: llevas tiempo queriendo contratar a una asistenta y no encuentras a nadie. Al parecer, tus exigencias son demasiado altas o el sueldo demasiado bajo. Qué sé yo. Ahora quieres una acompañante y encuentras una de inmediato. Y encima una que te gusta. Le has hecho una oferta que no ha podido rechazar. Porque te gusta —. Ian se puso las manos en las caderas y me miró con aire desafiante—. ¿A que sí, o es que tengo razón?

—Bueno... —balbuceé. No sabía muy bien qué responder.

—Te conozco lo suficiente para saber que hay algo más —afirmó Ian.

Busqué argumentos para demostrarle a mi amigo que se equivocaba. Pero Ian fue más rápido que yo. —¿Entonces solo te acompaña a la entrega de premios?

—Y a la sesión de fotos —admití—. Y esta tarde vamos juntos a la recepción de boda de John Greaves. —John Greaves era el hijo de un conocido magnate de los medios de comunicación neoyorquino. No me apetecía mucho dejarme ver en la boda, pero por otro lado, difícilmente podía evitarlo. ¿Por qué no unir lo inevitable con lo agradable e ir con Lexie a esa recepción? Podría ver cómo se desenvolvía en un entorno desconocido y podríamos conocernos un poco mejor para resultar más creíbles en la gala de los New York Business Awards.

Eso mismo le dije a Ian.

Mi amigo me miró con aire evaluador. Luego quitó las manos de las caderas y empezó a trotar a mi lado. Yo también me puse en movimiento de nuevo.

—Eso me lo creeré cuando pase la entrega de premios y no vuelvas a verla —refunfuñó mi amigo—. Te gusta. Incluso sin contrato. Se te nota en la punta de la nariz.

No entré al trapo.

Porque entonces habría tenido que admitir que Ian no se equivocaba. Me gustaba Lexie.

En ese momento enfilamos la recta que conducía a la salida de Central Park y me alegré de que nuestro entrenamiento estuviera a punto de terminar. Las preguntas de Ian eran con buena intención, pero realmente no quería seguir dándole vueltas al asunto.

Había contratado a Lexie para los New York Business Awards. Si ella no hubiera aceptado, habría encontrado a otra que hiciera el trabajo. Repetí esa frase en mi cabeza una y otra vez hasta que llegué a mi Maserati Ghibli plateado.

Solo entonces me sentí por fin más tranquilo.

Unas horas más tarde estábamos ante John Greaves y su padre, Hayward.

—Vaya, así que esta es su nueva novia, Sanders. —Hayward Greaves examinó a Lexie de arriba abajo. Su mirada se detuvo claramente más tiempo en los pechos de Lexie que en su rostro. Me habrían dado ganas de decirle al tipo que subiera la vista, pero me contuve. Al fin y al cabo, era la boda de su hijo. Además, no quería dar la nota. Lexie y yo teníamos que interpretar el papel de una pareja ideal que se había encontrado por azar y para la que ahora los sueños se hacían realidad.

Hayward Greaves no esperaba respuesta. Se dirigió a Lexie. —Bueno, ya verá, querida, todas las damas solteras de esta boda la mirarán con envidia. Cada una de ellas esperaba en secreto pescar al bueno de Carson. No es que él sea un mal partido, desde luego —. Hayward Greaves soltó una carcajada estrepitosa. Noté cómo Lexie se tensaba a mi lado. Con cuidado, puse una mano en su espalda y moví mis dedos lentamente de arriba abajo. Sus músculos tensos se relajaron muy despacio.

—Perdón —. Una voz chillona llegó a mis oídos. Paloma Greaves se abrió paso junto a su padre y se colgó de su brazo. La hermana de John me guiñó un ojo, se lamió los labios y luego preguntó—: ¿Y dónde os habéis conocido vosotros dos, en realidad?

Los músculos de la espalda de Lexie volvieron a tensarse.

Ignoré la pregunta. —Lexie, esta es Paloma, la hermana del novio. Nos conocemos desde hace bastante tiempo.

Paloma se rió tontamente. —Sí, Carson y yo prácticamente nos hemos criado juntos. Todos nuestros amigos apostaban a que NOSOTROS nos casaríamos algún día. Al fin y al cabo, yo le di su primer beso torpe en el arenero y luego... bueno... Él tampoco era el más habilidoso del mundo —. Paloma soltó una carcajada más fuerte.

Me estremecí. Paloma era una ordinaria. Y, obviamente, no todas las damas solteras de la boda habían esperado en secreto ganarme, como afirmaba Hayward. Era Paloma quien lo había esperado. —— Por suerte, ya no me acuerdo de ese beso —dije, recalcando especialmente las palabras «por suerte». Las facciones de Paloma se desencajaron por un momento. Pero enseguida recuperó el control. Sonreí para mis adentros.

Objetivo cumplido, Carson. Con suerte, pronto empezará a comportarse mejor y nos dejará en paz.

A nosotros.

Lexie y yo.

—Pues si es verdad lo que se dice por aquí, es una suerte que tus habilidades para besar mejoraran entretanto. —La voz desenfadada de Lexie sonó en mi oído.

¿Había oído bien? Miré a Lexie. Me guiñó un ojo y, de repente, parecía totalmente relajada. Mi mirada se desplazó hacia Paloma. Estaba allí con la boca abierta y no parecía saber qué decir. Disfruté de la escena más de lo que habría imaginado. Hayward estalló en

una sonora carcajada. —Su novia me gusta aún más que antes, Sanders —dijo cuando pudo volver a coger aire.

Odiaba su forma de no hablar directamente con Lexie, a pesar de que estaba a mi lado. Pero como no quería estropear la boda de John, me mordí los labios.

Paloma desapareció tan rápido como había llegado.

—Vamos a ver si nos queda un trozo de tarta nupcial. —Cogí a Lexie de la mano y tiré de ella tras de mí.

—¡Está realmente deliciosa! —gritó Hayward con fuerza a mis espaldas—. Nada de esas cosas empalagosas. La organizadora de bodas lo ha hecho muy bien. Melody o como se llame.

No seguí escuchando. La mano de Lexie se sentía cálida y firme en la mía. Sus dedos delgados apretaron ligeramente mi mano y su contacto se sintió casi como una caricia. Estuve a punto de deslizar mi pulgar suavemente sobre el dorso de su mano.

Carson. Solo es un contrato.

Intenté recordar la frase que me había repetido una y otra vez al salir de Central Park. Pero, por más que quería, no me venía a la mente. Mi cabeza estaba como en blanco.

Eché la cabeza hacia atrás. Los rayos del sol me hacían cosquillas en la piel. De repente, solté la mano de Lexie.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís!

Maldita sea. ¿Tenía que estornudar así precisamente ahora?

Lexie se rió suavemente. —¿Tú también tienes esa alergia? —preguntó—. Mi amiga del instituto la tenía. Siempre estornudaba tres veces en cuanto miraba al sol —. La voz de Lexie sonaba animada con el recuerdo.

—Odio esa costumbre —refunfuñé.

—Yo siempre llamaba a mi amiga mi barómetro solar —reflexionó Lexie.

—Barómetro solar —. Me gustó la palabra.

—Hace mucho que perdimos el contacto —. Lexie se encogió de hombros con pesar y pareció un poco triste—. Después del instituto no volví a saber nada de ella.

—Entonces ahora tienes un nuevo barómetro solar —intenté animar a Lexie.

Ella se rió. Sus ojos centelleaban y brillaban bajo el sol, y sentí que el pecho se me ensanchaba ante la visión.

—Allí está la tarta de boda —. Tenía que distraerme urgentemente de los sentimientos que Lexie despertaba en mí.

Solo es un contrato, Carson.

Lexie y yo habíamos llegado frente a la mesa ricamente decorada. Una decoración frutal a base de frambuesas, fresas, arándanos,

naranjas, granadas, uvas, maracuyás, kiwis y limones enmarcaba la tarta. ¿Se encontrarían todos esos sabores en su interior?

De pronto, noté cómo Lexie volvía a ponerse rígida a mi lado.

¿Pasaba algo malo?

Miré a mi alrededor. ¿Estaba Paloma por algún lado?

No la veía por ninguna parte.

—Ahí —. Lexie señaló la mesa en un susurro.

—¿Qué? —Aún no podía ver qué le causaba a Lexie tanto miedo como para que el hermoso brillo de sus ojos y de su voz hubiera desaparecido.

—La... la araña —. Los ojos de Lexie estaban fijos, como hipnotizados, en un punto debajo de las granadas.

¿Una araña?

¿Dónde?

Miré con más atención y recordé al mismo tiempo el pánico que Lexie le tenía a las arañas. Entonces la vi. Una araña diminuta, tan pequeña que probablemente nadie excepto Lexie se habría fijado en ella. Lexie debía de tener realmente un radar incorporado para las arañas.

El miedo hace precisamente eso con las personas, Carson. Agudiza la percepción.

Pensé en mi madre. Nunca había querido que tuviera miedo. Y no quería que Lexie tuviera miedo ahora. No quería que volviera a tener miedo nunca. Me acerqué rápido a la mesa. Puse una mano bajo el borde y con la otra empujé a la pequeña araña hacia mi palma. Luego me giré hacia Lexie.

—Ya no está, ya puedes coger un trozo de tarta sin que nada te moleste. —Le sonreí a Lexie.

Los labios carnosos de Lexie intentaron una sonrisa. Al menos eso. Y luego incluso se acercó a mi mano. Miró con cautela el interior. —Yo... —Vaciló.

—La araña no te hará nada. Yo me encargo de que no se escape —tranquilicé a Lexie.

—Gracias —susurró, mirándome con ojos muy abiertos—. Gracias por no burlarte de mí.

Ya le había dicho a Lexie que uno no tenía por qué avergonzarse de sus miedos. Pero obviamente se le había vuelto a olvidar.

—Claro que no —repliqué simplemente—. Todo el mundo tiene miedos —. Luego le sonreí a Lexie—. Probablemente la araña te tenga un miedo atroz a ti en este preciso momento.

Ante estas palabras, Lexie se relajó por completo y estalló en una sonora carcajada.

Su cuerpo se dobló ligeramente y se llevó las manos a los costados.

De no haber tenido a la araña en la mano, habría estrechado a Lexie entre mis brazos. Sin importar lo que dijeran los contratos.

Capítulo 16 Carson

Me quedé mirando la pantalla con incredulidad. No podía ser. ¿Cómo era posible?

Pulsé F5 para actualizar el sistema. Todo seguía igual. La pantalla estaba vacía. No había datos disponibles.

Aquello no podía ser verdad.

Descolgué el auricular del teléfono y pulsé una tecla.

—¿Diga? —preguntó una voz al otro lado.

—Alfie. El sistema no funciona —le dije a mi responsable de IT sin más preámbulos.

Al otro lado de la línea oí el repiqueteo de las teclas. —No, el sistema funciona de maravilla —replicó Alfie—. Ningún problema. Todo está en verde. Es extremadamente raro, pero ahora mismo es así. Ya sabe que, cuando...

—No recibo actualizaciones en la gestión de mercancías —le corté. Mi responsable de IT sabía mucho de informática, pero por desgracia era demasiado hablador. Si le hacías una pregunta, corrías el riesgo de no quitártelo de encima. Conocía detalles de la vida de Alfie que preferiría haber olvidado, pero como él se encargaba de recordármelos una y otra vez, resultaba imposible. Por suerte, no tenía que hablar con él en persona muy a menudo y, aparte de su locuacidad, no tenía mayores defectos. El empleado perfecto no existía, como tampoco existía la persona perfecta.

—¿En toda la gestión de mercancías? —preguntó Alfie—. ¿O solo en entradas? ¿O en salidas?

—En este momento estoy en salidas. Según el sistema, no hemos recibido ni un solo pedido en tres días y, por tanto, no hemos enviado nada. Pero eso no puede ser. Es sencillamente imposible. —Cerré el puño izquierdo y apreté el derecho con tanta fuerza que el auricular del teléfono crujió.

—Entonces, por favor, cambie a entradas —me pidió Alfie.

Hice lo que me pidió. La pantalla se llenó de números. Ante mis ojos aparecieron las mercancías que nos habían entregado en las últimas horas y días. —Aquí todo está en orden. El problema solo afecta a las salidas.

—Entonces no es cosa del sistema. —Oí a Alfie gruñir satisfecho y pude imaginarme perfectamente en ese momento cómo se recostaba en su silla de oficina y se acariciaba con suficiencia su barriga, un poco demasiado prominente—. Como te he dicho, todo funciona. Quizá ha habido un fallo en otro sitio. Eso pasa, ya sabes. Lo he visto antes. Con mi antiguo jefe ocurría a menudo que...

—Gracias, Alfie. Si necesito algo más, le aviso» —le dije cortando a mi responsable de IT. Tenía cosas mucho más importantes que hacer que escuchar las viejas historias de Alfie por milésima vez.

Volví a centrarme en la pantalla y pinché en salidas de mercancías.

Nada.

La pantalla seguía vacía.

Según el sistema, en los últimos días ni un solo supermercado nos había pedido suministros. Eso era sencillamente imposible. Teníamos contratos a largo plazo con todas las grandes cadenas de supermercados. Estas nos solicitaban entregas de cantidades determinadas con regularidad, que luego aparecían en el sistema. Seguro que había alguna que otra fluctuación, pero por lo general no solían ser significativas. Y, por norma, solían ser fluctuaciones al alza. A la gente le encantaba el chocolate. En cualquier época del año. Y todavía les gustaba más el chocolate de *Carson's Chocolates*.

En ese instante sonó mi móvil.

Javier García.

Me llamaba mi director comercial. Era exactamente el hombre con el que tenía que hablar. ¿Sabría ya del problema y por eso me llamaba?

—Javier. —Acepté la llamada y me levanté. Caminé inquieto de un lado a otro frente al gran ventanal que había detrás de mi escritorio. La vista del perfil de Nueva York, que desde aquí era casi tan hermosa como desde mi ático, no me calmaba hoy lo más mínimo. Es más, me dejaba totalmente frío. No tenía ojos para eso. Si no entregábamos nada, tenía un problema mucho más urgente.

—Carson, llamo por lo de mis vacaciones. Verá, mi mujer me ha preguntado si podemos ir a visitar a su familia a México y he pensado que estaría bien si nos quedáramos un poco más... —Javier se lanzó a una explicación larguísima.

—Javier. No hay problema. Supongo que aún tiene suficientes días de vacaciones y que se encargará de su sustitución —interrumpí a mi director comercial. ¡Maldita sea! ¿Es que hoy todo el mundo quería molestarme con sus asuntos privados? Siempre estaba dispuesto a escuchar a mis empleados, pero no podía ponerme a oír sus planes de vacaciones con todo detalle ahora mismo. En este momento, desde luego que no. Javier ya me lo contaría algún día durante el almuerzo.

—Bueno, pues no le entretengo más. —Javier ya hacía ademán de terminar la conversación.

—Espere. Tenemos un problema. Hace dos días que no se solicita ningún pedido. ¿Tiene alguna idea de por qué? —Dejé de caminar de un lado a otro y me detuve para no perderme ni una palabra de la respuesta de mi director comercial.

—¿Qué? —preguntó Javier.

—Hace dos días que no se solicita ningún pedido. Si esto sigue así, nuestros almacenes van a reventar pronto y nos vamos a quedar con una montaña gigantesca de chocolate» —repetí impaciente.

Javier no dijo nada. Obviamente, tenía que procesar lo que acababa de oír.

—¿Cómo puede ser? —se extrañó él en voz alta.

—Eso es exactamente lo que quería que me dijera usted» —dije, esforzándome por reprimir un tono irónico. Valoraba mucho ser justo con todos mis empleados. Pero ahora me enfrentaba a un problema realmente gordo y dependía de la ayuda de Javier.

—No tengo ni idea —admitió Javier—. En las últimas semanas nadie me ha dicho nada ni ha insinuado cambios importantes. Todos estaban satisfechos, como siempre. El negocio a finales de año ha ido de maravilla. Claro, en enero todo el mundo quiere adelgazar y reducir el azúcar, pero eso no suele durar mucho, lo de siempre... — Pude oír cómo mi director comercial se rascaba la cabeza—. Y en ese caso, los pedidos de las variedades sin azúcar deberían haber subido.

—¿No ha oído ABSOLUTAMENTE NADA? ¿De NADIE? —No terminaba de creerme lo que decía Javier.

—No. —Javier sonaba perdido—. Absolutamente nada de nadie.

Gruñí algo ininteligible y volví a sentarme frente al ordenador. Abrí el registro de datos de *Dingle's*. Era una de las mayores cadenas de supermercados de Nueva York. La empresa aún no se había expandido a otras partes de EE. UU., pero estaba convencido de que no tardarían mucho en hacerlo.

El jefe de *Dingle's* era mi competentísimo amigo Ian.

Dingle's tampoco nos había pedido chocolate en los últimos dos días.

Nada.

Absolutamente nada.

Las entregas habían caído de la cantidad habitual a cero de la noche a la mañana. Consulté la ficha del cliente. No había nada inusual anotado allí. Ninguna carta recibida recientemente, ninguna llamada documentada...

Además, si hubiera habido algún cambio importante, Ian me lo habría dicho personalmente, ya fuera mientras corríamos o en una cita programada expresamente.

Algo no cuadraba.

Algo no cuadraba en absoluto.

Pero Javier, cuya tensa respiración oía al otro lado de la línea, no era quien podía ayudarme con esto.

—Le llamo si me entero de algo —me despedí y colgué sin esperar la respuesta de Javier.

Busqué apresuradamente el contacto de mi mejor amigo.

La línea dio tono.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Venga, cógelo.

Ojalá Ian no estuviera precisamente ahora en una de sus reuniones tan importantes. Podían durar horas y, en casos extremos, hasta días. Mi amigo era un negociador duro que a menudo lograba arrancar concesiones a los proveedores y, gracias a esa estrategia, podía ofrecer precios bajísimos a sus clientes.

—Carson, muchacho. ¿Cómo estás? Me alegra que llames —respondió Ian. Luego su voz se volvió desconfiada—. ¿No irás a cancelarme el entrenamiento? —Ian soltó una carcajada—. No me digas que estás tan sumido en la felicidad amorosa que por eso no puedes correr». —Mi mejor amigo se rió aún más fuerte.

En otras circunstancias, probablemente le habría seguido la broma, pero ahora no estaba para risas. —¿Habéis hecho algún pedido últimamente?, ¿en los últimos dos días? —pregunté sin rodeos.

—¿En los últimos dos días? Pues lo de siempre, supongo —Ian sonaba desconcertado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no nos ha entrado ni un solo pedido. Ni vuestro ni de nadie más. —Añadí rápidamente—: Olvida esto último que he dicho. Se me ha escapado. —Normalmente tenía mucho cuidado de no contarle nada a Ian sobre sus competidores. Era por mi propia protección y por la suya. Ian tampoco me preguntaba nunca por ese tipo de informaciones.

—No pasa nada —gruñó Ian—. No se trata de eso ahora, ¿verdad? —No esperó a mi respuesta—. Voy a mi escritorio y miro qué dice nuestro sistema. —La respiración de Ian se aceleró un poco. Mi amigo se estaba dando prisa.

Poco después, oí el traqueteo de un teclado a través de la línea.

—Efectivamente. Pero qué mala suerte —gruñó Ian.

—¿Qué? —pregunté impaciente, aunque por supuesto ya podía imaginarme lo que mi amigo iba a decir. No habían salido pedidos.

—No hay pedidos. Las solicitudes de entrega se han detenido. —Más tecleo—. Y no tengo ni idea de por qué. Absolutamente ninguna.

Volví a cerrar el puño. —¿Pero cómo puede ser? ¿Seguís queriendo mi chocolate, no? —En ese momento, por primera vez, me asaltaron las dudas.

—Por supuesto. La gente nos lo quita de las manos. Nuestros almacenes estarán ahora mismo vacíos y necesitamos suministros urgentemente. —Ian sonaba perdido. Casi podía oírlo rascándose la cabeza a través de la línea—. Nosotros no hemos cancelado nada, Carson.

—¿Y qué ha pasado entonces? —Me levanté de nuevo y caminé impaciente de un lado a otro—. Nosotros estamos listos para entregar, vosotros queréis nuestros productos, existe un contrato... Todo está ahí. ¿Por qué entonces no se solicita nada?

En ese instante, se oyó un timbre fuerte en la línea.

—Carson, es mi responsable de IT. Tengo que atenderle un momento. No cuelgues, ahora seguimos hablando. Tenemos que solucionar esto como sea». —Ian puso la llamada en espera. Se hizo el silencio en la línea.

Seguí caminando impaciente de un lado a otro, apretando los dientes. Maldecía para mis adentros que mi oficina no fuera más grande. Enseguida me topaba con una pared y tenía que dar media

vuelta. Ojalá el responsable de IT de Ian no fuera tan hablador como Alfie. De lo contrario, mi amigo probablemente se quedaría atrapado horas en esa conversación.

—¿Carson? —La voz de Ian.

—Ian. —Solté un suspiro de alivio y relajé un poco la mandíbula.

—Hackearon nuestro sistema hace tres días. James, el de IT, no se ha dado cuenta hasta hoy porque lo han hecho con tanta astucia que no ha visto nada y los sistemas no han dado la alarma. Todo se introdujo con una actualización. —Ian sonaba sin aliento.

—¿Qué? —No estaba seguro de si lo estaba entendiendo bien.

—En la última actualización de nuestro software de gestión de pedidos se coló un pequeño programa que cancelaba automáticamente todos nuestros pedidos para vosotros —explicó Ian.

—Ah. —Ahora entendía lo que decía.

—Eso fue hace tres días —añadió Ian a su informe—. Para ser exactos, por la noche, así que encaja perfectamente con el hecho de que no hayáis recibido pedidos nuestros desde hace dos días.

—¿Pero por qué iba alguien a hacer algo así? ¿Quién puede tener interés en que yo no venda nada? Solo puede ser un competidor. —Repasé mentalmente a todos mis competidores. Sin embargo, no estaba en pie de guerra con ninguno de ellos y no había pasado nada especial últimamente. Cierto, *Carson's Chocolates* ganaba cada vez más cuota de mercado, pero respetábamos todas las reglas y no estábamos llevando a nadie a la quiebra. Además, seguro que se

acabaría descubriendo quién había manipulado la actualización. Al final, esa persona sería la perjudicada.

—El software con el que trabajamos y con el que trabaja casi todos los supermercados, al menos las grandes cadenas... —Ian vaciló.

—¿Sí? —insistí, frotándome la nariz. Me habrían dado ganas de zarandear a Ian. Tenía que soltarlo de una vez. Quería resolver el problema y no estar dándole vueltas eternamente.

—El software es de la empresa de Edward Malley. —Ian contuvo el aliento.

—¿QUÉ? —Grité más fuerte que nunca. Luego golpeé la mesa con el puño con estrépito—. ¡Ese idiota se va a enterar!

—Me imagino lo furioso que estás. Pero por favor, ten cuidado con mis oídos —se quejó Ian.

—Voy a... —gruñí, tragándome el resto de la frase. ¿Qué iba a hacer? ¿Llamar a Edward y quejarme? Probablemente solo se reiría de mí y seguiría haciendo de las suyas. Posiblemente incluso me tacharía de loco. No tenía pruebas de mi teoría. Edward también podía escabullirse fácilmente. Cada actualización corregía un error en el programa, pero por supuesto también podían ocurrir errores nuevos. Con una disculpa, Edward podía librarse fácilmente de todo el asunto.

—Informaré a los demás. En la asociación de supermercados hay un gabinete para estas cosas —dijo Ian—. Así se solucionará todo rápido. Nadie quiere que *Carson's Chocolates* falte en su selección. Eso solo trae clientes insatisfechos.

—Gracias —dije.

Con eso, el problema quedaba resuelto por el momento.

Por el momento.

Edward no se quedaría tranquilo tan fácilmente. Seguro que se le ocurriría algo nuevo.

Pero yo no me iba a quedar de brazos cruzados.

Edward no se iría de rositas.

Recibiría su castigo, de eso no había duda.

Capítulo 17 Lexie

—¿Nerviosa? —Carson me sonrió y me apretó la mano. Estábamos ante la puerta de la sala donde tendría lugar nuestra cita conjunta. La primera cita IMPORTANTE. Hoy fotografiarían a Carson junto con todos los demás candidatos al New York Business Award. En la página web del premio aparecerían semblanzas detalladas de todos los nominados: quiénes eran, a qué se dedicaban, qué habían logrado en la vida y cuáles eran sus aficiones. Posiblemente también se mencionaría a sus acompañantes.

Al pensar en ello, me entraban sofocos y escalofríos alternativamente. En la boda, al final me lo había pasado bastante bien. Carson no me había hecho sentir ni una sola vez que era «solo» una chica de compañía a la que había contratado. Había observado atentamente a los invitados. La mayoría de los hombres habían tratado a sus esposas con menos cortesía de la que Carson me había brindado a mí, y eso a pesar de que no nos unía nada más que un contrato.

Sin embargo, con mi mano ahora entre las de Carson, no se sentía en absoluto como si solo nos uniera un contrato. Mis dedos se entrelazaban con fuerza con los suyos, como si siempre hubieran

pertenecido a ese lugar. El cuerpo de Carson irradiaba un calor del que yo era demasiado consciente. Me habría encantado pedirle que me pasara el brazo por los hombros.

No seas ridícula, Lexie. Eres una chica de compañía, al menos para él. Si Carson es amable contigo, no significa absolutamente nada. Solo quiere quedar bien ante los demás. Por eso te da la mano. No tiene nada que ver con la atracción ni mucho menos con el afecto.

Y, aun así, mi piel hormigueó cuando Carson me apretó ligeramente los dedos. El hormigueo recorrió mi mano, subió por mi brazo, bajó por el otro y se extendió por todo mi cuerpo. Por el vientre y... hasta el pecho.

Inspiré profundamente.

Carson y yo entramos en la sala, que estaba llena de gente. Una jauría de fotógrafos de prensa y varias personas de traje que eran, o bien nominados, o bien miembros del jurado.

Maldita sea.

Debería haberme informado mejor de quién estaba nominado y quién decidiría qué candidato ganaba el premio que tanto le importaba a Carson. Una novia de verdad, o incluso una esposa, lo habría hecho sin duda. Pero yo no había caído en ello. Y ahora era demasiado tarde.

Todas las miradas se centraron en nosotros. Carson me puso un brazo alrededor de la cintura y me atrajo hacia él. Su mano descansaba ligeramente sobre mi cadera y mi cuerpo se movió de forma natural hacia él hasta que nuestros costados se tocaron. Aunque hacía un momento no había deseado nada más que el brazo

de Carson rodeándome, ahora retrocedí un poco al principio. La energía entre nuestros cuerpos parecía eléctrica. ¿Sería yo la única que lo notaba? ¿O Carson sentía lo mismo?

Le eché una mirada furtiva. En ese instante, él giró la cabeza y me miró directamente a los ojos. Mi corazón dio un vuelco. Una vez más, habría jurado que en su mirada había deseo. Atracción. Y ahora mi cuerpo se amoldó por completo al suyo. El agarre de Carson en mi cintura se hizo más firme y sus dedos se movieron ligeramente de arriba abajo, como si me estuviera acariciando.

Se me escapó un suspiro, tan bajo que por suerte nadie lo oyó. Entreabrí los labios y recorrí con la mirada el atractivo rostro de Carson. Me habría gustado levantar la mano para tocarlo.

Pero fue Carson quien, en ese instante, levantó la mano y la acercó a mi cara. Lo miré sin aliento. ¿Qué estaba haciendo? Sus ojos oscuros parecían impenetrables. ¿Qué quería? El momento pareció durar una eternidad. Entonces, Carson me rozó la mejilla con suavidad. Cerré los ojos y me entregué por completo al contacto. Los dedos de Carson estaban tan cálidos como antes.

Deseé que siguieran deslizándose hacia mis labios. Que Carson explorara mi rostro y luego...

¡Lexie!

—Tienes ahí un trocito de hoja —me llegó la voz difusa de Carson al oído.

¿Qué?

Abrí los ojos. El rostro de Carson estaba tan cerca del mío que casi me impedía respirar.

—Probablemente no quede muy bien luego en las fotos —explicó Carson.

La tensión abandonó mi cuerpo. La decepción se apoderó de mí. Por supuesto. Carson pensaba en las fotos y en que yo debía salir lo mejor posible. Para eso me había contratado.

—Perdona —murmuré—. No me había dado cuenta. —De repente, la postura ante Carson dejó de parecerme íntima para resultarme idiota y torpe.

—Señor Sanders, una foto con su encantadora acompañante, por favor. —Varios reporteros se habían plantado frente a nosotros.

—Desde luego. —Carson se volvió hacia las cámaras y volvió a pegarme a él, igual que antes. Sonrió.

Yo también sonreí. Pero en mi interior reinaba un caos absoluto.

Entonces Carson se inclinó. —Sé tú misma, como ayer en la boda. Con eso les robas el corazón a todos —me susurró al oído.

Y volví a sentir el calor. ¿Con eso les robaba el corazón a todos? ¿A él también? Me habría encantado mirar a Carson y preguntárselo. Pero entonces empezaron a sonar los primeros clics de las cámaras y los flashes me deslumbraron. Cerré los ojos un momento antes de volver a abrirlos.

—Damas y caballeros —tronó una voz desde el escenario. Parpadeé e intenté distinguir quién estaba allí arriba: un hombre bajo y

corpulento, con coronilla, que guardaba un vago parecido con un actor. ¿Cómo se llamaba? El actor, digo.

Carson volvió a inclinarse hacia mí. —Me recuerda a Danny DeVito —susurró—. Solo pude asentir. El aliento de Carson estaba tan caliente en mi oído que solo faltaba un milímetro para que sus labios rozaran mi piel.

Carson rió entre dientes. Luego añadió: —Ahora, por desgracia, tengo que soltarte y subir al escenario junto a mis competidores, aunque preferiría mil veces quedarme contigo.

Aunque preferiría mil veces quedarme contigo.

Me acaloré.

Más aún que hace un momento.

Sentía cómo me ardían las mejillas y no tenía nada, absolutamente nada que ver con el calor que hacía en la sala. Los reporteros se apartaron de nosotros y volvieron a acercarse al escenario. Allí se harían ahora las fotos más interesantes.

—Hasta luego, tengo ganas de volver contigo. —El aliento de Carson se acercó un ápice más a mi oído y su mano me acarició ligeramente el costado.

Como si fuera su novia.

¿Formaba parte del papel o era intencionado?

Carson se separó de mí muy despacio.

—Vaya, Carson, ¿no puede esperar a estar ahí arriba a mi lado? —dijo un hombre que se abría paso tras nosotros por las puertas de la sala. No lo había visto nunca, pero supe al instante que no me caía bien.

Y a Carson, obviamente, tampoco le caía bien. Su cuerpo se puso rígido. Tensó todos los músculos. Alguien ajeno no lo habría notado, pero yo estaba tan cerca de él que lo sentí. Instintivamente, acaricié el brazo de Carson para tranquilizarlo.

Como si fuera su novia.

Eso ya no formaba parte del papel.

Carson se relajó un poco.

—Hola, Edward —replicó con naturalidad—. Pensé que ya no vendría y que, con sus muchas obligaciones, habría olvidado la cita. Pero aquí está. Mire usted por dónde. —Carson asintió fugazmente hacia el hombre. Tenía el pelo poblado, aunque parecía descuidado y algo grasiento por los lados. Sus facciones parecían castigadas, como si hubiera bebido mucho alcohol en el pasado. Probablemente no era mucho mayor que Carson, pero daba la impresión de que ya había pasado la mayor parte de su vida.

—No se me olvidaría. Una cita con usted. —El tal Edward sonrió con sorna. Tenía que conocer a Carson de alguna parte. Volví a lamentar no haber preguntado más a Carson sobre el trasfondo de todo el evento. En la boda había tenido la oportunidad perfecta. Pero en lugar de averiguar más sobre Carson, me había dedicado a observar a los invitados y a esforzarme por no flirtear de forma demasiado evidente con él. —Además, pensé que seguro que le gustaría volver a ver a Nellie. —Edward hizo un gesto con la mano. Detrás de él

apareció una mujer tan delgada que creí que se rompería en cualquier momento.

—Hola, Carson, querido. ¿Cómo está? —dijo con voz melodiosa, frunciendo los labios.

Carson retrocedió y volvió a ponerme el brazo alrededor. —Lexie, esta es Nellie, mi ex. —Intentó que su voz sonara neutra al decir esas palabras, pero noté claramente cuánto detestaba ese momento.

—Encantada. —Observé a Nellie sin llegar a darle la mano.

—Dicen que ha tenido muchos problemas últimamente. —Edward retomó la conversación antes de que Nellie pudiera decir nada más.

—Ah, ¿sí? ¿Eso dicen? —Carson sacudió ligeramente la cabeza—. La gente cuenta cualquier cosa. Ahora incluso se inventan problemas. Aunque... —Carson soltó una risita—. En realidad, siempre ha sido así. ¿De qué vivirían los periódicos si no? ¿De qué se hablaría en las peluquerías y en las fiestas o bodas?

—Pero a veces hay algo de verdad en todos esos rumores. —La mirada de Edward tenía algo frío y acechante al decir esto.

—Seguro. —Carson se encogió de hombros—. Pero quién puede decir cuándo es el caso y cuándo no.

—Se rumorea que los supermercados ya no le hacen pedidos por una razón desconocida. —Edward fue más directo. Ahora lucía una media sonrisa en el rostro y yo no sabía decidir si era maliciosa o triunfal.

A mi lado, Carson se quedó petrificado. Volví a acariciarle el brazo, pero esta vez el gesto no sirvió de nada. Carson siguió tenso. —Vaya. Así que se rumorea eso —la voz de Carson sonó extraña y dura—. Me interesaría saber de dónde ha sacado eso.

Edward soltó una risita. —Tengo mejores contactos que usted. —Rió a carcajadas—. Si me permite un buen consejo, Carson: tenga cuidado de no tener más problemas. A menudo esto es solo el principio. Pueden seguir muchas cosas más. —Edward rió entre dientes—. Hoy en día, nadie puede dormirse en los laureles.

—Tú… tú… tú… —Carson no gritó, pero pude sentir cómo la rabia bullía en él—. Has sido tú, maldita sea. Debería retorcerte el pescuezo. Debería devolvértela. Debería… —Carson se detuvo. Yo no dejaba de deslizar mi mano por su brazo, pero esta vez él no parecía percibir mi contacto en absoluto. Resopló tan fuerte que la gente que estaba delante de nosotros se dio la vuelta.

—¿Qué debería? —Edward sonrió con malicia—. Se le han acabado pronto las ideas. Solo espero que le vaya mejor cuando lo golpee el siguiente incidente inesperado. Un empresario debe mostrar ingenio en todo momento y estar preparado para cualquier cosa. Debe afrontar los retos y no rehuirlos. ¿No se dice eso exactamente en los criterios del New York Business Award? —Edward sacudió la cabeza —. Si es tan... poco resolutivo, ¿cómo ha conseguido la nominación?

Carson tensó todos los músculos, como si se preparara para saltar. Le agarré el brazo con fuerza.

—Último aviso, todos al escenario, por favor —tronó el clon de Danny DeVito por el micrófono. Carson retrocedió un poco, pero yo sentía que seguía tenso. Sin decir palabra, se dio la vuelta y se abrió paso entre la gente hacia delante. Edward lo siguió.

—Espantoso. —La voz chillona de la mujer delgada llegó a mis oídos —. Ya era exactamente igual antes. En cuanto algo no le gustaba, se enfurecía y perdía los papeles por completo. En público aún se controlaba un poco, como ahora. Pero en cuanto estábamos a solas... Al final, simplemente no pude aguantarlo más. —Con una risa fingida, la mujer se encogió de hombros con sus hombros huesudos. Nellie. Se llamaba Nellie. Así la había presentado Carson. ¿Así que esa era su ex? No podía creer que Carson se hubiera interesado alguna vez por una mujer como ella.

Nellie siguió hablando sin más. —Con Edward me va muchísimo mejor. Él NUNCA se enfada.

Me mordí los labios y me ahorré el comentario de que la actitud pasivo-agresiva de Edward difícilmente era mejor que la rabia abierta. Además, a Carson lo habían provocado, y, ¿no era acaso totalmente normal enfadarse? ¿Quién habría aguantado los comentarios mezquinos de Edward así como así? Probablemente solo un sordo.

—Fue una de las razones por las que me divorcié: la rabia — reflexionó Nellie.

Inquieta, di unos pasos hacia delante. No quería hablar con Nellie sobre Carson. Su vida privada no me importaba en absoluto.

—Además, tenía aventuras una detrás de otra. No se le escapaba ni una falda. Se metía en la cama con cualquier cosa que se moviera. Siempre esperé que cambiara, pero nunca fue así. —Nellie me siguió hacia el escenario.

¿Aventuras?

Sentí un ligero mareo.

¿Carson había engañado a su mujer?

¿Una y otra vez?

¿La fidelidad no significaba nada para él?

En ese momento estallaron los aplausos. Carson, Edward y otros hombres aparecieron en el escenario. Carson tenía un semblante aún más sombrío que antes. ¿Lo habría seguido provocando Edward?

Y entonces me atravesó como un rayo.

¿Quién me aseguraba que Nellie decía la verdad?

—Me siento en la obligación de advertirle. Si se involucra con Carson, tarde o temprano la traicionará y se acostará con otra. Es tan seguro como que el sol sale por el este —soltó Nellie cerca de mi oído.

Dejé que siguiera destilando su veneno.

Era la pareja de Edward. Y eso significaba que probablemente me estaba provocando a mí de la misma manera que Edward lo hacía con Carson.

Clavé los ojos en Carson. Era el hombre más atractivo de toda la sala. Su cuerpo atlético dominaba el escenario.

Y en ese momento, Carson me miró.

Sus ojos se clavaron en los míos.

Era como si fuéramos las dos únicas personas presentes.

El corazón me latía con tal fuerza que lo sentía en la garganta.

Capítulo 18 Carson

—¿Mr. Sanders? —El hombre del abrigo gris ceniza se puso en pie de un salto en cuanto entré en el vestíbulo de *Carson's Chocolates* tras mi pausa para comer.

—¿Dígame? —respondí, mirándolo con las cejas arqueadas. No tenía más citas para hoy. Estaba completamente seguro, porque más tarde se celebraría la entrega de los New York Business Awards.

Por fin.

Llevaba los últimos días esperando el evento con impaciencia. Desde la sesión de fotos, no veía la hora de demostrarle por fin a Edward cuál era su lugar.

Y, desde luego, no era en el podio de los ganadores.

Sí, había superado la sesión de fotos sin rechistar. Edward me había provocado sin descanso y me había llevado al límite de mi autocontrol. Estuve a punto de agarrarlo por las solapas y darle una buena sacudida. Si no llega a ser por Lexie, probablemente habría

echado a Edward de la sala y, al final, me habrían acabado echando a mí; es más, muy posiblemente me habrían descalificado de los premios.

Le debía exclusivamente a Lexie el seguir en la competición.

Su mano sobre mi brazo me había tranquilizado.

Ni yo mismo sabía decir exactamente por qué ese simple gesto había surtido tal efecto en mí. Sí, Lexie era una mujer rematadamente atractiva y, cada vez que la miraba, cuando su cuerpo estaba cerca del mío, me había costado mucho mantenerme entero. Varias veces estuve a punto de estrecharla entre mis brazos y besarla como es debido, y solo a duras penas conseguía recordar que nuestro acuerdo era puramente profesional.

Las mujeres atractivas me atraían, eso era evidente.

¿Pero desde cuándo también me tranquilizaban?

No, ninguna mujer había tenido jamás ese efecto sobre mí. Al contrario, la mayoría de las mujeres de mi vida solían ponerme de los nervios. Nellie por encima de todas. Durante la sesión de fotos me había sacado especialmente de quicio. ¿Cómo pude llegar a involucrarme con ella? ¿Qué le había visto alguna vez? Al lado de Lexie, me parecía menos atractiva que nunca.

Así que hoy tendría lugar la gala. Lexie pasaría por aquí en breve para que pudiéramos discutir los últimos detalles. Me hacía ilusión nuestro encuentro. Y, al mismo tiempo, me sentía extraño ante la idea de que hoy vería a Lexie por última vez.

Por última vez.

Esas palabras tenían un matiz de finalidad.

Mientras que hace poco me entusiasmaba la perspectiva de contratar a una chica de compañía a la que no volvería a ver y que saldría de mi vida sin dar explicaciones en cuanto terminara su trabajo, ahora esa idea me generaba sentimientos encontrados.

¿Quizá deberías invitar a Lexie sin más, Carson? Al fin y al cabo, te ha salvado y eso no formaba parte de su trabajo en absoluto.

—¡Mr. Sanders! ¿Me oye? —El hombre del abrigo gris ceniza me agarró de la manga y tiró de ella.

¿Cuántas veces me habría hablado ya? No sabría decirlo. Pero a juzgar por su expresión, debían de haber sido varias.

—Comprendo que el tema sea desagradable para usted. ¡Pero no mejorará si no lo afronta! ¡Tenemos que aclarar esto! —El hombre hablaba con cierta urgencia, aunque mantenía la frialdad de quien simplemente hace su trabajo. ¿Qué quería de mí? ¿Y de qué tema estaba hablando exactamente?

—No sé de qué me habla —respondí, con un aire un tanto altivo. No quería admitir bajo ningún concepto que no lo había estado escuchando.

—Quizá sea mejor que hablemos de esto en su despacho —dijo el hombre del abrigo gris.

Negué con la cabeza—. Ni siquiera sé quién es usted. ¿Qué quiere? ¿Y quién le envía aquí, para empezar?

El hombre sacó una placa del bolsillo de su abrigo.

¿Era de la policía?

¿Un detective privado?

Me sentía un poco como en una mala película de crímenes, solo que yo era el protagonista y no un mero espectador.

—Inspección de Hacienda de Nueva York. —El hombre me puso la placa bajo la nariz.

La examiné con desconfianza.

—Ahora mismo le muestro mi carné profesional. —El hombre rebuscó en el bolsillo y sacó la identificación.

Me quedé mirándola y luego volví a observar la cara del hombre. Sus ojos eran tan grises e inexpresivos como su abrigo. Parecía fuera de lugar allí, en el vestíbulo luminoso de *Carson's Chocolates*. —¿Qué quiere de mí? Siempre pago mis impuestos puntualmente. Por supuesto, me parecen demasiado altos, pero pago.

La última frase pretendía ser una broma. Quería quitarle hierro a la seriedad de la conversación. El hombre hizo una mueca. Iba a mirar de nuevo el carné para memorizar el nombre del individuo, pero ya se lo había guardado. —Lamentablemente, no ha pagado. No hemos podido constatar la entrada de ningún pago, a pesar de que el plazo de su liquidación tributaria venció hace ya varios días. Además, su declaración era totalmente errónea. ¿Ha cambiado de personal? ¿O es que el becario ha entregado el impreso? —El hombre torció el gesto con desprecio.

—¿Qué? —No podía dar crédito a mis oídos.

—No ha pagado sus impuestos —repitió el hombre—. Y ahora se queda ahí plantado afirmando lo contrario. Como hacen al principio todos los defraudadores fiscales. —El hombre soltó una carcajada irónica.

—Pero si he pagado —repliqué—. Quiero decir... siempre pagamos puntualmente, ¿por qué iba a ser distinto este mes?

—Porque ha presentado una declaración según la cual no tiene que pagar impuestos. —El hombre volvió a reírse—. No es un mal intento, pero no esperará que nos creamos que no ha ganado nada este mes. Yo mismo he comprado con asiduidad en *Carson's Chocolates*. Mi mujer no come otra cosa. —El hombre sacudió la cabeza, como si la preferencia de su esposa le resultara del todo incomprensible.

—Debe de haber habido algún error. —Hablé con calma, pero por dentro era otra historia. ¿Quién demonios era el responsable de esa declaración? Se entregaba cada mes a través de nuestro despacho de asesores, pero por supuesto mis empleados facilitaban los datos necesarios. Alguien había metido la pata hasta el fondo. —Deme dos días, por favor, y sabré algo más.

El hombre me miró. —Eso espero por su bien. Estamos muy interesados en aclarar el asunto por las buenas, pero comprenderá que tenemos un deber de transparencia ante el público y no podemos mantener un proceso así en secreto. Ni tampoco queremos. Menos aún tratándose de una empresa tan grande como *Carson's Chocolates*.

Aquello ya me empezó a molestar. —Entiendo que tengan que llegar al fondo del asunto. Y deben hacerlo. Pero esto ya pasa de castaño oscuro. ¿O es que se pone en la picota a cualquier ciudadano solo por cometer un error puntual? A cualquiera le puede pasar. Y por

eso todo el mundo debería tener la oportunidad de corregirlo. Hablaré de inmediato con mi asesor fiscal, seguro que el error se subsana rápidamente.

El hombre me lanzó una mirada de advertencia. —Si no es así, ya sabe a qué se atiene. Y estoy seguro de que no querrá infligir SEMEJANTE daño a la reputación de su empresa. —Con estas palabras, dio media vuelta y se marchó. El abrigo gris ceniza ondeaba tras él.

Fruncí el ceño con irritación mientras me dirigía a paso ligero hacia los ascensores. Seguro que todo resultaría ser un malentendido. Probablemente ese inspector solo había necesitado alimentar un poco su propio ego.

Las puertas del ascensor se abrieron. Saqué el móvil y marqué el número de mi asesor.

—Despacho *Jamison & Sons*, ¿en qué puedo ayudarle? —Una voz alegre como el trino de un pájaro me saludó.

—Soy Carson Sanders. Necesito hablar urgentemente con el señor Jamison. —El tono de mi voz no dejaba lugar a dudas de que mi asunto no podía esperar.

—El señor Jamison está de vacaciones, lamentablemente —trinó la secretaria.

—Pues moléstele en sus vacaciones —ordené.

—Eso... eso no puedo hacerlo. —La secretaria dejó de trinar. Obviamente, nadie le había hecho nunca una petición semejante.

—¿Y por qué no? Soy cliente. El señor Jamison solo gana tanto dinero gracias a MÍ. USTED solo tiene un puesto de trabajo gracias a mí. —Sentí que volvía a encenderme. ¿Qué se había creído ese tipo yéndose de vacaciones justo cuando había que presentar las declaraciones fiscales? ¿Y encima sin estar localizable?

—Yo... yo... bueno, puedo intentar localizar al señor Jamison, pero la diferencia horaria... —tartamudeó la mujer.

Bufé. —Entonces páseme con su representante.

—Tiene varios. ¿Me repite su nombre? Así averiguaré quién se encarga de su expediente. —La mujer sonaba ahora solícita.

—Carson Sanders, de *Carson's Chocolates* —dije tan alto que hasta un sordo lo habría entendido.

Pling.

Las puertas del ascensor se abrieron. Salí y me apresuré por el pasillo hacia mi oficina.

—Oh, señor Sanders. Yo... lo siento mucho... —balbuceó la mujer—. Verá, el señor Jamison no traspasó su expediente a nadie porque insistió en encargarse de todo él mismo y... —La mujer se interrumpió. No sabía qué más decir.

Y yo estaba harto.

Con un toque en la pantalla, colgué sin decir una palabra más.

¿Es que mi asesor fiscal había perdido el juicio?

Debería buscarme un nuevo despacho de asesores.

Alguien que hiciera su trabajo con más diligencia.

Me pondría con ello nada más terminar la entrega del premio.

Furioso, abrí de un tirón la puerta de mi antedespacho.

—Buenos días, Carson. —Una voz tranquila y suave me sacó de mis pensamientos. Una voz que sonaba más melódica que ninguna otra y que se posó como un bálsamo sobre mi ira. —Estás enfadado. ¿Ha pasado algo? ¿Puedo ayudarte de alguna forma? —Lexie me miraba. Sus ojos verdes brillaban como de costumbre. No obstante, esta vez también me observaban con atención. Lexie notaba que algo me inquietaba y quería estar a mi lado.

Eso me conmovió más de lo que querría admitir.

Hice un gesto de restarle importancia.

—Sé que he llegado un poco antes de tiempo —dijo Lexie entonces —. Pero tenía un rato libre y pensé en pasarme ya por aquí. Puedo esperar fuera y no molestaré a tu secretaria. Me ha recibido muy amablemente y acaba de irse a una reunión.

—Claro. —Asentí. Probablemente esa reunión estaría teniendo lugar en nuestra cafetería. Pero no me importaba; por esos recovecos solían llegar detalles útiles hasta mi despacho.

—¿Quieres que me quede aquí? —Lexie demostraba una paciencia infinita. Y eso que aún no la había saludado en condiciones.

Lo que más deseaba era corregir eso de inmediato y estrechar a Lexie entre mis brazos. Irradiaba una frescura y una pureza que hacían que quisiera tocarla al instante. Quería tomar su mano. Acariciar su mejilla. Acercar mis labios a los suyos. Sí, esos labios carnosos que tantas veces había contemplado y ahora...

¡Carson! En este momento tienes problemas mucho más graves. Precisamente eso. ¡Tienes problemas! No hay tiempo para... para estas cosas.

Prefería no profundizar en qué entendía yo exactamente por «estas cosas».

—Tengo que llamar urgentemente a Hacienda —me disculpé—. Algo ha salido mal con mi declaración y acabo de encontrarme ahí abajo con un inspector que me está haciendo la vida imposible y que poco más y saca las esposas para meterme en la cárcel.

Lexie se rió. —Probablemente sea el señor Mojack. Lo conozco demasiado bien. ¿Llevaba un abrigo gris ceniza? ¿Y él mismo parece un poco gris ceniza?

—Sí. —Miré a Lexie con asombro. ¿De qué conocía a ese hombre? ¿Acaso también se había pasado por su pizzería? Pero el señor Mojack no tenía pinta de frecuentar tales lugares.

—Solía tratar mucho con él. Trabajé en un despacho de asesores fiscales. Hasta hace unos meses, para ser exactos —explicó Lexie—. Por eso conozco a bastante gente en Hacienda. Si quieres, puedo llamar y ver si puedo aclarar el problema.

Esta mujer no dejaba nunca de sorprenderme.

—Sí... si no te importa —acepté la oferta con vacilación.

—En absoluto. Lo hago encantada. —Lexie se rió—. Me alegra poder volver a ejercer mi antigua profesión. En realidad, llevo tiempo buscando un puesto en ese sector, pero hasta ahora no ha surgido nada.

—¿Ah, sí? —Abrí la puerta de mi despacho y le hice un gesto a Lexie para que entrara. Cuando pasó por mi lado, inhalé profundamente su aroma seductor. Un campo de flores en plena primavera. Esa era exactamente la atmósfera que Lexie traía a mi oficina. Su mano rozó ligeramente la mía mientras se dirigía a mi escritorio. Estuve a punto de sujetarla para retener ese momento. Para retener a Lexie.

Sin embargo, Lexie se concentró por completo en el problema que teníamos entre manos. Ya tenía el auricular del teléfono en la mano. —¿Tengo que marcar un cero para línea exterior? —se aseguró.

Asentí.

Segundos después, Lexie saludaba riendo a una tal Jane. —Sí, estoy bastante bien. No, ya no tengo ese trabajo, pero... —Lexie hizo una pausa—. Eso te lo cuento en otro momento, tenemos que quedar un día para tomar café sin falta. Ahora te llamo por la declaración de *Carson's Chocolates*. Ya sabes, Carson Sanders.

Silencio. Luego Lexie dijo guiñando un ojo: —Sí, nos conocemos bastante bien y, en cierto modo, trabajo para él. Está aquí a mi lado, por si necesitas que te confirme que actúo en su nombre.

Esas palabras parecieron bastarle a Jane, porque Lexie no se volvió hacia mí, sino que siguió con el auricular pegado al oído escuchando.

—¿Qué? —exclamó de pronto sobresaltada—. ¿Estás segura?

Silencio de nuevo.

¿Qué habría oído Lexie?

Me moría de ganas por obtener respuestas. Pero no podía leer nada en el rostro de Lexie.

—Gracias —dijo Lexie al fin—. Te debo una. Ya te llamaré. —Luego colgó el teléfono despacio y se volvió hacia mí—. Alguien ha borrado todos tus datos en Hacienda. Jane acaba de comprobar que tu declaración fue manipulada con posterioridad. No saben quién, ni cómo, ni por qué. Jane va a iniciar una investigación de inmediato, porque por supuesto es un problema gravísimo que hayan hackeado el sistema informático de la inspección de Hacienda. —Lexie siguió hablando, pero ya no procesaba sus palabras. Eran como un zumbido en mis oídos.

Sistema informático.

Datos.

Manipulación.

Solo conocía a una persona capaz de encargar algo así y de llevarlo a cabo. Y de hacerlo exactamente de forma que nadie pudiera descubrirlo jamás.

Edward Malley.

Por dentro, bramaba de rabia. Me habría gustado gritar tan fuerte que los cristales de las ventanas temblaran. Pero entonces miré a Lexie. No quería asustarla.

Así que me contuve y esperé a que mi ira fuera disminuyendo poco a poco. Pero a medida que mi rabia menguaba, mi determinación crecía.

Esta vez, Edward no se iba a ir de rositas.

Capítulo 19 Carson

—¿Puedo ofrecerle un aperitivo? —Una pulcra camarera con uniforme negro y delantal blanco se abrió paso hasta mi lado y nos ofreció de forma tentadora la bandeja con los canapés—. Tenemos de varios sabores; también vegetarianos e incluso una variante vegana. Sin embargo, los productos sin gluten solo se los puede pedir a mi compañera.

Lexie se quedó mirando la bandeja.

Estábamos de pie, uno al lado del otro, en el Gran Salón del Waldorf Astoria, uno de los hoteles más elegantes de Nueva York. Estaba situado justo frente a Central Park y su reputación era legendaria: construido como un gran hotel en la década de 1930, no tardó en hacerse popular. El vestíbulo, los restaurantes, los salones de baile y las tiendas, con su grandioso estilo Art Déco, me impresionaban en cada visita. El gran salón de baile era digno de mención. Hoy habían montado en el escenario una mesa con varias sillas y, delante, un atril donde el presentador de la gala ya estaba de pie, estudiando varias tarjetas. Por supuesto, se trataba del doble de Danny DeVito. En el propio salón se habían dispuesto mesas redondas donde se serviría un banquete después de la entrega de premios.

En menos de una hora se sabría quién había ganado el New York Business Award. Desde que me enteré de mi nominación, había estado ansiando este momento. Pero ahora que había llegado, me sentía extrañamente inquieto.

Estas eran las últimas horas que pasaría en presencia de Lexie.

No quería que eso siguiera siendo así.

No quería ver a Lexie desaparecer de mi vida sin más. Al principio, yo la había ayudado. La vi por primera vez cuando sus ojos verdes estaban llenos de pánico y se buscaba una araña por todo el cuerpo. Había querido proteger a Lexie. Y ahora, hacía apenas unas horas, ella estaba en mi oficina llena de confianza, riendo con una funcionaria de Hacienda. Al hacerlo, había solucionado MI problema más urgente y después me había esperado pacientemente. Como siempre, me había recibido con sus brillantes ojos verdes cuando salí del despacho tras dos llamadas urgentes para prepararme con ella para este evento. Pero, al final, simplemente nos pusimos a hablar de qué películas nos gustaban más y nos reímos como dos viejos amigos.

Nunca me había pasado algo así.

Ni siquiera con Nellie.

Ella solo me regañaba constantemente. En esta situación, me habría echado cosas en cara. Casi podía oírla, como si Nellie estuviera delante de mí.

Carson, he solucionado tu problema y, como agradecimiento, me dejas esperando a tu puerta como a un perro.

¿Qué se suponía que debía haber hecho? ¿Dejarlo todo para convertirme en el fiel sirviente de Nellie? ¿Descuidar mis negocios, de cuyos beneficios también vivía ella?

Lexie, en cambio, no me exigía nada parecido.

Con ella, por primera vez, sentía que una mujer me comprendía.

—¿Quiere que le envíe a mi compañera con los aperitivos sin gluten? —La voz de la camarera me devolvió a la realidad.

—Eso... eso es pizza —dijo Lexie, mirando la bandeja con una expresión difícil de describir. ¿Asco?

—Por supuesto, nuestra pizza gourmet, preparada especialmente en nuestro propio horno de piedra y... —La camarera no pudo terminar la frase.

—Retire eso —exigió Lexie con energía—. Tenga por seguro que no voy a comer pizza aquí. —Negando con la cabeza, se dio la vuelta y se acercó tanto a mí que nuestros cuerpos se rozaron. La cadera de Lexie rozó mi costado. Instintivamente, mi brazo rodeó su cuerpo y fue a posarse en su otra cadera. Lexie se acurrucó contra mí.

Ya se había sentido totalmente natural la primera vez.

Y ahora lo era aún más.

Lexie pertenecía a este lugar.

A mi lado.

Ante ese pensamiento, me sobresalté.

¿Cómo podía? ¿Cómo podía siquiera pensar eso?

La camarera del uniforme negro y el delantal blanco dio media vuelta y se marchó ofendida. Evidentemente, no podía entender cómo alguien podía aborrecer los canapés de pizza.

La verdad es que yo tampoco.

Pero, por otro lado, eso era precisamente lo que me gustaba de Lexie. Que decía lo que quería y lo que no, sin importarle lo que pensaran los demás.

En el escenario, un pitido y un chirrido ensordecedores brotaron del micrófono. Las damas presentes se sobresaltaron y se taparon los oídos, y la mayoría de los caballeros también pusieron muecas de dolor.

—Parece que ese estaba a punto de pronunciar su nombre, Carson. —No necesité darme la vuelta para saber a quién pertenecía la voz burlona que sonó detrás de mí. Habría reconocido a Edward Malley entre mil.

—Hola, Edward —dije con calma, sin entrar en la nueva provocación. Estreché a Lexie contra mí. Esta vez también me mantendría firme. No le daría a Edward el gusto de perder los estribos aquí, delante de todo el mundo. Eso era precisamente lo que buscaba. Eso era lo que quería conseguir. Pero no lo obtendría.

Inspiré profundamente.

Lexie puso una mano sobre mi pecho.

Y, de repente, fue como si un fuego ardiente se extendiera por mi interior. El pantalón me apretaba y el salón me parecía demasiado caluroso.

Quería abrazar a Lexie y besarla, y luego cogerla de la mano y desaparecer. Más que nada en el mundo.

Quería...

Mis pensamientos se interrumpieron bruscamente.

—Damas y caballeros, por favor, ocupen sus asientos. En breve abriremos el sobre y anunciaremos al ganador del codiciado New York Business Award. —El doble de Danny DeVito por fin había controlado el micrófono y miraba triunfante por todo el salón.

—¿Así que ya está listo para participar en su humillación pública? —Edward lanzó un segundo intento de provocarme.

—Quién será humillado y cuándo, eso ya lo veremos. —Apreté los dientes mientras me tragaba la rabia.

No te dejes provocar, Carson. No te dejes provocar.

La mano de Lexie me acarició suavemente el pecho.

Inspiré profundamente.

Algo se liberó en mi interior y le dije a Edward:

—Que yo sepa, se va a anunciar al ganador de un premio. No se va a humillar a nadie.

Luego cogí a Lexie de la mano y la llevé a nuestra mesa. No miré atrás ni le dediqué a Edward ni una mirada más.

Media hora después, estaba sentado a la mesa redonda con un pesado mantel blanco, mirando expectante al escenario. El doble de Danny DeVito pronunció un discurso largo y detallado, en el que enumeró a los ganadores anteriores del New York Business Award y dio las gracias a los patrocinadores de la velada. En ese mismo instante abría un sobre color crema y extraía lentamente una tarjeta. Por fin. Todos en el salón podían ver que había un nombre en la tarjeta. Pero ¿cuál? El doble de Danny DeVito giró la tarjeta despacio para leer el texto. Luego alejó la tarjeta un poco de él.

Santo Dios.

El hombre era présbita. No podía leer sin gafas, pero era demasiado presumido para ponérselas en el escenario. Espero que leyera el nombre correcto. Apreté los puños. ¿Cómo podía tardar tanto? ¿Por qué no iba más rápido?

Lexie puso una mano en mi brazo.

En ese momento, una joven subió corriendo al escenario, cogió la tarjeta, leyó el nombre y le susurró algo al oído al doble de Danny DeVito.

—Y el ganador es... —El doble de Danny DeVito fingió que acababa de leer el nombre de la tarjeta en ese preciso instante.

Apreté los dientes. Mucho más atrás, creí oír la risita burlona de Edward.

—Carson Sanders.

Estallaron los aplausos.

Me puse en pie de un salto.

—¡Sí! —Lancé mi puño cerrado hacia el techo del salón. Mi grito fue tan fuerte que llegó hasta el frente del escenario.

Un foco me iluminó y me deslumbró un poco.

Esbocé una sonrisa de orgullo y felicidad.

—Enhorabuena. —De pronto, Lexie estaba a mi lado y me sonreía. Sus ojos verdes brillaban aún más de lo habitual—. Nunca he dudado de que ganarías el premio.

¿No lo había hecho?

Lexie sonrió y fue como si la viera por primera vez. Sus labios carnosos se curvaron de forma sugerente y su aroma a prado de verano lleno de flores me envolvió. El haz del foco se amplió. Ahora estaba en el centro de atención junto con Lexie.

La había contratado para este momento.

Y, de pronto, eso me dio igual.

Tomé el rostro de Lexie entre mis manos y dije:

—Gracias. Sin ti, esta noche ya habría perdido los estribos tres veces. Me has salvado. Eres la mujer más hermosa del salón y ese vestido te queda simplemente maravilloso. —Con tanto nerviosismo, hoy ni siquiera le había hecho un cumplido en condiciones a Lexie.

Llevaba un vestido verde que hacía juego exactamente con sus ojos centelleantes.

Lexie me guiñó un ojo y se humedeció ligeramente los labios con la lengua. Sentí de nuevo el calor de antes. Mis pantalones se apretaron. Y mi pecho se ensanchó.

Mis manos se deslizaron hacia atrás y rodearon la cabeza de Lexie. Me incliné ligeramente hacia abajo. Y entonces puse mis labios sobre la boca de Lexie. Por fin. Por fin sentí la suavidad de esos labios que tantas veces me habían sonreído y que tantas veces había deseado tocar. Ahora mi boca estaba sobre la de Lexie.

Ella no retrocedió.

No retrocedió en absoluto.

Al contrario. Sus manos subieron por mi espalda hasta posarse en mis hombros. El cuerpo de Lexie se apretó contra el mío con suavidad pero con firmeza. El beso se hizo más intenso. Abrí la boca y rocé ligeramente con mi lengua los labios de Lexie. Recorrí suavemente su contorno y luego acaricié la abertura entre el labio superior e inferior. Lexie me permitió el paso. Abrió ligeramente la boca. Mi lengua se adentró en esa cavidad cálida y suave. Lexie soltó un ligero gemido. Sus manos se aferraron con más fuerza a mis hombros. Dejé que una de mis manos se deslizara hacia abajo hasta el trasero redondo y firme de Lexie. Luego la apreté más contra mí. Lexie frotó su pelvis contra la mía. Muy suavemente. Pero lo suficiente para avivar aún más el fuego en mi interior. La lengua de Lexie se encontró con la mía y la envolvió con ternura.

En ese instante, los flashes de las cámaras estallaron a nuestro alrededor y nos deslumbraron.

Me aparté.

Las cámaras hacían clic.

Pero no tenía ojos para eso en ese momento. Me quedé frente a Lexie, respirando con dificultad. Ella me miraba. En sus ojos verdes había una ligera inseguridad y una vulnerabilidad increíble. Y un poquito de confusión. Cogí la mano de Lexie y me incliné hacia ella. Había cumplido su misión. Me había acompañado como mi novia a la entrega de los New York Business Awards, que yo acababa de ganar. El contrato había terminado. Pero esto acababa de sentirse como si algo diferente estuviera a punto de empezar de verdad. Le susurré al oído a Lexie: —Cuando esto termine, iremos a celebrar mi premio. Porque sí. Solo nosotros dos. Solo tú y yo. Me has traído suerte.

Luego volví a erguirme.

Lexie me miró. Por un momento, su mirada pareció mucho más insegura que antes. No dijo nada.

Un pensamiento me atravesó como un rayo ardiente. ¿Acaso no quería ella? ¿Había ganado yo el premio y Lexie... Lexie seguiría su camino? ¿Acaso ese no había sido solo mi plan, sino también el suyo?

¿Qué estaba pensando?

¿Por qué no decía nada?

Entonces, los labios de Lexie se curvaron en una leve sonrisa que finalmente llegó a sus ojos. —Vale —susurró Lexie tan bajo que apenas pude oírla. Asintió levemente.

Yo también sonreí.

—¡Vaya, ahora creerá que lo ha ganado todo! —El momento fue interrumpido bruscamente—. Pero le digo una cosa: más vale que no se alegre demasiado pronto.

—Edward. —Me di la vuelta y fingí sorpresa al ver a mi mayor rival allí—. Gracias por sus felicitaciones. Yo también estoy muy contento con el premio. Es una pena que no lo haya conseguido. Pero tal vez el año que viene haya suerte. —Negué ligeramente con la cabeza para que Edward notara que consideraba ese escenario totalmente improbable.

—Pienso impugnar esto. Ha manipulado esta maldita entrega de premios de alguna manera. USTED la ha manipulado. Pero lo pillaré. Lo pillaré a USTED. —Edward cerró el puño derecho y lo agitó ante mi cara.

—¿Ah, sí? —Levanté las cejas. En realidad, tenía muchas ganas de darle su merecido a Edward. Pero ahora, justo después de ganar el premio, me guardaría mucho de hacerlo. La mano de Lexie volvía a estar sobre mi espalda, recordándome que respirara con calma y que simplemente dejara que Edward hiciera el ridículo.

—¡Ya lo verá! —Edward volvió a agitar el puño.

—Ah, ¿sí? —Arrugué ligeramente la nariz.

—Ha manipulado la gala. —Edward se estaba poniendo cada vez más furioso.

—Más bien querrá decir que esto ha sido lo único que no ha podido manipular usted. —Miré a Edward con ironía—. Con el software de

los supermercados y con Hacienda se las arregló de alguna manera. Pero aquí no había ningún sistema en el que sus empleados pudieran entrar. Así que USTED no pudo manipular nada y, por una vez, todo se ha hecho de forma legal. —Ni siquiera mencioné el asunto de la salmonela.

—¡Esto es el colmo! —Edward se puso rojo como un tomate—. Le prohíbo difundir tales calumnias sobre mí.

—Claro, claro. —Asentí—. Cuando uno no tiene nada más que decir en su defensa, tiene que recurrir a acusar a los demás.

—Tenga mucho cuidado. —Edward se alteraba cada vez más.

—Lo tendré. Y USTED también debería tener cuidado. Con sus métodos, solo será cuestión de tiempo que alguien lo pille y le pare los pies. Entonces ya no tendrás oportunidad de ganar ningún premio. Excepto, quizás, el del preso más rico.

—Esto es el colmo... Usted... —Edward empezó a tartamudear.

—Señor Sanders, por favor, al escenario —anunció la voz del doble de Danny DeVito, que ahogó la respuesta de Edward.

Cogí la mano de Lexie y volví a tirar de ella tras de mí, esta vez hacia el escenario, sin dedicarle a Edward ni una mirada más.

—Se arrepentirá de esto —siseó alguien a mi espalda.

Capítulo 20 Carson

En la gran nave de Queens, el aroma a chocolate flotaba en el aire. Inspiré profundamente. Siempre disfrutaba de aquel olor como si fuera la primera vez. Y hoy de forma muy especial, pues al fin y al cabo acababa de recibir el New York Business Award precisamente por ese chocolate. Con orgullo, coloqué el galardón de cristal —que imitaba a la Estatua de la Libertad y estaba montado sobre una base de madera de roble americano— sobre una de las encimeras de acero inoxidable.

—¿No es precioso? —Al hacer la pregunta, el corazón me dio un vuelco.

—Absolutamente —confirmó Lexie.

—Voy a poner el premio en la vitrina de mi despacho —reflexioné en voz alta—. Así podré verlo todos los días mientras trabajo. Me servirá de motivación y me endulzará la jornada.

—Endulzar es la palabra adecuada —dijo Lexie con una carcajada—. Aquí dentro huele tan tentadoramente dulce que me cuesta horrores

controlarme. Por suerte no tienes tabletas de chocolate por aquí tiradas.

Miré a Lexie, sorprendido. —No sabía que te gustaba tanto el chocolate.

—Desde luego, más que la pizza —me guiñó un ojo Lexie—. Bromas aparte —dijo después—, el premio quedará de maravilla en la vitrina de tu despacho. O podrías considerar poner una vitrina propia en el vestíbulo. Así todos tus empleados podrán ver el galardón a diario y también se sentirán motivados. Al fin y al cabo, ellos han contribuido a que ganes.

Me quedé mirando a Lexie sin palabras. No se me había ocurrido esa idea. —Tienes razón —dije entonces—. Debería darles las gracias. —Quizá organizaría una pequeña celebración. Con canapés. Pero sin pizza.

Y de repente me sorprendí pensando que deseaba que en esa fiesta no solo estuvieran mis empleados, sino también Lexie. Me sentía muy natural aquí con ella ahora. Como siempre me había sentido natural cada vez que hacíamos algo juntos. Daba igual que fuera la sesión de fotos, la boda o la entrega de premios. Nunca me había sentido como si estuviera acompañado de una escort. Puede que fuera porque Lexie no era una escort. Pero de algún modo… de algún modo también era por ella misma. Estuve casado con Nellie y, aun así, a veces me sentía como si tuviera a una escort al lado. Mostraba tan poco interés por mí y estaba más interesada en la publicidad y en mi dinero que en mi persona. Nellie incluso me había regañado alguna que otra vez cuando estornudaba por mi alergia al sol. Lexie era totalmente distinta.

¡Carson! No pienses en Nellie ahora. Y mucho menos la compares con Lexie. Mejor piensa en el presente y no lo estropees con

pensamientos sobre el pasado.

—¿Se fabrican aquí todas las variedades? —Lexie miraba con curiosidad a su alrededor en la gran nave.

—Casi todas. Sin embargo, algunas cosas solo se producen en otras sedes. Aquí fabricamos muchísimos bombones porque son muy populares en Nueva York. A los neoyorquinos les encanta hacer regalos —dije con una sonrisa.

—Oh. —A Lexie se le abrieron los ojos de par en par—. Bombones.

—Pareces una niña pequeña —bromeé—. Cualquiera diría que nunca te han regalado una caja de bombones.

Una sombra cruzó el hermoso y armonioso rostro de Lexie. Bajó la vista y miró al suelo. Sus labios se apretaron en una fina línea y las comisuras cayeron ligeramente.

¿Había dicho algo inconveniente?

¿Había herido a Lexie?

—Yo… creo que nunca me han regalado una caja de bombones —susurró Lexie avergonzada. Sus mejillas se enrojecieron y seguía mirando al suelo.

—Oh. —Con eso sí que no contaba. Con suavidad, puse un dedo bajo la barbilla de Lexie y la obligué a mirarme. Tenía los ojos ligeramente humedecidos. Me habrían dado ganas de estrechar a Lexie entre mis brazos y no soltarla nunca. Pero no estaba seguro de si ella quería eso. ¿Qué querían las mujeres en momentos así?

No tenía ni idea, porque nunca había visto a una mujer así.

Rápidamente pensé en cómo animar a Lexie. —Pues ya va siendo hora de que recibas muchísimos bombones. No tengo ninguna caja aquí. Pero tengo otra cosa. Eso lo compensará. —Cogí a Lexie de la mano y tiré de ella hacia un rincón de la zona de producción donde la iluminación era un poco más tenue.

Aquí no había máquinas que fabricaran nuestras creaciones en grandes cantidades. Aquí todavía se hace todo a mano.

—Este es nuestro departamento de desarrollo —dije con orgullo—. Aquí los maestros chocolateros trabajan en nuevas creaciones, prueban cómo encajan diferentes sabores y siempre están en busca del bombón perfecto.

—Guau. —Lexie volvió a abrir los ojos de par en par. La miré de reojo y vi con alivio que su tristeza parecía haberse esfumado—. ¿Y esto… lo hacen aquí mismo, al lado de la producción?

—Sí. —Asentí—. Así lo quise yo. Si una creación sale bien, lo siguiente que debemos probar es si se puede producir a gran escala. Por supuesto que nos gustaría fabricarlo todo a mano. Pero así no podríamos abastecer de bombones a todo Nueva York. Y mucho menos a todo Estados Unidos. Es que es demasiada gente. —Me reí.

Lexie se unió a mi risa.

—Así que no solo tenemos que encontrar el mejor sabor, sino también el mejor equilibrio entre sabor y capacidad de producción —diserté. Luego me reí de mí mismo—. Madre mía, parezco un profesor de Economía o un consultor de empresas.

—Para nada. Todo esto es muy interesante. —Lexie siguió mirando a su alrededor. Solté su mano y pulsé un interruptor de un pequeño aparato. De inmediato se encendieron algunas luces y el aparato empezó a zumbar.

—¿Qué pasa ahora? —Lexie miraba el aparato con una expectación que le cortaba la respiración.

Me reí de nuevo. Hacer una visita guiada por mi producción con Lexie a mi lado se sentía como la más pura aventura. Estaba redescubriendo mi propia empresa y viendo cosas que para mí eran cotidianas con ojos nuevos. —Aquí dentro se calienta y se licua el chocolate. ¿Seguro que querías probar algo? —Le guiñé un ojo a Lexie.

—Oh… —exclamó Lexie de nuevo—. Pero no tienes por qué molestarte solo por mí… quiero decir…

—Nada de objeciones. Aquí el jefe soy yo. Y te lo has ganado con creces.

Lexie se sonrojó todavía más que antes. Bajó la mirada con timidez. Al parecer, no estaba acostumbrada a que un hombre la consintiera.

Eso quería cambiarlo.

Eso iba a cambiarlo.

Rápidamente abrí la nevera que zumbaba justo a nuestro lado.

—Estás de suerte —anuncié entonces—. Aún queda algo de las dos creaciones más recientes. —Saqué una bandeja con bombones de la

nevera. Las pequeñas obras de arte de chocolate estaban protegidas bajo una campana.

—Este es un bombón de chocolate negro con ganache de frambuesa. Realmente delicioso. Creo que pronto estará disponible en los supermercados. —Levanté la campana de la bandeja, la puse sobre la encimera y señalé un bombón oscuro y cuadrado, decorado con una cobertura clara.

—Guau. —La voz de Lexie estaba llena de admiración.

—Prueba —la insté, acercándome un poco más con la bandeja.

—¿En serio? —Lexie vaciló—. Quiero decir, si mañana alguien se da cuenta de que falta algo…

—Soy el jefe aquí, ¿ya lo has olvidado? —le recordé a Lexie.

Ella se rió un poco. Luego cogió uno de los bombones de frambuesa de la bandeja y le dio un mordisco con cuidado. Cerró los ojos con devoción y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Casi podía sentir cómo Lexie dejaba que el bombón se deshiciera en su lengua. El chocolate se calentaría un poco en su boca y luego se derretiría suavemente. El sabor se iría desplegando cada vez más y se volvería más intenso hasta que, finalmente, Lexie se tragara el bombón.

—Guau. Es una mezcla maravillosa. Esa ganache… es realmente delicada. Mucho mejor que cualquier chocolate con aromas. —Lexie me miró con los ojos muy abiertos. Parecía que acabara de despertar de un sueño.

—Eso espero —respondí con una severidad fingida y miré a Lexie ligeramente ofendido—. Aquí nos esforzamos de verdad para

producir solo el mejor chocolate para todos. Y, desde luego, no vas a encontrar un bombón así al mismo precio que el chocolate con aromas de toda la vida.

Dejé la bandeja sobre la encimera y cogí el más pequeño de los bombones que había en ella. —Pero espera a probar esto.

—¿Qué sabor es? —Lexie observó con curiosidad el bombón que tenía en mi mano. También era de chocolate negro, aunque no tan oscuro como el de frambuesa, y estaba salpicado con motas de un verde suave.

—Menta con un toque de almendra —respondí—. Hemos utilizado hojas de menta auténticas y nos llevó mucho tiempo encontrar la mezcla adecuada de menta y almendra. Al principio, el sabor a menta era demasiado intenso, luego no lo era lo suficiente… realmente no fue fácil encontrar la cantidad exacta de hojas.

—¿Y los puntitos? —preguntó Lexie.

—Menta con azúcar efervescente —dije—. Para que tengas un recuerdo de tu infancia. Seguro que de pequeña también comías siempre ese chocolate que chasquea en la boca. ¿O no?

—Sí —asintió Lexie. El recuerdo hizo que sus ojos brillaran con entusiasmo. El corazón se me ensanchó. En la última hora con Lexie me había divertido como nunca en mi vida. Entre nosotros reinaba una ligereza desconocida y me sentía tan a gusto que la visita guiada por mi fábrica podría haber durado una eternidad. Solo de pensar a quién solía traer por aquí... a severos funcionarios de los organismos de inspección y a tacaños compradores de supermercados... Eso era mucho menos divertido. Y, de todos modos, Nellie nunca se había interesado por mi trabajo.

Rápidamente aparté el pensamiento de mi pasado.

Ante mí estaba Lexie.

El presente.

Y el futuro.

Eso lo tenía cada vez más claro.

Con cada minuto que pasaba con Lexie, sabía que quería conocerla mejor. No era solo una empleada que me había acompañado a tres citas fingiendo ser mi novia. Era una persona real. Alguien con sus matices. Alguien que me hacía sentir bien. Alguien con quien me sentía cómodo.

—Cierra los ojos —ordené.

Lexie obedeció.

Cogí el bombón de menta y lo acerqué lentamente a la boca de Lexie. Al sentir el chocolate contra sus labios, abrió la boca dócilmente. Mis dedos rozaron suavemente los suyos mientras le daba a probar el bombón.

—Mmm… —hizo Lexie al sentir la mezcla de sabores a menta y almendra en su lengua—. Podría estar comiendo esto a todas horas.

Lexie había echado la cabeza hacia atrás. Su cabello pelirrojo brillaba bajo la luz de las lámparas que iluminaban la encimera. Tenía los ojos cerrados y los párpados le temblaban. Ahora se

pasaba la lengua ligeramente por los labios, como para absorber el último resto de sabor a chocolate.

Y entonces ya no pude contenerme más.

Desde nuestro beso no había podido pensar en otra cosa que en repetirlo y en volver a sentir el cuerpo de Lexie contra el mío.

Puse una mano en la mejilla de Lexie y me incliné hacia ella. Y entonces jugué con su lengua, que recorría sus labios, con la mía. Lexie se sobresaltó un momento y retrocedió sorprendida, pero luego se dejó llevar por el juego. Nuestras lenguas jugaban entre sí fuera de nuestras bocas. Las puntas se rozaban con suavidad. Lamí un poco el borde de la lengua de Lexie y ella hizo lo propio y me devolvió el gesto.

Y entonces necesité sentirla por completo. Rodeé la cintura de Lexie con mi brazo y la atraje hacia mí. Al mismo tiempo, busqué su boca con la mía. Por fin nuestros labios se encontraron y se unieron. Saboreé el resto del chocolate en la boca de Lexie. Y saboreé a Lexie. Su perfume floral me envolvió y se mezcló con el aroma a chocolate que predominaba en la nave de producción. Mis dedos acariciaban suavemente el cuello de Lexie mientras mi lengua exploraba su boca. Presioné mi cadera contra la pelvis de Lexie. Ella se arqueó un poco hacia mí.

Oh, Dios.

Esta mujer me hacía perder el juicio con el más mínimo movimiento. Nuestro beso se hizo más profundo. Deslicé mi mano desde su pelvis ligeramente hacia arriba, queriendo sentir los pechos firmes y llenos que se apretaban contra mi torso. Lexie gimió suavemente y de mi garganta también escapó un sonido profundo.

Oh, maldita sea.

Que Lexie me excitaba era algo que había sentido desde nuestro primer encuentro. Pero esto superaba todo lo que jamás había imaginado.

Lexie volvió a gemir.

—¿Qué está pasando aquí? —La luz intensa de una linterna me cegó de repente. La voz ronca y brusca llegó a mis oídos como surgida de la nada.

¡Edward!

¿Cómo había conseguido este idiota llegar hasta aquí?

Respirando con dificultad, me separé de Lexie. El beso me había excitado todavía más de lo previsto.

—Sr. Sanders. —La exclamación de asombro a mi lado me hizo darme la vuelta. Junto a mí estaba el empleado de seguridad. Estaba bajando el haz de luz de su linterna hacia el suelo—. Disculpe, por favor, no sabía que era usted. Pensé… —El hombre se interrumpió.

Mi enfado se disipó tan rápido como había aparecido. —No pasa nada —tranquilicé al hombre—. Solo está haciendo su trabajo.

Así que las nuevas y reforzadas medidas de seguridad que había ordenado tras el hallazgo de la muestra con salmonela funcionaban. Aunque Lexie y yo habíamos tenido tiempo de sobra para introducir algo de contrabando en los bombones si de verdad hubiéramos

querido. Me propuse volver a revisar todas las medidas al día siguiente.

—Si lo hubiera sabido —el guardia de seguridad comenzó una nueva explicación.

—Todo está bien —lo tranquilicé—. Termine su ronda como estaba previsto. —Apagué el aparato que calentaba el chocolate, volví a poner la campana sobre la bandeja de bombones y la guardé de nuevo en la nevera.

A mis espaldas, los pasos del guardia de seguridad resonaban en el suelo de la nave.

Me giré hacia Lexie. La atmósfera íntima que reinaba entre nosotros poco antes se había esfumado. Pero no quería que la noche terminara así.

—Vayamos a mi casa para brindar por mi victoria. —Cogí a Lexie de la mano.

Quería beber champán con ella.

En mi ático.

Solo nosotros dos.

Ella y yo.

Con Lexie de la mano, salí de la nave.

Capítulo 21 Lexie

¡Qué noche! Todavía no podía creer todo lo que había pasado. Carson había ganado el premio y lo habían galardonado como el empresario más exitoso y prometedor de Nueva York de este año. Sin duda, a su empresa le esperaba un futuro brillante. No había entendido exactamente por qué ese tipo tan desagradable llamado Edward Malley había vuelto a increpar a Carson. Sí, estaba casado con la ex de Carson, pero parecía que estaban enemistados por otras razones. En nuestro trayecto hacia la nave de producción y ahora hacia el ático de Carson, yo había preferido hablar de otros temas. No quería que Carson se volviera a poner tan furioso como en la recepción. Cuando puse mi mano sobre su pecho, sentí lo tensos que estaban todos sus músculos. Era como si en su interior durmiera un volcán a punto de entrar en erupción.

Y entonces…

Cuando Carson ganó, me besó.

Me besó de verdad.

No se limitó a darme un leve beso en la mejilla para que los fotógrafos estuvieran contentos. No. En aquel beso hubo pasión. Sentí deseo y hambre de más. Y no solo por parte de Carson, sino también en mi interior. Mientras su lengua exploraba mi boca, solo tuve un pensamiento.

Por fin.

Por fin, por fin, por fin.

En ese momento, mi cuerpo me dio a entender lo que yo había intentado negar con todas mis fuerzas desde el primer encuentro con Carson.

Le deseaba.

Al pensar en cómo había empezado a rozar mi pelvis contra él, la cara se me puso roja de golpe. Por suerte, mientras tanto se había hecho de noche cerrada y Carson no podía verme las mejillas. Estaba totalmente concentrado en conducir. En ese instante, puso el intermitente.

—Ya estamos aquí. Esta es la entrada al garaje subterráneo —explicó, mientras pulsaba un pequeño dispositivo fijado en la consola central.

—¿Aquí? —Miré a mi alrededor asombrada—. No reconozco nada. Cuando te traje la pizza, todo parecía muy distinto.

Carson se rió. —Esta es la parte trasera del edificio. Tú viniste por el otro lado. Es normal que todo te parezca diferente.

—Ah, ya. —Yo también me reí—. Por un momento pensé que mi memoria era malísima. Y eso que no hace tanto que te traje la pizza.

—Es verdad —asintió Carson. Ante nosotros se abrió el portón del garaje. Carson dirigió el coche rampa abajo y aparcó de forma rápida y segura en una plaza justo al lado de los ascensores. Se detuvo y apagó el motor. —Aunque me da la impresión de que fue hace una eternidad. Ni siquiera recuerdo cómo era todo cuando aún no te conocía.

El rubor de mis mejillas se intensificó. Y esta vez Carson sí podía verlo, porque el garaje estaba muy iluminado.

¡Lexie! ¡Ten cuidado! No tienes ni idea de lo que eres para él. Quizá solo quiera aprovechar la ocasión.

La voz de advertencia en mi cabeza me provocó una sensación desagradable en el estómago. A pesar de todo, apenas conocía a Carson. ¿Qué sabía yo de él y de su pasado, o de lo que era importante para él, lo que deseaba o con lo que soñaba para su vida?

—Aunque, por supuesto, ya nos conocíamos cuando me trajiste la pizza. —Carson abrió su puerta, rodeó el coche y abrió la puerta de mi lado. Me tendió la mano para ayudarme a bajar.

Se la cogí. Estaba caliente. Firme y segura. Exactamente igual que Carson.

Puede que no hiciera mucho que conocía al hombre que me sujetaba la mano ni que supiera todo sobre él. Pero, de alguna manera, tenía claro quién era. Quizá incluso de una forma mucho más profunda que otras personas que le conocían desde hacía más

tiempo. No podía explicarlo con exactitud, pero sentía como si esa noche hubiera mirado directamente al corazón de Carson.

—Pero ahora ya va siendo hora de que brindemos por mi premio. La recepción con cava en la entrega de los New York Business Awards estuvo muy bien. El cava estaba rico, aunque no tanto como un champán francés de verdad. —Carson chasqueó la lengua.

Champán de la Champagne.

No recordaba haber estado ni siquiera cerca de una botella así. Los supermercados donde yo compraba no tenían nada parecido en su surtido. Allí solo había la variante más barata de todas, que solía tener un sabor dulce y pegajoso en lugar de ser agradablemente refrescante y seca.

Champán de la Champagne.

Eso era lo que Carson quería servirme ahora. Solo lo mejor de lo mejor. La idea de ser tan consentida me provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Y entonces volví a recordar lo que había pasado hacía un rato en la nave de producción. Si el empleado de seguridad no nos hubiera sorprendido, el beso habría sido sin duda aún más apasionado.

¿Y entonces qué?

La cabeza me daba vueltas.

Carson me llevó hacia el ascensor y me soltó la mano para pulsar el botón. Las puertas se abrieron de inmediato. Carson me cedió el paso con un gesto. Entré y me puse al fondo del todo, contra la pared. Carson también entró y pulsó el botón de la última planta.

—¿Ya vuelve a funcionar el ascensor? —quise saber mientras empezábamos a subir.

—Por suerte. —Carson puso un poco los ojos en blanco—. Es increíble. En Nueva York hay tantos ascensores que debería haber empresas de sobra expertas en mantenimiento y reparación. Pero no hay nadie de los que vienen por aquí que consiga que este trasto funcione de forma permanente. Y en mi oficina pasa exactamente lo mismo —bufó.

—Vaya. —No sabía muy bien qué decir. ¿Qué iba a pasar ahora? Hubiera preferido mantener nuestra conversación en este nivel superficial. Así la tensión entre Carson y yo no resultaba tan palpable, sino que se mantenía tolerable.

En ese momento, el ascensor dio una sacudida. La cabina se detuvo y las luces sobre mí parpadearon.

—¿Qué es eso? —solté, mirando a mi alrededor asustada—. ¡No nos movemos!

Carson sacudió la cabeza para tranquilizarme. —De eso es justo de lo que te iba a hablar. El ascensor se para exactamente en este punto. Durante un minuto más o menos. Después sigue subiendo como si nada. Nadie sabe por qué. Los técnicos no han sido capaces de averiguar si es un fallo mecánico o eléctrico. O si hay algo mal configurado en el panel de programación.

No entendía muy bien lo que Carson me estaba contando. No tenía ni idea de la tecnología que había detrás de los ascensores. Yo solo quería que funcionaran y me llevaran arriba sana y salva, así que el contenido de las palabras que debían calmarme no me llegó. Sin embargo, su cálida voz me resultó tan reconfortante que me relajé solo por el hecho de que me estuviera hablando.

El ascensor volvió a sacudirse. Las luces parpadearon. Y entonces la cabina reanudó su marcha hacia arriba.

Suspiré aliviada.

—Lo dicho... no hay de qué preocuparse. —Carson me sonrió.

Lenta y cautelosamente, le devolví la sonrisa.

Entonces la cabina volvió a sacudirse.

Carson frunció el ceño.

—Dios mío. —Esta vez no pude reprimir la exclamación—. Tengo miedo —confesé.

Y un momento después, Carson estaba conmigo. —Chist... —Me estrechó entre sus brazos y me acarició el pelo. Luego sus manos se deslizaron más abajo y me acarició la espalda. Apoyé la cabeza en el pecho atlético de Carson y sentí sus músculos contra mi mejilla. Carson susurró—: No es nada malo. Enseguida seguiremos subiendo. Y entonces estaremos arriba. No te preocupes. —Una vez más, el sonido de la voz de Carson me tranquilizó más que lo que realmente decía. Su pecho subía y bajaba con sus respiraciones pausadas.

Las luces sobre nosotros parpadearon.

Levanté la cabeza para ver mejor el espectáculo. Pero mi mirada no llegó tan arriba. Los ojos oscuros de Carson me detuvieron. Me miraba y recorría mi rostro con la vista como si fuera lo más hermoso que hubiera visto jamás.

Un ligero escalofrío me recorrió el cuerpo.

Y de repente volvió a parecer que el aire a nuestro alrededor estaba cargado de electricidad.

Los ojos de Carson parecieron volverse un tono más oscuros. En la preocupación que había en ellos se mezcló el deseo.

Tragué saliva.

Pero antes de que pudiera articular un pensamiento coherente, Carson inclinó la cabeza y acercó sus labios a los míos.

Cerré los ojos esperando el beso. No me cansaba de mirar a Carson, pero ahora solo quería sentirlo. Su cuerpo contra el mío, sus labios sobre mis labios, su lengua en mi boca…

Casi podía sentir los labios de Carson.

En ese momento, el ascensor se puso de nuevo en movimiento.

Al mismo tiempo que volvía a abrir los párpados, Carson apartó la cabeza y miró a su alrededor.

—Eso ha sido nuevo —comentó.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería exactamente, habíamos llegado a la última planta. Las puertas del ascensor se abrieron.

—Pues ahora vamos a beber champán. Yo mismo lo he puesto a enfriar esta mañana. —Carson me sonrió—. Espero que no

encuentres mi humilde morada de soltero demasiado desordenada. Por desgracia, llevo semanas sin asistenta y por eso tengo que hacer yo mismo lo más necesario. No es que no sea capaz de hacerlo... lo soy perfectamente. Pero simplemente no tengo tiempo para ocuparme de todas estas cosas. Al fin y al cabo, dirijo una empresa, y además no precisamente pequeña. —Carson abrió la puerta y me invitó a pasar con un gesto amplio.

—Claro. —Entré en el ático de Carson. Me daba vueltas la cabeza. ¿Asistenta? Claro que había oído hablar de los neoyorquinos tan ricos que podían permitirse una asistenta. Pero nunca había conocido en persona a nadie que realmente tuviera una. Para mí eran personas que aparecían en las películas de cine, en las series de Netflix o en los libros. Gente rica. Personas que estaban tan lejos de mí como la luna de la tierra.

—¡Guau! —Aunque ya conocía la vista del *skyline* de Nueva York —después de todo, le había traído a Carson la pizza que lo había desencadenado todo—, los rascacielos iluminados me impresionaron de nuevo—. Si viviera aquí, supongo que no haría otra cosa en todo el día que mirar por la ventana —se me escapó. Inmediatamente después me mordí la lengua. Me habría encantado retirar mis palabras. ¿Qué iba a pensar Carson de mí? ¿Que quería mudarme aquí y vivir a su costa?

Miré a mi alrededor. Carson ni siquiera había oído mis palabras. Parecía haber desaparecido.

En ese instante se abrió la puerta de la cocina y Carson volvió a salir con dos copas de champán en una mano y una botella en la otra.

—Dom Pérignon —anunció con orgullo—. El mejor champán. Hace un tiempo pedí una caja. Esta es la última botella y quería guardarla para un momento muy especial. Y ahora por fin ha llegado. —Carson

puso las dos copas sobre la mesa y se dispuso a descorchar la botella.

Plof.

Con un sonido rotundo, el corcho salió disparado de la botella. Sin embargo, Carson tenía bien sujetos tanto la botella como el corcho. Sonrió mientras vertía el líquido dorado y burbujeante en las copas altas.

El champán hacía honor a su nombre y espumeaba con fuerza. Carson me puso una copa en la mano. El cosquilleo me subió hasta la nariz.

—¡Achís!

Estornudé.

Carson se rió.

—¡Achís! ¡Achís! —Se me escaparon otros dos estornudos.

—Yo… Dios mío… perdón… —Con la cara roja como un tomate, miré primero a mi copa, luego al suelo y finalmente hacia fuera, donde el *skyline* de Nueva York seguía brillando. Claro. El Empire State Building no sabía que acababa de darme un ataque de estornudos justo cuando el hombre más atractivo de Nueva York me había servido el champán más caro.

¡Eso solo te puede pasar a ti, Lexie!

—No pasa nada —dijo Carson restándole importancia—. Normalmente soy yo el que estornuda. Por fin esta vez no es así. —Se rió—. Estoy muy contento de haberte conocido. En tu presencia me siento mejor que nunca. Gracias por haberme acompañado esta noche y por haber hecho que el día sea inolvidable para mí con tu presencia. —Carson me acarició suavemente el brazo mientras decía aquello.

Aparté los ojos del horizonte de Nueva York y miré a Carson. —Yo… —empecé y me interrumpí enseguida. Mis mejillas se enrojecieron aún más. ¿Qué podía responder a eso? Mañana Carson me transferiría una cantidad considerable por haberlo acompañado. Pero sus palabras significaban para mí más que cualquier dólar que me fuera a pagar. Mi corazón latía un poco más rápido.

—Salud. Por esta noche. —Carson levantó su copa de champán y la chocó suavemente contra la mía.

—Por esta noche —respondí, y di un gran trago de champán. De nuevo, las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz. Rápidamente me incliné y dejé la copa sobre la mesa antes de volver a estornudar.

Carson se rió. —Sí, cuando esas burbujitas pican… —Vació su copa de un trago y la puso al lado de la mía.

—La vista es realmente increíble. —Hice un gesto amplio hacia el gran ventanal panorámico y me giré ligeramente hacia un lado. Al hacerlo, tiré la copa.

—¡Ay, por…! —Me interrumpí justo a tiempo antes de que se me escapara un improperio ordinario—. Lo siento.

Genial, Lexie. Te invita a su piso elegantísimo y tú tiras una copa. Como una niña pequeña. Como si tuvieras tres años.

—No importa. —De repente, Carson estaba justo detrás de mí. Me puso las manos en los hombros—. No es nada grave. Relájate. —Carson comenzó a masajearme los hombros con suavidad. Di un suspiro de placer. Las manos de Carson eran cálidas y firmes, y fueron relajando poco a poco mis músculos tensos.

—Oh, sí, qué bien sienta —murmuré en voz baja.

Carson continuó. Luego cerró el puño y deslizó los nudillos por mi columna vertebral. Se inclinó hacia delante y me sopló suavemente en la nuca. Y de repente mi cuerpo se incendió. El vello de mis brazos se erizó. Me hormigueaba la piel por todas partes, mi vientre se contrajo ligeramente y sentí un leve cosquilleo en los pezones.

Dios mío.

¿Cómo podía excitarme tanto un contacto tan leve?

Carson se inclinó más hacia delante. Sus labios rozaron mi nuca. Me mordisqueó suavemente la piel.

—¡Sí! —Se me escapó un gemido alto y empujé mi cuerpo ligeramente hacia atrás, en dirección a Carson. Quería que no parara nunca. Quería más. Quería que este momento durara eternamente.

Y entonces sentí la erección de Carson.

Me deseaba.

Inspiré aire con fuerza.

Y en ese momento, Carson abrió la cremallera de mi vestido. Sus manos deslizaron suavemente los tirantes verdes de mis hombros y bajaron por mis brazos mientras el vestido caía al suelo.

Me di la vuelta.

En los ojos de Carson leí una pregunta tácita que respondí con un leve asentimiento con la cabeza.

Carson se inclinó hacia delante. Nuestros labios se encontraron por tercera vez esa noche. Rodeé su nuca con mis brazos y lo atraje hacia mí. Carson abrió los labios y nuestras lenguas iniciaron una danza hambrienta y apasionada. Mientras que antes por la noche nos habíamos tanteado con cautela, ahora toda precaución había desaparecido. Solo quedaba la pasión. El deseo. Carson me apretó contra él más fuerte que nunca. Me froté contra su erección y disfruté sintiendo a través del pantalón cómo su miembro se volvía cada vez más firme.

Las manos de Carson recorrieron mi espalda. Sentí cómo se abría el cierre de mi sujetador. Separé un poco mi cuerpo de Carson para que mi sujetador pudiera deslizarse hasta el suelo. Carson me acarició suavemente el vientre y las caderas.

Me estremecí.

Y entonces sus manos estuvieron sobre mis pechos. Los amasó primero con suavidad, luego con cada vez más firmeza. Finalmente se inclinó hacia abajo. Su lengua rodeó mi pezón. Una vez. Dos veces. Gemí. El placer se concentraba en mi centro.

Carson mordió ligeramente.

—Sí. —Se me escapó un grito sordo.

Carson me agarró de la mano. —Ven conmigo. —Percibí confusamente cómo recorríamos unos pasos por el pasillo. Carson abrió una puerta a su derecha y nos encontramos en su dormitorio. Una enorme cama extragrande dominaba la habitación. El cuarto tenía un gran ventanal esquinero y ofrecía una vista incluso mejor que la del salón. Las luces de los rascacielos de Nueva York resplandecían en la estancia.

Carson volvió a acercarse a mí. Levanté ligeramente la mano para detenerlo. Luego me dispuse a desabotonarle la camisa. Por fin quería sentir esos músculos atléticos bajo mis manos. Lancé un gemido de liberación cuando poco después mis dedos se deslizaron por el pecho de Carson.

Carson me agarró las nalgas y deslizó sus manos por debajo de mi braguita. Volvió a frotar su erección contra mí. —No me vuelvas demasiado loco —me susurró al oído. Luego me bajó la braguita. Yo le desabroché el cinturón a Carson.

Segundos después estábamos desnudos el uno frente al otro.

—Ven. —Carson me atrajo hacia él, me giró de modo que quedara de espaldas a él, me guio con una mano hacia la cama y dejó que su otra mano se deslizara por mi vientre hacia abajo. Separó suavemente mis labios vulvares.

Estaba mojada.

Muy mojada.

Carson comenzó a masajear suavemente mi clítoris. Movía sus dedos con dulzura de un lado a otro y yo ajusté el movimiento de mis caderas al ritmo.

—Oh, sí… —gemí en voz alta.

Carson me empujó sobre la cama y me dio la vuelta. Antes de que pudiera articular un pensamiento coherente, estaba arrodillado entre mis muslos. Su lengua tocó mi punto más sensible y jugueteó con la humedad y el calor. Sopló suavemente sobre mi clítoris.

—Oh Dios, oh Dios, oh Dios. —Todo se contraía en mi interior. Ardía de deseo y sentía que iba a explotar de un momento a otro.

—Oh, Dios mío, por favor.

Carson me escuchó. Penetró en mí.

—¡Sí! ¡Por fin! —Jadeé con fuerza. El miembro de Carson me llenaba por completo. Empezamos a movernos en un ritmo compartido. El miembro de Carson tocaba exactamente el punto más sensible de mi interior y mi placer aumentaba hasta el infinito, mientras sentía cómo él se ponía más y más duro dentro de mí. Mi interior se contrajo. Y entonces una oleada inmensa se extendió por todo mi ser.

—¡Síiiiiiiiii! —Me corrí con un grito fuerte.

—¡Oh, nena! —Solo unos segundos después, Carson también llegó al orgasmo.

Capítulo 22 Lexie

Un rayo de luz incidió en mis párpados. Y otro más. Y otro. Mientras despertaba lentamente, me di cuenta de que la brillante luz del sol me daba de lleno en la cara. Aun así, mantuve los ojos cerrados y disfruté del calor y de la luz que me envolvía.

¿Luz?

Probablemente todavía no estaba despierta.

No PODÍA estar despierta. Era sencillamente imposible. En mi habitación NUNCA entraba el sol, y mucho menos por la mañana. Así que, si estaba en la cama y el sol me daba en la cara, tenía que tratarse de un sueño. Y de un sueño muy hermoso, del que preferiría no despertar jamás.

Pero, por desgracia, no podía permitirme el lujo de seguir durmiendo y quedarme en la cama. Algún día, con suerte, llegaría el momento en que podría darme la vuelta una vez más cuando sonara el despertador. Pero aún no era el caso. Ahora tenía que levantarme y arreglarme para mi trabajo. Porque el dinero que Carson me iba a

pagar me facilitaría mucho la vida. Sin embargo, la suma no era lo suficientemente alta como para dejar mi empleo sin más y disfrutar de la vida hasta encontrar algo más adecuado.

¡Carson!

Un chispazo me recorrió. De repente, ya no era solo la luz del sol la que calentaba mi cuerpo de forma agradable, sino que otras sensaciones muy distintas me invadieron. Eso ya no era calor, era fuego. El tipo de calor que proviene de la excitación.

Mi cuerpo ardía.

El recuerdo de lo que había pasado la noche anterior regresó. Carson y yo habíamos... habíamos tenido sexo. En su enorme cama kingsize nos habíamos amado bajo la suave luz del skyline de Nueva York.

Sí, amado.

Exactamente así se había sentido. Por supuesto, había habido pasión y ardor. Más que suficiente. Todavía me ponía roja solo de pensarlo. Y, por debajo de todo eso, me había sentido tan segura y aceptada como nunca antes en mi vida. Con Carson estaba a salvo y precisamente por eso había podido entregarme a él por completo. Durante toda la noche.

Ahora también tenía claro dónde me encontraba y por qué el sol me daba en la cara. Seguía tumbada en la enorme cama kingsize de Carson. Tras la larga noche de amor, me había quedado dormida en las horas de la madrugada, agotada.

Al lado de Carson.

Alargué la mano.

Nada.

Palpé un colchón vacío. En vano. A mi lado no se movía nada. Carson debía de haberse levantado ya. Quizá estaba en la ducha. Al pensar en el cuerpo desnudo de Carson bajo un chorro de agua tibia, sentí aún más calor y mis pezones empezaron a hormiguear.

¡Lexie!

Me reñí a mí misma. ¿Quién me creía que era para que una larga noche de amor todavía no me pareciera suficiente?

Antes de que me vinieran más pensamientos que prefería no tener en este momento, por fin abrí los ojos. El sol me deslumbró. Parpadeé varias veces hasta que me acostumbré a la claridad. ¿Qué hora era? ¿Y dónde estaban mi bolso y mi móvil?

Probablemente en el salón. Allí estarían seguramente también mi vestido y mi sujetador, porque allí fue donde Carson me desvistió ayer. Aparté la manta y me levanté. Antes de salir del dormitorio, disfruté una vez más de la vista del skyline de Nueva York. El Empire State Building y el Chrysler Building resplandecían bajo la brillante luz de la mañana.

¿Luz de la mañana?

El sol ya estaba bastante alto en el cielo, ¿verdad?

Miré hacia fuera con dudas. Desde tan arriba todo se veía muy distinto y eso me hacía perder la noción del tiempo. Abajo, en la

calle, solía saber más o menos qué hora era. ¿Pero aquí? No tenía ni idea.

Crucé el dormitorio con intención de abrir la puerta.

¿Qué era eso?

En el pomo había pegado un Post-it.

—Buenos días, luz de mis ojos. Lamentablemente he tenido que irme a trabajar. Ponte cómoda y llámame más tarde. Espero que nos veamos esta noche.

La nota no llevaba firma, pero no hacía falta. Solo podía ser de Carson. Conmovida, me quedé mirando las palabras escritas con rotulador negro sobre el papel amarillo. Nadie había hecho nunca algo tan bonito por mí.

Un saludo de buenos días. Así, porque sí. La mayoría de las veces me había tenido que conformar con un gruñido de «buenos días» o, incluso, directamente con un «adiós».

Carson, en cambio, me llamaba luz de sus ojos.

Sentí que me ensanchaba por dentro. Cogí la nota con cuidado. Quería conservarla.

Para siempre.

Esas dos palabras me vinieron a la mente como de la nada, pero no me asustaron.

Para siempre.

Todo se sentía exactamente como debía.

Dichosa, fui al salón, donde encontré mi ropa y mi bolso. Dentro estaba mi móvil. Lo saqué.

¿Qué?

La mirada a la pantalla me dejó petrificada.

¿Las diez? ¿O, más exactamente, las diez y cinco?

¿Tanto tiempo había dormido?

Oh, maldita sea.

Tan rápido como pude, metí el móvil y la nota en el bolso, recogí mi ropa y me vestí. Hoy tendría que prescindir de la ducha. Mi turno en la pizzería había empezado hacía cinco minutos. Debería estar ya doblando cajas de pizza o subida a la moto repartiendo pizzas que algunos neoyorquinos pedían o bien para un segundo desayuno o para una especie de brunch. O para superar la resaca.

Daba igual.

Tenía que irme.

Urgente.

Joe me iba a poner fina.

—¿Quién se ha creído que es?— Unos gritos estruendosos me recibieron tres cuartos de hora más tarde, en cuanto entré en la pizzería. Joe estaba de pie en la puerta que separaba el local de la cocina, con las manos en las caderas y rojo como un tomate. —¿Se cree que es algo mejor y que puede hacer aquí lo que le dé la gana? —

No respondí, sino que chupé mi caramelo de mentol. Detrás de Joe apareció Darleen. Pude ver cómo gesticulaba salvajemente con las manos, pero no tenía ni idea de lo que quería decirme. Y no podía verle la cara detrás de la ancha espalda de Joe.

—Lo siento— dije entonces, y lo decía de corazón. —Es que me he quedado dormida. No ha sonado el despertador y no me he despertado a tiempo.— Olisqueé brevemente. —Por supuesto que no me creo que sea algo mejor.—

Joe soltó una carcajada burlona. —¿Ah, no? ¿Y por eso se presenta aquí tardísimo con ese vestidito verde? —Joe hizo un gesto hacia mí y recorrió mi cuerpo con la mirada—. ¿Con eso pretendes repartir pizzas? —bufó—. En serio.

—Lo siento— me defendí. —No he tenido tiempo de pasar por casa a por otra ropa. Si lo hubiera hecho, habría llegado aún más tarde y no quería eso. Sé perfectamente el jaleo que hay a mediodía.— Mientras hablaba, me sentía extraña. Me defendía como siempre que Joe me machacaba. Pero, a diferencia de otras veces, hoy sus palabras me dejaban fría. Los insultos de Joe no tenían poder sobre mí, sino que simplemente resbalaban, como si llevara puesta una gruesa capa protectora.

Y quizá fuera así.

La atención, el amor y el deseo de Carson me habían dado fuerzas y habían despertado algo en mí que ni siquiera sabía que dormitaba en mi interior. Me sentía como si fuera otra persona, aunque por fuera siguiera siendo la misma.

—¿Acaso quiere ligar con los clientes mientras reparte pizzas? ¿Es eso? ¿Por eso tarda siempre tanto en sus repartos? ¿Es que ENTREGA algo más aparte de pizzas?— Joe me miró con desprecio.

Me puse roja.

—¡Ajá!— triunfó Joe.

—No es así para nada.— Sacudí la cabeza.

Joe se rió. —¿Sabe qué? Me da exactamente igual cómo sea en realidad. Exactamente igual. A partir de ahora va a tener todo el tiempo del mundo para hacer sus otras ENTREGAS a sus clientes. O mejor dicho: para ofrecérselas a cualquier TIPO. Porque no pienso pagarle ni un segundo más. No va a trabajar más aquí mientras se dedica a hacer otras cosas.—

Me quedé mirando a Joe.

—Está despedida, pedazo de tonta —gritó Joe tan fuerte que me sobresalté—. ¡No vuelva a asomar la cara por aquí!

¿Despedida?

Me quedé helada.

¿Ya no tenía trabajo?

No podía ser.

No podía permitírmelo.

NECESITABA el trabajo.

Abrí la boca para suplicarle a Joe que me diera otra oportunidad.

Pero entonces me invadió la calma. Pensé en Carson. Él me ayudaría. Necesitaba UN trabajo, pero no necesitaba ESTE trabajo. Me había autoconvencido de eso durante meses y por eso había dejado que Joe me machacara una y otra vez. Probablemente Joe había disfrutado en secreto de mis súplicas.

No iba a darle esa satisfacción ahora.

—Entonces, por favor, tengo que recoger mis cosas de la taquilla— dije.

Joe se quedó de piedra. Me miró con la boca abierta. El labio inferior le colgaba ligeramente.

—¿Qué?— exclamó.

—Digo que tengo que recoger mis cosas de la taquilla. En la cocina. Detrás de usted.— Señalé la puerta donde Joe estaba plantado.

Entonces mi jefe reaccionó. —¡Darleen!— bramó. —Ve con ella y asegúrate de que no se lleva nada que no sea suyo.— Entonces Joe se apartó un poco y se cruzó de brazos para dejarme pasar. Cuando llegué a su altura, escupió al suelo.

Me dio igual.

Me dio absolutamente igual.

Me sentía tan ligera y libre como no me había sentido en meses.

¿Por qué no me había marchado antes sin más? Encontraría algo mejor que este trabajo en cualquier momento. Seguro que tardaría un poco, pero superaría ese tiempo con la ayuda de Carson.

Darleen me llevó al pequeño cuarto trastero que había al lado de la cocina. Allí estaban las taquillas asignadas a cada empleado.

—No tienes nada en tu taquilla— susurró Darleen.

—Es verdad.— Asentí. —En realidad no quiero llevarme nada. Y mucho menos la estúpida chaqueta.— Me reí un poco al pensarlo y continué: —Solo quería despedirme de ti. Tenemos que tomar un café pronto. Tengo tu número, ya te llamaré.—

Darleen me miró fijamente. —¿Qué coño te pasa?— Seguía hablando en susurros. —¿Tiene que ver con ese tipo?— Miró mi vestido verde.

Me encogí de hombros. No es que quisiera ocultarle nada a Darleen, pero simplemente no sabía cómo contarle lo que había pasado la noche anterior. Y en los últimos días.

Pero mi compañera me entendió sin palabras. —No solo lo has acompañado, sino que vosotros...—

—No fue así —me defendí—. Bueno, sí, pero hay algo más. Me ha dejado una nota tan amable esta mañana y quiere volver a verme y...

Darleen sacudió la cabeza. —Ten mucho cuidado, tía.—

—¿Tienes envidia?— Ahora me enfadé un poco. —Tú eres la que me dijiste que buscara un trabajo mejor y que... que aceptara su oferta. Ahora estoy haciendo todo eso y ni siquiera te alegras por mí, sino que quieres fastidiarlo.—

—Tonterías.— Darleen me lanzó un beso con la mano para demostrarme que no me tenía en cuenta mis palabras. —Me preocupo por ti, Lexie. Aunque hayas pasado una noche fantástica, apenas conoces a ese hombre. Quiero decir... puede escribir cualquier cosa en una nota. A lo mejor lo hace a menudo y eres solo una de tantas. O simplemente la que estaba allí en ese momento. ¿Has pensado en eso alguna vez?—

Solo una de tantas.

Las palabras de Darleen se clavaron en mi corazón como un dardo envenenado.

—Solo porque hayáis pasado una noche juntos y quiera volver a verte, no sois pareja ni mucho menos. ¿O te ha dicho que quiera estar contigo?—

Negué con la cabeza.

—Es que no le conoces. No sabes cómo es, ni cómo me mira, ni lo que me dice, ni cómo se siente estar con él y...— Me detuve. Me resultaba realmente difícil expresar con palabras lo que había

surgido entre Carson y yo. Nunca había experimentado algo así y precisamente por eso no tenía palabras para describirlo.

¿Pero acaso era por eso todo menos real?

No.

Era tan auténtico precisamente por eso.

Darleen me miró pensativa.

—¿Qué hacéis ahí dentro tanto tiempo?— bramó Joe en ese momento desde el otro lado de la puerta. —¡Salid ahora mismo!—

—¡Un minuto!— gritó Darleen. La admiraba por su valor. Al fin y al cabo, ella tendría que seguir trabajando allí.

—Un minuto y ni un segundo más— gritó Joe. —Estoy mirando el reloj. Os quedan cincuenta y cinco segundos.

Darleen puso los ojos en blanco. —Este ya no va a cambiar— murmuró tan bajo que me costó entenderla.

Luego me acarició el brazo. —Espero que tengas razón y que todo siga igual de bien para ti. Llámame sin falta, tomaremos un café y me lo contarás todo. Y quizá hasta llegue a conocer a tu Carson algún día. —A pesar de sus amables palabras, percibí un leve escepticismo en la voz de Darleen. Mi amiga pareció notarlo. —Todo ha ido tan rápido que todavía tengo que acostumbrarme a la idea— dijo a modo de disculpa.

Asentí.

Exacto.

Simplemente había pillado a Darleen de sorpresa.

Pero cuando, poco después, me encontré en la calle, me dio la sensación de que el sol de Nueva York ya no brillaba con tanta intensidad como antes.

Capítulo 23 Lexie

¿Sería demasiado atrevido llamar a Carson ahora mismo y pedirle ayuda? Seguro que tenía citas importantes en el trabajo. De lo contrario, se habría quedado esta mañana a desayunar conmigo.

No quería molestarlo bajo ningún concepto, pero me moría de ganas de contárselo todo. Mi despido seguía sin parecerme un despido, sino un… un favor. Sí, en el fondo Joe me había hecho un favor. Sin el despido, probablemente habría vacilado demasiado tiempo antes de pedirle ayuda a Carson y habría seguido repartiendo pizzas para demostrar mi independencia. Pero ahora me veía obligada a mover cielo y tierra de inmediato. Y estaba segura de que, al final, sería para mejor.

Lo primero que iba a hacer era ir a casa, ducharme y cambiarme de ropa. Por las calles de Nueva York la gente iba como le daba la gana, así que con mi vestido verde de fiesta no llamaba demasiado la atención. Nadie se fijaba mucho en mí. Pero yo no me sentía precisamente cómoda.

Cuando me hubiera duchado, llamaría a Carson. Entonces me sentiría más fresca y mejor, y él quizá habría terminado sus primeras reuniones y estaría más receptivo. Mi problema no podía esperar eternamente, pero tampoco era tan urgente. Si era sincera, lo que más quería era llamar a Carson y oír su voz. No me encontraría un trabajo nuevo de inmediato. Pero su voz…

Al pensarlo, la piel me hormigueó ligeramente. Respiré hondo.

Lexie, contrólate. Esto tiene que ir poco a poco. Piensa en otra cosa.

Eché un vistazo hacia arriba. El cielo ya no estaba tan azul como hacía unas horas, sino lechoso y brumoso. Recordé el pronóstico del tiempo de ayer. Supuestamente, hoy pasaría una tormenta sobre Nueva York. Costaba creerlo, aunque el tiempo cambiara rápida y constantemente, como en cualquier ciudad que no estuviera lejos del mar.

Giré entonces para entrar en mi calle. Como ayer me había dejado el patinete eléctrico en casa, había cogido el autobús un tramo desde la pizzería y ahora recorría el resto del camino a pie. Ojalá Myra y Beverly se hubieran ido ya cuando llegara a casa. En los últimos días no las había visto mucho y no podía decir que las echara de menos.

Me reí entre dientes al pensarlo.

Por supuesto que no las echaba de menos.

¿Podría pedirle también a Carson que me ayudara a buscar un piso nuevo? Seguro que tenía buenos contactos con gente que fuera propietaria de pisos y los alquilara. Posiblemente él mismo tuviera algunos pisos disponibles.

Es una idea estúpida, Lexie. Quieres que te ayude. Pero en ningún caso quieres ser pesada o presentarte como una víctima indefensa. ¿Y si acaba pensando que quieres acoplarte en su casa?

Deseché la idea de inmediato. No quería darle esa impresión a Carson bajo ningún concepto. Yo no era así y no quería serlo.

Mientras tanto, ya había llegado a la puerta de nuestro piso. Metí la llave en la cerradura y giré.

Un segundo después, solté un grito de horror.

No podía ser.

No podía ser verdad.

¿Qué hacía ELLA aquí?

Jadeé y me pellizqué el brazo con tanta fuerza que casi grité de dolor. Pero la imagen que tenía delante no cambió.

ELLA seguía frente a mí.

Nellie, la ex de Carson, la que había estado con Edward en la entrega de premios y en la sesión de fotos, y la que me había advertido tan seriamente sobre Carson.

—¿Qué hace usted aquí? —solté indignada—. ¿Cómo ha entrado?

—Oh. —La ex de Carson se rio entre dientes—. No se preocupe, he avisado de mi visita. Las otras dos me han dejado pasar y se han ido hace nada, ni diez minutos. En realidad, yo también estaba a punto

de irme, ya que ellas no sabían cuándo vendría su compañera de piso. Pero ahora ya está usted aquí. —Nellie sacudió la cabeza—. Así que es USTED. —En su boca, ese «USTED» sonó como un insulto.

—¿Myra y Beverly la han dejado entrar? —No entendía nada. ¿Por qué mis dos compañeras de piso hablaban con la ex de Carson? ¿Se conocían?

—Bueno, ricura, es que he comprado este piso. En realidad hace ya dos semanas, pero aún no había tenido tiempo de hacerles una visita de presentación. Lo he ido posponiendo. Pero esta mañana estaba por la zona y me he dicho: voy a probar suerte. —Nellie se encogió de hombros con afectación.

—¿Ha COMPRADO el piso? —Miré a Nellie incrédula.

—Sí. ¿Algún problema? —Nellie arqueó las cejas.

—Eh… yo… pues no sabía que estuviera en venta —tartamudeé.

Nellie se rio. —Bueno, su casero no tiene por qué informarles. Aunque creo que a las otras dos incluso se lo dijo. ¿Es que no hablan entre ustedes?

No respondí a la pregunta de Nellie.

Pero ni siquiera hizo falta. Nellie siguió hablando. —Como sea, así que TÚ eres la compañera —Nellie se puso las manos en las caderas y me escudriñó de arriba abajo—. Mira tú por dónde. La niñata que le abre las piernas a mi ex vive en mi piso. —Nellie soltó una carcajada estridente.

Primero me entró un sofoco. Se me enrojecieron las mejillas. Había pasado una noche tan bonita con Carson y, en boca de Nellie, todo aquello sonaba a… a un vulgar revolcón.

Luego me quedé fría.

¿Cómo diablos sabía Nellie que había pasado la noche con Carson? ¿O solo lo suponía?

Antes de que pudiera articular un pensamiento y decir algo, Nellie chasqueó la lengua tres veces, me miró y dijo: —Por la presente, rescindo tu contrato.

—¿Qué? —volví a jadear horrorizada.

—Que rescindo tu contrato por la presente. Es lo que acabo de decir. ¿O estás sorda? —Nellie volvió a chasquear la lengua.

—Pero… si yo no tengo ningún contrato con usted. —Miré a Nellie confundida—. Solo soy subarrendataria de Myra y Beverly.

—¿Y qué? —Nellie se rio—. ¿Acaso crees que esas dos no harán lo que yo les mande? O te echan a la calle o acaban ellas mismas en la calle. —Nellie se rio—. Te doy un día. Para entonces, te habrás largado. Mañana mismo, para ser exactos. —Nellie soltó una carcajada sonora.

Tragué saliva. Contra eso no tenía nada que hacer. Myra y Beverly seguirían las instrucciones de Nellie y además encantadas. Probablemente incluso idearían algunas crueldades extra para sacar la mayor satisfacción posible de mi expulsión. Una sensación desagradable se instaló en mi estómago. Por supuesto que quería

mudarme de todos modos. Pero no tan rápido. En un solo día no encontraría un piso nuevo ni de broma.

—Pero… —empecé a decir.

—Nada de peros. —Nellie me cortó la palabra sin piedad—. YO soy la propietaria y aquí mando yo. Ya he revisado tu contrato de subarrendamiento, no tienes ningún derecho. Por supuesto, puedes ir a un abogado si crees que vale la pena.

No tenía dinero para eso.

—Pero no tienes ninguna posibilidad. Le diré a MI abogado que he tenido que echarte del piso porque trabajas como escort y que, entre otros, has pescado a mi exmarido como cliente. No puedo tolerar tales actividades en mi propiedad. Haré todo lo posible para poner fin a este negocio. —Nellie me miró con frialdad.

—¿Qué? —No sabía qué me estaba pasando. ¿Nellie sabía que Carson me había contratado como escort? ¿Pero cómo? El propio Carson me había pedido que mantuviera todo el asunto bajo estricto secreto y había recalcado varias veces lo importante que era eso para él—. ¿Cómo sabe usted…? —comencé.

Nellie se rio. —Pues de quién va a ser. Me lo ha contado Carson. ¿Quién si no?

—¿Carson? Pensé que usted y él… que ya no tenían nada que ver. —Se me encogió el corazón. Carson le había contado a su ex que me había contratado. A mí me había prohibido hablar y él lo soltaba así como así.

No podía ser.

Seguro que Nellie me estaba mintiendo.

Pero, de lo contrario, ¿cómo sabía todo el asunto?

YO, desde luego, había mantenido la boca cerrada. Sí, se lo había contado todo a Darleen, pero ella garantizado que no lo había pasado adelante y menos aún a Nellie. Ni siquiera sabía que Nellie existiera.

—Carson viene a verme cada pocas semanas. Cuando le entra el arrepentimiento. Hace unos días volvió a aparecer en nuestra puerta. Borracho como una cuba, como de costumbre. —Nellie me miró con asco—. Por supuesto, me suplicó que lo aceptara de nuevo y que le diera otra oportunidad. Me contó entonces que te había contratado, pero que te dejaría plantada en cualquier momento si yo lo aceptaba de nuevo y lo acompañaba a la entrega de los New York Business Awards.

El nudo de mi estómago se apretaba cada vez más. Una ligera sensación de náuseas subió por mi garganta. Tragué para contenerla.

—Incluso intentó convencerme de que Edward no era muy bueno para mí. —Nellie se rio con desdén—. Como si yo no supiera perfectamente quién me conviene.

—Usted… usted miente —balbuceé con voz temblorosa—. Eso no es verdad. Él nunca estuvo con usted. —Mi voz sonaba mucho menos segura de lo que yo me sentía. Eso me molestó. ¿Por qué no podía defenderme mejor? ¿Por qué no podía ser YO la que pusiera a Nellie de patitas en la calle? En lugar de eso, tenía que escuchar sus impertinencias.

—Cree lo que quieras, pequeña. —Nellie me miró con compasión—. No eres la primera que se enamora de él desde nuestra separación y que cree que es la elegida. —Nellie levantó los brazos—. Pero ¿dónde están las demás?

Tragué saliva. Me habría encantado taparme los oídos, porque las palabras de Nellie me causaban un dolor realmente insoportable. Pero una parte de mí también quería escuchar. Tenía que descubrir qué tenía que decir Nellie.

—Te lo diré, pequeña. Las ex de Carson están por algún lugar de Nueva York. Entre los ocho millones de personas que hormiguean por aquí día tras día. Nadie sabe quiénes son. Yo no lo sé. Y Carson tampoco lo sabe ya. Y pronto también habrá olvidado tu nombre. Cuando te haya tenido un par de veces más y el sexo ya no sea tan excitante y nuevo… entonces se habrá acabado.

Esta vez solté un grito. El dolor en mi interior era insoportable.

—Sí, ahora duele. —Nellie me miró con lástima—. Pero créeme, es lo mejor para ti. ¿O quieres a un hombre que se acuesta contigo y al mismo tiempo aparece en mi casa suplicándome que le dé otra oportunidad? No quieres a un hombre así, ¿verdad?

Carson no es así, Lexie. Carson no es así. Esta estúpida solo te está mintiendo y finge querer lo mejor para ti porque, en realidad, es ELLA la que quiere recuperar a Carson. Porque él es mil veces mejor que ese tonto de Edward. Él nunca estuvo en su puerta. Eso es lo que a ella le habría gustado.

—¡Miente usted! —estallé de repente—. Todo eso es una sarta de mentiras. Carson nunca estuvo con usted. Se lo está imaginando porque le habría gustado que él hubiera aparecido por allí.

Ahora el rostro de Nellie se transformó en una mueca horrible. —¿Intento ayudarla y así es como me lo agradece? Solo asegúrese de hacer las maletas rápido y largarse. Mañana por la tarde tiene que estar fuera de aquí. Vendré personalmente a comprobarlo. Y estoy segura de que Myra y Beverly me ayudarán —Nellie se rio con malicia.

Luego se dio la vuelta y se fue hacia la puerta sin decir ni una palabra más.

Me quedé allí paralizada, viéndola marchar.

No podía ser.

Carson nunca me haría algo así.

¿O sí?

Ligeras dudas empezaron a asaltarme. Al fin y al cabo, apenas lo conocía. Darleen no se había equivocado. Quizá Carson seguía colgado de su ex. Quizá no me había contratado para demostrarle algo a Edward, sino para incitar a Nellie a que volviera con él. Al fin y al cabo, algunas mujeres se volvían posesivas de repente cuando su marido o exmarido estaba con otra.

Cerré los ojos.

Lexie, tranquila. ¿Por qué iba Nellie a decir la verdad? Baja, coge el patinete y ve a ver a Carson. Y luego aclara el asunto con él tranquilamente. Seguro que habrá una explicación para todo.

Minutos después estaba ante el patinete. Solo entonces me di cuenta de que todavía llevaba puesto mi vestido verde.

Daba igual.

Ahora había cosas más importantes que hacer.

Arranqué el patinete.

O mejor dicho, intenté arrancar el patinete.

El maldito trasto no emitió ni un sonido.

¿Es que hoy no iba a salir nada según lo previsto?

Capítulo 24 Carson

Satisfecho, ordené unos papeles en el montón que tenía a mi derecha. Alcé la vista. Mi mirada se posó en la vitrina que había junto a la puerta. Dentro estaba el galardón de cristal, que recordaba a la Estatua de la Libertad y estaba montado sobre una base de roble americano. El New York Business Award, que me habían entregado anoche. Me invadió un sentimiento de orgullo. Me levanté y caminé los pocos pasos que separaban mi escritorio del gran ventanal panorámico. Esta mañana, el sol todavía brillaba sobre el horizonte de Nueva York, pero luego el cielo se había ido oscureciendo poco a poco. Primero, un velo blanco lechoso y brumoso había atenuado la luz solar. Ahora ya se veían nubes densas. Estaba seguro de que allá abajo, en el fondo de las calles, el viento se habría intensificado considerablemente.

¿Cómo estaría Lexie?

Ojalá no estuviera al aire libre en este momento.

Lamentablemente, la probabilidad de que así fuera era bastante alta. Como repartidora de pizzas, pasaba la mayor parte del tiempo fuera

y, además, siempre estaba expuesta a las inclemencias del tiempo. Lluvia, granizo, nieve, tormentas y un calor abrasador. Daba igual el tiempo que hiciera, Lexie tenía que repartir pizzas.

Negué con la cabeza.

Había demostrado tal destreza cuando habló por teléfono con la funcionaria de Hacienda. Habían retirado todas las reclamaciones contra mí. Si bien nunca se había encontrado el motivo del error de datos, al menos de forma oficial, yo no necesitaba una confirmación oficial para saber que aquel asunto era obra de Edward.

Sea como fuere.

No quería que Lexie siguiera trabajando como repartidora de pizzas ni un momento más. Era demasiado peligroso. Al mal tiempo se sumaba el tráfico de Nueva York. Algunos conductores aceleraban como locos, daban volantazos en las curvas, no miraban por los espejos ni ponían el intermitente. Los conductores de bicicletas y ciclomotores sufrían la mayoría de los accidentes; al menos creía haberlo leído en alguna parte. Era demasiado peligroso.

¿Podría convencer a Lexie para que aceptara mi ayuda en la búsqueda de empleo? Si trabajara en una oficina, también tendría las tardes libres y, por tanto, mucho más tiempo para quedar conmigo. Ante ese pensamiento, sentí que se me ensanchaba el pecho.

Cuando me desperté esta mañana junto a Lexie, todo se sentía tan familiar y tan nuevo a la vez. Tan familiar que supe que quería despertar así más a menudo. Tan nuevo que me habrían dado ganas de despertar a Lexie y volver a hacerle el amor.

Pero me contuve y salí sigilosamente del dormitorio sin despertar a Lexie. No obstante, esperaba que no tuviera que trabajar esta noche y tuviera tiempo para quedar. Estaba impaciente por volver a estrecharla entre mis brazos, besar sus labios carnosos y suaves y sentir sus pechos firmes. Recordé cómo Lexie había entrelazado sus largas piernas alrededor de mí. Cómo había crepitado su cabello pelirrojo mientras hacíamos el amor. Qué fuerte había gemido de pasión.

Los pantalones empezaron a apretarme.

—Vaaaaaaya... ¿qué haces ahí plantado junto a la ventana soñando despierto? ¿Acaso el gran director general no sabe qué hacer? —Una voz maliciosa me sacó de mis pensamientos. Una voz que conocía demasiado bien.

¿Qué demonios hacía Edward Malley en mi despacho?

Me di la vuelta bruscamente.

Edward cerró la puerta tras de sí. —Tu secretaria tampoco es que sea la más espabilada del mundo. Le he hecho creer que teníamos una cita y luego la he convencido de que probablemente se le habría olvidado anotarla porque hablamos por teléfono anteayer. Ella y yo. Cuando ha querido consultártelo, le he desaconsejado que lo hiciera, porque seguro que eso solo te pondría furioso. ¿Quién quiere una secretaria que olvida todas las citas? —Edward soltó una carcajada —. Y dicho y hecho, ya estaba en el ascensor subiendo y ahora estoy aquí en tu despacho.

—¿Qué quiere aquí? —pregunté sin entrar en detalles sobre las palabras de Edward. Tendría que hablar con Hannah más tarde. Bajo ningún concepto podía dejar pasar a visitantes a mi despacho solo

porque alguien afirmara tener una cita conmigo. Lo próximo sería que aparecieran reporteros por aquí. O cualquier otro.

—De todas formas, parece que en tu empresa nada funciona. Ni siquiera el ascensor —rio Edward con desprecio—. ¿Es algún truco para que los de las plantas superiores e inferiores se mezclen más? Tu amable secretaria me ha explicado que era imposible encontrar a alguien que pudiera arreglar ese trasto de forma permanente. ¡Imposible! ¡En Nueva York! —Edward volvió a reírse de forma burlona—. Toda la ciudad está llena de ascensores. Hay uno en cada rascacielos. Y en cada esquina hay una empresa especializada en mantenimiento y reparación. Pero en tu empresa, por lo visto, sois demasiado tontos para solucionar un problema tan sencillo —Edward rió de nuevo.

—Me alegra que se divierta tanto aquí —respondí con sarcasmo—. Si alguna vez necesito a alguien que proponga sugerencias de mejora, me acordaré de usted. Pero por el momento no es necesario. Así que, si hiciera el favor de abandonar mi despacho... —mi voz destilaba ironía. Hice un gesto hacia la puerta.

Pero Edward no hizo el menor amago de obedecer mi petición.

Al contrario.

Dio un paso hacia mí. Y luego otro. Y otro más. Hasta que se plantó justo delante de mí y me miró a los ojos. —No eres capaz de sacar nada adelante. Ni siquiera te echas novia —Edward rió de nuevo—. Hasta a la jovencita que te acompañaba anoche y fingía estar loquita por ti, hasta a esa tuviste que contratarla. Vaya, vaya —Edward chasqueó la lengua con desprecio.

¿Qué?

¿Cómo sabía eso Edward?

Tranquilo, Carson.

Bajo ningún concepto podía demostrarle a Edward que me había sorprendido con ese comentario.

—¿Y qué? —repliqué entonces—. ¿Qué tiene de malo contratar a una acompañante? Tiene que admitir que era muy guapa y que cumplió su cometido con creces —le sonreí a Edward.

—¡Engañaste a todo el mundo en la entrega de premios! —Edward escupía fuego por la boca.

—¿Por qué? —Miré con frialdad a mi archienemigo—. Si no me equivoco, el premio trataba sobre quién es el mejor empresario de Nueva York. Y no sobre quién trae a la mujer más hermosa. Esas dos cosas no tienen absolutamente nada que ver.

Edward tomó aire.

Pero no le dejé hablar. Ahora iba a enseñarle a ese idiota dónde estaban sus límites. —Y el mejor empresario de la ciudad resulta que no es usted. El New York Business Award está ahora aquí, en mi despacho —con una amplia sonrisa señalé la vitrina junto a la puerta —. Ahí está la criatura, hasta que podamos asignarle un lugar digno aquí en la empresa. —Tenía la intención de poner en práctica la sugerencia de Lexie y exponer el New York Business Award en una vitrina en el vestíbulo, junto con un gran agradecimiento a mis empleados. Todavía no había pensado en cómo sería exactamente.

Quizá Lexie tuviera alguna idea al respecto.

Edward se dio la vuelta y se quedó mirando el premio. Pude ver de perfil cómo se tensaban los músculos de su mandíbula.

Sonreí satisfecho.

Así que, después de todo, no había asimilado su derrota tan fácilmente. Y por eso mismo se presentaba aquí a criticarlo todo. Por eso mismo la había tomado con Lexie.

Fruncí el ceño.

—¿Quién le ha dicho siquiera que contraté a Lexie? —quise saber ahora. Yo, desde luego, había mantenido la boca cerrada y le había pedido a Lexie discreción absoluta. ¿Por qué iba a decirle ella a alguien que yo le pagaba por acompañarme? Negué con la cabeza. No, seguro que ella no lo había hecho. Al fin y al cabo, todo el asunto le había resultado bastante vergonzoso al principio. No era precisamente una chica de compañía.

¿Quién se había ido de la lengua?

Miré fijamente a Edward, que volvía a estar de cara a mí. Probablemente no podía soportar por más tiempo la visión del premio. La idea de que yo hubiera ganado el galardón y de que nunca fuera a estar en su despacho debía de resultarle insoportable.

De nuevo se dibujó una sonrisa en mi rostro.

Edward soltó una carcajada burlona. —¿Que quién me ha contado que contrataste a Lexie? Pues ella misma, por supuesto, idiota.

¿Qué?

No podía dar crédito a mis oídos.

—No me mienta. —El tono mordaz de mi voz le dejó claro a Edward que no estaba para bromas con este asunto—. Entiendo que esté aquí dando guerra porque anoche se fue con las manos vacías. Pero ya se ha colmado el vaso. No estamos aquí en el jardín de infancia, donde uno habla mal del otro porque le ha robado la pala de arena —resoplé con desprecio. No me interesaban lo más mínimo los intentos de Edward por «vengarse». Al fin y al cabo, éramos hombres adultos que sabían encajar las derrotas y levantarse después. Como empresarios, estábamos acostumbrados a ello.

—Eso es lo que tú querrías —Edward negó con la cabeza—. Pero no miento. ¿Por qué iba a hacerlo? Tu jovencita debe de haber descubierto dónde se puede sacar buena pasta y aprovechó la noche de ayer para captar clientes.

—Qué sarta de tonterías —mi voz se elevó más de lo que pretendía. Respiré hondo—. Eso se lo puede contar a su abuela. Y ni siquiera ella le va a creer.

—A mi abuela seguro que no le voy a contar quién se me ofrece de esa manera —Edward rió con sorna—. ¿O es que tú lo haces?

—¡No intente desviar la atención de sus mentiras! —apreté los dientes y cerré los puños.

Tranquilo, Carson. Edward solo está intentando provocarte otra vez. Igual que ayer. Probablemente tenga a unos cuantos fotógrafos ante la puerta para que graben tu ataque de ira y le hagan fotos para que todo acabe en internet y en los periódicos.

Intenté inspirar y espirar profundamente. —¿Cuándo se supone que ha hablado contigo? —Negué con la cabeza—. Tus mentiras son realmente fáciles de ver, Edward Malley. La próxima vez podrías inventarte una historia mejor.

Probablemente, Edward ni siquiera sabía con seguridad que yo había contratado a Lexie. Seguro que había venido a mi despacho basándose en una mera suposición y me había llevado con sus provocaciones hasta el punto de que yo mismo le había dado la confirmación.

En ese momento, me sentía indignado sobre todo conmigo mismo.

Realmente tenía que tomármelo con más calma.

—Pues cuando estaba en el aseo. Tendrías que haberlo visto, Carson. Tu pequeña zorrita supuestamente se equivocó de puerta y luego nos ofreció sus servicios como escort en el baño de hombres —Edward soltó una carcajada estrepitosa—. Menuda lagarta está hecha la chica. Decía que era nueva en el sector. Llegará lejos. Es un talento natural. Por no mencionar que, al ver su cuerpo, a unos cuantos se les pusieron bastante duras, te lo apuesto —Edward se pasó la lengua por los labios con deleite—. Pero se me ofreció a mí —Edward se estiró—. Oh, sí. Y tendría que ser muy tonto si dijera que no, ¿verdad?

—¡Maldito mentiroso! —siseé.

Edward rió. —No puedes impedirme decir estas cosas. Aunque no lo soportes. Deberías estarme agradecido. Sin mis palabras, seguiría divirtiéndose con la jovencita, tal como lo ha camelado. Ha caído redondito en su trampa, Carson Sanders —Edward volvió a reírse. Luego se dio la vuelta y salió de mi despacho.

Capítulo 25 Carson

Me quedé mirando la puerta cerrada del despacho. Lo que más me habría apetecido habría sido salir corriendo tras Edward, agarrarlo por la solapa y darle un par de derechazos. En realidad, se lo había ganado ya ayer por la noche y fue solo la presencia de Lexie lo que me impidió darle una buena tunda a Edward. Y, por supuesto, el hecho de que estuviéramos en la entrega de los New York Business Awards con un montón de cámaras apuntándome.

Pero aquí, en mi despacho, la cosa era distinta.

Mis piernas se movieron en dirección a la puerta.

Sin embargo, al poner la mano en el pomo, me lo pensé mejor. Ayer, el gesto de Lexie me había tranquilizado. Hoy ella no estaba aquí, pero yo también podía recuperar la cordura por mi cuenta. Si salía corriendo tras Edward ahora, su victoria sería absoluta. Habría conseguido provocarme tanto que perdería los estribos. No iba a concederle esa satisfacción. Jamás. En ningún lugar y en ningún momento.

Respiré hondo.

¿Qué estaba pasando aquí en realidad?

¿Acaso Nellie tenía algo que ver al final?

Pensé en mi esquelética ex y en su risa maliciosa. ¿Querría vengarse de mí en secreto porque la dejé en su día e instigaba ahora a Edward para que me provocara, de modo que ante todo el mundo yo pareciera un tipo colérico que no sabía controlar sus emociones?

Tenía que detener esto. Lo del software de los supermercados, el asunto de Hacienda y también lo de las salmonelas... todo aquello había sido obra de Edward. Sus ataques eran cada vez más personales y rastreros.

Ahora pretendía malmeter con Lexie. Se me encogió el estómago al recordar las palabras de Edward. ¿Que Lexie supuestamente había aprovechado el evento para ofrecerse a otros hombres? Me costaba creerlo. Nada de aquello tenía sentido.

¿O sí?

¿Y si precisamente ahora cobraba todo el sentido del mundo?

Al fin y al cabo, como escort se trabajaba mucho menos y se ganaba bastante más que como repartidora de pizzas o empleada de un asesor fiscal. Si a Lexie le había acabado gustando el mundillo...

¿Le había gustado?

¿Había creído yo que le gustaba yo, cuando en realidad era otra cosa? ¿Lo que amaba era la atención y el dinero que recibía como escort?

El estómago se me encogió todavía más.

Tenía que aclarar este asunto, y con urgencia. No podía esperar hasta la noche. Además, Lexie no me había enviado ningún mensaje confirmando nuestra cita de hoy. A estas alturas ya debería haberse despertado y haber leído mi mensaje. ¿Habría encontrado ayer a un cliente potencial y prefería verse con él esta noche?

Tensé todos los músculos.

Luego eché mano del móvil.

Busqué el contacto de Lexie, pero me detuve.

¿Quién me aseguraba que Lexie me diría la verdad?

Me quedé mirando la pantalla.

Entonces marqué el número de Nellie.

Mi ex descolgó al segundo tono. —Carson —gorjeó—. Qué sorpresa. ¿Es que me echas de menos?

Solté un bufido de desprecio. Mi ex encajaba perfectamente con Edward. Provocaba tanto como él. —Siento decepcionarte, Nellie. Llamo porque, por lo visto, no tienes muy controlado a tu nuevo novio. Se ha presentado aquí y se ha comportado como un toro en una plaza.

—¿Y no has podido gestionarlo tú solo? Pobrecito. —Nellie no había cambiado ni un ápice. Su sarcasmo me resultaba demasiado familiar.

—Claro que puedo gestionarlo solo. Únicamente quiero evitar que haga el ridículo. Si se dedica a provocar constantemente y a soltar calumnias por el mundo, es posible que pronto le caiga una denuncia por difamación. —Esperé con impaciencia la respuesta de Nellie.

—¿Ah, sí? ¿Es que has descubierto tu vena compasiva? ¿Desde cuándo te importa el bienestar de los demás? —Nellie soltó una carcajada estridente—. Que yo recuerde, en todo nuestro matrimonio me preguntaste exactamente una vez cómo estaba.

—Ese no es el tema ahora. Estamos separados y tú estás con Edward. —Sentí cómo la rabia crecía en mi interior. ¿Tenía Nellie que ponerse a remover historias viejas ahora? Todo aquello era agua pasada.

—Sí, por suerte. —Nellie probablemente creía que podía herirme con esa respuesta, pero sus palabras me dejaron completamente frío. Estábamos separados. No me importaba lo más mínimo con quién estuviera ahora. Al fin y al cabo, era su decisión—. Él se preocupa por mí y me escucha.

Esa fue la señal para mí. —Si tanto te escucha, ya va siendo hora de que hables con él y le digas que se ocupe de sus negocios y de sus propios asuntos en vez de estar provocándome continuamente.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso? —Nellie rió con voz cristalina—. Él es libre de hacer lo que quiera.

—¿Tanto te empeñas en que haga el ridículo? Todo Nueva York sabe que no ha ganado el Business Award. Si sus tonterías salen a la luz, todo Nueva York comprenderá que lo ha hecho solo porque no ha digerido su derrota. Eso no le deja precisamente en muy buen lugar.

—Mmmm... —musitó Nellie. Pude notar que se lo estaba pensando —. Quizá haya algo de razón en lo que dices...

En ese instante, percibí un movimiento en la puerta del despacho. El pomo giró hacia abajo. ¿Acaso volvía Edward?

—Te lo ruego, Nellie, piénsalo de nuevo, de verdad que nos conviene a los dos —dije—.

—¿QUÉ? —Un grito de horror resonó en mi despacho—. ¿Entonces es verdad?

Ante mí estaba Lexie.

No era Edward quien había estado tras la puerta, sino Lexie. Estaba más pálida de lo que jamás la había visto.

¿Qué hacía ella aquí?

¿Y qué era lo que la había sacado tanto de sus casillas?

—Tengo que colgar, Nellie. Hablaremos en otro momento —le dije a mi ex, y finalicé la llamada lo más rápido que pude.

—Tú... tú... tú... —balbuceó Lexie—. Estás hablando por teléfono con tu ex. —Se puso aún más pálida—. Entonces es verdad lo que ella me dijo. —Sacudió la cabeza.

Me quedé mirando a Lexie y sentí que una ligera indignación brotaba en mí. ¿Acaso pretendía darme órdenes? —Por supuesto que estamos en contacto de vez en cuando, ¿por qué no íbamos a estarlo?

—Me pides que te acompañe al evento y hablas con ella a mis espaldas, y te ves con ella y le pides que se lo piense todo otra vez... ¡He oído tus palabras perfectamente! —Lexie ya no estaba tan pálida como antes. Sus mejillas recobraron el color—. ¡Me has traicionado!

—¡Un momento, frena ahí! —El enfado subió de tono. ¿Qué se creía Lexie para asaltarme con semejantes acusaciones?—. No te he traicionado en absoluto y, además, tengo derecho a hablar por teléfono con quien me dé la gana. Incluida mi ex. ¿A qué viene esto? ¡No te debo ninguna explicación! ¡Tu trabajo era acompañarme a un evento, no controlar mi vida!

Los ojos verdes de Lexie se entrecerraron ligeramente hasta convertirse en dos finas rendijas. —Entonces no eres más que otro de esos hombres que creen que pueden tratar a las mujeres como si fueran de su propiedad. Sí, una escort te pega mucho. De maravilla. —Resopló.

—¿Ah, sí? ¡Mira quién fue a hablar! Finges ser la inocencia personificada cuando la realidad es que te sientes tan a gusto en ese trabajo que no piensas en otra cosa que en captar nuevos clientes, empezando incluso en el evento para el que yo mismo te contraté. Y después te acuestas conmigo y me finges grandes sentimientos. Seguramente contabas con un plus. Pero conmigo no te va a funcionar el engaño. No soy tan ingenuo como crees. —Mientras pronunciaba estas palabras con voz gélida, observaba a Lexie atentamente. ¿Cómo se comportaba? ¿Cómo reaccionaba? ¿Lo negaba todo? ¿Se ponía emocional? La gente que se sentía culpable

solía ponerse más emocional que los que no tenían nada que reprocharse. Al fin y al cabo, quien tiene la conciencia tranquila puede rebatir cualquier acusación con sencillez y calma, pues no hay nada de cierto en ella.

Sin embargo, Lexie apretó los puños como si fuera un hombre. Abrió la boca. En sus mejillas aparecieron unas feas manchas rojas, señal de una agitación extrema. —¿Quién te has creído que eres? —gritó con una potencia que no le habría creído capaz—. ¿Y quién te has creído que soy YO?

—¿Pues qué vas a ser? —repliqué—. Una maldita escort que se ha acostado con su primer cliente para hacerse una idea de cómo es el oficio. —Solté una bufido irónico—. Y bien, ¿qué tal fue? Seguro que disfrutaste de la noche. ¿Te excitas más sabiendo que te pagan por lo que haces?

—¡Maldito hipócrita! —gritó Lexie. Sus ojos se humedecieron, pero aquello me dejó frío. Lágrimas de cocodrilo, así es como se llamaba, ¿no?— Tú también disfrutaste, ¿verdad?

En ese preciso instante, la puerta se abrió de nuevo tras Lexie.

¿Es que esto era un manicomio donde cualquiera podía entrar y salir a su antojo? Tenía que hablar urgentemente con Hannah. Y con el jefe de mi seguridad.

Ahora, un hombre totalmente desconocido para mí estaba en mi despacho.

—¿Usted qué quiere? —le espeté de mala forma.

Pero él ni siquiera me hizo caso. —Aquí estás. —Agarró a Lexie bruscamente por el brazo—. Te he visto entrar antes en este edificio tan elegante lleno de cristales y me he dicho que por fin te iba a pillar aquí.

—Suéltame. —Lexie opuso resistencia—. Te he dicho que ya no puedo darte nada más. Se acabó.

¿Ya no podía darle nada más?

¿Se había acabado?

¿Quién era ese tipo?

¿Acaso Lexie ya había trabajado antes como escort y ese tipo le buscaba los clientes? ¿Y ahora ella quería trabajar por su cuenta y el tipo no estaba de acuerdo?

Era evidente que ambos tenían mucha confianza entre ellos. Probablemente lo conocía desde hacía mucho y se le había entregado de la misma forma que a mí.

Y ahora se ponían a discutir aquí, en mi despacho.

Sacudí la cabeza.

Esto pasaba de castaño oscuro. Había rebasado todos los límites. Yo había querido contratar a una escort para que me dejaran en paz y nadie me complicara la vida. Para no acabar otra vez en el mismo lío que con Nellie.

¿Y ahora qué?

Esto era peor que cualquier cosa que hubiera vivido jamás.

—¡Silencio! —rugí con todas mis fuerzas. Lexie y el hombre se quedaron petrificados. Él seguía teniéndola sujeta por el brazo—. Vuestra pelea podéis seguirla fuera. ¡Estoy harto! ¡No quiero tener nada que ver con vuestros asuntos! —Me acerqué a ambos lentamente. Intimidado, el hombre soltó a Lexie. Lo miré fijamente —. ¿Quién es usted y cómo ha entrado aquí? ¡Lárguense de una vez o llamaré a la policía!

Lexie aprovechó la ocasión. —Vete. Déjame en paz. ¿Es que no me has oído? Podrás volver a hablar conmigo cuando estés limpio y tengas tu vida en orden. Antes, no.

El hombre retrocedió. Luego abrió la puerta y desapareció tan rápido como había llegado.

Miré a Lexie con frialdad. —Y tú puedes irte con él ahora mismo. ¿Qué te has creído? ¿Me echas en cara que hable con una ex y al mismo tiempo te traes aquí a tus antiguos amantes? ¿Encima le prometes en mi presencia que volverás a verle cuando esté limpio? —Solté una carcajada amarga—. Así que mi primera impresión sobre ti era la correcta. Una escort. Una que vende su cuerpo. Eso es lo que eres, ni más ni menos. Y encima finges que empiezas a sentir algo. ¿Te crees que eres Pretty Woman? —Resoplé.

—No lo eres. Y yo tampoco soy Richard Gere. No quiero volver a verte nunca más, y lo digo totalmente en serio. Largo de aquí y vuelve por donde has venido. —Me di la vuelta y me quedé mirando por el ventanal panorámico las densas nubes que se amontonaban fuera. Lexie sollozó a mis espaldas. Seguí dándole la espalda. Luego se abrió la puerta y, poco después, volvió a cerrarse.

Me giré.

Lexie se había ido.

Capítulo 26 Lexie

Salí del ascensor con los ojos nublados por las lágrimas.

¿Pero qué había pasado?

¿Cómo me había podido equivocar tanto con Carson?

Mis peores temores no solo se habían hecho realidad, sino que se habían visto superados con creces. Carson seguía en contacto con su ex. Yo no significaba nada para él y me había eliminado de su vida de forma tan silenciosa y despreocupada como si fuera un mueble. Sí, para él probablemente era tan importante o insignificante como una silla. La necesitas, pero cuando ya no está, simplemente la sustituyes por otra.

Había sido tan tonta de creer que podía importarle más. Y eso que había ignorado todas las señales que demostraban lo contrario. Carson había querido contratar a una escort. Eso ya lo decía todo.

Furiosa conmigo misma, me sequé las lágrimas de los ojos y crucé el vestíbulo a paso rápido. Vigilé con cautela por si aparecía mi

hermano. No me extrañaría que me estuviera acechando también aquí. Pero no había ni rastro de Sloan, ni en el vestíbulo ni cuando salí del edificio de *Carson's Chocolates*.

Me recibió un viento impetuoso. Apenas lograba mantenerme en pie cuando una ráfaga sopló directamente de oeste a este por la calle. La acera estaba desierta. ¿Cómo había podido cambiar tanto el tiempo en tan pocas horas? ¿Y dónde estaban todos los transeúntes que habitualmente daban vida a las calles de Nueva York? Entonces lo recordé: anteayer por la noche oí en las noticias que una fuerte tormenta iba a golpear Nueva York. Se había pedido a la gente que se preparara y que permaneciera en sus puestos de trabajo o en sus casas hasta que pasara. Había tomado nota de la noticia, pero la había olvidado enseguida, ya que solo podía pensar en mi inminente encuentro con Carson.

Sorbí por la nariz.

Un error estúpido, Lexie.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Miré a mi alrededor. Obviamente, Sloan se había puesto a salvo lo antes posible y yo debía hacer lo mismo.

¿Pero a dónde ir?

¿A casa?

Era la única opción que tenía. Sentí náuseas solo de pensarlo. Tenía que hacer las maletas urgentemente. Nellie me había dejado claro que no podía esperar un aplazamiento para mi mudanza y, después de lo que acababa de ocurrir en el despacho de Carson,

probablemente fuera mucho menos probable. Pero el camino era largo y no llevaba mi moto conmigo.

¿Tendría tiempo suficiente?

Ante ese pensamiento, el dolor por la mezquindad de Carson se desvaneció un poco.

Una gota de lluvia me golpeó y otra ráfaga de viento barrió la calle. Me tambaleé ligeramente. Luego di un paso adelante con determinación. Y otro más. Bajo ningún concepto pensaba volver a entrar en el edificio de *Carson's Chocolates*.

Bajo ningún concepto.

No me sentía ni de lejos tan segura como sonaban esas palabras, y no se debía solo a los fuertes embates del viento que ahora me golpeaban casi sin interrupción.

Ploc.

Me cayó otra gota de lluvia.

Ploc.

Ploc.

Ploc.

Las gotas caían cada vez con más frecuencia. Me golpeaban la cabeza, los brazos y las piernas. Todavía llevaba puesto el dichoso vestido verde y nada más. No tenía abrigo ni paraguas.

Ploc.

Ploc.

Ploc.

Tenía que buscar refugio urgentemente.

Una cafetería.

Necesitaba una cafetería abierta.

O una tienda.

Miré a lo largo de la calle. Pero ninguno de los escaparates estaba iluminado. Todo estaba a oscuras y no se veía a nadie por ninguna parte. La atmósfera era fantasmagórica. ¿Cómo podía estar todo cerrado un lunes por la mañana? ¡No podía ser!

¿Sería por el temporal? Cuando las tormentas eran muy fuertes, podía ocurrir que el alcalde y el gobernador recomendaran que escuelas, guarderías y tiendas permanecieran cerradas para que la gente se quedara realmente en sus casas.

Ploc.

Ploc.

Ploc.

Mientras tanto, ya no me caían gotas sueltas. Estaba lloviendo a cántaros. Las gotas golpeaban con fuerza mi cabeza y el viento las

azotaba contra mi cara. Contuve el aliento, bajé la cabeza y seguí avanzando con dificultad. En algún momento tenía que aparecer al menos UNA tienda que todavía estuviese abierta. Joe, desde luego, no habría cerrado la pizzería ni siquiera hoy ni nos habría dado el día libre. Y seguro que no era el único.

En ese momento habría dado cualquier cosa por estar en la cálida pizzería doblando estúpidas cajas de cartón. Es verdad que Joe me estaría gritando, pero al menos estaría caliente y seca. En cambio, apenas lograba mantenerme en pie ante las fuertes ráfagas de viento. El vestido verde se me pegaba al cuerpo y el pelo me caía con pesadez sobre la espalda. No recordaba haber estado nunca tan empapada.

Llegué a una parada de autobús.

Lamentablemente, aquí, en las estrechas calles de Manhattan, no había marquesina. La parada consistía simplemente en una señal y un horario fijado a un poste.

¿Pasaría pronto un autobús?

Me agarré al poste e intenté descifrar el horario.

Luego miré a mi alrededor.

Absurdo.

Apenas circulaban coches por las calles de Manhattan en ese momento. Ni siquiera se veían los omnipresentes taxis amarillos. Parecía que todo el mundo se había escondido a esperar que pasara la tormenta. ¿Y yo pretendía esperar un autobús?

Estornudé.

Un frío húmedo se extendió por todo mi cuerpo. Me miré. El agua goteaba del dobladillo del vestido verde. Debía de dar una imagen lastimosa.

Y en ese instante, rompí a llorar sin previo aviso.

Todas las emociones que había reprimido desde que me encontré a Nellie en mi apartamento afloraron y se liberaron con una intensidad que me sorprendió a mí misma. Lloraba tanto que ya no sabía si era el viento el que sacudía mi cuerpo o los sollozos que ya no podía contener. Las lágrimas que había tragado antes brotaban ahora de mis ojos.

No importa, Lexie. Aquí no hay nadie. E incluso si pasara alguien, no sabría si por tu cara corren lágrimas o lluvia.

Y entonces, sencillamente, me desahogué.

Ya no contuve nada. Sollocé toda mi rabia y mi desesperación. Mi tristeza. Había creído en Carson e incluso lo había defendido ante Darleen. ¿Cómo había sido tan tonta de no ver la verdad? Carson solo me había utilizado y luego me había soltado como a una patata caliente.

Obviamente, era demasiado buena y tenía que aprender a cuidarme mejor y a poner mejores límites.

Por su culpa lo había perdido todo.

TODO.

Ya no tenía trabajo porque había llegado tarde después de pasar la noche con Carson.

Ya no tenía apartamento porque su ex me había puesto en la calle.

Ya no tenía a Carson.

Sollocé con fuerza.

Maldita sea, ¿por qué me dolía tanto el corazón? ¿Por qué echaba de menos precisamente al idiota a quien le debía todo esto?

No debería echar de menos a Carson.

Realmente no debería echarlo de menos.

Debería estar alegre y agradecida de haberme librado de él y de que se hubiera descubierto tan pronto quién era realmente. Si hubiera seguido enamorándome de él, todo habría sido mucho peor.

Detrás de mí, un camión de bomberos cruzó las calles con la sirena a todo volumen. Llovía con una intensidad implacable.

Sollocé una vez más. Entonces, de repente, mi cuerpo se calmó. El llanto intenso me había ayudado.

Seguía sin tener ni idea de a dónde ir y continuaba aferrada al poste del horario. Giré la cabeza con cautela de un lado a otro. Entonces divisé un cartel luminoso al otro lado de la calle.

Una estación de metro.

Respiré aliviada.

Mis lágrimas se secaron definitivamente y me restregué los ojos. Luego crucé la calle desierta con pasos inseguros.

Sentí alivio al bajar las escaleras de la estación de metro. Por fin estaba a resguardo del viento. No me había dado cuenta de la tremenda presión que mi cuerpo había tenido que soportar para mantenerme erguida.

El metro no funcionaba. Como ocurre a menudo durante un temporal fuerte, todas las líneas habían suspendido el servicio. Pero la estación seguía abierta y podía refugiarme allí del mal tiempo.

Me apoyé contra la pared al pie de la escalera, aliviada, y cerré los ojos.

Y entonces volví a ser consciente de mi situación.

¿Qué podía hacer?

¿A dónde podía ir?

Ya no tenía hogar y ya no tenía trabajo. ¿Dónde pasaría los próximos días? ¿Y cómo me ganaría el dinero?

No tenía a nadie que me apoyara. Mis padres habían fallecido hacía mucho tiempo. Sloan, mi único pariente cercano, desde luego no podía ayudarme. Por un lado, acabábamos de discutir. Por otro, no tenía dinero y ni siquiera sabía dónde vivía.

Sorbí por la nariz y reprimí un sollozo. Aquí, a la luz, no quería romper a llorar.

Una corriente de aire frío me hizo estremecer. Tenía que adentrarme más para protegerme del viento helado, o pillaría un resfriado de órdago. Eso era lo último que me faltaba. Abrí los ojos y me despegué de la pared. Allí al fondo había unas cuantas personas. Seguro que allí se estaba más resguardado que aquí. Me apresuré hacia ellos con paso rápido.

Tres personas: dos mujeres y un hombre.

No los conocía, pero su presencia me vendría bien ahora. Solo el hecho de saber que no era la única persona a la que la tormenta había pillado por sorpresa y que estaba a merced de los elementos ya ayudaba.

Seguí acercándome al pequeño grupo.

Una de las dos mujeres reparó en mí y le dio un codazo a la otra.

Ahora estaba lo suficientemente cerca para reconocer sus rostros.

Myra.

Beverly.

Y Joe.

Mis dos compañeras de piso estaban con mi antiguo jefe en una estación de metro charlando. Me habrían dado ganas de dar media vuelta.

¿Pero a dónde?

No podía irme.

Fuera seguía rugiendo la tormenta.

Además, los tres ya me habían visto y, si me daba la vuelta en ese momento, solo les daría más motivos para arremeter contra mí.

—¿Te has mojado un poquito? —se burló Myra.

—Ni se te ocurra ducharte todavía en casa y volver a dejar el baño como una pocilga —me espetó Beverly con la mirada—. Antes de que te largues definitivamente. Nellie nos ha escrito y nos lo ha contado todo. De verdad que lo sentimos mucho —Beverly estalló en una carcajada estrepitosa.

Tragué saliva. ¿Qué se suponía que debía decir? Habría dado cualquier cosa por una ducha caliente. Pero al mismo tiempo, habría preferido tener todas mis cosas ya empaquetadas y conmigo. Así podría haberles dicho a las dos, con la cabeza bien alta, que no volvería a pisar el apartamento en mi vida.

—Y ni se te ocurra llevarte ni una sola cosa que no sea tuya —amenazó Myra—. Te encontraremos y te denunciaremos. No importa dónde te escondas.

Mientras tanto, Beverly le susurró algo al oído a Joe. Joe asintió. Entonces su rostro se iluminó al comprender y se rio—. ¿Así que era usted la que le hacía la vida imposible a mi prima Beverly? ¿La que se coló en su vida con no sé qué artes culinarias y luego la dejó tirada?

Me quedé mirando a Joe, Beverly y Myra sin palabras.

¿Joe era el primo de Beverly?

No tenía ni idea.

¿Cómo iba a saberlo?

En casa nunca había mencionado exactamente dónde trabajaba y en el trabajo nunca había contado dónde vivía.

—Y ahora está aquí como un perro mojado y no sabe qué hacer — Joe rompió a reír a carcajadas. Myra y Beverly se unieron a él. La risa de los tres resonaba en las paredes del metro y de repente parecía llegarme a los oídos desde todas partes.

Jajaja.

Jajaja.

Jajaja.

Me dolía el alma mientras permanecía allí aguantando sus burlas.

—Sin trabajo, sin casa y además por tu propia culpa. No se puede ser más tonta. —La risa de Myra se convirtió en un chillido agudo—. Pero así son las cosas. Quien ríe el último, ríe mejor.

—Esa es buena. —Beverly se llevaba la mano al costado, jadeando.

Joe me miró con desprecio.

Y entonces ya no pude soportarlos más.

Me di la vuelta sobre mis talones y eché a correr a ciegas hacia la salida. Solo quería escapar de esa risa. Dejar de oírlos y verlos.

Subí las escaleras a toda prisa y me encontré de nuevo bajo el viento y la lluvia.

Maldita Nueva York.

Maldita ciudad.

¿Por qué se me habrá ocurrido venir aquí?

Si me hubiera quedado en el pueblo donde crecí, ahora no estaría tan metida en este lío.

Volver no era una opción en absoluto, porque en todas partes no sería más que la pequeña y digna de lástima Lexie que no lo había logrado en Nueva York.

Pero aunque en este instante odiaba a Nueva York con toda mi alma, quería quedarme aquí.

Ya les demostraría yo a los neoyorquinos de lo que era capaz.

Capítulo 27 Lexie

Dos semanas después.

—A ver, con estas lagunas en el currículum... —Frunciendo el ceño, el hombre calvo que tenía frente a mí miró mis documentos, que estaban sobre la mesa. —¿No puede explicármelo con más detalle? —Me miró fijamente.

—He tenido algunos trabajos temporales —dije vagamente—. Trabajé aquí y allá. Nada concreto.

—¿Y no recuerda los nombres de las empresas, por supuesto? —El hombre me miró con ironía.

Negué con la cabeza.

—Eso dicen todos. —El hombre se reclinó en su silla y cruzó los brazos sobre su barriga gorda. Resultaba un poco gracioso y casi se me escapa una risita. No obstante, logré contenerme a tiempo. Para mí esto era todo o nada. Estaba otra vez en una entrevista de trabajo en una conocida asesoría fiscal. Se trataba de mi futuro y de

si finalmente volvería a tener un empleo pronto. Frente a mí estaba sentado el Sr. Warden y él era quien decidiría precisamente eso.

—Bueno, pero así fue. Primero trabajé en una pizzería, pero quebró —dije. Eso era solo una verdad a medias.

El gordo Sr. Warden resopló.

—Claro, y el dueño se volvió a Italia.

—No. —Negué con la cabeza—. Nadie sabe dónde está. Probablemente siga por algún lugar de Nueva York.

—Y de su empleo anterior aquí tampoco tiene referencias. —El Sr. Warden resopló de nuevo—. ¿Pero qué se ha creído? ¿Por qué se presenta con nosotros con una documentación tan incompleta?

—Porque me gustaría conseguir el puesto. —Yo misma me sorprendí de lo convencida que sonaba—. Deme una oportunidad y ya verá que soy la candidata adecuada y que cumplo los requisitos. Si fallo durante el periodo de prueba, siempre puede despedirme.

El gordo Sr. Warden se rió. —Claro. Como si no tuviéramos otra cosa que hacer que realizar entrevistas y contratar a gente. No, la próxima persona en este puesto debe encajar a la perfección y quedarse mucho tiempo en la empresa. No podemos permitirnos otro error. —El Sr. Warden negó con la cabeza.

Me puse alerta. Según eso, ¿varias predecesoras se habían ido después de poco tiempo? Eso no sonaba bien y probablemente el problema residía más en la empresa que en las candidatas que, supuestamente, no valían nada.

—Con su currículum, probablemente no le quede otra que seguir repartiendo pizzas en el futuro. En ESE sector seguro que encuentra un nuevo trabajo. O en cualquier otro sector donde no se le dé mucha importancia a la seriedad. AQUÍ estamos en una asesoría fiscal y necesitamos empleados que sean absolutamente de confianza. No. Con este currículum no puedo contratarla. En ese tiempo del que no tiene justificantes, podría haber hecho cualquier cosa. ¿Quién me dice que no estuvo en la cárcel? Tal vez tenga trapos sucios.

—No los tengo. —Miré indignada al Sr. Warden.

Necesitaba este trabajo urgentemente. En las últimas dos semanas había enviado montones de solicitudes a asesorías fiscales y no había recibido respuesta de la mayoría. Aquí en Nueva York los puestos se cubrían rápido y, si no sabía nada después de dos semanas, por lo general significaba que o bien no tenían vacantes o que no me querían.

Hacía dos semanas que estaba literalmente sin un céntimo en el bolsillo. Había perdido el trabajo con Joe y Carson no me había transferido nada por mi labor como chica de compañía. Mis pensamientos regresaron a los días que habíamos pasado juntos. ¿Cómo había podido equivocarme tanto con él? ¿Cómo había podido estar fingiendo todo el tiempo sin que yo me diera cuenta de nada? Debía de ser un embaucador profesional y probablemente ya lo habría hecho con otras mujeres a lo largo de los años.

Sí, probablemente no era la única a la que había engañado así.

¡Lexie! No vuelvas a obsesionarte con esos pensamientos, no sirve de nada. Mejor concéntrate en el presente. Necesitas un trabajo con urgencia.

Desde hacía dos semanas vivía con Darleen. Estaba muy agradecida con mi antigua compañera por haberme acogido sin hacer muchas preguntas y haberme proporcionado lo básico. Le pedía dinero prestado y no sabía cuándo podría devolvérselo. Me alojaba en su casa sin pagar un céntimo de alquiler. Para compensar, me encargaba de las tareas del hogar y cocinaba. Pero este arreglo no podía durar siempre. Necesitaba recuperarme pronto y ganar mi propio dinero.

—¿Ms. Barnes? —El calvo Sr. Warden se había levantado y golpeó tres veces la mesa—. ¿Está sorda o qué? Le acabo de pedir que se vaya y sigue ahí sentada mirando a las musarañas. —Negó con la cabeza—. Si ya está así de distraída en una entrevista, ¿qué será cuando trabaje? —El Sr. Warden soltó una risa burlona—. La decisión de no contratarla no puede ser errónea de ninguna manera. De eso seguro que no nos arrepentiremos.

Tragué saliva. En las últimas semanas había tenido que escuchar de todo y realmente pensaba que ya estaba curada de espanto y que soportaría las humillaciones fácilmente. Pero cada comentario mordaz me causaba una nueva punzada en el corazón y hacía que las heridas del pasado ardieran con más fuerza.

Carson probablemente tampoco se arrepentía de ir ahora a eventos sin mí. ¿Estaría de nuevo con Nellie?

Me levanté y me di la vuelta.

—Ni siquiera se despide, vaya modales —vociferó el Sr. Warden a mis espaldas. Simplemente lo dejé refunfuñando. No me iba a contratar de todos modos ni me iba a ayudar en nada más, por muy educadamente que me despidiera.

Unos minutos más tarde salí a la calle. El sol de Nueva York brillaba hoy con fuerza y la primavera mostraba su mejor cara. Probablemente en Central Park los pájaros estarían piando y los árboles y arbustos estarían en plena floración. Puse la cara al sol e intenté distraerme de la realidad por un momento.

Entonces sonó un claxon a mi lado y una pequeña moto se detuvo. La conductora se subió la visera del casco.

—¿Cómo ha ido? —gritó Darleen con fuerza para hacerse oír por encima del ruido del tráfico.

Hice una mueca. Prefería olvidar la conversación de hace un momento lo antes posible.

Darleen se encogió de hombros. —Es que no eran los adecuados para ti, Lexie. Tienes otra entrevista en una hora, ¿verdad?

—En dos horas —respondí. Se me encogió un poco el estómago. Prefería ni pensar en cómo iría esa entrevista. Probablemente sería aún más desastrosa que todas las anteriores. ¿Por qué me iban a decir algo nuevo precisamente ahora? Ya había recibido suficientes rechazos y los motivos eran siempre los mismos: no tenía suficiente experiencia, mi currículum era poco estructurado, me faltaban referencias y certificados.

Suspiré, pero tan bajito que Darleen no pudo oírme. Mi amiga, que me apoyaba tan generosamente en todo, no debía notar que ya no albergaba grandes esperanzas.

¿Qué iba a hacer?

No podía vivir a expensas de Darleen eternamente.

—¡Tú puedes! —gritó Darleen ahora—. Tengo que seguir, que si no Joe volverá a montar un numerito. —Darleen puso los ojos en blanco —. Nos vemos luego en casa, termino enseguida. —Darleen volvió a tocar el claxon y luego se incorporó de nuevo al tráfico con una maniobra temeraria. Saludó brevemente con la mano y desapareció entre una hilera de taxis amarillos.

Me quedé sola al borde de la acera. Miré la calle con desánimo.

En esta ciudad enorme parecía que nadie me quería: ni Carson, ni Joe, ni Myra, ni Beverly, ni ninguna empresa.

Pero todos ellos debían darme igual.

Incluso Carson.

Su rostro con esa mirada oscura e insondable volvió a aparecer ante mi ojo interno.

Me puse en marcha a toda prisa.

Piensa en la entrevista que tienes ahora, Lexie. No deberías desperdiciar tu valioso tiempo llorando por un idiota.

—Entonces estaremos encantados de darle la bienvenida a nuestro equipo en dos semanas. —El hombre esbelto y atlético con traje gris se levantó y me tendió la mano.

Perpleja, me incorporé de mi silla. ¿Estaba pasando esto de verdad? ¿Me estaba ofreciendo el hombre un trabajo? ¿O solo lo estaba soñando?

—Le enviaremos una copia del contrato de trabajo a su casa para que pueda leerlo todo con calma y traerlo firmado en su primer día. Por supuesto, nos gustaría tenerla aquí lo antes posible, pero la compañera que se encargará de orientarla al principio está ahora de vacaciones, así que será mejor para todos si posponemos su comienzo dos semanas. De lo contrario, habría podido empezar mañana mismo. —El Sr. Taylor me sonrió.

—Yo... eh... sí... —balbuceé.

¡Ay Dios, Lexie! Te ofrecen un trabajo y estás aquí tartamudeando como una completa imbécil. Venga, tranquilízate, que si no a lo mejor se lo piensan mejor. Hasta que el contrato no esté firmado, no hay nada seguro. Así que contrólate.

—Me... me alegro mucho —balbuceé y me sorprendí a mí misma tamborileando ligeramente con los dedos sobre la mesa.

¡Lexie! Para ya.

Retiré la mano y me aparté un mechón de pelo de la cara. Lo que más deseaba era preguntarle al Sr. Taylor si realmente estaba seguro de querer contratarme. ¿Acaso habría alguna confusión? El Sr. Taylor solo me había preguntado sobre mis conocimientos de derecho tributario y me había planteado cuestiones puramente profesionales. Ni siquiera había mencionado mi documentación insuficiente ni la falta de referencias. ¿Acaso no se habría dado cuenta?

—Sus conocimientos nos serán de gran utilidad —dijo entonces el Sr. Taylor—. Desde hace unos años contratamos personal basándonos principalmente en los resultados de la prueba de aptitud. —El Sr. Taylor señaló el montón de papeles que tenía delante—. Esto ha resultado ser muy útil, realmente solo hemos tenido buenas experiencias. —El Sr. Taylor me dedicó una gran sonrisa—. Como le

he dicho, estamos deseando que se incorpore. Pero ahora, si me disculpa, tengo otra cita. Todo lo demás es mejor que lo gestione con mi secretaria.

Asentí, sintiéndome todavía como aturdida. A duras penas logré despedirme del Sr. Taylor.

Tenía un trabajo.

Me pellizqué en el brazo para asegurarme de que no estaba soñando.

No.

Tenía un trabajo.

—¿Y qué? —Darleen casi explotaba de curiosidad cuando abrí la puerta del apartamento una hora más tarde.

—Yo... tengo el trabajo. —Lentamente dejé resbalar el bolso de mi hombro y lo puse sobre el aparador bajo que había junto al perchero.

—¿Qué? ¡Pero eso es increíble! —gritó Darleen y me estrechó impetuosamente entre sus brazos—. ¡Ay, Lexie! ¡Si ya te lo dije yo! Solo tienes que creer siempre en ti misma y ya verás. No hay roto para un descosido... bueno, quiero decir, que siempre hay un trabajo para cada persona. —Darleen me apretó fuerte.

Luego me soltó y me apartó un poco de ella. —¿Qué pasa? Ni siquiera pareces contenta.

—Sí que lo estoy —repliqué. Sin embargo, mi voz no sonó tan enérgica como me hubiera gustado. Incluso a mis propios ojos, mostraba bien poco entusiasmo.

—Todavía no puedo creérmelo del todo. Creo que no me lo creeré de verdad hasta que el contrato esté aquí —dije después de una breve pausa.

Darleen me examinó con ojo crítico. —Ajá —hizo ella, en un tono que dejaba claro que no me creía por completo.

—Podrían cambiar de opinión —me defendí.

—¿Y por qué iban a hacer eso? ¿Porque venga alguien mejor que tú? —Darleen rió a carcajadas para recalcar lo absurdo que le parecían sus propias palabras.

—Bueno, bien podría ser. —Tragué saliva—. A Carson también le pasó eso. Vino alguien mejor o su ex era mejor...

—¡Ajá! ¡Por ahí van los tiros! —Darleen se puso las manos en las caderas—. No has superado lo de Carson. Sigues echándolo de menos.

—No. Sí —dije. Ya ni yo misma sabía lo que decía—. Sí, ya lo he superado. No, no lo echo de menos —miré a Darleen con terquedad.

Como para desmentir mis propias palabras, en ese instante volvió a aparecer ante mi ojo interno el rostro de Carson. Su mirada oscura, sus facciones marcadas. Su cuerpo atlético y sus brazos firmes.

Cerré los ojos un momento y aparté la imagen.

—No lo echo de menos —repetí.

Pero eso sonó más como un conjuro que como algo convincente.

Simplemente no debía echarlo de menos.

Capítulo 28 Carson

Dos semanas después.

Metí los platos en el lavavajillas y fruncí el ceño con fastidio. El maldito trasto estaba casi lleno. ¿Cuándo se había puesto en marcha por última vez? ¿Y cómo demonios se encendía? Sí, conocía el botón para ello. Pero ¿cuál era el programa adecuado y cuánto detergente tenía que poner en cada compartimento?

Resoplé. Mi asistenta acababa de dimitir una vez más, y eso después de solo una semana. Seguía sin tener ni idea de por qué todas desaparecían tan rápido. ¿Sería porque trabajaba más que nunca? En la empresa, las solicitudes se acumulaban desde que ganamos el New York Business Award. Todos los supermercados que aún no tenían *Carson's Chocolates* en su catálogo parecían querer incorporarlos ahora a su surtido, y a ser posible para antes de ayer, ya que cada vez más clientes pedían nuestros productos. Ayer incluso recibí una solicitud de Canadá.

¡*Carson's Chocolates* en los estantes de los supermercados de todo el mundo! El sueño parecía ahora al alcance de la mano. Ese sería

mi próximo objetivo, ahora que había ganado el New York Business Award.

Sí.

Necesitaba una meta nueva.

En las últimas semanas me había sentido inquieto y desasosegado, y eso solo podía deberse a que necesitaba un nuevo desafío. Un desafío profesional, para ser exactos. Miré con rabia el lavavajillas. No era ese el tipo de desafío en el que estaba pensando. Desde luego que no. Sin mirar, eché un poco de detergente en polvo en algunos de los compartimentos abiertos, los cerré y empujé la puerta de la máquina. Luego seleccioné un programa y presioné el botón de inicio con el dedo. La máquina empezó a hacer ruido.

Bueno, eso ya lo había conseguido.

¡Pero yo no quería ocuparme de estas malditas cosas!

¿Por qué ninguna asistenta se quedaba conmigo?

Me sorprendí pensando que me habría encantado hacerle esa pregunta a Lexie. Con su carácter resolutivo, probablemente me habría sugerido una solución práctica de inmediato.

¡Carson! ¡No puede ser que estés pensando en Lexie! Esa traidora no debería ocupar más espacio en tus pensamientos. ¡Ni lo más mínimo! ¡Te demostró quién es realmente y deberías olvidarla de una vez por todas!

Apreté los dientes. Por suerte, me había dado cuenta a tiempo del sucio juego de Lexie y la había sacado de mi vida. Sí, por desgracia

aparecía a mi lado en casi todas las fotos que se hicieron en la entrega del New York Business Award. No había tenido en cuenta ese detalle aquella noche, porque me había dejado llevar demasiado por mis sentimientos. Un error fatal. Al menos había algunas fotos en las que salía solo, y tal vez podría contratar a alguien para que borrara a Lexie de las imágenes con retoque fotográfico.

Todo se podía arreglar si se pagaba lo suficiente por ello.

¿Por qué no también eso?

En ese instante sonó el timbre de la puerta.

Miré el reloj. A esta hora solía estar ya en mi empresa. Pero hoy tenía una cita con Ian y este se había ofrecido a recogerme. Sin embargo, faltaban 10 minutos, así que había aprovechado el tiempo para ocuparme del dichoso lavavajillas. Tenía que encargarle urgentemente a Hannah que me contratara a una asistenta. Quizás mi secretaria tendría más éxito en la selección que yo. Seguro que ella sabía mejor en qué fijarse.

El timbre volvió a sonar.

Esta vez incluso dos veces.

Ese no era Ian. Mi amigo siempre esperaba pacientemente a que yo abriera la puerta.

—Ya voy —exclamé molesto, aunque el visitante seguramente no podía oírme. ¿Quién sería? Debía de habérseme pasado por alto la llamada del conserje de abajo. Siempre me avisaba de las visitas y preguntaba si podía dejarlas subir.

Volvieron a llamar.

Harto, abrí la puerta de golpe sin siquiera mirar quién estaba delante. Solo quería que el timbre dejara de sonar. De eso también podría encargarse una asistenta en el futuro.

—Hola. —El hombre que estaba ante mi puerta se sujetaba tambaleándose al marco—. Así que por fin le he encontrado. —Su aliento olía fatal a alcohol y retrocedí asqueado. ¿Qué hacía este tipo aquí? ¿Y por qué quería encontrarme?

—No le conozco. Se habrá equivocado de puerta —declaré, e hice amago de cerrar de nuevo. En ese momento me vino el recuerdo de cuando Lexie llamó aquí porque creía que yo había pedido una pizza. Una estratagema de Edward. ¿Habría enviado Edward a este tipo ahora? Pero ¿para qué?

—¿Dónde está Lexie? —balbuceó el tipo.

—¿Qué?

Me quedé helado y no daba crédito a mis oídos. ¿El hombre buscaba a Lexie? ¿Aquí?

Lo observé con más atención.

Y entonces lo reconocí.

El amante de Lexie. El hombre que se había presentado en mi despacho y se la quería llevar a rastras. Su antiguo proxeneta, jefe, amante... como se le quisiera llamar. Lexie había opuesto una resistencia feroz y no se había ido con él. Sin embargo, yo había visto su verdadera cara en aquel momento y la había echado. Ahora,

por lo visto, ella había desaparecido. ¿Por qué si no iba a buscarla el tipo aquí?

—¡Lexie no está aquí! —Miré al hombre con irritación—. Pensé que ya habría vuelto con usted hace tiempo.

—La tiene escondida —me acusó el hombre, e intentó colarse en mi apartamento pasando por mi lado. Pero como estaba borracho como una cuba y, además, no estaba tan en forma como yo, me resultó fácil detenerlo.

—¡Déjeme en paz! —Agarré al hombre por el cuello y lo sacudí ligeramente. Cuando lo solté, se sujetó la cabeza con ambas manos. Evidentemente, las sacudidas habían sido demasiado para su cerebro nublado por el alcohol. Tuvo una ligera arcada. Lo miré con asco. ¿No se iría a vomitar aquí mismo, verdad?

—No tengo nada más que ver con Lexie —dije con firmeza—. Ese capítulo de mi vida está cerrado. —Al pronunciar esas palabras, me sentí muy extraño, pero seguramente se debía solo a que en ese preciso instante tuve que pensar de nuevo en el pasado.

El capítulo ESTABA cerrado y así estaba bien. Me ceñía al plan original, que era dejar a la chica de compañía después de la gala. Ese HABÍA SIDO el plan.

Así que todo estaba en orden.

—Tiene que estar ahí. ¡LEXIE! —gritó el hombre tan fuerte que probablemente se oyó hasta en el piso de abajo.

—No está aquí. —Sacudí al tipo de nuevo—. Y no tengo tiempo para andar lidiando con los antiguos amantes de Lexie. Como chica de

compañía, imagino que tendrá unos cuantos. —Resoplé con desprecio. Prefería no pensar en eso.

—¿Qué? —El tipo abrió mucho los ojos.

—Si quiere que Lexie vuelva con usted, tendrá que buscar en otra parte. Pero le recomendaría que simplemente se buscara una novia nueva. ¿Qué tiene Lexie de tan especial para que se empeñe tanto en recuperarla? —Apreté los dientes y reprimí el pensamiento de unos ojos verdes brillantes y un cabello rojo encendido, de unas piernas largas y unos pechos turgentes.

Falso.

Cada mirada, cada gesto había sido falso.

—¿Novia nueva? —El tipo frunció el ceño. No parecía entender muy bien lo que decía. Probablemente estaba demasiado borracho.

—Otra mujer —expliqué alzando la voz y marcando cada palabra. Incluso un niño pequeño habría entendido a qué me refería.

—No necesito una mujer. ¡Necesito dinero! —gritó el hombre hacia el interior del piso. ¿Seguiría pensando que Lexie estaba allí? Finalmente pareció percatarse de mi presencia de verdad—. Si Lexie no está, entonces usted me da el dinero. Usted tiene de sobra. Si no, uno no puede permitirse un piso así. —Se rio.

—¿Qué dinero? Yo no te debo nada. —El tipo hablaba cada vez más con acertijos.

—Lexie me prometió dinero. —El hombre se mantenía terco.

—Ese es su problema y no el mío. Desde luego no voy a adelantar dinero por Lexie. —Negué con la cabeza. Con un ligero sentimiento de culpa, recordé que ni siquiera le había pagado a Lexie por sus servicios como acompañante. Pero después de haberme traicionado así… volví a negar con la cabeza. No, ella no se merecía el dinero. Se me había arrimado con el objetivo de conseguir aún más.

—¡Tiene que ayudarme! ¡Ya que mi hermana no lo hace! —El hombre levantó las manos desesperado y me agarró por las solapas de la chaqueta. Su aliento apestoso me dio directamente en la cara.

Me solté con asco. —Yo no tengo que hacer nada.

—Lexie me deja tirado. A su propio hermano. —El hombre sonaba ahora lloroso. Probablemente la resaca estaba empezando a asomar. O el síndrome de abstinencia. Necesitaba el siguiente trago de alcohol. —A su propio hermano —repitió.

¿A su propio hermano?

Las palabras no me calaron de verdad hasta ese momento.

—¿Es usted el hermano de Lexie? —pregunté. Inconscientemente empecé a tutear al hombre.

—Su familia. Uno tiene que apoyar a su familia. —De nuevo, el hombre parecía a punto de llorar—. Dice que solo me gasto el dinero en alcohol y por eso ya no me da más. Me deja tirado sin más. ¿Qué se supone que debo hacer?

—¿Dejar de beber? ¿Buscar ayuda? —Me quedé mirando al hombre. Apenas podía mantenerse en pie, pero evidentemente se las había apañado para averiguar mi dirección y colarse de algún modo hasta

aquí arriba. Todo solo para conseguir dinero para alcohol. Si empleara la misma energía en dejar de beber, su éxito estaría asegurado.

Lexie tenía toda la razón del mundo si quería cortarle el grifo a su adicción.

—¡No! —El hombre me miró con terquedad.

—Si de verdad quiere ayuda, cuente conmigo —prometí en ese momento. Me detuve. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué promesas estaba haciendo? ¿Y por qué?

—¡Quiero dinero! —El hermano de Lexie seguía en sus trece.

—Eso no lo vas a obtener de mí. —Yo tampoco cedí.

—¡Idiota! Es usted igual de malo que mi hermana. —Ofendido, el hermano de Lexie se dio la vuelta y pulsó el botón del ascensor. Las puertas se abrieron de inmediato. Ian salió. El hermano de Lexie entró y desapareció de mi vista.

—¿Quién era ese? ¡Apesta a kilómetros! —Ian señaló con el dedo hacia el ascensor tras de sí—. ¿Tienes ahora este tipo de visitas?

—No. —Negué con la cabeza, sintiéndome aturdido—. Es… es el hermano de Lexie. El tipo que pensé que era su amante. O su jefe de la agencia de acompañantes. O algo así.

Ya ni yo mismo sabía qué era exactamente lo que había pensado cuando eché a Lexie de mi despacho. Ahora toda la escena me parecía completamente surrealista.

Ian me miró frunciendo el ceño. Luego él también negó con la cabeza. —No entiendo nada.

Respiré hondo y le expliqué todo paso por paso. Le había contado a Ian muy poco sobre el despido de Lexie, porque simplemente quería olvidar todo el asunto. Ahora le relaté lo que había sucedido en mi despacho y qué papel había desempeñado el hermano de Lexie en ello. —Solo que en aquel entonces no pensé que fuera su hermano —concluí mi relato—. Sino su amante con el que me estaba engañando. Pensé que me había estado tomando el pelo todo el tiempo.

—Eso fue, evidentemente, un poco precipitado. —Ian frunció el ceño —. A decir verdad, fue lo primero que pensé cuando me contaste el asunto.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —Miré a mi mejor amigo ligeramente molesto.

—¿Me habrías escuchado? —replicó Ian—. O sea, ¿me habrías escuchado de verdad? ¿Habrías reflexionado sobre ello y tenido en cuenta mis argumentos?

No respondí. No hacía falta, porque mi mejor amigo sabía perfectamente que tenía razón. No le habría escuchado.

—Creo que deberías volver a hablar con Lexie.

Me quedé mirando a mi amigo. —¿Hablar con Lexie? —repetí, como si fuera la idea más descabellada del mundo.

—Si de todas formas piensas en ella todos los días. —Ian me miró con aire desafiante.

Abrí la boca para negarlo todo. Por supuesto que NO pensaba en Lexie todos los días.

Ian se me adelantó. —¿Trabajas como un poseso para olvidarlo todo y luego pretendes hacerme creer que ella no tiene nada que ver?

Evidentemente, Ian me conocía mejor que yo mismo.

Volví a pensar en Lexie. Como cada día. Ian tenía toda la razón. Pensaba en unos ojos verdes brillantes y un cabello rojo encendido, en unas piernas largas y unos pechos turgentes.

Y en que, tal vez, nada en todo aquello había sido fingido.

Absolutamente nada.

¿Había desperdiciado la mejor oportunidad de mi vida?

¿El regalo más hermoso que la vida me había dado jamás?

Algo se agitó en mi interior.

Algo que ya no podía esperar más.

—Tengo que ir a verla.

Capítulo 29 Lexie

—Ms. Barnes.

Me sobresalté, saliendo de mi ensimismamiento. Acababa de dejar volar la imaginación durante tres minutos. Hoy era mi primer día de trabajo y me sentía muy feliz de estar aquí. Hacía tres horas que había aparcado mi nuevo patinete eléctrico en el garaje subterráneo del rascacielos y luego había entrado en el vestíbulo. La recepcionista estaba informada de mi llegada y me había saludado con amabilidad. Mi colega me había recogido, me había presentado a todos los demás compañeros del departamento y luego me había dejado sola frente al ordenador con algunas tareas. Agradecí la interrupción en la ronda de presentaciones, porque todos eran muy simpáticos y se esforzaban mucho. Y estaba segura de que mañana ya se me habrían olvidado la mitad de los nombres. Eso era lo último que quería.

Me sentía muy dichosa de estar aquí. En las últimas dos semanas, por fin había vuelto a recuperar algo parecido a la fe en el futuro. Le había pedido prestado algo más de dinero a Darleen para comprar el nuevo patinete eléctrico y había pasado las dos semanas refrescando mis conocimientos fiscales y ayudando en la frutería de

la esquina, donde compraba tan a menudo para Darleen y para mí. Con eso, al menos, había ganado algo de dinero. Así que hoy empezaba de nuevo mi vida «de verdad». Volvía a estar sentada en una oficina y trabajaba en la profesión que había elegido.

Para mi alivio, parecía que nadie me reconocía. Durante mis entrevistas de trabajo y hoy durante la ronda de presentaciones, siempre había temido que me sacaran el tema de la entrega del New York Business Award. Aunque la mayoría de los periódicos solo habían sacado una foto de Carson con el premio en las manos, en Internet había varias fotos de los dos. Me habría encantado olvidarlo todo y no volver a mirar las fotos nunca más, pero Darleen me había aconsejado que me preparara para cualquier posible pregunta. Y así, con un ligero nudo en el estómago, había repasado de nuevo todos los recuerdos mientras buscaba nuestras fotos en Google.

Pero, como resultó, había sido totalmente en vano. Nadie me mencionó nunca esas fotos. Evidentemente, al sector de la asesoría fiscal no le interesaba mucho la entrega de premios varios y mucho menos los chismes y cotilleos de las páginas web locales de Nueva York.

Así que, de momento, había pasado una mañana bastante agradable. Entonces, algo me sacó de mi trabajo.

—¿Sí? —levanté la vista. Ante mí estaba el Mr. Taylor. Mi nuevo jefe.

—Tenemos un cliente nuevo que llega a la cita en diez minutos. A partir de ahora debemos encargarnos de los asuntos fiscales de su empresa. Me gustaría que usted supervise el proyecto desde el principio. Todos los demás colegas están ya a tope de trabajo, pero usted aún tiene capacidad. —Mr. Taylor sonrió ante su propia broma. Por supuesto que tenía capacidad, si acababa de empezar hoy.

—Yo... claro. —A pesar de mi asentimiento, yo misma pude notar la vacilación en mi voz.

Mr. Taylor también la notó. —No se preocupe, lo conseguirá. Exigimos a nuestros empleados, pero no los sobrecargamos. Si le doy el proyecto, es porque puede estar segura de que será capaz de sacarlo adelante.

Asentí.

Vaya.

Ya en el primer día me confiaban un proyecto propio.

—Nos vemos en diez minutos en la pequeña sala de conferencias. Tengo que hablar un momento con Ms. Jones. —Mr. Taylor salió de mi despacho antes de que pudiera hacer siquiera una pregunta. Lo seguí con la mirada. Ni siquiera conocía el nombre del cliente ni sabía en qué sector trabajaba o qué debíamos hacer exactamente por él.

Tranquila, Lexie. Podrás con ello. No estarás sola en la reunión y allí te enterarás de todo lo necesario. Solo tienes que hacerte una idea general y no dirigir la reunión.

Al decirme estas palabras a mí misma, mi estómago se calmó un poco. No me había dado cuenta de lo nerviosa que estaba. Ahora respiré hondo una vez más. Luego terminé rápido mi tarea y guardé el trabajo.

Minutos después, estaba sentada con las manos recién lavadas en la pequeña sala de conferencias y esperaba con expectación. Una vez más, el corazón me latía un poco por los nervios.

¡Lexie! ¡Esto será pan comido! Piensa en las veces que repartías pizzas y la gente no quería pagar o te insultaba. Aquello era mucho peor. Ahora viene un cliente que obviamente tiene mucho dinero y no solo necesita ayuda con sus impuestos, sino que la quiere. Estará agradecido por todo lo que hagas por él.

—Ms. Barnes. —Me giré y me levanté de un salto cuando Mr. Taylor abrió la puerta de la sala de conferencias—. Le traigo a Mr. Malley. Pueden ir conociéndose. Lamentablemente, tengo que terminar mi conversación con Ms. Jones. —Mr. Taylor se dio la vuelta—. Mr. Malley, esta es nuestra nueva empleada, Lexie Barnes. Ella se encargará personalmente de su declaración de la renta y de todos los demás trabajos que surjan, y será su principal persona de contacto. Por favor, vayan conociéndose sin mí. Enseguida vengo, al igual que su café. —Mr. Taylor se rio y empujó a un hombre hacia el interior de la pequeña sala de conferencias.

Extendí la mano.

Y entonces se me desencajó la cara.

Mr. Malley.

Frente a mí estaba Edward Malley.

¿Cómo demonios podía ser posible? Incluso cuando acababa de oír el nombre, no había creído ni por un momento que fuera a encontrarme con el archienemigo de Carson. Malley no era un nombre especialmente común, pero tampoco era raro. Probablemente en Nueva York no había ni un solo nombre que fuera raro. En una ciudad de este tamaño, además, apenas te encontrabas «por casualidad» con gente que ya conocías. Simplemente había demasiada.

Pero frente a mí estaba Edward Malley.

El hombre que había competido con Carson por el New York Business Award y que estaba con la ex de Carson. El hombre que había provocado tanto a Carson en la ceremonia que casi lo hace saltar de su piel.

¿Sabría él que Carson y yo ya no éramos pareja? ¿O incluso que nunca habíamos sido una pareja de verdad?

Seguro. No seas tonta, Lexie. Nellie ya se lo habrá contado todo. Incluso habrá disfrutado dándole esa información para que él pueda usarla en algún momento para hundir a otros.

—Mr. Malley. —Me mantuve exteriormente lo más fría posible e intenté conservar la compostura.

Edward Malley me miró sorprendido. Abrió la boca ligeramente. —Usted es... —no siguió hablando. Me produjo un cierto placer ver que él tampoco estaba preparado para nuestro encuentro.

—Lexie Barnes. —Tragué saliva y seguí esforzándome por parecer lo más fría y profesional posible. Como si todos los días me encontrara cara a cara con el archienemigo del hombre que me había contratado como escort hace unas semanas.

Claro. ¿A quién no le pasaba eso?

Casi suelto una carcajada histérica, de repente toda la situación me parecía irreal. ¿Seguro que pronto despertaría de esta pesadilla y me daría cuenta de que todo era solo una broma? En ese momento, la puerta de la pequeña sala de conferencias se abrió de nuevo. —Ms.

Barnes, se me ha olvidado una cosa. ¿Puedo hablar con usted un segundo? —Mr. Taylor asomó la cabeza por la puerta.

Así que no estaba en una pesadilla. Este era mi nuevo trabajo y esto era la realidad.

—Seguro, claro, ahora voy. —Le hice un gesto con la cabeza a Edward Malley y salí fuera. Mr. Taylor cerró la puerta tras de mí. La interrupción no podría haber llegado en mejor momento. No podía hacer la declaración de la renta de Edward Malley. No QUERÍA hacerla. Seguramente Mr. Taylor me diría ahora mismo que le daría el proyecto a otra persona porque era demasiado complicado. Entonces no tendría que volver a entrar en la pequeña sala de conferencias y sentarme con el asqueroso de Edward.

—Mr. Malley ha evadido impuestos a gran escala, y no solo desde este año. Ha utilizado todos los trucos que existían y existen. Trucos legales, pero también trucos alegales e ilegales. Tendrá que bucear entre un montón de documentos en este proyecto. Hay que poner al día varias cosas de los últimos años que deben aclararse este año. Puede que algunas cosas no podamos resolverlas sin un abogado. En cualquier caso, se requiere discreción absoluta. —Mr. Taylor me miró con advertencia.

Maldita sea. Así que no me iba a quitar de este proyecto.

Por otro lado... si yo lo sabía todo sobre las artimañas de Edward Malley, seguro que me dejaría en paz y no hablaría de Carson ni de Nellie ni del New York Business Award. Entonces posiblemente no me haría preguntas indiscretas.

—Por supuesto. —Asentí. Lo de la discreción absoluta era así con todos los clientes. Al fin y al cabo, trabajábamos en una asesoría fiscal y no en una panadería o una peluquería.

—Le doy tanta importancia porque Mr. Malley tiene un pie en la cárcel si algo sale a la luz. —Mr. Taylor asintió con énfasis—. Confío plenamente en usted, Ms. Barnes, pero tenía que recalcarlo una vez más. —Entonces Mr. Taylor me puso un montón de papeles en la mano—. Aquí están los documentos y las notificaciones de Hacienda. Ahora, mejor vuelva con Mr. Malley.

Me habrían dado ganas de confesárselo todo a Mr. Taylor y pedirle que me liberara del proyecto. Pero difícilmente podría hacer eso. Entonces habría revelado cosas sobre mi pasado que prefería guardar para mí. Así que asentí levemente y me di la vuelta. Luego abrí la puerta de la pequeña sala de conferencias.

Edward Malley estaba dentro, junto a la ventana.

—Mr. Malley. —Seguía sin tener idea de qué decir.

Limítate a lo profesional, Lexie.

—Tengo aquí los documentos para su declaración de impuestos. Por lo que parece, hay algunos... algunos problemas con las autoridades fiscales en cuanto a las declaraciones de los últimos años. Tendré que profundizar más en el tema. Sería bueno que pudiera ir dándome una visión general. —Enderecé la espalda—. Por favor, tome asiento. —Señalé una de las sillas negras de la mesa de conferencias.

—Así que ahora ya sabe mi situación. —Edward Malley no hizo amago de sentarse. Miró el montón de papeles que yo tenía en la mano—. ¿Ha logrado ya su objetivo?

—No sé de qué objetivo me habla. —Negué con la cabeza ligeramente. Se me formó un nudo desagradable en el estómago.

Me habrían dado ganas de salir corriendo.

—Ahora podrá devolvérmela. —Edward Malley se rio con amargura —. Me tiene en sus manos. Eso es lo que quería, ¿no? Ahora puede acabar conmigo.

—En mi trabajo impera la máxima discreción —mi voz sonó gélida. Edward Malley me caía cada vez peor.

—Discreción o no, ahora se vengará de que Nellie se presentara en su casa y le mintiera. Esa estúpida aún sigue llorando por el idiota de Carson y quiere evitar a toda costa que él se vuelva a enamorar. Para eso le sirve cualquier mentira. Incluso afirma que Carson la quiere de vuelta. Así ahuyenta regularmente a sus amas de llaves. Llama al timbre del apartamento durante el día, se presenta como la novia de Carson y hace todo tipo de exigencias extrañas. Poco después, las amas de llaves se han ido. Y con usted hizo lo mismo. El que casualmente se convirtiera en su casera facilitó un poco más las cosas. —Esta confesión brotó de Edward Malley sin frenos.

Lo miré estupefacta.

¿Hablaba en serio?

¿Nellie me había mentido?

¿Carson no quería que Nellie volviera?

—¿Él... él no quiere que ella vuelva? —Mi voz sonó un poco aguda y muy incrédula.

Edward Malley negó con la cabeza. —Nunca ha hecho la menor insinuación en ese sentido. Es simplemente una mentira de Nellie

para vengarse de él. Por haberla dejado.

—Pero... —tuve en la punta de la lengua que Nellie estaba ahora con Edward y no tenía motivo para vengarse de Carson. Pero me tragué el comentario justo a tiempo. ¿Qué sabía yo sobre Nellie y Edward? Nada. Absolutamente nada. Y tampoco quería saber nada sobre ellos.

Lo que sí quería saber, en cambio...

¿Qué demonios había pasado en el despacho de Carson?

¿Por qué había hablado por teléfono con Nellie si supuestamente ya no quería nada con ella?

—Lo único que él le ha pedido es que lo deje en paz. Y a mí también. —Edward Malley sonaba bastante apocado con esta confesión. Sus ojos estaban fijos en el fajo de papeles que yo tenía en la mano. Lo señaló—. Espero que ahora no use esta información en mi contra. —Debía de tener un miedo atroz a la cárcel si me confesaba algo así.

Lo miré con la boca abierta.

Carson le había pedido a Nellie que lo dejara en paz.

—Por favor, Nellie, piénsalo todo de nuevo, de verdad que nos interesa a los dos.

Las palabras que Carson le había dirigido a su ex cobraron de repente un sentido completamente distinto.

¿Qué es lo que había hecho?

¿Por qué nos habíamos peleado tanto?

Me habrían dado ganas de irme de allí mismo y hacerle esas preguntas a Carson.

Pero él todavía me había traicionado. —Pero... ¿por qué le contó entonces que había contratado a una escort? ¿Que yo lo era? —La traición todavía escocía profundamente en mi corazón.

—Él no hizo eso. —Edward Malley negó con la cabeza. Obviamente, ahora estaba dispuesto a admitirlo todo para que yo lo ayudara a librarse de una condena—. Nellie tiene una amiga que trabaja como escort. Una mujer tonta con el pelo rubio platino. Se llama Mary. Y ella le contó que usted se había presentado en casa de Carson y le había robado el trabajo delante de sus narices.

Una mujer con el pelo rubio platino. Esa solo podía ser la escort que se había ventilado la pizza asquerosa. Me estremecí al recordarlo.

Esa había sido mi primera visita al ático de Carson.

Y de repente, no deseaba nada más que estar allí.

Pero entonces se abrió la puerta detrás de mí y Mr. Taylor entró en la pequeña sala de conferencias.

Ahora no podía marcharme de aquí.

Y el caos en mi cabeza tendría que dejarlo a un lado por el momento.

Tenía un trabajo que hacer aquí.

Mientras me sentaba, pensé en Carson.

Capítulo 30 Carson

Tenía que ser esta dirección. Estaba frente a un edificio antiguo que parecía un poco descuidado. En esta parte de Manhattan no vivían los neoyorquinos más ricos. Seguía siendo Manhattan, pero en cierto modo era como si hubiera entrado en otro mundo. Cuando había llevado a Lexie a casa después de una de nuestras citas, no me había fijado tanto.

¡Porque solo tenías ojos para Lexie, Carson! Porque solo pensabas en vuestro próximo encuentro y en el tacto de su piel.

Ahora, en cambio, Lexie no estaba sentada a mi lado, por lo que veía por primera vez de verdad cómo vivía. No es que estuviera precisamente malcriada por el lujo.

¿Te extraña, Carson? ¿En serio? Repartía pizzas y mantenía económicamente a su hermano; probablemente puede dar gracias de poder permitirse una habitación con los precios que hay aquí. Mi mala conciencia despertó de nuevo. No le había transferido a Lexie el dinero por su ayuda y, con ello, no le había facilitado la vida precisamente. Y todo por un mezquino afán de venganza.

¿Era de verdad afán de venganza?

¿O quizá sentimientos heridos?

Aparqué mi Maserati Ghibli plateado frente a la casa de aspecto cutre y admití por fin que Lexie me había llegado al corazón como ninguna mujer antes. Ni siquiera Nellie lo había logrado nunca; hoy ni siquiera podía decir qué fue lo que me atrajo de ella.

En cambio, todo en Lexie me había hechizado. Su aspecto, ya fuera su pelo pelirrojo, sus brillantes ojos verdes, su piel cálida, su risa clara, sus piernas largas o sus pechos firmes. Su presencia me cautivó de inmediato, ya desde la primera vez que la vi, cuando se aferraba a la barandilla de una escalera muerta de miedo por una araña. Pero también eran sus respuestas ingeniosas, su franqueza sobre sus miedos y su apoyo lo que me fascinaba.

Con Lexie, incluso en mis momentos más difíciles, nunca me sentía como si fuera alguien difícil. Simplemente, siempre estaba bien.

Y todo eso lo había desechado en un ataque de celos porque le había creído a ese idiota de Edward Malley en lugar de hablarlo todo con Lexie.

Eres un soberano idiota, Carson, y solo puedes esperar que ella te perdone.

Con el corazón latiendo con fuerza, alcé la vista hacia el mugriento edificio. De repente, el encuentro inminente me dio miedo. ¿Y si Lexie ya no quería ni verme?

En ese momento deseé que Ian estuviera conmigo. Mi mejor amigo se había ofrecido a acompañarme, pero yo lo había rechazado. Esto

tenía que hacerlo solo.

Ahora me preguntaba si de verdad había sido tan buena idea.

No te vas a dar la vuelta estando tan cerca de tu objetivo, Carson. Ya que estás aquí, al menos deberías salir de dudas. Un rechazo puede doler, pero siempre es mejor que cargar constantemente con el pensamiento de «qué habría pasado si».

Si aún hubiera tenido el número de teléfono de Lexie, la habría llamado simplemente y habría podido comprobar rápido si Lexie quería hablar conmigo. Pero borré el número después de nuestro último encuentro.

Respiré hondo y bajé del coche. Supuse que podría dejar el Maserati ahí un rato. No estaba permitido aparcar, pero ¿quién se lo iba a llevar con la grúa en este sitio? Miré a izquierda y derecha. No se veía a nadie, y mucho menos a alguno de esos agentes del orden neoyorquinos que adoran poner multas. En esta calle probablemente no podrían recaudar mucho dinero. En el centro de Manhattan, en cambio, la cosa era muy distinta.

Ya no podía seguir escabulléndome. Me acerqué despacio a la puerta de la casa destartalada. ¿En qué piso viviría Lexie? Examiné el panel de los timbres. No figuraban nombres, sino únicamente el número de los distintos apartamentos. Lexie tenía dos compañeras de piso, eso me había dicho. Pero aquello no me servía de nada ahora.

En ese instante se abrió la puerta y un indio enjuto con turbante salió del edificio. Me sujetó la puerta cortésmente.

Me dirigí directamente a él. —Perdone, busco a Lexie Barnes. ¿Sabe usted en qué apartamento vive?

—Yo no conocer Lexie —se encogió de hombros el indio.

Lo miré desconcertado. ¿Debería entrar y llamar simplemente a algunas puertas? Alguien tendría que conocer a Lexie. ¿No? Pensé en el rascacielos donde yo vivía. ¿A cuánta gente conocía allí?

No conoces a casi nadie, Carson.

¿Cuánta gente me conocía a mí? ¿Cuánta gente se conocía entre sí?

Esta casa era considerablemente más pequeña que el edificio en el que yo vivía, pero era perfectamente posible que alguien viviera allí y nadie, absolutamente nadie, supiera quién era Lexie. Miré al indio desanimado.

—Vive con otras dos chicas en un piso compartido —lo intenté de nuevo.

El indio me miró sin entender.

¿Tan malo era su inglés? Sacudí la cabeza. Bueno, había gente que llevaba años viviendo en Nueva York y seguía sin hablar ni una palabra de inglés.

—Un piso con tres mujeres —exclamé un poco más alto, como si el indio fuera a entenderme mejor por hablar más fuerte.

—Cuarta planta. —El indio me mostró cuatro dedos, como si pensara que yo también hablaba mal inglés. O quizá me tomó por sordo porque acababa de gritarle. —A la derecha del ascensor —añadió el indio antes de darme una palmadita en el hombro y marcharse.

La puerta se cerró y me quedé un momento en el pasillo oscuro. A mi lado brillaba una pequeña luz naranja. Debía de ser el interruptor. Lo pulsé y se encendieron unos tubos fluorescentes de luz tenue. Al fondo estaban las escaleras. Decidí subir los cuatro pisos a pie. Hacía un momento no veía la hora de ver a Lexie, pero ahora no me sentía preparado.

Llegué al piso correcto demasiado pronto. A la derecha del ascensor, había dicho el indio. ¿A la derecha al salir del ascensor o al entrar?

Seguro que al salir, Carson. ¿Qué sentido tendría si no?

Pulsé el timbre junto a la puerta correspondiente y esperé conteniendo el aliento.

La puerta se abrió.

Una mujer entrada en carnes con un chicle en la boca apareció frente a mí. Tenía más o menos la edad de Lexie, pero eso era lo único que tenían en común. Pelo castaño lacio, ojos castaños sin vida, mala piel y, además, una mirada antipática; la mujer no parecía nada agradable. Y de atractiva no tenía nada.

—¿Sí? —me espetó mientras hacía sonar el chicle de un lado a otro de la boca.

—Busco a Lexie Barnes —dije—. ¿Está en casa?

La mujer soltó una carcajada estrepitosa. Luego se dio la vuelta. —¡Myra! —gritó por encima del hombro—. Ven rápido, no te puedes perder esto.

—¿Qué pasa, Beverly? —Una voz estridente llegó desde el interior del piso.

—Hay alguien que quiere hablar con Lexie. Un tipo muy repeinado. —La rolliza Beverly soltó una fuerte carcajada. Tras ella apareció una segunda mujer. Todo en ella parecía puntiagudo: nariz, barbilla, labios, hombros.

—¿Lexie? —La risa de la segunda mujer sonaba tan afilada como su cuerpo.

Ambas me miraron. —Y usted, ¿qué quiere de Lexie?

—Eso quiero decírselo a ella personalmente. —Esas dos mujeres me parecieron sumamente maleducadas y repulsivas, pero me esforcé al máximo por mantener la amabilidad.

—¿Es usted el tipo que Lexie se ligó hace unas semanas? Hemos oído campanas. —La rolliza Beverly le dio un codazo a la flaca Myra. Ambas soltaron una risita.

—Eso no es asunto suyo. —Ahora sentí que el enfado crecía en mi interior—. Quiero hablar con Lexie, eso es todo. ¿Acaso eran una especie de policía que controlaba quién podía ver a Lexie? ¿Un par de cotillas que metían las narices en todo y especialmente en lo que no les incumbía?

—Siiiií… Quizá no sea asunto nuestro… —Beverly masticó su chicle con parsimonia—. Pero ahora estamos aquí frente a usted y usted quiere algo de nosotras, no nosotras de usted, ¿verdad?

Myra soltó una risita de asentimiento.

—Lexie y yo nos conocemos bien. —Al decir esto, revelé más de lo que pretendía—. Por eso la busco ahora.

—¿Oyes? Que la conoce biieeeen. —Myra le dio a Beverly en la cadera y soltó una risita maliciosa—. ¿Y cómo de biieeeen la conoce? ¿Y por qué no lo hemos visto nunca por aquí?

—Como ya he dicho, eso no les importa a ninguna de las dos. —Consideré seriamente si debía colarme en el piso pasando por medio de ellas. ¿Podrían acusarme de allanamiento de morada? ¿O de otra cosa?

Myra volvió a reírse entre dientes. —Si conoce tan bien a Lexie, ¿cómo es que no sabe que ya no vive aquí?

Me quedé mirando a las dos mujeres.

¿Era verdad?

¿O me estaban mintiendo?

A estas alturas las creía capaces de cualquier cosa y, sobre todo, no me fiaba un pelo de ellas. ¿Qué me estaban ocultando? ¿Por qué no me habían dicho enseguida que Lexie ya no vivía allí?

—Se fue hace ya… pues hace por lo menos un mes. —Beverly soltó una carcajada estridente.

—Exacto —confirmó Myra—. En realidad, pensábamos que se había ido con usted. —Myra volvió a reír con malicia—. Pero como por lo visto no es el caso y ahora está aquí buscando a una mujer… ¿por qué no pasa y ve lo que nosotras dos podemos ofrecerle? —Myra se acarició el cuerpo con aire sugerente. Beverly hizo lo mismo.

Las miré con asco. —Quiero la nueva dirección de Lexie —dije, aunque apenas hube pronunciado las palabras, ya me arrepentía.

Carson, tonto de remate. Por supuesto que ellas no tienen la nueva dirección de Lexie. Lo acaban de decir. Pensaban que Lexie estaba contigo.

Me di la vuelta sin decir una palabra más. No quería ni despedirme de Myra y Beverly. No merecían ni que les hablara.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor. Por un instante albergué la loca esperanza de que Lexie apareciera de un momento a otro frente a mí y me sonriera.

Tonterías, Carson. Se fue hace cuatro semanas. ¿Por qué iba a venir por aquí? Myra y Beverly no son precisamente el tipo de antiguas compañeras de piso a las que uno visita de vez en cuando para tomar un café y charlar de los viejos tiempos.

—Carson. —Un chillido de emoción.

No podía dar crédito a mis ojos. Frente a mí estaba Nellie, mi ex. —¿Qué haces tú aquí? —pregunté, olvidando por un momento incluso por qué estaba allí.

—Solo quería ver si todo estaba en orden —Nellie señaló con la cabeza la puerta abierta del piso tras de mí—. Mis dos inquilinas ya me esperan.

—¿Tus dos inquilinas? —repetí con torpeza. Miré a Myra y Beverly. Las dos saludaron a Nellie con la mano.

—¿Entonces Lexie también era inquilina tuya? —Me volví de nuevo hacia Nellie. En realidad había jurado no volver a hablar con mi ex. Pero ahora se trataba de Lexie. Eso era distinto. Habría dado lo que fuera por encontrarla.

—A esa la eché a la calle en cuanto la reconocí. —Nellie sonrió con autosuficiencia—. Así que ya puedes buscarla aquí sentado. Ya no está. —Nellie se encogió de hombros—. Ni idea de dónde se ha metido. Da igual.

Miré fijamente a la cara de mi ex. Nellie me sonrió con descaro. —¿Que echaste a Lexie a la calle? —No podía creer lo que acababa de oír.

—Esa no es mujer para ti, Carson. —Nellie sacudió la cabeza con energía—. Lo vi enseguida. Además, mi amiga Mary me contó que había visto a Lexie en tu apartamento y que solo es una escort que usa trucos sucios.

¿Mary?

¿Cuándo había estado una tal Mary en mi apartamento?

Entonces recordé. La escort rubia platino.

¿Era amiga de Nellie?

¿Y le había contado que yo había contratado a Lexie?

¿Lexie no me había traicionado en absoluto?

Nellie siguió parloteando: —Así que la eché de aquí y le dije que nosotros dos pegamos mucho mejor. Y por suerte ya le había pedido antes a Edward que se pasara por tu casa y te quitara a Lexie de la cabeza. —Nellie frunció el ceño—. Pensé que lo había hecho, pero como estás aquí, se ve que no se esforzó demasiado. Tendré que volver a hablar seriamente con él.

No podía dar crédito a lo que oía.

—¿Tú hiciste QUÉ? —Me moría de ganas de agarrar a Nellie por los hombros y darle un buen sacudida.

—Bueno, Carson, es que a ESA mujer no puedes tomarla en serio… —empezó Nellie.

No la dejé terminar. —¡No te atrevas a volver a meterte así en mi vida nunca más! —grité tan fuerte como pude.

Nellie se tapó los oídos. —Carson, siempre tienes que reaccionar así de mal. Ya pasaba antes y…

Miré a mi ex a los ojos. —Como vuelvas a hacer algo parecido, vas a tener un problema serio. ¿Nos hemos entendido? —siseé.

Nellie me conocía lo suficiente como para saber cuándo hablaba en serio. —Yo… —Tragó saliva.

Me di la vuelta y bajé las escaleras. Podía ahorrarse sus explicaciones. No tenía ningún interés en seguir escuchándola.

Tenía cosas más importantes que hacer.

Tenía que encontrar a Lexie.

Por suerte, ella mencionó una vez dónde trabajaba.

La pizzería era ahora mi destino.

Capítulo 31 Carson

Abrí la puerta de la pizzería. El olor casi me corta la respiración. Ahora entendía por qué Lexie odiaba la pizza. Aquí no había nada que me abriera el apetito. Olía a rancio y a quemado, exactamente como si en un rincón se escondiera grasa vieja y estancada, mientras que en el otro se quemaran las pizzas pedidas. Arrugué la nariz. ¿Cómo podía la gente pedir una pizza aquí?

Pensé en la noche en que Lexie se plantó por error en mi puerta con una pizza. En aquel momento sentí algo parecido a la gratitud porque la rubia platino se hubiera zampado la pizza sin ofrecerle un trozo a nadie más.

No se me había escapado ni un detalle.

Salvo una experiencia muy asquerosa.

De todos modos, no habría probado la pizza; al fin y al cabo, era alérgico al marisco.

—¿Qué quiere?— Un tipo alto y corpulento, con un delantal que debió de ser blanco en algún momento, salió por una puerta batiente que debía de conducir a la cocina. Se plantó detrás del mostrador, se cruzó de brazos musculosos y me miró con el ceño fruncido.

No era precisamente una bienvenida amable.

Pero probablemente el hombre ya tenía claro que yo no iba a comprarle ninguna pizza. Aquí seguro que solo pedían los que no podían permitirse otra cosa. A mí se me notaba de lejos que no pertenecía a los neoyorquinos más pobres, sino que podía elegir cada noche quién cocinaba para mí.

Si tan solo encontrara de una vez a una ama de llaves.

Aparté ese pensamiento de la cabeza y me concentré en el hombre que tenía delante. —Hola.— No vendría mal empezar la conversación con amabilidad. Pero el hombre no movió ni un músculo de la cara. Me miró impasible.

—Busco a Lexie Barnes.— Si el tipo no tenía intención de hablar conmigo, más valía ir directo al grano y preguntarle lo que quería saber.

—No me suena.— El tipo seguía sin inmutarse.

—Pero si trabaja aquí.— ¿Acaso el hombre no sabía cómo se llamaban sus propios empleados? Podía pasar, supongo. Pero no en un negocio de este tamaño. Aquí no habría más de cinco o seis empleados en total.

—Aquí no trabaja ninguna Lexie.— El hombre sacudió la cabeza.

—Pero si ella misma me contó...— No terminé la frase, porque ahora empezaba a dudar. ¿Quizá me había equivocado?

—Pues se han quedado con usted pero bien.— El hombre soltó una carcajada burlona. Pero algo en él me resultó falso.

Lo miré fijamente. —¿Es usted Joe?

El hombre abrió la boca. En ese instante, se oyó un grito desde el fondo de la cocina. —¡Oye, Joe!

El hombre empujó la puerta batiente hacia atrás y gritó un fuerte: —¡Ahora no!— hacia la cocina.

Así que él era Joe.

El jefe de Lexie.

¿Pero por qué no quería decirme dónde estaba Lexie?

Esta vez fui yo quien se cruzó de brazos y puso cara de pocos amigos. —¿Por qué no quiere decirme dónde está Lexie?— solté en cuanto Joe se volvió de nuevo hacia mí.

Joe gruñó.

Me habrían sobrado ganas de agarrarlo por las solapas y zarandearlo bien para que me dijera dónde estaba Lexie. ¿Acaso estaba allí detrás, en la cocina? La idea de estar tan cerca de ella y que solo me detuviera un idiota que apenas podía hablar me volvía casi loco. Ahora ya no me hacía falta esforzarme mucho para parecer furioso. Apreté los dientes y cerré los puños.

—¡Dónde! ¡Está!— Lo que en realidad era una pregunta sonó como una orden a gritos. Tensé todo el cuerpo y me preparé para salir disparado hacia la cocina pasando por delante de Joe. Me daba igual lo que pensara de mí. O lo que pensaran de mí todos los demás allí en la cocina.

Solo había una persona a la que no me daba igual lo que pensara de mí.

Lexie.

—Ah... ya me acuerdo. Lexie.— Joe frunció aún más el ceño, de modo que su expresión resultó todavía más sombría.

¿Que ya se acordaba? ¿Qué se suponía que significaba eso?

—¿Dónde está?— exigí saber de nuevo.

—Ya no trabaja aquí. Por suerte.— Joe sacudió la cabeza y apretó los labios hasta formar una fina línea. —Más me habría valido no haberla contratado nunca.

Se me encogió el estómago.

Lexie ya no trabajaba aquí.

¿Dónde estaba entonces?

Y sobre todo: ¿cómo iba a encontrarla?

—Esa tonta no ha traído más que desgracias. Siempre llegaba tarde. Se liaba con todas las rutas. Dejaba que los clientes la timaran con

el pago. Ni siquiera era capaz de plegar correctamente una caja de pizza.— Joe bufó con desprecio. —Alégrese de que ya no esté aquí. — Me miró con desconfianza. —¿Y qué quiere usted de ella, de todas formas?

Sí, ¿qué quería yo de ella?

Todo.

Lo quería todo.

Pero tenía miedo de acabar quedándome sin nada.

Me HABÍA quedado sin nada. Todas las opciones para encontrar a Lexie se me resbalaban entre las manos. Ya no vivía en el piso que yo conocía. Ya no trabajaba en la pizzería que yo conocía. No tenía ni idea de dónde podría estar ni de dónde más buscarla. Nueva York tenía más de ocho millones de habitantes. Aquí uno podía desaparecer sin problemas si se lo proponía. Y cuando buscas a alguien, a menudo no encuentras a la persona ni siquiera cuando QUIERE ser encontrada. Y yo no estaba nada seguro de si Lexie quería que yo la encontrara.

Pero, desde luego, no pensaba compartir esos pensamientos con Joe. Ni siquiera me los había confesado a mí mismo hasta ahora.

—¿Acaso Lexie le ha engañado? ¿Le debe dinero?— Joe interpretó mi expresión pensativa de forma totalmente errónea y, de repente, me miró de forma un poco más abierta. Parecía casi curioso. Descruzó los brazos y se apoyó en el mostrador.

De pronto, vislumbré una oportunidad. Si le fingía a Joe que detestaba a Lexie y que la buscaba para pedirle cuentas,

seguramente me contaría todo lo que supiera.

Las ideas se agolpaban en mi cabeza. Quizás Joe sí tuviera alguna idea de adónde se había mudado Lexie. Al fin y al cabo, parecía que Nellie la había echado poco después de nuestra pelea. Por aquel entonces Lexie aún trabajaba en la pizzería, ¿no? Así que Joe posiblemente podría saber adónde se había ido.

—Sí— afirmé entonces—. Empezó a trabajar para mí como ama de llaves y luego se marchó sin más. Desde entonces falta el reloj antiguo de mi abuela.

—¿Y por qué no va simplemente a la policía?— Joe volvió a poner cara de pocos amigos.

—Porque la policía seguro que nunca encontrará el reloj, aunque localicen a Lexie— expliqué, asombrado en ese momento de mi propia inventiva—. Pero si encuentro a Lexie yo mismo y renuncio a poner una denuncia, quizá todavía tenga una oportunidad. El reloj es muy importante para mí, es una antigua herencia familiar y quiero recuperarlo a toda costa.— Me aclaré la garganta y formulé la pregunta decisiva. —¿Sabe usted dónde está Lexie ahora? ¿Tiene quizá su dirección o el nombre de amigos que puedan saber dónde está?

Joe seguía con gesto sombrío.

En ese momento, cualquier medio me parecía válido para alcanzar mi objetivo. —No saldrá usted perdiendo— añadí, haciendo un gesto que sugería una recompensa para Joe si encontraba a Lexie.

—Dirección— gruñó Joe—. Aquí no nos andamos con esas cosas. La gente vive donde vive. No soy su padre ni nada parecido para

seguirla hasta su casa. Si duerme cada noche en el sofá de un tipo distinto, me da exactamente igual.

Vi en los ojos de Joe que me ocultaba algo. —¿Así que no sabía que vivía en un piso compartido? ¿Y que la echaron de allí?

—Esas dos no tienen nada que ver con esto.— Joe se puso rojo. —Ella también les hizo la vida imposible y no les dejó otra opción.

¿Esas dos? Por lo que yo sabía, Nellie había echado a Lexie, no las dos compañeras de piso. Joe parecía conocerlas.

Carson. Eso no tiene ningún interés. Lexie ya no está allí.

—¿Tiene alguna idea de adónde se fue después?— seguí preguntando.

Joe sacudió la cabeza. —A mí qué me importa. La echaron de aquí y la echaron de allí, y eso es exactamente lo que se merecía.

En ese instante, se abrió la puerta detrás de mí. Me di la vuelta. Una mujer entró en la pizzería. Llevaba una chaqueta con una inscripción desvaída que apenas se podía descifrar como el nombre de la pizzería.

—¡Al fin vuelve de su ronda!— le increpó Joe a la mujer. —¿Se ha vuelto manca o qué?

La mujer miró a Joe con desprecio. —¿Cómo que manca? ¿Tengo que recordarle que desde hace un tiempo hago dos rondas porque estoy sola y aún no ha contratado a nadie para sustituir a Lexie? ¿Ya se le ha olvidado?

Joe se puso rojo como un tomate, pero no dijo nada. Probablemente no podía permitirse perder a otra empleada. De lo contrario, tendría que repartir él mismo sus pizzas.

—¿Usted conoce a Lexie?— Recuperé la esperanza al mirar a la mujer.

—Claro. Éramos compañeras.— La mujer me miró con desconfianza.

—Lexie se le metió en casa después de que la echaran de aquí y le robó un reloj. La está buscando.— Joe miró a la mujer con aire triunfal, como si por fin le estuviera demostrando quién era Lexie en realidad.

La mujer bufó. —Eso es una tontería. Lexie garantizado que no se ha metido en casa de nadie en las últimas semanas. Yo lo sabría.— La mujer me miró con ojos entrecerrados. —Usted miente más que habla. Largo de aquí. Si quiere calumniar a gente inocente, puede hacerlo en otra parte.— La mujer se abrió paso a mi lado y se dirigió a la puerta batiente detrás del mostrador.

—¡Espere!— grité con fuerza, antes de que desapareciera por completo de mi vista.

La mujer se dio la vuelta. —¿Qué pasa ahora?

—Yo... lo del reloj no es verdad, tiene razón— admití—. Solo lo dije porque pensé que así me resultaría más fácil conseguir la dirección de Lexie.

—Me ha mentido— rugió Joe.

No le hice caso.

La mujer me observó ahora con más atención. Dejó que su mirada se detuviera largo rato en mi cara. —¿Carson Sanders?— preguntó entonces. —Usted es Carson Sanders.

La mujer parecía conocer bien a Lexie si sabía de mí y conocía mi nombre. Mi corazón dio un vuelco. Aquella mujer sabría, pues, dónde estaba Lexie. Y lo que ella pensaba de mí ahora.

Tragué saliva.

—¿Y qué es lo que quiere de verdad de Lexie, si no le ha robado ningún reloj?— La mujer me miró con aire inquisitivo.

—Darleen. Céntrese en su trabajo— espetó Joe.

Así que la amiga de Lexie se llamaba Darleen. Ignoró a Joe y siguió mirándome.

—Yo... bueno, cometí un error y... tengo que decírselo a Lexie urgentemente. De verdad, es muy urgente— tartamudeé.

Por Dios, Carson, ¿es que no puedes articular una frase coherente?

Darleen arqueó las cejas. No dijo nada.

—Quiero volver a verla. Yo... actué de forma precipitada y... quiero preguntarle si me da otra oportunidad— lo intenté de nuevo.

Darleen asintió. Se puso el dedo índice en la nariz y pareció reflexionar un momento. Luego abrió la boca. —Lexie vive conmigo desde hace un mes— dijo entonces. —Puede pasarse por casa esta tarde. Ahora mismo le doy la dirección.

¿Esta tarde?

Primero me alegré. Si Lexie quería verme, eso solo podía significar... no me atrevía a seguir pensando.

Y entonces me di cuenta de lo que Darleen había dicho.

¿Esta tarde?

El día se extendía ante mí en horas interminables.

—¿Está Lexie en casa ahora?— solté—. Entonces... entonces puedo pasarme ahora mismo. Yo... prometo que me iré enseguida si no quiere hablar conmigo.

—Lexie está trabajando— replicó Darleen—. No está en casa.

—¿Tiene un trabajo nuevo?— exclamé. —Eso es maravilloso. ¿Dónde... dónde trabaja?

Darleen me miró valorándome. Luego soltó una carcajada sonora. —Vaya, sí que le ha dado fuerte a usted. Si tiene tanta prisa que ni siquiera puede esperar hasta esta tarde...

Miré a Darleen con sentimiento de culpa y luego me encogí de hombros. No sabía cómo más convencerla.

Pero sabía que tenía que ver a Lexie.

Cambié el peso de un pie a otro con inquietud.

—Ya casi debe de ser su hora de descanso— rogué—. Así no la molestaré más.

Darleen se rio aún más fuerte.

Luego asintió. —Está bien, Lexie es adulta y sabe perfectamente con quién quiere verse. Le daré el nombre de la empresa.

El corazón me latía en la garganta.

Capítulo 32 Lexie

Me quedé mirando los documentos que acababa de escanear. Me costaba creerlo. Edward Malley realmente había intentado evadir impuestos por valor de millones. Y, para colmo, había denunciado a Carson ante la oficina de Hacienda. Se me revolvía todo por dentro solo de pensarlo. Había que reconocer que aquel Edward Malley era astuto, eso no podía negarlo.

¿Podía siquiera encargarme yo de esta declaración de la renta? Al fin y al cabo, conocía a Edward de cierta manera... bueno, digamos que «conocidos» era la palabra que mejor lo definía. En realidad, debería haberme declarado no apta por conflicto de intereses. Edward no había dejado de provocar a Carson, intentando desprestigiarlo y hundirlo con sus turbios métodos. Había pretendido hacerse con el New York Business Award mediante engaños. Además, salía con la ex de Carson, la misma que me había echado del piso y se había asegurado de que Carson y yo rompiéramos.

Y, a decir verdad... lo que menos quería era estar pendiente de una declaración de la renta; lo que quería era ver a Carson. Quería decirle que Nellie era una lagarta intrigante.

No, eso no.

Sencillamente quería oír de su propia boca de qué iba todo aquello. ¿De verdad había querido deshacerse de mí? Era muy posible que Nellie hubiera mentido, pero también cabía la posibilidad de que Carson no estuviera interesado en mí de verdad.

Me removí inquieta en la silla.

Acababa de terminar mi pausa para comer. Aún faltaban horas para que pudiera salir de la oficina.

¿Y después? ¿Qué piensas hacer entonces, Lexie? ¿Vas a llamar a Carson? ¿Vas a ir a verlo?

No tenía ni la menor idea.

Podrías llamarlo ahora mismo y te lo quitarías de encima. Vete al baño, enciérrate y marca su número.

Pero ¿y si Carson no quería hablar conmigo? Entonces volvería a quedar como una más de esas mujeres a las que han dejado y que luego persiguen a los hombres suplicándoles que se lo piensen mejor, que lo intenten otra vez. Que vuelvan con ellas.

Carson y tú nunca habéis estado juntos de verdad. Firmaste un contrato con él. Eso es todo. Y ese contrato ya ha terminado. Al final, todo el asunto se fue un poco de las manos.

Casi me convencí a mí misma.

Casi.

Pero la realidad era que las cosas no se habían limitado a descontrolarse al final. Carson y yo no nos habíamos acostado borrachos perdidos para luego despertarnos con resaca el uno al lado del otro y decidir olvidar lo ocurrido.

No.

Entre nosotros había habido una atracción desde el principio que se había ido haciendo cada vez más fuerte. Nuestras caricias, nuestro primer beso, las risas compartidas... todo aquello se sentía muy real. Más que real. Que termináramos pasando una noche de pasión no fue más que la consecuencia natural de todo aquello. Y por la mañana tampoco intentamos restarle importancia al asunto.

Carson había querido volver a verme.

Incluso me había dejado una nota.

Me incliné, abrí con cuidado la cremallera del compartimento lateral de mi bolso y busqué a tientas el pedacito de papel que llevaba conmigo desde hacía cuatro semanas. Lo llevaba a todas partes. Daba igual que fuera a una entrevista de trabajo o que bajara a la calle un momento a comprar algo. Incluso cuando Darleen me convenció una vez para salir a tomar algo y despejarme, llevaba la nota conmigo.

Por supuesto, no logré despejarme.

No quería pensar en otra cosa.

Y ahora, menos todavía.

Tenía una montaña de trabajo por delante, pero no lograba concentrarme lo más mínimo. Guardé con cuidado la nota de nuevo en el bolsillo lateral. Luego me levanté despacio y salí fuera.

¿Debería llevarme el móvil?

Tras darle algunas vueltas, decidí que no.

Primero estiraría un poco las piernas y me tomaría un café.

Al abrir la puerta de la oficina, oí voces alteradas en el pasillo. Al doblar la esquina, el corazón se me paró.

Allí estaba mi jefe.

Y Carson.

¿Qué narices hacía él allí?

¿Y por qué estaba hablando con el Sr. Taylor?

Como aún no me habían visto, me pegué al marco de una puerta para ocultarme. Desde allí nadie podía verme.

—Pero tengo que hablar con la señorita Barnes —oí decir a Carson. El corazón me golpeaba contra el pecho.

—Eso es imposible, la señorita Barnes está trabajando ahora. ¿Qué quiere usted aquí, de todas formas, y quién es? No puede venir cualquiera a interrumpir a nuestros empleados durante sus horas de trabajo —dijo el Sr. Taylor, que parecía indignado—. Solo hacemos

excepciones por emergencias familiares. Pero no parece que sea su caso, de lo contrario ya lo habría dicho.

¿Debía salir de mi escondite y dejarme ver? Así Carson sabría que estaba allí. Así descubriría POR QUÉ quería hablar conmigo con tanta urgencia.

El corazón me latía tan fuerte que creí que Carson y el Sr. Taylor podrían oírlo.

—Es una emergencia profesional —afirmó Carson entonces. ¿Me lo parecía a mí o su voz sonaba un poco distinta de lo habitual?

—¿Profesional? —repitió el Sr. Taylor, inquisitivo.

—La señorita Barnes me ha estado ayudando con un asunto fiscal y... —Carson no pudo seguir.

El Sr. Taylor lo interrumpió: —Comprenderá que, con más razón, no podemos ayudarle en ese sentido. No tenemos aquí personal externo que ande ayudando a particulares. Tenemos empleados que se deben a nuestros clientes —la voz del Sr. Taylor subió un poco de tono.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Carson en tono conciliador.

—Si ya cuenta con el asesoramiento de otra asesoría fiscal, como supongo que es el caso, diríjase a sus propios asesores allí. Estoy seguro de que estarán encantados de atenderle —me asomé por la esquina. El Sr. Taylor le tendía la mano a Carson como para despedirse. Me habría encantado correr hacia ellos, pero mis piernas se negaban a moverse; estaba como clavada en el suelo.

—Lo haré, pero me temo que el asesoramiento no es de mi agrado —Carson negó con la cabeza. No aceptó la mano del Sr. Taylor. En su lugar, giró repentinamente la vista en mi dirección. Retiré la cabeza a toda prisa.

No debía verme.

No debía saber que estaba escuchando.

—Ah. Así que está buscando una nueva asesoría fiscal. Y la señorita Barnes ya le ha ayudado anteriormente. ¿Por qué no lo ha dicho antes, señor...? ¿Cómo ha dicho que se llamaba? —El tono del Sr. Taylor cambió radicalmente. De pronto parecía muy interesado.

—Carson Sanders —se presentó Carson.

—¿Es usted Carson Sanders? —El Sr. Taylor se debatía ahora entre la incredulidad y el entusiasmo—. ¿El de *Carson's Chocolates*?

—Exactamente —confirmó Carson.

—Entonces, por favor, acompáñeme. Iremos a buscar a la señorita Barnes —el Sr. Taylor se apresuró en mi dirección.

¡Ay, Dios!

¿Qué podía hacer?

En ese preciso instante se abrió la puerta que tenía a mi espalda. Me di la vuelta. —¿Qué hace usted aquí? —Una compañera a la que aún no conocía me miraba de frente.

Balbuceé: —Esto... soy nueva y estoy buscando... bueno...

¿Qué demonios estaba buscando?

Mi mente trabajaba a mil por hora.

—Señorita Barnes. Aquí está —el Sr. Taylor parecía encantado al verme. Me volví de nuevo. Las rodillas se me aflojaron. Carson estaba justo delante de mí y me sentía tan consciente de su presencia como en cada ocasión en la que nos habíamos visto.

Como en aquel momento en que había estado desnuda a su lado en la cama.

Tragué saliva.

Despacio, Lexie. Primero averigua qué quiere.

—Tengo aquí a un cliente al que creo que conoce usted... —la mirada del Sr. Taylor pasó de mí a Carson y viceversa.

—Hola —susurré. Y entonces, muy lentamente, miré a Carson a sus ojos oscuros. Parecían tan indescifrables como siempre. Y aun así... habría jurado que en ellos brillaba una chispa. Deseo. Mezclado con un toque de melancolía.

—Lexie —Carson me tomó de la mano y me la apretó con firmeza.

Y acto seguido, simplemente tiró de mí.

—¿Qué...? Pero... —oí al Sr. Taylor a mis espaldas, pero sus palabras me pasaban de largo. Para mí solo existía Carson. Su mano estaba

tan cálida y firme como siempre, y deseé que no soltara la mía jamás.

¡Lexie! No tienes ni idea de lo que quiere de ti. Y además... ten cuidado con tu corazón, que ya lo tiró a la basura una vez sin miramientos.

Carson me llevó hasta la pequeña cocina reservada a los empleados que no querían comer en la cafetería. Había un microondas, vajilla, una cafetera y una mesita con un banco esquinero tapizado en negro. Carson no se sentó. Me soltó la mano, se apoyó contra la encimera y me miró.

Sentí la pérdida del contacto casi como un dolor físico, pero me guardé mucho de que se me notara.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté.

—Tu compañera de piso me ha dicho dónde trabajas —Carson sonrió levemente.

—¿Darleen? —No podía creer lo que estaba oyendo.

—Sí. Estuve en la pizzería de Joe y allí me encontré con Darleen. Menos mal. Si no, ya no habría sabido ni por dónde empezar a buscarte. Ya no vives en tu antigua dirección y nadie sabía a dónde te habías mudado. Joe tampoco quiso darme ninguna información y ya había perdido toda esperanza de volver a encontrarte cuando apareció Darleen por la pizzería —Carson se pasó una mano por el pelo y se mordió ligeramente los labios.

¿Acaso estaba nervioso?

Entonces procesé sus palabras.

Ya había perdido toda esperanza de volver a encontrarte.

O sea, que me había buscado con desesperación.

Me aclaré la garganta e iba a preguntarle a Carson por qué me había buscado, pero él se me adelantó.

—Lexie, me he portado como un completo idiota. Nellie y Edward me contaron unas historias y yo me las creí sin más y te ataqué, en lugar de hablar contigo como es debido. Yo... —Carson respiró hondo—. Quería evitar por todos los medios que la historia se repitiera y, al hacerlo, he destruido nuestro futuro.

Y, al hacerlo, he destruido nuestro futuro.

Los ojos de Carson se oscurecieron un tono más. —Te he echado de menos cada día desde... desde entonces. Intenté convencerme de que era algo temporal y de que solo necesitaba trabajar un poco más. Pero... —Carson abrió los brazos con gesto de impotencia—. No tengo muchas esperanzas de que quieras volver a hablar conmigo. Pero si no lo intentaba al menos una vez, me pasaría el resto de mis días preguntándome qué habría pasado si lo hubiera hecho.

Me mordí el labio. ¿Qué se supone que debía decir? Yo tampoco es que hubiera estado a la altura. Quería que Carson volviera conmigo. Más que nada en este mundo. Pero ¿de verdad podría ser feliz con alguien que se comportaba así?

Respiré hondo y tomé una decisión. —Entonces... ¿entonces no quieres volver con Nellie? —pregunté con cautela.

—Claro que no —Carson me miró estupefacto—. Por Dios, me alegro de habérmela quitado de encima —sacudió la cabeza—. ¿Cómo se te ocurre una idea así?

—Porque Nellie se presentó en mi casa y afirmó que tú... —No pude seguir hablando y tragué saliva varias veces—. Por eso estaba tan alterada cuando fui a tu oficina —admití entonces.

Carson asintió despacio. —Y yo también estaba alterado porque Edward había afirmado que le habías ofrecido tus servicios como chica de compañía. Se portó de forma tan insolente que llamé a Nellie para pedirle que le pusiera la correa a Edward un poco más corta. En ese momento apareciste y...

No terminó la frase.

No hacía falta.

Ahora lo comprendía todo.

Se me humedecieron los ojos. —La próxima vez no nos pelearemos de forma tan estúpida, ¿vale? ¿Hablaremos las cosas como es debido?

Carson me estrechó entre sus brazos. —Cada día —susurró—. Hablaremos cada día.

Una lágrima se escapó del rabillo de mi ojo y rodó por mi mejilla.

Carson me acarició la cara y me secó la lágrima.

Le miré a los ojos.

—Eres la suerte de mi vida —susurró.

Y entonces, por fin, sentí sus labios sobre los míos.

Capítulo 33

Lexie y Carson

Un año después.

Carson

—Hoy no estás precisamente muy en forma. —Ian trotaba relajado a mi lado por Central Park. En ese momento, me dio un ligero codazo en el costado, lo que me hizo perder el ritmo todavía más—. Cuesta creer que terminaras el maratón de Nueva York con marca personal. Pero de eso ya hace un tiempo. Desde entonces has tenido muchas otras cosas que hacer —rió Ian de forma amistosa.

Respiré hondo tres veces. Ian tenía razón. Ya no estaba tan en forma como hace unos meses. Recordé con orgullo mi llegada a la meta en el maratón de Nueva York. Este año también quería volver a participar. Pero a diferencia del año pasado, el tiempo ya no me

importaba tanto. Había otras cosas que ahora tenían un lugar en mi vida y que eran importantes para mí.

—Sí —admití—. Me sigue gustando correr y me alegro de tenerte como compañero de carrera. Pero lo cierto es que...

—... ya no estás tan obsesionado con el rendimiento como antes —completó Ian mi frase.

—Bueno... —dije—. Yo no lo diría así. Me sigue importando a qué velocidad corro y quiero volver al maratón.

—Pero hoy te has olvidado el reloj. —Ian señaló mi muñeca.

—Es verdad. —Miré hacia abajo sorprendido.

—Y ni siquiera te habías dado cuenta. —Ian sonrió—. Estás un poco nervioso por lo de mañana, ¿verdad?

—No —afirmé.

Ian soltó una carcajada. —Te conozco demasiado bien, Carson. A mí no me puedes engañar. Puede que con Lexie aún lo consigas, pero dentro de unos años, cuando te conozca desde hace tanto tiempo como nos conocemos nosotros dos, ya no podrás.

—Eso ya no funciona ni ahora —gruñí.

Y no me importaba lo más mínimo.

Era, de hecho, la mejor sensación que había tenido nunca.

Lexie me conocía por dentro y por fuera. Sabía lo que me gustaba, lo que me preocupaba y cómo me sentía. Conocía mis deseos y mis sueños.

Y yo conocía los suyos.

Nunca habría creído posible encontrar a una mujer así, pero entonces apareció en mi vida sin más y lo puso todo patas arriba. O mejor dicho: puso todo en un nuevo orden. En un orden mucho mejor que el de antes.

Seguí trotando. La primavera estaba en todo su apogeo. Sobre mí, los pájaros piaban en las copas de los árboles, y las hojas verdes de los árboles y arbustos, junto con las flores de colores que nos rodeaban, eran un verdadero espectáculo.

—Un año increíble —reflexioné.

—Aunque no has vuelto a ganar el New York Business Award. —Ian seguía corriendo a mi lado.

—Solo se puede ganar una vez. —Esbocé una sonrisa—. Pero al menos Edward tampoco lo ha ganado este año.

—A él le ha ido bastante mal. —Ian sacudió la cabeza—. La historia salió en todos los periódicos.

Asentí. El nuevo empleador de Lexie había logrado salvar a Edward de lo peor. No había tenido que ir a la cárcel por evasión de impuestos. Pero había tenido que pagar una suma enorme en concepto de impuestos atrasados y, además, le habían impuesto una multa cuantiosa. Ahora su empresa estaba casi en la quiebra y un

competidor había comprado la compañía de software para sanearla desde los cimientos.

Al parecer, Edward se había marchado de Nueva York.

Y antes de irse, había admitido que quería vengarse de mí porque en su día compré la fábrica de chocolate y la llevé al éxito. Le había dejado fuera de juego y, a pesar de su propio éxito, nunca lo había superado.

Sacudí la cabeza.

¿Cómo se podía ser tan mezquino?

—Nellie y Edward parecían una pareja de ensueño. —Ian enfatizó las últimas palabras de tal manera que hasta un niño habría notado lo irónico que le resultaba.

—Bueno, como pareja, probablemente cada uno por su lado fuera una pesadilla. Supuse que por eso mismo se llevaban bien, porque eran muy parecidos. Pero se ve que no fue así. —Me encogí de hombros.

—Edward empezó una aventura, a lo que Nellie respondió con otra aventura, a lo que Edward contestó con una aventura distinta —describió Ian el círculo vicioso entre ambos. Además de los delitos fiscales de Edward, eso también había mantenido ocupados a los periódicos.

Volví a encogerme de hombros. —A estas alturas me dan exactamente igual. Ni siquiera sé qué está haciendo Nellie ahora. Probablemente esté buscándose un nuevo lío.

Ian soltó una risita. —Mientras no vuelva a meter las narices en tu vida.

—¡Eso seguro que no! —Pisé con especial fuerza al decir esas palabras. Nellie no se había alegrado por mi nueva felicidad y casi lo destruye todo. No permitiría que eso volviera a ocurrir. No había visto a Nellie en meses.

—Al contrario que Edward, a ti te va mejor que nunca. —En la voz de Ian se percibía admiración.

—Incluso mejor de lo que piensas, colega. Justo antes de ayer recibimos una solicitud de México. Quieren tener Carson's Chocolates allí en los supermercados. Al menos en la cadena de supermercados más grande del país. —No intenté ocultar el orgullo en mi voz.

—¡No me digas, colega! —Ian se detuvo. Yo hice lo mismo—. Enhorabuena, tío. Primero Canadá y ahora México. Pronto se podrá comprar vuestro chocolate en Europa y Asia.

—Vayamos poco a poco. —Intenté no emocionarme demasiado, pero lo cierto es que la visión de Ian ya no parecía tan lejana de repente. ¿Quién lo hubiera dicho hace unos años?

—Nada de falsa modestia. —Ian volvió a ponerse en marcha lentamente y trotamos uno al lado del otro hacia la salida. Mi amigo me lanzó una mirada fugaz—. Entonces todo marcha sobre ruedas.

—Ya lo creo —asentí—. La asistenta está a gusto, el ascensor funciona sin problemas... todas esas pequeñas cosas que me molestaban constantemente se han esfumado literalmente desde que Lexie entró en mi vida.

—Y tú que no querías una mujer. Hoy ya nadie te creería eso. —Ian rió a carcajadas.

Me uní a su risa. —Es la pura verdad. —Después de haber encontrado finalmente a Lexie, solo pasaron unas pocas semanas hasta que se mudó conmigo y cambió mi vida por completo.

Pensé en mañana. Mi corazón latía con fuerza, tal como Ian había dicho antes. Mi mejor amigo me conocía bien después de todo. Casi tan bien como la mujer a la que amaba por encima de todo.

***

Lexie

—Esto es algo que no me habría imaginado yo nunca. —Darleen me sonrió mientras se metía un trozo grande en la boca.

—¿El qué? —quise saber mientras trinchaba mi plato.

Darleen masticó y tragó. —Pues que las dos acabaríamos yendo juntas a comer pizza. —Darleen se echó a reír—. Cómo pueden cambiar los gustos.

Yo también reí. —No del todo. Nunca comería una pizza en lo de Joe. Jamás. Pero desde que Carson y yo pasamos una semana en Italia el año pasado y por fin vi el Mediterráneo... pues le he cogido el gusto. Una pizza casera realmente buena como esta tiene su punto.

—Es que uno no puede estar en Italia y no comer pizza. —Darleen seguía riendo.

—También tenían pasta. Gnocchi. Y un montón de cosas ricas más. —Me perdí en los recuerdos—. Fueron unas vacaciones maravillosas.

—¿Y el próximo destino? —preguntó Darleen.

—Tenemos dos semanas libres a partir de ahora. Carson ha reservado a partir de pasado mañana en un complejo en el Caribe. Con playa privada. —Sacudí la cabeza con incredulidad.

Darleen dejó los cubiertos a un lado. —Venga, Lexie. Créete de una vez tu suerte. Te ha tocado el gordo de verdad.

—Sí. —Darleen tenía razón. Una parte de mí seguía sin poder creer que todo esto fuera realidad—. A veces pienso que estoy soñando y que voy a despertar de nuevo con Myra y Beverly. Y que las dos estamos repartiendo pizzas para Joe —confesé.

—Por suerte ninguna de las dos hace ya eso —respondió Darleen secamente—. Por fin tengo dinero suficiente para mi formación, así que me he librado de ese tipo.

—Te habría prestado el dinero yo, así te habrías librado de él aún más rápido. —Había un ligero tono de reproche en mi voz.

—Lo sé. —Darleen me sonrió—. Pero no pido prestado a los amigos. Y mucho menos a los hombres de mis amigas.

Abrí la boca para replicar, pero Darleen me puso una mano en el antebrazo. —Dejemos el tema. Mejor ilusiónate por lo de mañana. ¿Estás nerviosa?

Analicé mis sentimientos cuando mi mejor amiga me hizo la pregunta. —Un poco sí —admití.

—A mí me pasaría lo mismo. Probablemente a cualquier mujer le pasaría. —Darleen me dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo—. Ya verás, todo saldrá bien. Incluso mucho mejor que bien. ¿Le quieres?

—¡Vaya pregunta! —miré a Darleen indignada.

—Pues ya está. —Mi amiga sonrió—. Has tomado la decisión correcta. Cada vez que os veo juntos, te envidio por Carson, porque te trata como a una reina.

No respondí. Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Seguía trabajando en la asesoría fiscal, porque el trabajo me gustaba de verdad y los compañeros eran agradables. Y disfrutaba de más lujos de los que jamás habría podido imaginar. Vivía en el ático de Carson. Teníamos una asistenta que se encargaba de todas las tareas. Hacía meses que, como mucho, solo había metido un vaso en el lavavajillas. Al principio, nuestra perla siempre me reñía porque yo fregaba los platos por la noche en lugar de dejarlos hasta que ella llegara a la mañana siguiente. Con el tiempo me había acostumbrado a que me mimaran tanto. Y gracias a mi nueva vida, también había podido ayudar a mi hermano Sloan. Se había marchado a la India tras una cura de desintoxicación para meditar. Le echaba de menos, pero también me alegraba de que por fin se hubiera encontrado a sí mismo.

—¡Lexie! —Una voz chillona me sobresaltó.

A mi lado estaban Myra y Beverly.

—Qué bien volver a vernos. —Myra me sonrió, pero solo fue una mueca. Sus ojos no participaban en la risa.

—Vaya sorpresa —dije con tono pausado. Al menos eso no era mentira. Miré a mis dos antiguas compañeras de piso. Sinceramente, no contaba con volver a verlas nunca.

—Ayer mismo le decía a Myra que teníamos que ver qué es de la vida de Lexie. —Beverly también forzó un gesto que pretendía ser una sonrisa—. Al fin y al cabo, compartimos piso.

—Es verdad. Y os pusisteis muy contentas cuando por fin lograsteis echarme a base de malas artes. —Pasé la mirada de Myra a Beverly —. O quizá no tanto, porque entonces ya no teníais a nadie a quien machacar.

—Oh, eso... no lo decíamos en serio. Solo eran bromas. —Myra soltó una carcajada y Beverly se unió a ella—. Oye, Lexie, ahora tienes muy buenos contactos, no paramos de oírlo... ¿podrías ayudarnos? Tenemos que mudarnos, Nellie necesita el piso para ella porque ha dejado a su marido... y nos vemos literalmente en la calle.

Me quedé boquiabierta.

No podían estar hablando en serio.

Darleen se me adelantó con la respuesta. —Podéis preguntar a Joe, el primo de Beverly. Tiene unos cuantos pisos y, además, busca desesperadamente personal de refuerzo para la pizzería. Seguro que hay algo para vosotras.

—Ni hablar. No vuelvo a poner un pie en ese antro apestoso. — Beverly puso cara de horror.

—Desde luego que no —secundó Myra.

—Pues nada. Sintiéndolo mucho, no os puedo ofrecer otra solución. —Había recuperado el habla.

—Nunca te habría creído tan mezquina —siseó Myra—. Pensaba que eras una persona dispuesta a ayudar.

—Siempre ayudo encantada a las personas que me tratan bien. —Sonreí—. Y ahora, por favor, dejadnos comer tranquilas.

Hice una señal al camarero e indiqué con la mirada.

Él me entendió al instante.

Menos de un minuto después, Myra y Beverly eran acompañadas hacia la salida.

Darleen sacudió la cabeza. Luego dijo: —No le des más vueltas. Esas dos nunca cambiarán, y Joe tampoco. Has hecho bien.

—Seguro —suspiré, aunque lo cierto es que me remordía un poco la conciencia.

—Piensa en otra cosa. En mañana, por ejemplo. Y en Carson. —Darleen volvió a acariciarme la mano.

E inmediatamente sentí cómo una sensación cálida y suave se extendía por mi interior.

Mi vida era mejor de lo que jamás habría podido imaginar.

Era feliz.

***

Lexie

Cuando al mediodía siguiente salí a la terraza de la azotea y el cálido sol primaveral me dio en la cara, de repente todo se volvió borroso ante mis ojos. En realidad no soy de las que se emocionan fácilmente, pero en ese momento no pude contener las lágrimas.

—Todo está bien, Lexie. —Darleen se puso a mi lado al instante y me secó los ojos con un pañuelo—. Estás preciosa. Y eres feliz, todo está bien y todo va a ir a mejor y...

Sorberé por la nariz. —Gracias.

Darleen me apartó el pañuelo de la cara. —¿Pero si para eso estoy aquí? ¿Para qué me has elegido como dama de honor si no?

Apreté la mano de mi amiga con gratitud. Me sentía tan afortunada y agradecida de habernos conocido en lo de Joe.

Darleen me tomó del brazo y me llevó a una esquina de la terraza. Allí, frente al perfil de Nueva York con el Empire State Building, el Chrysler Building y todos los demás rascacielos, se había instalado un pequeño pabellón de hierro forjado con un techo blanco. Unas rosas rojas trepaban por los barrotes y admiré por un momento lo bien que lo habían dejado todo los jardineros. Bajo el techo del pabellón había una mesita. Sobre el mantel de color crema descansaba un cojín de terciopelo rojo y, encima de este, reposaban nuestras alianzas.

Hoy era nuestro gran día.

Hoy Carson y yo nos casaríamos.

En la más estricta intimidad, en el círculo más cercano.

Carson, yo y nuestros dos testigos, Darleen e Ian.

Y, por supuesto, el oficiante.

Así era exactamente como lo había deseado y Carson estuvo de acuerdo de inmediato. Él también prefería celebrar en pequeño en lugar de ser observado por toda la alta sociedad neoyorquina mientras intercambiábamos los anillos. Lamentaba un poco que Sloan estuviera en la India y no pudiera estar presente, pero Darleen había prometido estar a mi lado y acompañarme. Y así lo estaba haciendo.

Me apretó la mano una última vez antes de que yo, con las piernas temblorosas, entrara bajo el pabellón. Allí esperaba Carson. Con su traje de boda resultaba aún más atractivo de lo habitual. Cuando tomó mi mano, sentí cómo recuperaba las fuerzas.

Entonces levanté la vista.

Los ojos de Carson estaban tan oscuros como siempre y, aunque ahora le miraba todos los días, todavía se me aflojaban las rodillas cuando me encontraba con su mirada. Cada día con él se sentía como nuestro primer día juntos. Hace unos meses todavía pensaba que esta sensación acabaría por desvanecerse gradualmente. Pero seguía ahí y ahora estaba segura de que el sentimiento no desaparecería jamás.

Se había vuelto más y más fuerte.

Carson se inclinó hacia mí. —Me haces el hombre más feliz del mundo —me susurró al oído—. No puedo imaginar nada más hermoso que pasar el resto de mi vida a tu lado y conquistar el mundo juntos. Tú eres quien me da la fuerza para ello.

Tragué saliva, conmovida.

Quise responder algo, pero me faltaron las palabras.

Volví a mirar a Carson, esperando que leyera mi respuesta en mis ojos.

Carson me guiñó un ojo y lanzó un beso al aire con los labios.

Yo hice lo mismo.

Carson me apretó la mano.

El oficiante se aclaró la garganta. —Si están listos, podemos comenzar con la ceremonia.

—Lo estamos —respondimos Carson y yo al unísono.

Listos para pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Nunca nada se había sentido tan correcto.

FIN